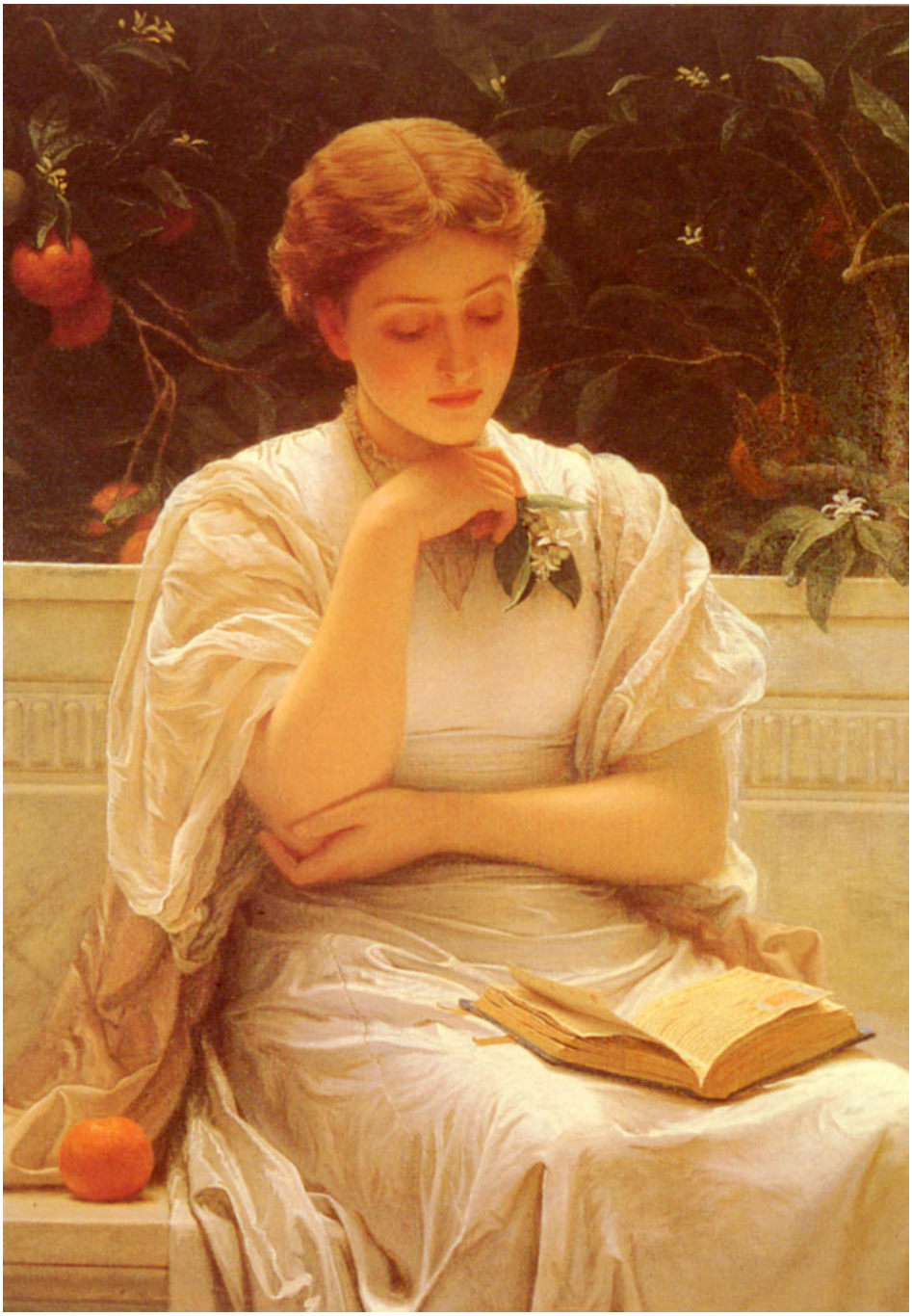
APRENDICES DE LA ENFERMEDAD



Elena Sant Iago

BY NC ND

“Es médico quien sabe de lo invisible, de lo que no tiene nombre ni materia, y sin embargo, tiene su acción.”
(Paracelso)

"El hecho es que aquellos que están esclavizados por sus sectas no están simplemente desprovistos de todo conocimiento sólido, ¡pero ni siquiera se detendrán a aprender!"
(Galeno)

"La fuerza natural dentro de cada uno de nosotros es el mayor sanador de todos."
(Hipócrates)

"Te doy Amor en el cual está contenido todo el Summum de la Sabiduría".
(Hermes Trismegisto)

"Sonreíd siempre. Que la más sana alegría corone todas vuestras empresas y grabad siempre en vuestro propio corazón como una Rosa Luminosa, el más sano optimismo. Él os llevará y os guiará a través de las malezas del camino, y cuando la noche sea más oscura y llena de tinieblas, se encenderá como un faro para alumbrar vuestra senda llena de sonrisas y de amoroso júbilo".
(Maestro Huiracocha)

La medicina es de todas las Artes la más noble; pero, debido a la ignorancia de quienes la practican, y de aquellos que, inconsideradamente, forman un juicio sobre ella, en la actualidad está detrás de todas las artes.
(Hipócrates)

"Lo que una generación considera como la cumbre del saber, es a menudo considerado como absurdo por la generación siguiente, y lo que en un siglo pasa por superstición, puede formar la base de la ciencia en el siglo venidero"
(Paracelso)

“Hay dos especies de conocimiento. Hay una ciencia médica y una sabiduría médica. La comprensión animal pertenece al hombre animal, más la comprensión de los misterios divinos pertenece al espíritu de Dios en él”.
(Franz Hartman)

Capítulo 1

Existen muchos fenómenos que escapan a nuestro entendimiento si solo creemos en lo que pueden captar nuestros cinco sentidos. El dios Ciencia investiga, observa, hace deducciones e interpreta los resultados. Por eso, lo que en un tiempo se da como algo cierto, al cabo de los años o de siglos se descubre que aquello era un error, o no era del todo como se creía.

Sin embargo, una gran mayoría de los humanos que habitan este planeta Tierra, creen ciegamente en el dios Ciencia. Todo el mecanismo de esta sociedad moderna se basa en el engaño masivo de las gentes con la conciencia dormida.

Para colmo, cuando alguien quiere salir de este fango, se le ponen toda clase de impedimentos, y además se le persigue para que no pueda ayudar a zarandear a otros que en lo más profundo de sí mismos tienen el anhelo de un Cambio verdadero.

Pero afortunadamente, aquella persona en la que en el fondo de su Conciencia existe esa búsqueda de lo Real, es asistida de una forma u otra, de manera que pueda aprender cómo Despertar y salir del sueño que la tiene atada a un mundo ilusorio y temporal.

Piedad era una de esas personas.

Ella tenía grandes inquietudes desde niña. Sus padres la llevaron a un colegio religioso, al igual que a sus hermanos. Y allí aprendió muchas cosas, pero ella también se planteaba otras. En casa no tenían mucha costumbre de hablar sobre temas religiosos, pues la vida corriente ya presentaba sus propios problemas, sus alegrías, sus sorpresas, sus incidentes, etc.

Cuando Piedad era pequeña, tenía alguien con quien hablar sobre sus inquietudes. Se trataba de la hermana más pequeña de su madre, su tía Marcela, que a la vez era también su madrina. Esta había sido monja durante dos años, tras los cuales dejó el convento. Pero no fue por falta de fe, sino porque ella sintió que ese no era su Camino. Por otro lado, como también había estudiado Medicina, decidió meterse en ese campo. Sin embargo seguía teniendo esas inquietudes espirituales, y por ello estaba abierta a conocer otras corrientes.

Cuando Piedad la visitaba, aun siendo pequeña, su madrina le hablaba de sus investigaciones. Pero la niña, aunque no se cerraba a las explicaciones de su tía, sentía que no le llenaban del todo...

Cuando la joven cumplió trece años, la madrina se fue al extranjero con una ONG de médicos y enfermeros que se dedicaban a ayudar en distintos países del mundo.

Para Piedad esto fue un golpe bastante fuerte, por el cariño tan grande que le tenía. Sin embargo, a pesar de que al principio la echaba mucho en falta, poco a poco la

vida fue siguiendo, y ella se fue acostumbrando. Aunque siempre la recordaba con cariño.

El tiempo fue pasando, y aunque al principio Marcela mantuvo algo de comunicación con su familia, poco a poco, fue dejando de escribirles, y con el tiempo, perdieron el contacto.

Así, los años fueron pasando, y Piedad fue transformándose en una joven, no especialmente bella, pero de agradable aspecto, y también de buen carácter.

A sus padres les hubiera gustado que estudiara medicina, al igual que su madrina, pero ella, aunque seguía teniendo el grato recuerdo de su tía, no se sentía capaz de hacer esa carrera, pues le decía a sus padres:

—Es que hay que tener estómago para estudiar con cadáveres...— y terminaba haciendo un gesto de desagrado muy exagerado.

Finalmente, la muchacha decidió estudiar magisterio para educación infantil, ya que le encantaban los niños pequeños.

Y cuando terminó sus estudios, encontró trabajo rápidamente en una escuela infantil de su ciudad.

Capítulo 2

Piedad se levantaba cada mañana con gran entusiasmo solo de pensar que vería a sus queridos niños en la escuela infantil. Ya llevaba un mes, y los quería a todos, a pesar de lo distintos que eran unos de otros. Y ellos también parecían haberle cogido cariño.

Le encantaba cuando le decían: "Seño", con sus vocecillas tan graciosas.

No ocurría lo mismo con todas sus compañeras, pues había alguna que a veces parecía trabajar allí porque no le quedaba otra. Y eso los niños lo notaban, y por ello, normalmente cuando querían algo, acudían a ella o a otra de las maestras que también era bastante agradable.

Había un pequeño, llamado Alfonso, que le había cogido mucho cariño a Piedad, y esta, sin querer, también lo sentía como su favorito.

Todos las mañanas la madre de Alfonso lo llevaba y luego lo recogía a mediodía. No siempre era Piedad quien se lo entregaba, pero las veces que habló con ella, vio que era una mujer amable y que amaba tiernamente a su hijo, pero en su mirada siempre le notaba un toque melancólico.

Sin embargo, un día se vio gratamente sorprendida cuando la madre de Alfonso le dijo:

—Señorita Piedad, quiero darle las gracias por ser tan buena con Alfonso.

Piedad se rio algo cohibida, y le contestó:

—No me tiene que dar las gracias. Yo solo hago mi trabajo.

—Sí, lo sé. Pero sé que usted es la profesora preferida de Alfonso, porque siempre está hablándonos de usted. Él la quiere mucho. Es mi hijo quien nos dice que es la más buena de la escuela. En todo caso es usted su preferida.

Piedad volvió a reírse.

—Alfonso es un niño encantador. — contestó — Es que no se puede hacer otra cosa que quererlo.

La madre del niño sonrió y asintió.

—Es verdad. En eso no puedo contradecirla. — le dijo

Piedad y la madre de Alfonso se rieron.

Y con ese gesto, a Piedad le pareció que por unos momentos se borraba el rastro melancólico en la mirada de la mujer.

Pero un lunes Piedad vio que fue un hombre de unos sesenta y pico años quien llevó a Alfonso. El niño lo llevó de la mano hasta Piedad, y esta lo recibió saludándolo amablemente, y el hombre le devolvió el saludo.

—Señorita, — le dijo el hombre— soy el abuelo de Alfonso. A partir de ahora yo lo traeré, porque su madre ha empezado a trabajar. Ella no les ha avisado antes porque la llamaron justo el viernes por la tarde.

—¡Ah!— respondió ella, sonriéndole —¡Estupendo! ¡No hay ningún problema!

El hombre asintió, y luego siguió explicándole:

—A mediodía no vendré yo. Será mi hijo quien lo recogerá.

—Muy bien. Lo tendremos en cuenta. —respondió la maestra.

Luego el niño le dio un beso a su abuelo, y este lo miró con cariño y le dijo:

—Pórtate bien, ¿eh?

—Sí, abuelo. — contestó el chiquillo.

La mañana transcurrió más o menos como siempre y al mediodía vino un joven de unos treinta años a recoger al niño, tal y como había dicho el abuelo. Alfonso se fue corriendo hacia él muy contento, y el joven riéndose, lo levantó para darle un cariñoso beso.

Piedad, al verlo coger al niño de aquella forma, sintió una fuerte simpatía por el joven, entendiendo que se trataba del padre de Alfonso.

Luego el joven miró a la maestra y le sonrió mientras la saludaba y le preguntó:

—¿Se ha portado bien este pilluelo hoy?

Ella sonrió asintiendo con la cabeza.

—¡Sí!— respondió —¡Muy bien!

El joven asintió conforme y luego se excusó diciendo que tenía el coche en doble fila, y se fue rápidamente con el niño.

Como seguían viniendo padres o familiares de otros niños y niñas, Piedad continuó atendiéndolos, junto a las otras maestras.

Y una vez que todos los niños se habían ido y ella hubo recogido todo, salió de la escuela infantil con su compañera Amalia.

De repente, mientras Amalia cerraba con llave la puerta de la escuela infantil, Piedad sintió algo muy extraño, como un latido fuerte en el corazón, y sin pensarlo, exclamó:

—¡Madrina!

Amalia la miró extrañada y le dijo:

—¿Qué?

Piedad la miró, sin saber qué contestar, pues aún estaba bajo el efecto de aquel extraño presentimiento.

—¿Qué te pasa?— insistió su compañera —¿Te sientes mal?

Tras unos segundos intentando reponerse, Piedad contestó:

—No. No es nada. Es que... me he acordado de pronto de algo que tengo que hacer. Perdona, pero no me puedo parar. Tengo que irme. Mañana nos vemos.

Y se fue rápidamente hacia la parada de autobús, pensando que lo que había sentido podría ser un presentimiento de que algo había pasado en casa. Mientras

caminaba deprisa, cogió el móvil y llamó a su madre. Esta le habló normal, y al parecer todo iba bien. Así que Piedad no le dijo nada de lo que había sentido, pues pensó que seguramente no tenía importancia.

Cuando llegó a su casa, comprobó que todo estaba bien, y eso la tranquilizó. Y después de que transcurriera todo el día con normalidad, Piedad se acostó convencida de que lo que había sentido, no tenía nada de trascendental, y por tanto no tenía por qué preocuparse.

Capítulo 3

Los días fueron pasando, y Piedad olvidó por completo aquella extraña sensación que había tenido.

En la escuela infantil todo iba bien, y se había establecido una especie de rutina, que aunque no era cansina, pues los niños siempre daban alguna sorpresa, sí hacía que Piedad empezara a anhelar algo más en su vida...

Tres semanas después, una de sus compañeras, llamada Lidia, le propuso quedar por la tarde para tomar un café, pues quería hablar con ella sobre un tema, pero no quería que se enteraran las demás maestras.

Piedad se extrañó, porque precisamente Lidia era la maestra con la que menos trato tenía, pues no terminaba de sintonizar con ella. Pero se preguntó de qué querría hablar, y por eso aceptó la cita.

Por la tarde, cuando se vieron, fueron a una cafetería, y se sentaron en una mesa. Piedad pidió un chocolate y Lidia se pidió un café y un par de dulces. Mientras les servían, la otra joven comentó algo que les había dicho la directora por la mañana, y que a ella no le sentó nada bien, pues según Lidia, la directora exigía más de lo que pagaba.

Piedad no quiso entrar a discutir porque ya hacía tiempo que se había dado cuenta de que su compañera no se llevaba demasiado bien con la directora.

Pero cuando Lidia le repitió por cuarta vez lo que ella pensaba sobre la directora, entonces Piedad empezó a perder la paciencia y se decidió a preguntarle, intentando mantenerse calmada:

—Oye Lidia, ¿esto era lo que querías decirme sin que se enteraran las demás?

La otra la miró sorprendida y luego respondió:

—¡Ay chica! ¡Qué brusca eres! ¡Qué manera de cortarme!

—¡Oh, vaya, perdona! —dijo Piedad — ¡No era mi intención ser brusca! Lo que pasa es que desde que me dijiste que querías hablar conmigo a solas, me tenías en ascuas, y me devanaba los sesos preguntándome qué sería.

Lidia se rio y le respondió:

—Tranquila, mujer, que no es nada malo.

—Bueno, pues tú dirás. — dijo Piedad.

La otra, como si quisiera hacer sufrir a propósito a Piedad, se cogió uno de los dulces que se había pedido y empezó a comérselo, haciendo sonidos tales como:

—¡Mmmm! ¡Qué bueno está este dulce!

Piedad pensó: "¡Esta va a acabar con mi paciencia! ¿Se estará burlando de mí o qué?"

Lidia volvió a reírse mientras la miraba, como si hubiera leído su pensamiento. Por fin dijo:

—Dime una cosa, ¿a ti cómo te va en tu casa?

Piedad la miró extrañada y respondió:

—A mí, bien. ¿Por qué lo dices?

—¿Tú te llevas bien con tus padres?

—Sí, claro. ¿Por qué me iba a llevar mal?

—¿Pero ellos te respetan en todo lo que quieres hacer?

—Sí. ¿Por qué no me iban a respetar?

—Pero ¿no les importa que llegues de madrugada o salgas con tus amigos, o con quien sea?

Piedad se quedó pensativa y luego contestó:

—Lo que pasa es que yo no suelo salir de noche. No soy mujer de noches. — dijo esto último riéndose —¿Tú te crees que teniendo que madrugar para ir a trabajar, se me va a ocurrir trasnochar?

La otra hizo un gesto de fastidio, y luego dijo:

—Bueno, pero si quieres hacerlo, ¿no te arman un espectáculo como si todavía fueras una niña?

—La verdad es que nunca me ha ocurrido. Es que ya te digo que no me gusta trasnochar.

Lidia la miró pensativa y luego resopló.

—Bueno, vamos a dejar eso. —dijo Lidia con un tono despreciativo —pero de todas formas, digo yo que algún día querrás independizarte de tus padres, ¿o piensas vivir con ellos toda la vida?

Piedad se quedó pensativa y luego respondió:

—Hombre, supongo que cuando me case, me iré de casa, claro.

La otra la miró sorprendida y luego echó una carcajada.

—¿Cuando te cases?— repitió, riéndose —¡Anda que...!

Piedad no supo qué contestar a esa reacción, y le dijo:

—¿Por qué te ríes? No entiendo dónde está la gracia.

—¡Qué antigua eres, chica! — le dijo Lidia.

Piedad se sintió algo molesta por las risas de su compañera, y le dijo, un poco de mala gana:

—Bueno, pero tú, ¿de qué me querías hablar?

—¡Está bien, no te impacientes! ¡Es que pareces vivir en otra época! ¡Pero no pasa nada! ¡Cada uno es como es!

Pero eso no suavizó el malestar de Piedad sino que lo aumentó más. Sin embargo, esta se reprimió las ganas de "mandarla a..." y le volvió a decir:

—¿Me vas a decir lo que querías o qué?

—¡Sí!— exclamó la otra con cierto genio —¡Qué impaciente eres! ¡No te he estado preguntando lo de qué tal te llevas con tus padres por nada! ¡Te he preguntado porque quería saber cómo te iba viviendo con ellos, para ver si te interesaba irte de casa para vivir por tu cuenta!

Piedad se quedó mirándola con extrañeza, y entonces comprendió:

—¿Acaso me quieres proponer que nos vayamos a vivir juntas a algún piso, para estar más independientes?

—¡Exactamente!— exclamó Lidia, sonriendo por fin.

Piedad se quedó callada sin saber muy bien qué respuesta darle.

—¿Qué te parece la idea?— dijo Lidia —Imagina que podremos hacer lo que queramos sin dar explicaciones a nadie.

Piedad continuó callada, mordiéndose el labio, mientras se imaginaba estar viviendo con su compañera en un piso para ellas solas.

—Bueno, ¿qué dices?— le preguntó la otra joven.

—Pues la verdad... me has pillado así, de repente, que no me lo esperaba.— contesto Piedad.

—Verás que vamos a estar muy bien.— dijo Lidia entusiasmada, como si no hubiera escuchado a Piedad — Ya tengo echado el ojo a un piso con tres habitaciones. De momento seriamos nosotras dos, pero podemos decírselo a otra persona de confianza. Y no pilla muy lejos de la escuela infantil. O sea que podríamos incluso ir andando. ¡Ah! Y lo mejor es que está en una urbanización, ¡y tiene piscina! ¿Te imaginas? De momento solo tendremos que pagar cada una trescientos cincuenta Euros, pero si convencemos a otra persona de confianza, ¡pagaremos menos, claro!

—Ya veo. — contestó Piedad — Parece que lo tienes muy bien pensado.

—¡Por supuesto! ¡Yo soy una mujer práctica! Entonces, ¿qué me dices? ¿Estás de acuerdo? ¿Quieres que vayamos ahora a ver el piso? Ya le dije al dueño que hablaría contigo esta tarde, y que luego podía enseñárnoslo otra vez él. ¡Ya verás! ¡Te va a encantar!

Piedad se estaba dando cuenta de que Lidia estaba contando con ella para vivir juntas incluso antes de hablarlo, y que daba por seguro que le iba a responder afirmativamente. Pero aunque de buena gana Piedad le hubiera contestado directamente que no, no quiso ser brusca y le dijo:

—Mira, esto es algo que tengo que reflexionar, porque no quiero tomar la decisión a la ligera.

—¿Y por qué va a ser a la ligera? —dijo Lidia mirándola, con un gesto de enfado— No lo entiendo. Cualquier chica de tu edad ya está deseando librarse de sus padres para hacer su vida. Tienes un sueldo, y edad para divertirte. Salir con chicos o con quien quieras... En fin, no tener quien te controle lo que haces y lo que no.

—Pero es que yo estoy bien en casa. Ya te he dicho que no tengo ningún problema con mis padres.

Lidia la miró pensativa y luego le dijo:

—¡No me puedes decir que no, porque le he dado una fianza para que nos lo guarde!

Piedad se sorprendió más aún, y se vio entre la espada y la pared.

—Pero...— dijo — supongo que te la devolverá si no te quedas con el piso, ¿no?

—¡Por supuesto que no me la va a devolver! ¡Ya no te puedes echar atrás! ¡Si no, me vas a dejar en muy mal lugar!

Piedad no sabía qué contestar, pues por un lado no quería aceptar, pero por otro, temía volver a decirle que no. Finalmente empezó a decirle:

—Lo siento mucho, Lidia, pero como te he dicho antes...

Lidia no la dejó terminar y resoplando con fastidio, exclamó con cierta irritación:

—O sea que ¿rechazas mi proposición? ¿Encima de que has sido la primera en la que he pensado? ¡Chica! ¡Me decepcionas! ¡Creí que eras más lista! Pero se ve que no has madurado todavía. ¡Ahora entiendo por qué te llevas tan bien con los críos! ¡Si es que tú misma eres una cría!

Piedad se quedó bloqueada, entre asombrada y dolida en su amor propio.

Mientras, la otra chica hizo un gesto de desprecio y luego se levantó diciéndole en voz bastante alta:

—¡Desde luego esto ha sido una pérdida de tiempo! ¡He sido una tonta creyendo que sabrías apreciar la oportunidad que te he dado!, ¡pero se ve que eres de esas personas a las que cuando se les ofrece algo bueno, lo rechazan, no sé muy bien si porque eres cortita de miras o porque te crees superior a los demás! ¡Pues nada, chica! ¡Tú sigue con tus papis hasta que te cases! ¡Si es que te casas, claro!— esto último lo dijo en tono de burla.

Y luego se marchó, sin más, dejando a Piedad más asombrada aún, y mucho más dolida.

Tras unos momentos, la joven miró la taza de chocolate que había pedido, y luego la taza de café y el plato vacío en el que habían servido los dulces, que Lidia se había comido.

Entonces se dio cuenta de que ni siquiera habían pagado, y tendría que ser ella la que lo hiciera.

De repente le entraron ganas de llorar, pero no quiso hacerlo allí, pues no le parecía adecuado.

Así que haciendo un esfuerzo, intentó tranquilizarse respirando hondamente, e intentó beberse el resto del chocolate buscando suavizar el nudo doloroso que sentía en su garganta. Pero no pudo, y volvió a dejar la taza en el plato.

Luego volvió a mirar la taza de café de Lidia, y con la mirada fija, empezó a recordar las últimas palabras de la otra joven, mientras sentía un remolino de emociones en la zona de su plexo solar.

En ese momento escuchó decir:

—¡Hola!

Capítulo 4

Piedad se sorprendió, y girando su cabeza, encontró delante de ella a alguien que le resultaba muy conocido, pero no llegaba a situarlo, quizás debido al estado emocional en el que se encontraba. Era un joven, que la miraba con aire preocupado.

Entonces él le preguntó:

—¿Se encuentra usted bien?

—¡Oh, sí! ¡Sí, sí!— se apresuró ella a contestar, algo apurada.

Él la miró fijamente, luego miró los restos que había dejado Lidia y luego volvió a mirarla a ella y le sonrió mientras le decía:

—¿Puedo sentarme con usted y la invito?

Piedad se quedó mirándole algo cortada, porque aún no llegaba a reconocer quién era.

El joven se rio y le dijo:

—Seguro que si Alfonso estuviera aquí, le diría: "¡Sí, seño! ¡Déjenos invitarla a merendar!— dijo esto imitando la voz del chiquillo.

Entonces Piedad ya supo quién era el joven. Y eso le hizo sonreír.

—¡Ah, perdone!— exclamó —Estaba un poco descolocada y no lograba recordar quién era usted. ¡Es el padre de Alfonso!

—¡No, seño Piedad!— contestó él, riéndose —Está usted muy equivocada. Yo no soy el padre de Alfonso. Soy su tío. Su madre es mi hermana.

—¡Oh!— exclamó Piedad, sorprendida — ¡Vaya! Pues yo creí...

—No se preocupe. Supongo que es natural que lo creyera.

La joven sonrió y asintió.

—¿Entonces qué? — dijo él — ¿Me deja invitarla?

—Bueno, yo...

—¡Venga, no me diga que no! Me lo debe por la confusión. — le dijo él.

Piedad le miró, y como en realidad, le había caído bien cuando le vio con Alfonso en la escuela infantil, se dijo: "¿Por qué no?".

—Bueno, está bien. Siéntese. — contestó ella

—Vale, un momento, que vuelvo enseguida.

Entonces el joven recogió la taza y el plato de Lidia y lo llevó al mostrador de la cafetería. Luego les dijo algo a unos jóvenes que había allí, y después cogió una taza con su plato, que estaba ya en el mostrador.

Piedad lo vio, y dedujo que él se encontraba allí antes, con los otros jóvenes.

Al cabo de unos momentos, el joven se sentaba enfrente de ella.

Ella le preguntó con cierta cortedad:

—¿Pero estaba usted con sus amigos?

Él sonrió.

—No se preocupe por eso. — respondió — No hay ningún problema. Pero me gustaría que nos tuteáramos. ¿Le parece, seño?

Ella volvió a sonreír, y contestó:

—Me parece bien, sí.

Él asintió.

—¿Y qué te parece que nos llamemos por el nombre?— dijo —No es que me moleste llamarte "seño", pero la verdad es que me gusta el nombre de Piedad.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Yo me llamo Félix. — dijo él.

—Vale.

Él sonreía mientras la miraba y tras unos segundos le explicó:

—Llevaba un rato ahí con mis amigos, cuando te he visto entrar con otra de las maestras de la escuela infantil. Enseguida os he reconocido. Y cuando he visto a tu compañera irse, me han dado ganas de venir a saludarte.

Piedad pensó, mientras se mordía el labio inferior: "¿Habrá escuchado lo que me decía Lidia? ¡Oh, vaya! ¡Espero que no! ¡Qué vergüenza!".

Félix se quedó observándola unos momentos y luego le dijo:

—¿Seguro que te encuentras bien?

Piedad iba a volver a contestarle que sí, pero por alguna extraña razón, se le volvió a hacer un nudo en la garganta. Así que haciendo un esfuerzo para controlar esa emoción que más parecía un caballo desbocado que otra cosa, asintió con la cabeza y cogió la taza de chocolate para beber un sorbo, mientras iban creciendo en ella las ganas de salir corriendo.

Entonces el joven, que no dejaba de observarla, le dijo:

—Mis amigos y yo estábamos comentando acerca de un curso de medicina que estamos haciendo.

Ella le escuchó por educación, pues realmente le daba igual lo que el otro le estaba diciendo.

—¡Pero no te creas que es un curso de medicina convencional!— continuó Félix, con énfasis.

Piedad le miró y le preguntó, más por seguirle la corriente, que porque estuviera de verdad interesada:

—¿Y de qué tipo de medicina se trata entonces? ¿Acaso, de medicina natural?

—No. Se trata de algo muy distinto. Se trata de una medicina en la que se estudia la relación que existe entre los impactos que tiene uno en la vida, el cerebro y las enfermedades.

Ahí la joven se quedó callada por unos segundos. Parecía como si de repente eso sí le interesara. Entonces preguntó:

—¿Qué significa eso? ¿Que los impactos que tenemos, nos producen las enfermedades?

—No es eso exactamente. En realidad es la relación entre la manera de tomarse una situación y las enfermedades. — dijo él

—¿La manera de tomarse una situación? ¿Puedes explicarte un poco mejor?— inquirió la joven.

—Claro. Mira: en la vida todos vivimos situaciones de todos tipos. Unas veces nos va todo bien, y otras, no tan bien. Todos tenemos épocas buenas o malas. Pero de lo que se trata es, de que cada vez que nosotros vivimos una situación inesperada, altamente traumática, y sintiéndonos solos, nuestra naturaleza biológica reacciona modificando tejidos y dando lugar a lo que llamamos una enfermedad. Dependiendo de cómo nos tomemos nosotros esa situación, la enfermedad afectará a un órgano o a otro, o a una función del organismo. Y según la intensidad, la enfermedad será más fuerte o menos.

Piedad se quedó pensando: "Pues la situación que acabo de vivir con Lidia, para mí ha sido muy traumática. ¿Acaso eso me puede producir una enfermedad?".

—Pero... — empezó a decir, pero luego se quedó callada.

—Pero... no me crees, ¿eh?— dijo él, con una sonrisa traviesa.

—¡No, no! ¡Quiero decir que sí! ¡Que sí te creo!— exclamó ella —Bueno... eso creo.

Él se rio.

Y ella al verlo, sonrió, y luego le dijo:

—Perdona, no es que no me lo crea. Pienso que sí puede ser posible. Pero ¿de verdad crees que en todos los casos en que alguien viva una situación como la que me has dicho, le puede salir una enfermedad?

—Bueno, al parecer, si se juntan todos esos elementos, sí. Es decir, tiene que ser algo inesperado, muy traumático, y vivido en soledad. Y cuando digo soledad, quiero decir el hecho de sentirse solo por dentro. Porque alguien puede estar acompañado de mucha gente, y sin embargo sentirse solo.

Piedad asintió.

—Sí. Comprendo lo que quieres decir. — dijo — Y me parece muy interesante. Pero el problema es que no es fácil evitar que eso te ocurra, ¿no? Quiero decir que cuando te llega esa situación, así de repente, que no te la esperas, y te quedas bloqueado, y no sabes ni cómo reaccionar...— dijo esto último pensando en la conversación con Lidia.

—Sí claro. La situación en sí no puedes evitarla. Y la reacción que tienes, tampoco, porque surge inmediatamente. Pero esta medicina habla también de que todas las enfermedades tienen dos fases, si el conflicto que se ha tenido se logra solucionar. La primera fase tiene lugar cuando el conflicto que se ha producido por ese choque traumático está aún activo. Es cuando la persona está todo el tiempo dándole vueltas al tema, y empieza a perder el apetito, adelgaza, no duerme por la noche, y otros

síntomas. Pero en el momento en que esa situación la resuelve de alguna manera, entonces le viene una relajación en todos los niveles, es lo que llaman estar en vagotonía. El apetito vuelve, y vuelve a recuperar su peso, duerme bien por las noches, e incluso cuando el conflicto ha sido muy fuerte, tiene necesidad de dormir también durante el día. Bueno, y otras cosas que ocurren ya a nivel de cada órgano. Es un poco complicado de explicar en unos minutos, pero el resumen y lo más básico es lo que te estoy diciendo.

—Pero ¿qué tipos de enfermedades se pueden originar de esa forma? ¿Te refieres a depresiones, a dolor de estómago, jaquecas... por ejemplo?

—A todo tipo de enfermedades. Desde un cáncer, a una osteoporosis, a problemas de corazón, a un simple resfriado, una diabetes, una tuberculosis, etcétera. Y también enfermedades de tipo mental, aunque en este caso, es un poco más complicado de explicarlo, porque es necesario que se hayan vivido varios conflictos de la misma naturaleza. Por ejemplo, la pérdida traumática de varios seres queridos, uno tras otro. O varios desengaños amorosos que se han vivido con cierta intensidad. Y muchos otros.

—Ya entiendo.— dijo Piedad —Pero ¿y cómo puede uno evitar eso?

—¡Uf! ¡Esa ya es una pregunta demasiado difícil!

Piedad se sorprendió y luego sonrió.

Félix se rio.

—Lo que pasa es que acabo de empezar el curso.— explicó el joven —Pero lo que sí hemos aprendido es que como para que se produzca la enfermedad es necesario que se junten los tres factores de situación traumática, inesperada y vivida en soledad, si se quita uno de esos puntos, ya la enfermedad en sí no aparece. Así que si por ejemplo, en vez de vivirlo en soledad, lo hablamos con alguien que nos comprenda y nos sentimos acompañados, ya esa enfermedad, o no aparece, o simplemente se queda en algo muy leve.

—¡Ah, ya entiendo!— contestó Piedad, comprendiendo lo que le estaba diciendo el joven — ¡Claro! ¡Porque la persona se desahoga y no se lo guarda por dentro!, ¿no es eso?

—Exactamente.— le dijo el joven, sonriéndole.

Piedad se quedó pensando en lo que acababa de vivir un rato antes, mirando a Félix, y se dijo: "De buena gana le contaba lo que me ha pasado con Lidia, y me desahogaba, pero al fin y al cabo, tampoco le conozco, y no sería muy normal que de pronto empiece yo a contarle mis problemas y mis frustraciones. Seguramente pensará que soy una aprovechada que se enrolla para contarle sus rollos. ¡No! ¡Seguro que esto lo supero yo sola!".

Entonces la joven, le sonrió, haciendo un suspiro, y le dijo:

—Me ha parecido muy interesante lo que me has contado. Procuraré tenerlo en cuenta.

Él sonrió, con cierto matiz de decepción.

Ella se dio cuenta y se extrañó, pero disimuló, y mirando la hora, dijo:

—¡Oh, vaya! ¡Tengo que irme! ¡Tengo que hacer aún unos recados, antes de que cierren!

Y se levantó, recogiendo su abrigo y su bolso.

Félix también se levantó y le dijo:

—Piedad, ya sé que no nos conocemos apenas, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo, para lo que yo te pueda servir. ¿De acuerdo?

La joven le miró y asintió sonriéndole, y le contestó:

—Gracias. Eres muy amable.

Él le sonrió y le tendió la mano para despedirse. Y cuando ella le dio la suya, el joven la apretó con sus dos manos, mientras le decía:

—¡Hasta mañana, seño Piedad!

Ella sonrió, y le contestó:

—¡Hasta mañana, Félix!

El joven sonrió, y ella se marchó más animada.

Capítulo 5

Sin embargo, Piedad se fue directamente a su casa. Era cierto que quería haber hecho algunos recados, pero a pesar de que la conversación con Félix fue muy productiva, no terminaba de írsele de la cabeza la forma en que su compañera la había tratado.

De tanto en tanto, se daba cuenta de que se estaba dejando llevar por sus emociones y sus pensamientos, pero no sabía cómo hacer para evitarlos, y conforme más pensaba en aquellos momentos con Lidia, más irritación sentía. Y se decía que era una débil y tenía que haberle contestado, y no haberse quedado callada. Y pensaba que la otra chica se había tomado demasiadas confianzas, puesto que la relación que había entre ellas era la de compañeras de trabajo, y no de amistad. Pero por otro lado, empezó a pensar que quizás Lidia llevaba razón, y que ya no era una niña para vivir con sus padres, y debía independizarse...

En fin, un verdadero mezcolanza de pensamientos y emociones que la fueron agotando.

En casa no quiso comentar nada, por la propia confusión que tenía. Pero no cenó apenas, y se metió en su dormitorio para intentar leer un poco, y olvidarse del tema. Pero no lo consiguió.

Por la noche, en la que por alguna extraña razón los pensamientos se vuelven más obsesivos, y cuando se logra dormir un poco, los sueños están relacionados con lo que nos ha impactado en el día, haciéndonos ver todo mucho peor de lo que realmente es, en esas horas nocturnas todo parece volverse más difícil e imposible de resolver.

De manera que a la mañana siguiente, cuando Piedad se fue a la escuela infantil, no solamente iba con el ánimo bastante bajo, sino que además había nacido en ella un cierto temor a encontrarse con la otra joven.

Pero afortunadamente para ella, Lidia no comentó nada sobre el día anterior, y su comportamiento fue prácticamente el mismo que solía tener cada día.

Piedad estaba bastante asombrada, porque la otra actuaba como si la conversación de la tarde anterior no hubiera tenido lugar. Nunca habían tenido una relación estrecha, desde luego, pero ella esperaba que quizás la tratara con desprecio, o con burla, y sin embargo no fue así...

No fue así, hasta que llegó la última hora de la salida. Todos los niños fueron recogidos, salvo Alfonso, pues su tío aún no había llegado.

La mayoría de las maestras se fueron yendo, mientras Piedad dijo que se quedaría ella con Alfonso.

Pero al salir, Lidia le dijo con retintín:

—Supongo que estarás esperando que vengan tus papis a recogerte, ¿no?

Y echó una carcajada, mientras se marchaba.

Piedad, que había creído que todo había pasado, volvió a sentirse humillada.

Entonces Alfonso le dijo:

—Seño Piedad, ¿a ti también vienen a recogerte tus papás?

Ella le miró confusa, pues sabía que el niño no tenía mala idea, pero aún se sentía dolida.

Entonces el chiquillo le dijo:

—¡Ojalá mi papá también pudiera recogerme!

La maestra, aún bajo los efectos del comentario de Lidia, le contestó:

—A lo mejor tiene que trabajar mucho, ¿no?

—No, seño. Mi papá no puede venir porque quiso conquistar el mundo y se fue al cielo.

La joven se sorprendió. Ella comprendió con esas palabras que el padre de Alfonso había muerto, y ella no lo supo hasta ese momento.

Entonces miró al niño con una ternura muy grande y lo abrazó diciéndole:

—Esté donde esté tu papá, ten por seguro que te quiere muchísimo.

—Sí. Ya lo sé. — contestó el crío.

Piedad se conmovió, y tuvo que retener sus emociones por él.

Afortunadamente llegó su tío en el coche.

Salió pidiendo excusas por la tardanza, juntando las manos en señal de perdón.

Piedad le sonrió, con un toque de pena, por lo que le había dicho el niño. Y este se dirigió a su tío, abrazándolo.

—Seño Piedad, mil perdones. — dijo Félix mientras cogía en brazos al chiquillo — Me ha sido imposible salir antes del trabajo.

—No te preocupes. No pasa nada. Estamos aquí hasta que haga falta.

Él sonrió y le dio un beso a su sobrino. El niño se veía contento.

Piedad los observó con simpatía.

Entonces Félix le preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí. Alfonso es un niño obediente.

Alfonso sonrió mirando a su tío, y este le pasó la mano por la cabeza cariñosamente.

—Tito, ¿sabes que a la seño Piedad también la vienen a recoger sus papás?— dijo inocentemente Alfonso.

Piedad se sorprendió por el comentario del niño y se quedó bloqueada.

Félix la miró y ella se sintió muy avergonzada por lo que él pudiera pensar, y el mismo bloqueo que tuvo, le impidió decir que solo había sido una broma.

Una vez más, deseando huir, dijo:

—Bueno, perdonad, pero tengo que cerrar la escuela. Hasta mañana.

Y se metió rápidamente en la escuela, y se dirigió al baño. Con ganas de llorar, se contuvo una vez más, y se lavó la cara y dejó las muñecas de las manos bajo el chorro de agua caliente, para poder relajarse.

Luego salió, pero Félix la estaba esperando en la entrada de la escuela.

—¡Oh! ¿Qué haces aquí?— dijo ella, sorprendida —¿Y Alfonso?

—¡Tranquila!, está en el coche. Yo... estooo...., te has ido tan rápido que no me ha dado tiempo de decirte, que me gustaría invitarte a otro chocolate o un café o lo que te apetezca, esta tarde. ¿Qué me dices?

—¿Yo? Pues... — se quedó pensando, mientras lo miraba.

Él le sonrió y ella sonrió también, pues él realmente le agradaba.

—Está bien. Acepto. — dijo.

—¡Estupendo! —exclamó Félix— ¿Te recojo o nos vemos en alguna cafetería en particular? ¿La de ayer, por ejemplo?

Piedad se puso más seria y contestó:

—No, la de ayer no. No me gusta esa cafetería. Quedamos en otra.

Él se quedó pensativo y luego respondió:

—Muy bien. ¿Te parece bien la que hay en el Parque de la Arboleda?

—¿El Parque de la Arboleda?— respondió ella sorprendida —¡Oh, sí! ¡Hace mucho tiempo que no voy allí! ¡Me gustará ir otra vez!

Él se rio, y le dijo:

—¿A las 6?

—Sí.

—Entonces ¡hasta luego, seño Piedad!

—¡Hasta luego, Félix!— contestó ella, más contenta.

El joven se marchó riéndose, y ella se quedó pensando: "Creo que he exagerado temiendo que él podía pensar mal de mí. Me parece que es una buena persona, y me siento cómoda con él."

Mientras terminaba de recoger algunas sillas de la clase, continuó pensando: "Todo lo que estoy sufriendo por lo que me dijo Lidia, creo que realmente me está afectando demasiado. Y es curioso que ayer Félix me hablara de la relación entre los traumas y las enfermedades, y de sufrir en soledad. Quizás pueda confiarme con él..."

Luego se quedó parada mirando a la pizarra, y siguió pensando: "Bueno, tal vez si veo la oportunidad... Tampoco le conozco suficiente... Aunque por la forma en que se comporta... sobre todo con Alfonso... pienso que de verdad es alguien noble.".

Y con esa intención, cada vez más clara, cerró la escuela infantil y se marchó a su casa.

Capítulo 6

Por la tarde, cuando Piedad llegó a la cafetería, ya estaba esperándola Félix.

Él la miraba contento, y ella se sentía también bastante contenta.

Se sentaron junto a los grandes ventanales que daban al lago del parque, y pidieron unos chocolates.

—Veo que te gusta mucho este sitio. —comentó Félix.

—Sí. Es verdad. —respondió ella sonriendo— De pequeña venía a menudo con mi madrina. Ella me invitaba a un chocolate y nos pasábamos el rato hablando de muchas cosas. Pero desde que se marchó, — dijo esto cambiando el tono a melancólico —ya no he vuelto más.

—Entiendo. ¿Y cuánto hace que se marchó?

—Pues yo tenía trece años, ¡así que un montón de tiempo!

—Supongo que la echas de menos. — dijo él.

—Al principio, mucho. Pero luego, con los estudios y con el tiempo, me fui acostumbrando, y ya no suelo acordarme demasiado.

—¿Y no sabes nada de ella? ¿Se marchó lejos? —inquirió Felix.

—Es que ella es médico. Y entró a formar parte de una organización llamada MPT, o sea la de "Médicos Para Todos" que va a muchos países del mundo.

—¡Ah, ya!— dijo Félix, cambiando el gesto y poniéndose serio y pensativo.

Piedad se dio cuenta de ese cambio, y aunque le extrañó un poco, pensó que tal vez sentía interés por saber algo más, así que continuó explicándole:

—Cuando se fue, se dirigía a un país de África, pero luego se fue a la India, creo. Y ya no supimos nada más de ella. ¡A saber por dónde...!

La joven no terminó la frase, porque sintió una extraña sensación, y se quedó callada.

Él la miró extrañado.

—¿Qué ocurre?— le preguntó el joven.

Piedad lo miró algo desorientada, y luego le contestó:

—No sé. Es algo extraño. De repente he sentido algo muy raro.

—¿Qué tipo de sensación?— le preguntó Félix, observándola detenidamente.

—No sé cómo explicártelo. Pero no es la primera vez que me pasa. —dijo ella, reflexiva —Hace varias semanas también sentí algo raro. Aunque diferente. Y me acordé de mi madrina.

—¡Um! Tal vez sea algún tipo de presentimiento o algo así.

—Sí, es posible. —respondió ella, pensativa— ¡Oh! ¡Pero espero que no sea nada malo!

—¡Tranquila!— le dijo él, poniendo su mano sobre la mano izquierda de ella —Seguro que no es nada malo.

Ella asintió, pero con cierto temor en su corazón.

En ese momento el camarero les sirvió lo que habían pedido, y ese cambio, hizo que Piedad se calmara.

Los dos probaron el chocolate y los dos dijeron al mismo tiempo:

—¡Ummm! ¡Qué bueno!

Luego se rieron por la sincronicidad.

Piedad se sintió realmente a gusto con el joven allí. Se sintió como cuando era pequeña e iba con su madrina.

Entonces se decidió a contarle lo que le había tenido disgustada desde el día anterior.

—Félix, ayer me dijiste que podía contar contigo cuando me hiciese falta un amigo.

Él sonrió y asintió.

Y ella le sonrió también.

—Mira,— empezó a decir Piedad —a propósito de lo que hablamos ayer sobre la relación entre las situaciones que vivimos de forma traumática, y las enfermedades, resulta que precisamente un rato antes, yo viví algo parecido. Y aunque he intentado no darle importancia, no logro que se me vaya de la cabeza, y me tiene bastante... traumatizada.

La joven hizo una pausa, y Félix esperó pacientemente.

—Verás, es que ayer cuando estuve con Lidia, o sea mi compañera de la escuela infantil...

Él asintió.

—En fin,— continuó Piedad —tuvimos una conversación que no sé por qué razón me dejó bloqueada. Ella quería que me fuese a vivir con ella a un piso que alquiláramos entre nosotras. La verdad es que prácticamente no la conozco mucho, solo nos hemos tratado en la escuela, y lo justo, pues no sé por qué, pero me relaciono más con otras compañeras que con ella. Además, no es que me cayera mal, pero tampoco es... que me cayese estupendamente.

—Comprendo. — contestó él.

—El caso es que ella estaba muy entusiasmada, y encima ya había buscado el piso y prácticamente lo tenía apalabrado, pero la verdad es que a mí no me interesaba ese plan, por diferentes motivos. Pero Lidia se enfadó y me empezó a decir muchas cosas que la verdad es que me dolieron, pero no fui capaz de responderle y enfrentarme a ella, porque me pilló así, de sorpresa, no solo por el momento, sino porque como te digo, tampoco teníamos una amistad como para irnos a vivir juntas, y además, es que yo estoy bien en casa... En fin, yo sé que hay muchos chicos y chicas que se juntan en un piso de estudiantes para poder estudiar la carrera, pero es que no es lo mismo. Yo no

tengo esa necesidad, al menos por ahora. Y por otro lado, pues... como te he dicho, tampoco es que Lidia fuese amiga mía.

—¿Y qué sentimiento es el que tienes con respecto a todo eso?

—Pues me siento una tonta porque no fui capaz de hablarle sin miedo, y responderle a todo lo que me dijo. Es que ella...

Se quedó callada.

Félix le cogió una mano y le sonrió, pero no le dijo nada.

—Ella— continuó Piedad —de alguna manera se burló de mí, como si yo fuera una persona muy inmadura, como aniñada, y me sentí bastante dolida. Y lo peor es que luego lo he estado pensando y me he llegado a preguntar si realmente soy una persona madura, o no. Porque si realmente lo fuera, no me habría acobardado y le habría puesto los puntos sobre las íes.

Félix la miró con dulzura.

—También me he preguntado,— continuó Piedad —si tal vez debería de haber aceptado irme a vivir con ella. Pero enseguida me he respondido yo misma que de ninguna manera. ¡Con el carácter que tiene...!

Félix se rio.

Y ella, al verlo reírse, no pudo evitar sonreír.

Entonces él le dijo:

—Piedad, tengo que confesarte algo.

Ella se sorprendió y le contestó:

—¿El qué?

—Verás, — empezó a decir él —cuando ayer me acerqué a tu mesa, en realidad lo hice porque escuché todo lo que Lidia te dijo, pues hablaba en voz muy alta, por no decir que gritaba. Y lógicamente, me enteré de todo lo que pasó.

—¡Oh!— exclamó Piedad, algo cohibida.

—No te sientas mal, por favor. —le dijo el joven— En realidad la que dio el espectáculo fue ella, no tú. Pero me di cuenta de la presión que hizo sobre ti. Y también me di cuenta de que te quedaste muy afectada. Por eso me acerqué para hablar contigo, para intentar contrarrestar el efecto que la actuación de tu compañera acababa de hacer sobre ti. No podía hacer otra cosa después de estar escuchando en el curso cómo afectan las situaciones tensas en la salud.

La joven lo escuchó muy atenta, al principio algo cohibida, pero finalmente sonrió.

—Ahora entiendo por qué me preguntaste que si me encontraba bien. — dijo —Y también, que si necesitaba a alguien, podía contar contigo. Bueno, y también que de repente me empezaste a hablar de esa nueva óptica de la medicina.

Él sonrió y asintió. Luego le preguntó:

—¿Estás molesta conmigo?

—No. — contestó ella, sonriendo también — Por alguna extraña razón, no. Tal vez si hubiera sido otra persona, o en otras condiciones, supongo que sí. Pero en esta ocasión, y contigo, no.

Félix exclamó:

—¡Uf! ¡Menos mal!

Y se pasó la mano por la frente, como si fuera a secarse el sudor.

Ella sonrió. Pero luego le vino el recuerdo de cuando Lidia le gritó tantas cosas, y le dijo:

—¿Entonces escuchaste todas las cosas que me dijo?

—Bueno, más o menos casi todo.

Piedad se quedó callada mirándole y luego le dijo:

—¿Tú piensas que soy una inmadura por vivir con mis padres?

—Si fuera así, entonces yo también lo soy, porque también vivo con los míos.

Piedad se rio y él también.

—Lo que me ha dejado un poco extrañado, —dijo Félix— es cuando Alfonso ha dicho esta mañana que a ti también te recogían tus padres.

—¡Oh, eso!— contestó Piedad, recordando lo que le había mortificado ese inocente comentario del niño, porque venía de la cruel broma de Lidia —En realidad fue Lidia la que lo dijo, con sorna, claro, pero lógicamente Alfonso con su inocencia creyó que era cierto.

Félix asintió, diciendo:

—Ya entiendo.

Piedad sonrió y luego suspiró.

—¿Sabes una cosa?— dijo.

—¿Qué?—

—Que tenías razón. Que ahora que hemos hablado sobre esto, ya me siento mucho mejor, y no lo veo tan... negro como antes.

Félix sonrió, y asintió.

—Me alegro.

Ella asintió sonriendo, y Félix le dijo:

—¿Pago los chocolates y nos damos un paseo por el parque antes de que cierren?

—Vale.— contestó ella de buena gana.

Y así hicieron.

Mientras paseaban, Piedad le comentó a Félix:

—Hoy me he enterado de que el papá de Alfonso murió.

El joven la miró y se quedó pensativo.

—¿Quién te ha dicho eso?— dijo.

—Alfonso. Bueno, él no me lo ha dicho así, claro. Supongo que se lo habréis dicho con delicadeza, pero la verdad es que me he sentido mal porque no lo sabía y no sé si he metido la pata.

—No te preocupes.— contestó él, serio y con la mirada fija en el suelo — No tenías por qué saber nada de eso.

A ella le pareció que estaba molesto y se quedó callada.

Pero Félix se debió dar cuenta y la miró unos momentos y luego le sonrió.

—No te preocupes, en serio. — le dijo —Lo que pasa es que no me gusta hablar de ello.

Piedad asintió, comprendiendo que quizás debía de ser un tema doloroso para él.

Como el parque estaba a punto de cerrar, ellos salieron y se despidieron en la misma entrada, y luego cada uno se marchó en direcciones opuestas.

Capítulo 7

Al llegar a casa, Piedad encontró a sus padres en el salón, y vio que su madre estaba llorando, mientras su padre intentaba consolarla.

—¿Qué ha pasado?— preguntó la joven, asustada.

—¡Ay Piedad!— exclamó su madre, entre lágrimas.

Como la madre no podía hablar, el padre le dijo:

—Es tu tía Marcela. Hace un rato nos llamaron por teléfono para decirnos que ha muerto.

Piedad se quedó paralizada de la impresión, y luego preguntó:

—¿Cómo? ¿Que ha muerto? ¿Pero cómo ha sido?

—Al parecer fue un accidente.— contestó el padre — Es que no nos han informado muy bien. Nos han llamado desde "Médicos Para Todos" y nos han dicho que murió en un accidente.

—¿Pero cuándo?

—Se ve que fue hace varias semanas. Que estuvieron buscando su historial, para poder informar a la familia, y que por eso han tardado en decírnoslo.

Piedad se quedó callada pensando: "¡Justo hace unas tres de semanas es cuando tuve ese pálpito tan extraño, y de repente me acordé de mi madrina! ¡Oh, no! ¡Fue por eso! ¡Y hace un rato en el parque, que también lo presentí! ¡Oh, madrina!".

Y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

Los hermanos de Piedad, que estaban en sus dormitorios, entraron en el salón y se quedaron mirando a su madre y su hermana, pero no lloraron. Ellos eran más pequeños que Piedad cuando su tía se marchó, y además no la habían tratado tanto como su hermana mayor.

—¡Ale, ale!— dijo el padre —¡No lloréis por ella! ¡Pensad que hasta el último momento estuvo haciendo lo que ella quería, y fue feliz! ¡Eso es lo que importa!

—¡Pues sí, pero a mí me hubiera gustado volver a verla!— decía entre lloros la madre.

—¡Y a mí!— dijo Piedad con pena, y recordando la cara de su madrina.

Sus hermanos se abrazaron a su madre y a Piedad para consolarlas, y les decían:

—Papá lleva razón. Lo que importa es que ella fue feliz.

Pero mientras que ese comentario hacía que la madre llorara más, Piedad pensó que sí, que era cierto.

De repente, volvió a sentir otro extraño pálpito.

"¡Oh!", se dijo, "¿Qué es esto?"

—¿Pero están seguros de que ha muerto?— preguntó Piedad.

—¡Piedad!— exclamó su padre —¿Tú crees que si no estuvieran seguros, nos lo habrían dicho?

—A lo mejor se han equivocado.— insistió la joven.

—No, hija. No creo que se hayan equivocado.— contestó el padre — De hecho, entre otras cosas nos han estado buscando porque tienen un testamento de ella.

—¿Un testamento?— repitió Piedad sorprendida —¡Qué raro!

—Sí, — dijo la madre —a mí también me ha parecido raro, porque no creo que ella tuviese muchas posesiones. Ella vendió todo lo que tenía de valor antes de irse.

—Pues no sé. — respondió el padre —Eso es lo que nos han dicho por teléfono.

—¿Y qué más os han dicho?— inquirió Piedad.

—Pues hemos quedado en ir el sábado a la oficina que tiene aquí Médicos Para Todos. — explicó el padre —Y allí un notario leerá sus últimas voluntades y nos entregarán sus pertenencias a los familiares. Lógicamente tus tíos también irán, pues ellos son tan hermanos suyos como tu madre.

—¡Ah!— exclamó Piedad —¿Entonces iréis mamá y tú?

—Y tú también tienes que venir con nosotros. — dijo la madre.

—¿Yo? Pero si yo solo soy una sobrina. No soy un familiar directo.

—Eres su ahijada, ¿o es que no lo recuerdas?— contestó la madre.

—Claro que lo recuerdo. Pero no pensé que eso...

—Tienes que venir, porque además nos lo han dicho expresamente. Que tú también estabas citada. — dijo la madre.

—¡Oh!— exclamó la joven, sorprendida —Bueno, por supuesto no tengo ningún inconveniente en ir.

Los padres asintieron.

Su hermano Alfredo, que era muy bromista, dijo:

—Piedad, a lo mejor la tía Marcela encontró un tesoro, y te lo ha dejado a ti.

—¡No bromees con estas cosas, Alfredo!— le regaño su madre.

Pero Piedad se sonrió con un toque melancólico y se dijo: "¡Ojalá el tesoro que me dejara fuese poder verla, escucharla y aprender tantas cosas con ella otra vez!".

Capítulo 8

Al día siguiente, cuando Piedad llegó a la escuela infantil, estaban su compañera Amalia y otra, llamada Fernanda, hablando entre ellas en voz baja.

Piedad, aunque tuvo algo de curiosidad, no se acercó a ellas para ver qué hablaban. Aún estaba bajo los efectos de la noticia de su madrina, y tampoco tenía muchas ganas de hablar.

Sin embargo, la vida sigue y los niños empezaron a llegar enseguida, y ella se puso manos a la obra en su tarea diaria.

Mas, conforme pasaba la mañana, se dio cuenta de que sus compañeras parecían estar algo distantes con Lidia. Eso empezó a avivar más su curiosidad, pues no sabía a qué sería debido.

Y el colmo fue cuando llegando la hora de la salida, se escucharon unas voces en el despacho de la directora, la cual estaba reunida con Lidia, y las demás compañeras se miraban con complicidad. Afortunadamente, los niños seguían jugando, y no parecían haberse dado cuenta.

Piedad ya estaba bastante intrigada. Tanto, que hasta había olvidado el disgusto que se llevó con la muerte de su madrina.

Entonces Lidia salió del despacho de la directora gritándole que la iba a demandar.

Pero tanto Piedad, como las demás maestras, tuvieron la profesionalidad o bien el sentido común de intentar no darle importancia delante de los niños, para que estos no se asustaran.

Luego Lidia se quitó su bata, recogió su bolso, muy indignada, y se marchó, sin decir ni adiós.

Las otras dos compañeras se miraron y se hicieron un gesto que Piedad no supo interpretar.

"¿Qué habrá pasado?", se preguntó ella. Pero luego pensó: "Seguramente habrá tenido otra bronca con la directora."

De buena gana les habría preguntado a las otras maestras, porque desde luego le parecía una reacción bastante fuerte, aunque por otro lado, tampoco era tan extraño, sabiendo la forma de actuar de Lidia. El caso es que tenía que atender a los padres que estaban empezando a llegar, y su curiosidad tendría que esperar.

Después de despedir a varios niños, llegó Félix.

Alfonso corrió hacia él muy contento, como siempre. Y su tío, lo cogió en sus brazos riéndose, y le dio un beso, como siempre.

Y como Piedad se acercó, él le saludó muy contento. Pero aunque ella le sonrió, Félix debió notar algo en el semblante de la joven, porque le preguntó:

—¿Todo bien, hoy?

Ella hizo un gesto afirmativo, pero se notaba en ella la melancolía por la muerte de su madrina.

—Sí.— contestó.

Pues aunque de buena gana se hubiera desahogado con él, era consciente de que Alfonso estaba delante, y sabía que no debía hacerlo.

Félix la miró detenidamente, luego miró a su sobrino, y después volvió a mirarla a ella y le dijo:

—¿Tomamos un café esta tarde juntos?

Ella sonrió todavía con el efecto melancólico y aceptó con un gesto de la cabeza.

—¿A las 6?— le preguntó el joven.

—Sí.— dijo ella.

—¿En la cafetería del Parque de la Arboleda?— preguntó Félix.

Ahí, a Piedad se le hizo un nudo en la garganta al recordarle a su madrina, e incluso se le saltaron un poco las lágrimas, pero hizo un esfuerzo máximo y le contestó:

—No. En la cafetería de la Plaza Dorada.

Él se dio cuenta y le dijo:

—Espera un momento, voy a meter a Alfonso en el coche.

Y antes de que ella pudiese responder, el joven se acercó al coche que estaba a solo unos metros de allí, y sentó al crío en el asiento especial para él. Luego le dejó un pequeño libro, y dejó la puerta entreabierta.

Después volvió hasta ella, y le dijo:

—¿Qué ocurre? ¿Has discutido con Lidia?

—No, nada de eso. — contestó ella —Aunque creo que ha tenido problemas con la directora, y no sé cómo habrá acabado. Pero no se trata de eso.

La joven se quedó callada, y él le cogió las manos.

—¿Entonces, qué ocurre?

Piedad sintió que se le saltaban las lágrimas y le contestó:

—Es que mi madrina ha muerto.

Al decir esto, le dieron ganas de llorar, pero viendo que Alfonso la estaba mirando desde el coche, hizo otro esfuerzo para tragarse las ganas.

El joven la empujó un poco más lejos del coche y de la entrada de la escuela infantil, y volvió a cogerle las manos y le dijo:

—Lo siento mucho. Sé que la querías mucho.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Sigues queriendo que nos veamos esta tarde?— le preguntó él. —Si no te apetece, lo comprenderé.

Piedad le miró y le sonrió con cierto matiz triste y le respondió:

—Sí me apetece.

Él le sonrió mirándola con dulzura, y asintiendo, le dijo:

—Entonces nos vemos a las 6 en la cafetería de la Plaza Dorada.

Ella dijo que sí con la cabeza.

Y después de una última mirada de él, este se marchó.

Piedad intentó recomponerse, y volvió al interior de la escuela infantil.

Ya se habían marchado todos los niños, y quedaban solo la directora y las otras dos maestras.

—Piedad,— le dijo la directora — estoy explicándole a tus compañeras, que Lidia no va a volver a trabajar con nosotros.

La joven se quedó bastante sorprendida.

—No me gusta hablar mal de mis compañeros de trabajo, — prosiguió la directora —pero Lidia ha cometido varios errores desde que empezó el curso, y ya ha rebosado el vaso. Lo he sentido mucho, pero ya no puede seguir trabajando aquí. No puedo deciros más.

—¡Oh, vaya! —dijo Piedad —Pues siento que se hayan puesto así las cosas.

—¡Ya! ¡Yo también!— dijo la directora —Pero yo tengo que mirar por el bien de los niños y de sus familias. Y me he visto obligada a hacer esto. Perdonad pero no puedo deciros más.

Piedad asintió. Pero las otras dijeron:

—De todas formas, esto se veía venir.— dijo Fernanda.

—Sí. Desde luego.— replicó Amalia.

—Bueno, chicas,— intervino la directora —No hagamos leña del árbol caído. Lo hecho, hecho está. Me hubiera gustado no llegar a esto, pero no ha habido más remedio.

—Pero directora,— dijo Amalia —¿ahora vendrá alguien para sustituirla?

—Claro. Tendremos que tirar de la lista de currículums.

—¡Ah, menos mal!— dijo la maestra.

—Bueno, chicas, terminemos de recoger y nos vamos.— dijo la directora, y se metió en su despacho.

Las maestras terminaron de recoger todo, y luego salieron juntas.

Pero afuera, Fernanda le dijo a Piedad:

—Se lo tenía merecido. ¿No crees?

—Pues... es que yo no sé qué es lo que realmente ha hecho.— respondió Piedad.

—¿Pero tú no veías cómo trataba a los niños?— le dijo Fernanda.

—¡Hombre, muy simpática no es que fuera!— dijo Piedad.

—¡Pero si les pegaba a veces!— exclamó Fernanda.

—¡¿Qué?!— exclamó Piedad, atónita —¡Oye, yo nunca la he visto pegar a ningún niño! A veces les hablaba un poco fuerte, pero pegarles...

—Pues nosotras sí que la hemos visto, un par de veces.— dijo Amalia.

Piedad se quedó asombrada.

—Y además era ella la que se llevaba los lápices y las cartulinas.— comentó Fernanda.

—¡Oh!— dijo Piedad, sin dar crédito.

—¡Y encima quería que nos fuésemos a vivir con ella a un piso de lujo!— dijo Amalia.

—¿Cómo?— exclamó Piedad, más sorprendida aún.

—Pues nada,— contestó Fernanda —que se había buscado un piso de lujo en una urbanización, y luego nos cogió primero a mí, diciéndome que no le dijese nada a las demás, y quiso convencerme para que me fuera con ella a vivir. Yo, que ya la había visto actuar como actuaba, le dije que no. Ella se molestó un montón, y me dijo de todo, pero a mí me dio igual, y pasé de ella.

—Y luego me cogió a mí. — continuó Amalia — Y me hizo lo mismo. Me dijo que no se lo dijera a nadie, y claro, así se ve que iba buscando a ver quién se iba con ella a pagarle el piso. Porque, por supuesto, a ella le salía demasiado caro sola, y así tendría que pagar mucho menos. Como le dije que no... ¡No me veas la que me armó! Pero ¡¿qué quieres, chica?! Que a mí no me apetecía irme a vivir con ella y punto.

Piedad se quedó de piedra al escuchar esas historias. Entonces le dio por reír, y las otras dos la miraron extrañadas.

—¡Oye! ¿Pero por qué te ríes?— le preguntó Fernanda.

Piedad hizo un esfuerzo para parar de reír y les contestó:

—¡Porque a mí me hizo lo mismo que a vosotras!

—¡¿Qué?!— exclamaron las dos compañeras al mismo tiempo.

Y luego se pusieron a reírse las tres.

—¡A saber si no se lo ha hecho a otras personas aparte de a nosotras!— dijo Fernanda.

Todas siguieron riéndose, y después de un rato de risa, Piedad sintió verdaderamente que aquel disgusto que tuvo con Lidia se había deshecho por completo, como si se hubiera hecho polvo y luego hubiera desaparecido. Y aunque el día anterior, al contárselo a Félix se sintió mucho mejor, el saber que lo que Lidia "le había hecho a ella", "se lo había hecho también a otras personas", le pareció que en realidad lo que se había tomado como algo personal y se lo había tomado muy a pecho, en realidad no era nada. El problema estaba en Lidia, y no en ella. Y entonces sí que sintió que aquel sufrimiento que había tenido, había sido en vano.

Y de esta manera, por un lado, se sintió aliviada, pero por otro, aprendió que era mejor tomarse las cosas de otra forma, y no sumergirse en la autocompasión, y en otras emociones parecidas.

Capítulo 9

Por la tarde Piedad se encontró con Félix en la puerta de la cafetería.

—¿Estás mejor?— le preguntó él.

—Sí.— respondió ella, sonriéndole. —Ya me voy haciendo a la idea.

—¿Entonces nos tomamos algo, o prefieres pasear?

—Me parecen bien las dos cosas.— dijo ella.

El joven sonrió.

—De acuerdo. Tomémonos algo, y luego nos damos una vuelta.

Una vez que se sentaron y hubieron pedido, él le dijo a ella:

—He estado pensando, y he deducido que aquellas extrañas sensaciones que tuviste con tu madrina, fueron realmente presentimientos.

—Sí, eso creo yo.— respondió Piedad.

—¿Quieres hablar de ello?— le preguntó el joven.

—¿De los presentimientos?— dijo ella.

—Me refiero a que cómo te has tomado la noticia.— le aclaró él.

Ella se quedó pensativa y luego respondió:

—Pues es cierto que hacía muchos años que no la veía, y aunque al principio la echaba mucho de menos, ya no me acordaba de ella nada más que de vez en cuando. Pero el hecho de saber que ella ya no está, que ya no existe... es... raro. Porque cuando pensaba que estaría por allá, en cualquier parte del mundo, pues... bueno, la echaba de menos, pero ahora... el saber que ya no está en ningún sitio... es otra cosa. Es muy raro.

—¿Pero tú no crees en que haya algo después de la muerte?— le dijo el joven.

—Pues sí, claro. Está el cielo. Bueno, si se ha sido una buena persona, claro. Porque si no... — Piedad hizo un gesto como de apuro — Pero mi madrina era muy buena persona. Eso es seguro.

Él se quedó pensativo.

—¿Y tú qué crees?— le preguntó la joven —¿Tú no crees que haya algo más allá de la muerte?

—Pienso que sí, porque me niego a creer que con la muerte se acaba todo, pero la verdad es que no sé cómo será.

Piedad se quedó pensativa, y de pronto le vino el recuerdo del padre de Alfonso. Entonces miró al joven, pero no se atrevió a preguntarle por eso. Comprendía que debía ser un tema delicado.

Él le sonrió.

—¿En qué estás pensando?

La joven se sonrió con cortedad y respondió:

—No tiene importancia.

Félix se quedó mirándola, reflexivo y luego le preguntó:

—Bueno, y ¿cómo lo habéis sabido? ¿Acaso os han avisado desde Médicos Para Todos?

—Sí.— dijo Piedad reflexiva —Pero tampoco hubiera estado mal que ellos nos hubieran informado antes. Aunque se ve que tardaron en encontrar a los parientes... No sé. Es un poco raro. Porque hace varias semanas que murió. Y hasta ahora... han tardado mucho, ¿no?

—Bueno, imagino que los trámites legales son siempre lentos.

Piedad asintió.

—Pues el sábado tengo que ir con mis padres y con mis tíos allí, porque por lo visto mi madrina dejó un testamento.

—¡Ah! ¿Ella tenía propiedades aquí?

—¡Qué va! ¡Si ella nunca tuvo siquiera un piso de propiedad! Es muy raro.

—Tal vez ella tenía algo allí. Si dices que hace ya bastantes años que no sabíais nada de ella...

—Es posible.— dijo Piedad.

Félix le sonrió y le dijo:

—¿Entonces estás mejor?

Ella le sonrió a él y le respondió:

—Sí. Ya lo voy superando.

Él asintió con la cabeza.

Después de tomarse el café, salieron a dar un pequeño paseo, y entonces Piedad se acordó de Lidia.

—¡Ah! ¡No te puedes imaginar lo que ha pasado con Lidia!

Él la miró con ojos escrutadores.

—¿Qué ha pasado?— inquirió.

—Bueno, no te puedo explicar los detalles, pero al final ya no va a trabajar más en la escuela infantil.

Félix se quedó pensativo, y luego asintió, diciendo:

—No me extraña.

Piedad se sorprendió por el comentario.

—¿Por qué no te extraña?

—Pues porque esa chica no estaba apta para trabajar en una escuela infantil.

—¿Por qué dices eso? ¡No será por lo que me pasó con ella!

—No. Nada de eso. Pero yo mismo la he visto tratar a algunos críos. Y Alfonso también se ha quejado a veces de ella. Siempre que ha hablado de ella, me decía que era una maestra muy mala.

Piedad se quedó asombrada, y a la vez se sintió culpable de no haberse dado cuenta del grado del daño que había estado haciendo Lidia.

—¡Oh, vaya!— exclamó —¿Cómo es posible que yo no me diera cuenta del daño que estaba haciendo? A mí no me terminaba de caer bien, y la veía a veces regañar a los niños, quizás algo exagerada, pero... nunca me di cuenta de que era tan cruel como he sabido luego. Incluso alguna vez me planteé que si yo le estaba cogiendo manía...

—¡Tranquila, Piedad!— le dijo él —¡No es culpa tuya! Esa chica es muy lista y sabía cuándo actuar. Además, tengo la impresión de que eres tan buena, que no se te ocurre pensar que alguien pueda hacer algo que tú nunca harías.

Piedad se rio, avergonzada.

—No soy tan buena como crees. En realidad, soy un desastre.

Él se rio también, y le dijo:

—Puede que seas un desastre, pero si es así, eres el desastre más bonito que conozco.

Piedad se sorprendió y volvió a reírse más avergonzada aún, diciendo:

—¡Cómo se nota que me conoces poco!

Félix soltó una carcajada.

Y la joven se reía también con él, hasta que le dijo:

—Pero no sabes lo mejor.

—¿Lo mejor?— repitió el joven —¿Y qué es lo mejor?

—Pues que resulta que me he enterado que yo no fui la única a la que le propuso irse a vivir con ella, ni tampoco soy la única a la que le echó una bronca.

Félix la miró extrañado.

—¿No?— dijo.

—Pues no. Se lo ha hecho a otras personas. Me lo han contado ellas.

Piedad no quiso decir que habían sido sus compañeras, porque se suponía que eso era algo que habían hablado entre ellas, en "petit comité".

Él se quedó pensando y luego se sonrió:

—Ya veo.— dijo —¿Y eso cómo te ha afectado?

—Pues la verdad es que ahora me parece una tontería habérmelo tomado tan a pecho.

Él asintió y dijo:

—Pero de todas las experiencias se puede aprender algo.

—Sí. Es cierto.— dijo ella.

Luego continuaron paseando un poco más, y después se despidieron, y se marchó cada uno por su lado.

Capítulo 10

El resto de la semana pasó con cierta intensidad en la escuela infantil, pues en esos días aún no pudieron contratar a quien iba a sustituir a Lidia.

Por otro lado Piedad y Félix no pudieron quedar más tardes, pues él ya las tenía ocupadas precisamente haciendo el curso de medicina del que ya le había hablado.

Y por fin llegó el sábado.

Piedad fue con sus padres y con sus tíos a la oficina de Médicos Para Todos, y allí los atendió un hombre joven que dijo llamarse Orlando, y los recibió muy amablemente. Luego los pasó a una sala de reuniones en la que ya estaban otro miembro de la Organización, un abogado de ellos, y un notario.

Orlando hizo las presentaciones y les dijo que el otro miembro de la Organización se llamaba Antonio.

Entonces Antonio les explicó que Marcela y otro médico habían muerto en un accidente en el que cayeron con su coche por el barranco de una montaña.

Todos los familiares se quedaron en silencio conmocionados, hasta que la madre de Piedad preguntó:

—¿Y el cuerpo de mi hermana? ¿Qué han hecho con ella? ¿Acaso la han enterrado allí, o qué?

—Mire,— dijo Antonio, —lo que pasa es que el coche cuando cayó, se destrozó por completo, y cuando lo encontraron, habían pasado ya por lo menos dos semanas. Y al bajar para buscar los cuerpos..., prácticamente... no encontraron nada, pues... se ve que los animales de la zona...

Todos se quedaron callados, impresionados.

De repente Piedad volvió a sentir aquel extraño presentimiento que había sentido en las otras ocasiones, y se dijo: "¿Qué es esto? ¿Qué me quiere decir el corazón?"

—¿Bueno, y cómo es que ella ha dejado un testamento?— preguntó el padre de Piedad.

—Bien,— explicó el abogado —es que después, cuando la policía fue a registrar su habitación, encontraron entre sus efectos personales un sobre en el que ponían sus últimas voluntades. Luego ellos indagaron hasta que encontraron la vinculación con Médicos Para Todos, y nos entregaron el sobre. Entonces decidimos llamarlos a ustedes. Ahora el notario les leerá sus últimas voluntades, y nosotros ya no podemos hacer nada más.

— Pero ¿cómo que hasta que encontraron su vinculación con Médicos Para Todos?— dijo el tío mayor de Piedad — ¿Es que no fueron ustedes los que la buscaron?

—No.— contestó Antonio —Nosotros no sabíamos nada. Nos enteramos por la policía.

—¿Cómo? —exclamó el tío mayor de Piedad —Si ustedes sabían que habían salido, ¿no los echaron de menos?

—Es que nosotros no sabíamos lo que ella hacía o deshacía. — contestó Antonio, de mala gana.

—¡Desde luego esto no es normal!— dijo el tío mayor de Piedad —Mi hermana se ha tirado diez años trabajando con ustedes, y ahora nos vienen con estas. ¡Qué tipo de personas son ustedes!

—¡Caballero,— contestó Antonio, bastante enfadado —lo que usted quizás no sepa, es que su hermana hacía un tiempo que no trabajaba con nosotros. Ella fue tomando iniciativas propias que no estaban acordes con nuestro trabajo, y a pesar de que se le informó que no debía seguir esa conducta, ella insistió en seguirlas! Hasta que se le dio un ultimátum, y ella tomó su decisión y empezó a trabajar por su cuenta. Y para colmo de los colmos, convenció a otro de nuestros compañeros, que también dejó la Organización. Y como les llamamos la atención diciéndoles que no podían ejercer la medicina de esa forma, ellos hicieron caso omiso, y al final cortamos relaciones. El avisarles a ustedes, — Antonio miró a Orlando con un gesto de fastidio — ha sido más bien un deber moral. Nada más. Por los años que estuvo trabajando con nosotros. Eso es todo.

Toda la familia se quedó callada, hasta que su hermano mayor exclamó con pena:

—¡Es que siempre fue una revolucionaria!

—¡Una veleta, diría yo!— dijo el segundo hermano.

—¡No es cierto!— exclamó Piedad, con el corazón encogido por la emoción —¡Mi madrina solo buscaba la verdad!

Orlando la miró pensativo, y Antonio contestó con ironía:

—¿La verdad? Se ve que no la conocías bien. Yo diría más bien que lo que buscaba era la aventura. Eso es todo.

Piedad se quedó bloqueada por un momento, pero el amor que sentía por su madrina, le dio la fuerza necesaria para responder:

—¡Tú eres el que no la conocía bien! ¡Mi madrina siempre iba buscando el ayudar a los demás, sin ningún interés! ¡Y si es verdad que ella empezó a trabajar de otra forma, sería porque vería que vosotros hacíais cosas con las que no estaba de acuerdo!

—¡Lo que me faltaba ya!— exclamó Antonio muy enfadado —¡Vas a venir tú a darme lecciones! ¡Otra como Marcela! ¡De tal palo, tal astilla! ¡Encima de que os hemos hecho un favor a ti y a tu familia! ¡Y tenemos que aguantar insultos!— y mirando a Orlando, continuó con un tono de reproche —¿Ves lo que pasa cuando se hacen favores innecesarios? ¡Por el empeño tuyo de buscar a su familia, encima tenemos que aguantar insultos!

Piedad miró a Orlando, comprendiendo que fue él el que hizo que les informaran de lo acontecido a su madrina, y vio que el joven la miraba a ella, y pasaba de responderle a Antonio.

—¡Tengamos calma!— dijo el padre de Piedad — Piedad, discúlpate con Antonio, porque ciertamente nos han hecho un favor. Pero usted, — dijo esto dirigiéndose al médico — haga el favor de entender que mi hija está muy consternada por la noticia, y usted no está hablando muy bien, que digamos, de mi cuñada.

Antonio resopló, y Piedad le dijo:

—Está bien, disculpa por lo que te he dicho.

Orlando observaba la escena, muy pensativo, y el abogado le puso la mano en el brazo a Antonio, diciéndole:

—¡Tranquilo, Antonio!

Y dirigiéndose a la familia de Piedad:

—Bueno, nosotros ya no podemos informarles nada más. Solo nos queda ver lo que el notario nos va a leer en las últimas voluntades. El sobre está cerrado y lacrado, y él lo va a leer. No sabemos si ella nos nombra, porque nadie sabe lo que contiene el sobre, ni cuándo lo escribió.

Todos se quedaron callados.

Entonces el notario, que había permanecido callado, abrió delante de todos un sobre grande, miró lo que había en el interior, y sacó un papel y otro sobre cerrado algo más pequeño, pero bastante abultado.

A continuación leyó:

"Toda mi vida he estado buscando el motivo de la existencia. ¿Por qué nací? ¿Dónde estaba antes de nacer? ¿Por qué vivo? ¿Para qué vivo? ¿Qué pasará conmigo cuando muera? Y sobre todo: ¿QUIEN SOY?

Tras años de búsqueda, creo que ya he encontrado algunas respuestas. Pero sigo buscando...

Sin embargo, como no sé cuándo me visitará la Muerte, deseo dejar clara cuál es mi última voluntad.

Y mi última voluntad es dejar toda mi herencia a mi ahijada Piedad. Pues sé que solo ella será capaz de apreciar mi legado, y de hacer buen uso de él."

En algún lugar de Bolivia...

Marcela Gascón Macías.

Todos los de la familia se quedaron asombrados.

—¿Que le ha dejado todo solamente a Piedad?— exclamó la mujer del hermano mayor. —Eso no es justo, ¿no?

Piedad no sabía qué decir.

Los demás tampoco sabían qué decir. Hasta que el padre de Piedad dijo:

—¿Y se puede saber en qué consiste la herencia?

El notario abrió el sobre grande, y lo mostró para que todos vieran que no había nada más.

—Me temo que no hay ninguna escritura de nada. Por tanto, el único legado que deja es lo que hay en este sobre.

—¿Y qué hay en el sobre?— preguntó la mujer del hermano mayor.

El notario entregó el sobre a Piedad y ella lo cogió con emoción, mirando lo que había escrito en él:

"Para mi ahijada Piedad."

Los demás se quedaron mirándola.

—¿No lo vas a abrir?— le dijo su tía.

Piedad asintió y lo abrió.

En el interior solo había un cuaderno. Ella lo sacó y, al hacerlo, volvió a emocionarse.

En la portada ponía con letra escrita: "Diario personal".

—¡Es su diario!— exclamó la joven sonriendo.

Todos volvieron a quedarse asombrados, menos Piedad, que sonrió.

—¡Este es su legado!— exclamó emocionada —¡Me deja su diario!

Sus tíos la miraron sorprendidos, y el tío mayor dijo:

—Tal vez en su diario tenga las indicaciones de lo que poseía.

—Ella no poseía nada. —intervino por fin Orlando —Su único tesoro era su diario, que lo guardaba celosamente.

Todos lo miraron.

Y luego Antonio y el abogado también se miraron entre sí, como pensativos los dos.

—En fin,— intervino el notario —pues por mi parte, ya está todo.

—Bien señores,— dijo Antonio —Nosotros también hemos cumplido, incluso más allá de lo que nos correspondía, y no tenemos nada más que hablar. Así que si les parece damos por terminada la reunión.

Todos asintieron y salieron de allí.

Una vez en la calle, el tío mayor de Piedad propuso a todos ir a una cafetería, para hablar sobre el tema. Y todos aceptaron.

Pero cuando iban a marcharse, salió Orlando y llamó a la joven:

—¡Piedad!

Ella se dio la vuelta y al ver que era él, le dijo:

—Sí.

El joven se acercó hasta ella y le dijo:

—Me gustaría hablar contigo. ¿Crees que podrías en algún momento?

Piedad, que sabía que gracias a él se habían enterado de lo ocurrido a su madrina, le dijo:

—Oye, te agradezco que hayas convencido a tus compañeros para que nos informaran sobre mi madrina. Aunque ella ya no estuviera trabajando con vosotros.

Él le sonrió y le dijo:

—Ella me habló muchas veces de ti.

Eso la sorprendió.

—¿De verdad?— dijo ella.

—Sí. Me contó muchas cosas de cuando eras pequeña e ibas a su casa. Y de cuando ibais al Parque de la Arboleda.

Piedad sonrió, emocionada.

—¡Por favor!,— dijo —¡cuéntame cosas de mi madrina! ¡Quiero saber!

Él le sonrió y le respondió:

—Pero ahora no puedo, solo he salido un momento para hablarte. Pero si quieres, podemos vernos en otro momento.

—¡Sí! ¡Me gustaría mucho!— contestó Piedad.

—¿Esta tarde podrías?— le propuso Orlando.

—Sí.— dijo ella.

Los dos se pusieron de acuerdo en el lugar y la hora, y luego se despidieron.

Y Piedad se marchó muy ilusionada.

Capítulo 11

En cuanto Piedad llegó a su casa, cogió el diario de su madrina y lo abrió para empezar a leerlo.

La joven sintió su corazón latiendo fuertemente al reconocer la letra de su madrina, pues el diario estaba escrito a mano.

En la primera página había escrito:

"Piedad, si estás leyendo este diario, querrá decir que yo ya me he ido. Seguramente estarás enfadada porque durante tanto tiempo no me he puesto en contacto contigo. Sin embargo, siempre has estado en mi corazón, y todo lo que he aprendido, y lo que aprenderé, lo compartiré contigo.

Has de saber que durante todos estos años he estado en diferentes países de África, Asia y Suramérica, y en todos ellos he tenido la suerte de encontrar hombres y mujeres que se salen de lo común, y que cada uno tenía un trocito de sabiduría. O al menos eso es lo que yo pensé cuando los conocí y compartieron conmigo parte de su conocimiento.

Sin embargo, ha sido aquí, en Bolivia, donde he encontrado lo que realmente me ha ayudado a cambiar mi vida.

Aunque también podría haberla cambiado en cualquier otro lugar del planeta. Solo necesitaba saber.

¿Saber, qué?, te preguntarás.

Saber cómo hacerlo. Cómo Cambiar. Cómo Despertar. Cómo Morir. Y cómo Nacer...

Imagino que cuando estés leyendo esto, te preguntarás si tu madrina está en sus cabales, y eso me hace reír.

Pero no. No estoy diciendo imposibles.

En este diario te voy a explicar poco a poco todo lo que yo he aprendido.

Te pido que no lo leas deprisa y corriendo, como se suele hacer ahora todo: con prisas.

No.

Porque es preciso que asimiles todo, viviéndolo por ti misma. De otra forma, no te serviría de mucho. No es lo mismo el aprendizaje intelectual, que el aprendizaje vivido. Y lo que importa, lo que realmente produce el verdadero cambio en nosotros, es la experiencia propia y directa.

Por eso, no tengas prisa.

Espero de todo corazón que te pueda servir.

Por último, quiero aclararte que aunque este diario es para ti, no quiere decir que debas mantenerlo en secreto, pues si sigues siendo como eras de pequeña, sé que si verdaderamente aprecias lo que te explicaré, querrás compartirlo, y tienes mi bendición para ello. Porque sé que sabrás quién busca el Conocimiento, y quién no.

Con todo mi amor,
Marcela"

Piedad señaló el diario, con el separador de tela que traía el libro, y luego lo cerró.

La joven se quedó con un extraño sabor emocional. Por un lado lamentaba no poder volver a ver a su madrina. Pero por otro, estaba contenta por el regalo que le había dejado.

Después se dijo: "Creo que tiene razón... aunque tengo muchas ganas de leerlo todo ya, es mejor que no lo lea deprisa y corriendo. Al fin y al cabo ya lo tengo, y puedo asimilarlo mejor si voy poco a poco. Así que lo que haré será leer cada día un capítulo. Sí. Me apetece hacerlo así". Y sonrió contenta al pensarlo.

Capítulo 12

Por la tarde Piedad se encontró con Orlando en la cafetería de la plaza Dorada.

Una vez que se hubieron sentado, Piedad le dijo al joven:

—Háblame de mi madrina, por favor.

El otro sonrió y le dijo:

—Marcela era una gran mujer. Ella siempre buscaba lo mejor para ayudar a los demás. Amaba mucho a los niños, y todos a los que trataba, la querían. Yo la conocí hace algo más de un año, y ya utilizaba otras técnicas para curar o mejorar a los pacientes. Muchas veces solo les hablaba. Otras, utilizaba plantas de allí, a veces en cocción, y a veces en elixires florales. Había aprendido técnicas de curación con diferentes nativos de los distintos países por los que había viajado. Le encantaba hablar con los ancianos y los curanderos de diferentes tribus. Y no todo lo cogía, pero sí aprendió muchas cosas. Además, cada vez que iba a la ciudad, se informaba a través de internet de otras técnicas de medicina diferentes a la que normalmente utilizamos en la Organización. Todo eso le creó muchos problemas, y desde la Organización le llamaron la atención varias veces, pero a ella le daba igual. Marcela hizo amistad con un anciano con el que se encontraba muy a menudo, y con el que fue aprendiendo otras formas de ver el mundo y la vida. Y muchas de esas cosas quiso compartirlas con los demás, pero a excepción de Norberto y de mí, nadie más quiso saber sobre ellas.

Piedad le escuchó muy atentamente.

—¿Quién es Norberto? Inquirió la joven.

—Era su marido.

—¡Mi madrina tenía un marido!— exclamó ella sorprendida.

—Él era la otra persona que estaba con ella en el accidente. — explicó Orlando.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Cómo me hubiera gustado conocerlo!— dijo ella, lamentándose.

—Era un hombre excepcional, también.

Piedad sonrió y asintió.

—Debía serlo, si mi madrina se casó con él.

Orlando sonrió pensativo.

—Ellos se enamoraron nada más verse. — dijo Orando—Fue un flechazo. Eso fue lo que me dijo Norberto. Y a ella se le notaba que estaba muy enamorada de él.

Piedad sonrió, imaginando a su madrina enamorada.

—¿Él era boliviano?— preguntó.

—Sí.

—O sea que se conocieron a través de MPT, ¿no?

—Bueno, eso fue algo gracioso. Él también estaba en MPT, pero trabajaban en ciudades diferentes. Pero por no sé qué razón, los dos decidieron visitar la antigua

ciudad arqueológica de Tiwanaku, o tal vez te suene más Tiahuanaco. Y allí se conocieron. Y... se ve que Cupido también visitó la zona. — dijo Orlando, sonriéndose.

Piedad sonrió también.

Luego miró al joven y le preguntó:

—¿Y qué me dices de ti? ¿Tú no has tenido problemas aceptando las técnicas que utilizaba mi madrina?

—Bueno, yo, primeramente, no he utilizado todas las técnicas, solo las que me han convencido más. Y por otro lado, ella era bastante franca y muy poco diplomática, y yo he sido más discreto que tu madrina. Aunque he aprendido muchas cosas con ella, de medicina, y de la forma de vivir.

Piedad le sonrió.

—¿Y dices que la conociste hace un año?

—Sí. Bueno, algo más de un año. Antes estuve en otros lugares. En varios países de África y luego me fui a Bolivia, donde coincidimos.

—¿Y ahora has vuelto, o te vas otra vez?— preguntó la joven.

Él sonrió y le respondió:

—No. Esta vez me quedo. Por un lado he aprendido muchas cosas que... no me dejan seguir ejerciendo la medicina tal y como se espera de mí. Y por otro lado... hay... algo... que quiero comprobar. Cuando me fui, llevaba mucho tiempo queriendo marcharme, convencido de que era mi misión. Pero con el tiempo, y sobre todo con muchas de las cosas que he aprendido con Marcela, me he dado cuenta de que tal vez me había equivocado.

Piedad le miró reflexiva y le respondió:

—Pero a lo mejor si no te hubieras ido, no te habrías dado cuenta de ello.

Orlando se sonrió:

—Sí. Eso mismo digo yo.

Piedad le sonrió también.

—¿Y cuánto hace que te fuiste?— inquirió.

—Pues hace casi cinco años. Más exactamente cuatro años y ocho meses. Y realmente ha sido un tiempo muy intenso.

La joven asintió, en señal de comprensión.

—Cuéntame más cosas de mi madrina.

Y él estuvo contándole muchas anécdotas ocurridas con su tía. Piedad se sintió muy consolada con todas las historias que el joven le contó.

—Pero entonces ¿mi madrina, ya no ejercía la medicina normalmente?— preguntó ella en un momento dado.

—Si con normalmente te refieres a lo que se suele hacer en la medicina convencional, realmente no.

Piedad se quedó pensando en las cosas que había hablado con Félix y luego le dijo a Orlando:

—Pues ¿sabes una cosa?, que hace tan solo unos días me han hablado de un nuevo descubrimiento de la medicina que relaciona los traumas emocionales con la enfermedad.

Orlando la miró sorprendido:

—¿De veras? ¡Vaya! ¿Y dónde has oído hablar de ese tema?

—Pues... ha sido un amigo el que me ha contado un poco. Él está haciendo un curso sobre eso. Creo que se llama Nueva Medicina Germánica.

Orlando se quedó pensativo y asintiendo:

—Eso me parece muy interesante. ¿Habría alguna manera de contactar con tu amigo?

—Pues..., es que no tengo su número de teléfono. Pero lo veo todos los días en la escuela infantil.

—¿En la escuela infantil?— repitió el joven con aire divertido.

Piedad le leyó el pensamiento y se rio:

—Trabajo en una escuela infantil, ¿qué te pensabas?

Él se rio.

—Ya me imaginaba que no ibas allí a aprender. — dijo el joven.

Ella se rio también.

—¿Es tu compañero de trabajo? — le preguntó él.

—No. Es el tío de uno de los niños que van a la escuela.

—¡Ah, ya!— respondió Orlando pensativo —Mira, esto del curso que me has dicho, me interesaría saber un poco más. Sé de lo que se trata, pero me gustaría asistir, si es aún posible, claro. ¿Crees que podría acercarme cualquier día a tu escuela a la hora en que recogen a los niños, y me lo presentas?

—Sí, claro. —contestó ella— Cuando quieras. Nosotros estamos hasta las tres, normalmente. Y él suele venir sobre esa hora.

—De acuerdo. Así lo haré. — asintió Orlando

Piedad le sonrió, pensando que qué pequeño era el mundo. Y luego le dio la dirección de la escuela.

Después estuvieron un poco más charlando acerca de Marcela, y luego se despidieron, quedando él en llegarse algún día por la escuela, y Piedad se marchó a su casa bastante animada.

Aquella noche no leyó ningún capítulo del diario de su madrina, pues se consideraba satisfecha con todas las oportunidades del día: el regalo del diario, las primeras palabras de su madrina en el diario, y por último, todas las cosas que le había contado Orlando acerca de ella.

Capítulo 13

—¡Tenemos nueva compañera!— le dijo Fernanda a Piedad, en cuanto entró en la escuela infantil, el lunes siguiente.

—¿Ya?— exclamó ella sonriendo —¿La habéis visto vosotras?

—Sí. —dijo Amalia —Es suramericana, y parece bastante agradable.

—¿Suramericana? —repitió Piedad, sorprendida —¿Y dónde está?

—La directora le está explicando un poco cómo va todo. — contestó Amalia.

—Bueno, vamos a ver. — dijo Piedad — Esperemos que vaya mejor todo.

—Seguro. —respondió Fernanda —Peor que Lidia no puede ser.

Piedad la miró, pero no respondió nada.

Algunos niños empezaron a llegar, y las maestras los atendieron hasta que la directora salió del despacho con la nueva maestra. Era una joven algo mayor que Piedad.

—Piedad, esta es Asiri.— dijo la directora — Va a trabajar con nosotras.

Las dos jóvenes se sonrieron, se saludaron y se dieron un par de besos.

—¡Bienvenida!— le dijo Piedad a la nueva maestra.

—¡Gracias!— contestó Asiri.

El resto de los niños fueron llegando, y las maestras se pusieron manos a la obra.

Como era el cumpleaños de Alfonso, todos le cantaron la canción de "cumpleaños feliz", y las maestras repartieron caramelos entre todos los niños para celebrarlo. Los caramelos eran sin azúcar blanca, ni edulcorantes artificiales dañinos, sino elaborados con estevia. Una costumbre que había creado la directora para cada cumpleaños.

Aunque la mañana estaba resultando muy amena, Piedad estaba deseando que llegara la hora de irse, para poder hablar con Asiri, y de esta manera poder conocerla un poco más.

Y por fin llegó la hora de la salida. Los familiares de los niños empezaron a llegar, y pronto apareció por allí Félix.

Piedad se acercó hasta él, mientras este había cogido en brazos a su sobrino, que había ido corriendo hasta su tío, como hacía habitualmente.

El joven después le sonrió a Piedad y le dijo:

—¡Hola seño Piedad!

—¡Hola Félix!

Los dos se sonrieron. Y luego él le dijo:

—Espera un momento, que voy a sentar a Alfonso en el coche.

Ella esperó pacientemente, mientras lo miraba con el ánimo contento.

Luego el joven se acercó hasta ella y le preguntó:

—¿Cómo fueron las cosas el sábado?

—¡Oh!— exclamó Piedad —Bueno, pues yo diría que hubo cosas buenas, y otras no tanto. Pero en general, bien.

—Espero un reporte completito. — contestó Félix.

Ella se rio.

Y él le preguntó:

—¿Esta tarde por ejemplo?

—¿No tienes curso?

—Sí tengo, pero terminamos antes.

—Está bien. — respondió Piedad— Si eres tan curioso, satisfaré tu curiosidad.

—¡Así me gusta! ¡Una amiga comprensiva!

Los dos se rieron.

—¿A las ocho en la plaza dorada?— propuso él.

—Muy bien.— asintió ella.

—Entonces, hasta luego.— dijo Félix.

—Hasta luego.— contestó Piedad.

El joven se dirigió hacia el coche, pero de repente se paró mirando a la entrada de la escuela infantil, y así se quedó unos segundos. Luego puso cara de sorpresa.

Piedad, que lo había estado siguiendo con la vista, miró curiosa a donde su amigo miraba y vio a Fernanda hablando con Asiri.

Entonces Félix exclamó en voz alta:

—¿Asiri?

La joven lo miró y tras unos segundos de reacción, sonrió y respondió:

—¡Félix!

Entonces él se rio y ella se acercó hasta él. Luego se dieron un abrazo y después se hablaron algo, muy contentos.

Mientras tanto Piedad se quedó paralizada mirándolos a los dos.

"¡Así que ellos se conocen!", se dijo, sintiendo un pequeño pellizco en la zona del estómago, y con la mirada fija en ellos. "Y se ven muy contentos de verse. Tal vez sea una antigua novia", pensó.

Luego los otros dos jóvenes se despidieron, y Félix se metió en el coche, y arrancó y se fue.

Piedad lo observó todo, sintiendo que el corazón le latía muy rápido.

Asiri se metió en la escuela infantil, y Piedad le siguió. Pero si al principio de la mañana a Piedad le cayó muy bien la nueva maestra, por una extraña razón ahora ya no le caía tan bien.

La joven recogió sus cosas, y cuando salieron, solo se despidió de Asiri con un seco "Hasta mañana", y eso fue todo.

Pero todo el camino a casa fue pensando en Félix y en su nueva compañera, diciéndose: "¿Habrá algo entre ellos? Si tuvieron una relación, puede que vuelvan a

tenerla. Él parecía feliz de verla. Y ella también lo parecía". Se mordió el labio y se dijo: "¡Oh, no, por favor! ¡Que no sea eso!".

Capítulo 14

Desde que Piedad vio a Asiri y a Félix juntos, algo la estuvo torturando por dentro: la sospecha de que pudiera haber una relación entre ellos, y el miedo a perder a su amigo.

Apenas comió, pues se le quitó el hambre. Y no lograba concentrarse en nada de lo que hacía.

Viendo el diario de su madrina, se dijo: "Ahora me vendría bien poder desahogarme con mi madrina. Voy a leer el diario."

De modo que se sentó en su escritorio, y abrió el querido libro:

"¿Recuerdas que en algunas ocasiones nos hemos preguntado por qué enfermamos?

¿Por qué hay gente que continuamente enferma de unas cosas y de otras, y sin embargo, hay otras personas que siempre están bien?

¿Por qué hay personas que se curan y personas que no?

Pues bien, a lo largo de mis viajes he descubierto que todo tiene su por qué, y no hay nada casual.

Para empezar, en algunas religiones orientales se habla del Karma. El Karma es una ley cósmica que viene a mostrar que toda acción tiene su consecuencia. A tal acción, le corresponde tal consecuencia.

En occidente la gente se ha vuelto más materialista y ha perdido muchas capacidades que antes tenía, y lo peor es que ha disminuido su conciencia, de manera que se piensa, se siente y se actúa de una forma mayoritariamente mecánica, automática. Si nos insultan, nos sentimos ofendidos. Si nos alaban, nos sentimos reyes. Si no nos apoyan, nos sentimos solos. Si nos sonríen, nos sentimos contentos. Si nos roban, nos sentimos desgraciados. Etcétera.

Cualquiera puede hacer con nosotros lo que quiera, porque reaccionamos de forma mecánica, tanto en pensamientos, como en sentimientos, como en hábitos.

Por eso, en este estado de sueño de la conciencia, se cometen muchos errores: tanto individuales, como colectivos.

Y esa misma forma de vivir es la que provoca en nosotros las distintas enfermedades. Es decir, que la mayoría de las enfermedades son la consecuencia de nuestro sueño psicológico.

Lo peor de todo es que es precisamente este sueño psicológico el que no nos permite ver el estado de conciencia que tenemos.

Cuando soñamos por la noche, normalmente no sospechamos que estamos durmiendo y que lo que vivimos en ese momento, es solo un sueño.

Cuando vivimos soñando durante el día, normalmente no nos damos cuenta de que estamos con la conciencia dormida, mientras reaccionamos mecánicamente y como autómatas en cada situación de la vida.

Pero se puede Despertar.

Hay personas que mientras sueñan por la noche, de repente se dan cuenta de que están soñando. Eso es un Despertar momentáneo en el sueño.

También mucha gente ha sentido alguna vez una extraña inquietud interior, que le hace ver el mundo por unos instantes de otra forma. Eso es un Despertar momentáneo en la vida. Pero desgraciadamente, esa llamita de inquietud es muchas veces sofocada con cualquier cosa del mundo que no tiene la mayor importancia, y volvemos a soñar despiertos.

Pero si esa inquietud, esa llama que está en nuestro interior se aviva, puede resultar algo muy diferente.

Con un trabajo interior específico y muy profundo, se puede Despertar la conciencia que tenemos dormida, y nuestra vida cambia radicalmente.".

Piedad se quedó pensando en lo que acababa de leer. Y recordando la escena entre Félix y Asiri, se dijo: "Es verdad. Reaccioné de una forma completamente mecánica. Ni siquiera me paré a reflexionar".

Y luego se acordó de su reacción en su encuentro con Lidia.

"Creo que voy a tener que estar más pendiente, y no seguir cometiendo estos errores.".

Capítulo 15

Un buen rato más tarde, Piedad llegó a la cafetería Dorada. Allí le esperaba Félix, que la saludó muy contento.

Ella sonrió y pensó: "Quizás he exagerado con lo de Asiri.".

Los dos se sentaron y pidieron unos chocolates.

—Bueno, ¿qué me dices del sábado?— inquirió Félix.

La joven le sonrió y le contó lo que les dijeron en la oficina de Médicos Para Todos sobre su madrina. Y también lo de que le dejó el diario.

—¡Vaya!— respondió él, cuando ella acabó de contarle todo — Siento mucho lo que le pasó a tu madrina, pero me imagino que te habrá gustado que ella te dejara su diario, ¿no es así?

—Sí. Así es. Ya he empezado a leerlo, pero iré poco a poco. Por ahora me está pareciendo muy interesante. Además, he leído algunas cosas que creo que tienen relación con lo que tú estás estudiando.

—¿De verdad? ¡Oye, pues luego compartirás conmigo lo que aprendas de ella!, ¿eh?— dijo el joven

Piedad se rio, y pensó: "¡Y yo que temía que estando Asiri ya no iba a querer cuentas conmigo!"

—Y a cambio, — continuó el joven —yo compartiré contigo lo que estoy aprendiendo en el curso. Bueno, al menos lo fácil. — dijo esto último riéndose.

Ella también se rio, cuando de repente se acordó de Orlando.

—¡Anda!— exclamó—¡Se me había olvidado por completo!

—¿Qué se te había olvidado?— preguntó Félix, sorprendido.

—Pues que hay un chico que quería contactar contigo porque está muy interesado en el curso de medicina que estás haciendo.

—¿Un chico? ¿Quién es?

—Pues era amigo de mi madrina. Bueno, él es joven. Quizás un poco mayor que tú. Pero estableció una gran amistad con mi madrina.

—A ver, a ver. ¿Cómo es eso?

Piedad le explicó que el joven había conocido a su madrina hacía algo más de un año, y que también había empezado a cambiar su forma de trabajar como médico. Y que gracias a él, Médicos Para Todos les había informado a ella y a su familia sobre lo ocurrido a su madrina, ya que la propia Organización, había renegado de su madrina.

Félix se quedó pensativo y luego le dijo:

—Ya veo. ¿Pero cómo puedo contactar con él? ¿Tienes su teléfono?

—No.— respondió Piedad haciendo un gesto de fastidio. —¡Qué tonta soy! ¡Ni yo le pude dar el tuyo, ni ahora te puedo dar el de él! ¡Buf!

Félix se rio y le dijo:

—Bueno, vamos a solucionar esto, al menos parcialmente. Toma nota de mi teléfono.

Ella sonrió y lo apuntó en su móvil. Luego le dio un toque a él, y el joven lo grabó.

—Pero ahora que recuerdo...— empezó a decir Piedad, pensativa —me dijo que a lo mejor se llegaba por la escuela algún día sobre la hora de salida de los niños, y os podría presentar.

—¡Ah, ya! ¡Así que le contaste que trabajabas en una escuela infantil!

—Sí.

Él se quedó callado como pensando y luego respondió:

—Bueno, pues si va, ya lo veré. Y si no lo veo, dale mi teléfono.

—De acuerdo. —dijo ella.

Félix asintió.

Entonces Piedad se acordó de nuevo de Asiri. Y echando valor, se atrevió a preguntarle:

—Oye. ¿De qué conoces a Asiri?

Él sonrió pensativo y luego le respondió:

—Nos conocemos desde hace bastantes años. Pero hace mucho que no la veía.

—¿Fuisteis pareja?

Félix la miró sorprendido y luego se rio.

—¿Por qué quieres saberlo?— le dijo.

Ella se puso alerta y le dijo, como si realmente no le importara:

—¡No, nada más que por curiosidad!

El joven se rio de nuevo.

Piedad se arrepintió de haberle preguntado tan directamente, pero no sabía cómo arreglar el entuerto.

Él la miró con dulzura y le respondió:

—No. Nunca hemos sido pareja. Solo somos amigos.

La joven asintió, sonriendo sin querer, pues la información le pareció una buena noticia.

Félix volvió a reírse y le explicó:

—Cuando estaba en el instituto, formamos una pandilla muy especial entre varios chicos y chicas de distintas nacionalidades. Éramos un grupo variopinto, que formamos una piña. Asiri era una de las chicas. Luego, cuando salimos del instituto, solo nos hemos visto tres o cuatro veces. Pero a pesar del tiempo, el cariño que hubo, y la amistad que tuvimos, ha perdurado. Por eso, cuando la he visto este mediodía, me ha dado una alegría tremenda.

Piedad sonrió y exclamó:

—¡Ah! ¡Qué bonita amistad, que continúa a través del tiempo!

Félix asintió sonriendo y luego, con una sonrisa pícara le preguntó a la joven:

—¿Acaso temías que estuviera interesado en ella como pareja?

La joven se puso alerta, y sonrojándose un poco, contestó:

—¿Yo? ¿Y por qué iba yo a temer eso? Solo he preguntado por curiosidad.

—¿Por curiosidad, eh?— repitió él, riéndose.

—Sí. Por curiosidad. ¿Qué te creías?— dijo ella, aguantándose la risa.

Él la miró con ternura, pero no respondió nada.

Luego estuvieron hablando un poco sobre el curso de medicina que estaba haciendo el joven, y él le explicó a ella, que según esa nueva óptica de la medicina, se había descubierto que cuando se produce como consecuencia del choque traumático lo que normalmente se considera una enfermedad, esta se procesa en dos fases muy diferenciadas.

—Como te comenté el otro día,— dijo Félix —cuando una persona recibe un impacto muy fuerte, inesperado y que lo vive en soledad, tiene todas las papeletas para que se produzca una reacción que es lo que normalmente se considera una enfermedad. Las consecuencias se producen en tres niveles: en la psiquis, en el cerebro y en un órgano concreto. Dependiendo de qué tipo de trauma, o dicho de otra manera, cómo se lo tome la persona, influirá en unas zonas u otras del cerebro, y en unos órganos u otros. No es lo mismo tener un trauma por la muerte de un ser querido, que un conflicto porque nos hayan ridiculizado, o el miedo a que nos quiten algo, o también la rabia de que nos quiten algo... etcétera. Hay montones de conflictos que se pueden tener de diferentes formas e intensidad que según cuales sean, afectarán a una zona específica del cerebro o a otra, y a la vez con unos órganos u otros. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

—Pero fíjate bien que el problema no está en la situación que vive la persona, sino en cómo se la toma, ¿comprendes?

Piedad se quedó pensando, recordando algo de lo que había leído de su madrina, y luego respondió:

—Sí. Creo que sí. A ver si lo he entendido bien. Pongamos un ejemplo: una persona puede encontrarse en una situación en que alguien... pongamos un compañero de trabajo le insulta o le menosprecia. Bueno, pues a lo mejor esa persona reacciona sintiéndose que no vale nada, que todo lo hace mal, etcétera. Pero también es posible que reaccione enfrentándose a su compañero. O también es posible que pase de él, y le dé igual lo que el otro diga. ¿Es eso lo que quieres decir?

El joven sonrió y le respondió:

—¡Bravo! ¡Lo has entendido perfectamente!

Ella se rio. Y Félix le dijo:

—Está muy bien el ejemplo que has puesto, y te voy a decir lo que podría pasar en cada caso. En el caso en el que la persona insultada se toma aquello como que no vale nada, es decir que se autodevalúa, eso podría afectarle, a los huesos, al cartílago, a los nódulos linfáticos, a los vasos sanguíneos, o al tejido conectivo, dependiendo de la

intensidad con que lo viva,. Una Leucemia, por ejemplo, es el resultado de un conflicto de autodevaluación muy fuerte. ¿Entiendes? Si por el contrario se lo toma como un problema territorial y tiene un enfrentamiento, podría afectarle a los conductos biliares o los conductos pancreáticos, o incluso al corazón, dependiendo de cómo se lo tome. Y si la persona en realidad pasa de él de verdad, pues simplemente, no pasará nada.

—¡Vaya!— exclamó Piedad —¡Entonces lo mejor sería pasar de esa persona!

—¡Sí, claro!— respondió el joven riéndose —¡Pero no siempre es fácil reaccionar así!—

Piedad sonrió, recordando las palabras de su madrina: " *Cuando vivimos soñando durante el día, normalmente no sospechamos que estamos con la conciencia dormida mientras reaccionamos mecánicamente y como autómatas, en cada situación de la vida."*

—Es verdad.— dijo ella —No es fácil.

—Bueno,— dijo él —No quiero cansarte. Aunque veo que eres demasiado lista y comprendes esto muy rápido.

Ella se rio.

—¡No sabía que eras un adulador!— le contestó.

Félix se rio también.

—Solamente contigo.— respondió él —Pero es por una poderosa razón.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es esa razón?

Félix le sonrió y le declaró sus sentimientos por ella. Le confesó que desde la primera vez que la vio, ella le gustó, y que siempre le preguntaba a Alfonso sobre ella. Y cuando veía que el chiquillo la quería tanto, él deseaba poder conocerla más. También le reveló que cuando la vio con Lidia aquel día en la cafetería, estuvo más pendiente de la conversación porque se trataba de ella, y al ver que Lidia se marchaba, sintió la necesidad de estar junto a ella para poder consolarla, pues la vio muy afectada por las palabras de la otra maestra. Y que conforme la fue tratando, lo que sentía por ella se fue confirmando más y más.

Piedad, conforme le escuchaba fue pasando por distintos procesos: de la timidez a la sorpresa, y luego a la alegría. Y así, tras la declaración del joven, ella le confesó que también tenía sentimientos parecidos por él.

Y de esa forma, luego salieron y se dieron un largo paseo cogidos de la mano, y luego él la acompañó hasta su casa.

Capítulo 16

—¡Buenos días, Asiri!— saludó con entusiasmo Piedad a su compañera, cuando llegó a la escuela infantil, la mañana siguiente.

—Buenos días, Piedad.— respondió la otra joven mirándola con un gesto de extrañeza.

Piedad lo notó y le preguntó:

—¿Todo bien?

La otra la miró fijamente durante unos segundos y luego respondió:

—Sí. Creo que sí.

Pero Piedad se daba cuenta de que algo pasaba e insistió:

—¿De verdad? ¿No te pasa nada?

Asiri se volvió a quedar callada unos momentos y luego le respondió:

—Mira, no nos conocemos todavía, pero... es que ayer me dio la impresión de que... estabas molesta conmigo o algo te sentó mal, no sé...

Piedad recordó que efectivamente el día anterior se había despedido de ella muy fríamente, debido a los celos que tuvo por creer que había algo entre ella y Félix.

—¡Oh, vaya!— exclamó Piedad —Perdona, llevas razón. Todo fue un malentendido. Me da hasta vergüenza explicártelo.

Asiri la miró extrañada y luego le respondió:

—Bueno, no te preocupes. Si ya está todo aclarado, por mí no hay problema.

Piedad le sonrió y le dijo:

—Gracias. Quizás en otra ocasión te lo cuente, y seguramente te reirás de mí.

La otra joven sonrió y contestó:

—No te preocupes. Pero gracias por aclararme que no es que hiciera nada que te molestara.

—¡No, no! ¡Por supuesto que no!— dijo Piedad.

Asiri asintió sonriendo.

Las demás compañeras llegaron, y a los pocos minutos, los niños más madrugadores.

A la hora del recreo, mientras los niños jugaban, Piedad se acercó a Asiri y le dijo:

—Mira Asiri, con respecto a lo que hablamos antes, es cierto que ayer te hablé con mucha frialdad. Verás, es que... cuando te vi hablar con Félix, creí que había algo entre vosotros, y yo...

No siguió explicando.

La otra joven le sonrió y le dijo:

—¿Creías que había algo romántico entre nosotros? ¡No! ¡Nada de eso! Félix y yo somos amigos desde que éramos casi unos niños. Pero hacía bastante tiempo que no nos veíamos, y me dio mucha alegría volver a verle.

—Sí, lo sé. Luego él me lo contó. Pero siento haberme portado como una tonta.

—No te preocupes. No pasa nada.— contestó Asiri.

Piedad le sonrió y Asiri le dijo:

—Félix es un buen chico. Es noble y tiene buen corazón.

Piedad asintió:

—Sí, ya me he dado cuenta.

Asiri asintió. Y Piedad se quedó observándola unos segundos, y luego le preguntó:

—Oye, ¿de dónde eres? ¿De qué país has venido?

La otra joven sonrió y contestó:

—Nací en Bolivia, pero mi familia se vino a España cuando tenía 11 años.

—¡Bolivia!— exclamó Piedad —¡No me digas! ¡Me encantaría conocer cosas de tu país!

Asiri se rio:

—Bueno, te puedo contar cosas, sí. Pero ten en cuenta que después de venirnos he ido solo cuatro veces a ver a mis abuelos maternos, y ya hace al menos seis años que no he vuelto a ir. En realidad, si pudiera, me gustaría ir el próximo verano.

—Claro. Es natural que quieras ir.

Asiri asintió.

Pero aunque a Piedad le hubiera gustado seguir hablando sobre Bolivia, una niña empujó a otra, y ésta cayó al suelo y se puso a llorar. Con lo que las dos maestras tuvieron que cortar la conversación y atender a las crías.

El resto de la mañana pasó sin más novedad, y llegó la hora de la salida.

Cuando abrieron las puertas de la escuela infantil para que los niños salieran al jardín mientras venían sus familiares a recogerlos, Piedad vio que Orlando estaba afuera, al otro lado de la cerca.

La joven se alegró de verlo, y se acercó hasta él.

—¡Hola Orlando! ¡Qué sorpresa!

El joven se rio y le respondió:

—Hola Piedad. Ya te dije que me llegaría para que me presentaras a tu amigo, el que está haciendo el curso de medicina.

—Sí. Me acordaba, pero no sabía cuándo te llegarías. Precisamente ayer me dio su teléfono por si quieres contactar con él. Pero normalmente él vendrá a recoger a su sobrino ahora.

—Entonces me voy a esperar y lo veo.— dijo Orlando.

Mientras hablaban, Alfonso se acercó a Piedad, le cogió la mano y se quedó a su lado, mirándolos a los dos.

Orlando lo miró y le sonrió mientras le saludaba:

—¡Hola muchachito!

—¡Hola!— contestó Alfonso —¿Eres amigo de la seño Piedad?

—Sí.— respondió Orlando —¿Y tú? Apuesto a que quieres mucho a la seño Piedad.

—¡Sí!— contestó el chiquillo muy contento.

Piedad se rio.

Orlando lo miró detenidamente y luego le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Alfonso. ¿Y tú?

—Yo me llamo Orlando.

Y mientras el joven le tendía una mano al chiquillo, le dijo:

—¿Cómo estás, Alfonso?

El niño le dio la mano para corresponder a su saludo y le respondió:

—Yo bien. ¿Y tú?

Orlando se rio.

—¡Muy bien también!

El niño sonrió y le dijo:

—¿Te gustan las tortugas?

Orlando volvió a reírse y luego respondió:

—¡Claro que me gustan! ¿Y a ti?

—¡Me encantan!— dijo Alfonso —Ayer me regaló mi tito una tortuga por mi cumpleaños. Estoy deseando ir a casa para verla.

—¡Conque ayer fue tu cumpleaños!— exclamó Orlando, queriendo darle importancia al chiquillo— ¿Y cuántos has cumplido?

—Cuatro.— contestó Alfonso.

—¡Cuatro! — Orlando dio un silbido y luego le dijo al niño — ¡Ya casi eres un hombre!

El niño asintió satisfecho.

Orlando sonrió y luego le preguntó:

—¿Y cómo se llama tu tortuga?

—Se llama Torcuato.

—¡Bonito nombre para una tortuga!— respondió el joven, asintiendo con la cabeza.

Piedad observó la conversación, sin intervenir, pero divertida.

—Me voy a jugar. — dijo Alfonso, y se fue con otros niños.

Orlando lo miró irse, con simpatía.

—¡Simpático muchacho!— dijo.

Piedad sonrió y le respondió:

—¡Sí! ¡Es un encanto! Bueno, en realidad todos son un encanto.

Orlando la miró, y sonriendo le dijo:

—Pero este es tu preferido, ¿a que sí?

La joven se rio y asintió:

—Los quiero a todos, pero es verdad, Alfonso es mi preferido. Así es.

Él asintió y miró de nuevo al niño.

Los familiares fueron llegando, y Piedad le dijo a Orlando:

—Perdona pero tengo que atender a los familiares.

—¡Claro! No te preocupes. Tú sigue con tu trabajo. Yo me espero a que llegue tu amigo.

La joven continuó su trabajo atendiendo a los familiares y explicándoles las particularidades del día de sus niños.

Poco a poco, fueron yéndose la mayoría de los niños, y Piedad vio que Alfonso se acercaba de nuevo a donde estaba Orlando, y los dos se pusieron a hablar. La joven, aunque no perdía ojo, estaba tranquila, pues confiaba en el joven.

Al rato llegó también Félix. Cuando salió del coche miró a Piedad y le sonrió.

Luego cerró la puerta del coche y buscó con la mirada a su sobrino, hasta que lo vio hablando con Orlando.

Entonces se quedó paralizado. Piedad lo vio y se acercó hasta él.

—¡Hola!— le saludó.

Félix la miró con un gesto extraño y le dijo:

—¿Qué significa esto?

Piedad no le entendió.

—¿El qué?

El joven volvió a mirar a su sobrino hablando con Orlando, y Piedad comprendió. O al menos, eso creyó ella.

—¡Ah!— exclamó la maestra—¡No te inquietes! Alfonso está bien. Él es Orlando. Es el chico del que te hablé. El que está interesado en los cursos de medicina. Ha venido a conocerte.

Félix se quedó callado muy serio mirándolo fijamente.

—Ven, te lo voy a presentar.— dijo Piedad.

Félix la siguió desde el otro lado de la valla.

Pero al acercarse, Orlando los miró, y puso cara de sorprendido al ver a Félix.

—¡Félix!— exclamó —¡Vaya sorpresa! ¡Cuánto me alegro de verte!

Piedad se sorprendió y preguntó:

—¿Os conocéis?

—Sí.— respondieron los dos casi al unísono.

Pero mientras que Orlando le sonrió a Félix, éste, más serio le respondió:

—Hola Orlando. No sabía que habías vuelto.

Orlando, al verle tan serio, le respondió, algo extrañado:

—Sí. Volví la semana pasada.

—¡Ah, sí, ya, claro!— respondió Félix, aún serio.

—Y... ¿qué tal está tu familia?— preguntó Orlando.

—Están bien.— contestó Félix.

Toda esa conversación la observó Alfonso en silencio hasta que dijo:

—¡Tito! ¿Puedo ir con Orlando al zoo el domingo? Me va a enseñar la nueva jirafa que ha nacido.

Félix miró pensativo a su sobrino y luego le cogió en brazos, y le dijo:

—Eso se lo tendrás que preguntar a tu madre.

Entonces Orlando, que los había observado atentamente, le dijo a Félix:

—¡Así que eres tú el tío de Alfonso!

Félix asintió, mirándolo fijamente.

Orlando se quedó callado, y miró al niño.

—¿Entonces es hijo de Mirna?— preguntó.

Félix hizo un gesto como si le extrañara la pregunta, y contestó:

—Sí. Claro.

Orlando se quedó observando al niño, pensativo, con el ceño fruncido, y luego miró a Félix. Este se quedó callado, muy serio, mirándolo a él.

Piedad presintió que algo pasaba más allá de las palabras y de las miradas entre los dos jóvenes, pero no entendía nada.

—Escucha, Félix, — dijo por fin Orlando —creo que tú y yo tenemos que hablar de algunas cosas.

Félix negó con la cabeza.

—Pues yo creo que no. — dijo.

—Insisto. — dijo Orlando —No me lo puedes negar.

Piedad seguía sin comprender qué era lo que pasaba, pero no se atrevió a decir nada con Alfonso delante.

Por fin Félix dijo:

—Déjame pensarlo. Dame tu teléfono, y ya te llamaré.

Orlando contestó:

—Está bien, te lo doy. Pero no me voy a conformar con que te lo pienses. Creo que tengo derecho a una explicación.

Félix volvió a poner cara como si le extrañaran las palabras del otro joven.

Entonces le contestó:

—Tú sabes que no me corresponde a mí dar explicaciones. Dame tu teléfono, y ya veremos.

Orlando se lo dio, y le pidió al otro joven el suyo. Félix dudó, pero al final también se lo dio.

Orlando lo apuntó en su móvil, y luego se quedó pensando, y volvió a dirigirse a Félix:

—Había olvidado para lo que he venido. Piedad me dijo que el tío de uno de sus alumnos estaba haciendo un curso sobre la Nueva Medicina Germánica. Deduzco que eres tú. ¿Me equivoco?

—No te equivocas, no.— contestó Félix.

—Pues aparte del otro tema, sigo estando muy interesado en saber sobre ese curso. ¿Podrías informarme algo?

Félix suspiró y respondió:

—Sí. Supongo que en eso no me puedo negar.

Orlando hizo una media sonrisa y le dijo:

—¿Cuándo podríamos vernos?

En ese momento, un coche pitó porque le estorbaba el coche de Félix. Éste lo vio, y le gritó:

—¡Voy!

Y después le dijo a Orlando:

—Luego hablamos por teléfono.

Orlando asintió conforme.

Y Félix llevó al crío al coche y lo sentó.

Piedad, que había permanecido como simple espectadora, se quedó algo frustrada doblemente por ver que no había entendido qué había entre los dos jóvenes, y por otro, que no había tenido tiempo de hablar con Félix.

Pero este, antes de meterse en el coche, se acercó hasta ella, y le dijo:

—Te llamo luego, ¿vale?

Ella asintió más conforme.

Y el joven se metió en el coche y se marchó.

Piedad miró a Orlando, que se había quedado observando el coche mientras se alejaba y luego la miró a ella.

—Esto es algo que no me esperaba. — murmuró el joven.

—¿Pasa algo?— preguntó ella.

Orlando le sonrió y luego le dijo:

—Ha sido una verdadera sorpresa encontrarme con Félix.

—¿Entonces vosotros os conocíais?

—Sí. Hace bastantes años.

Piedad sonrió, y aunque le hubiera gustado preguntarle más cosas, se retuvo, porque intuía que había algún asunto extraño entre ellos.

—¡En fin!, — exclamó Orlando —me voy, que tengo cosas que hacer. Espero que nos veamos de nuevo.

Piedad le sonrió y asintió.

Él se quedó pensativo, y le dijo:

—Toma nota de mi teléfono. Para cualquier cosa, puedes llamarme cuando quieras.

La joven sonrió y cogió el número de él. Luego le dijo que le mandaría un mensaje y así él también tendría su número.

Y luego se despidieron, y él se marchó.

Piedad se quedó muy intrigada por la forma de actuar de Félix.

Capítulo 17

Después de comer, Piedad estuvo recogiendo la cocina, mientras su madre cosía al mismo tiempo que escuchaba la novela.

Pero luego la joven se metió en su cuarto y cogió el diario de su madrina para leer otro capítulo.

"Has de saber, Piedad, que nosotros tenemos tres tipos de alimentos:

**el alimento común y corriente, es decir la comida que ingerimos y transformamos en nuestro sistema digestivo, para poder asimilar sus principios.*

**el prana del aire, que respiramos y transformamos en nuestros pulmones,*

**y las impresiones de nuestro entorno, que entran en nosotros a través de los cinco sentidos, es decir: todo lo que vemos, oímos, gustamos, olemos y palpamos. Sin embargo, no tenemos un órgano específico de transformación para la correcta asimilación de dichas impresiones.*

Hay impresiones que nos resultan agradables como escuchar una buena música, o una bella poesía, oler el perfume de una rosa, ver un bonito paisaje o alguien a quien amamos, gustar una dulce fruta, tocar la piel de un bello animal, etcétera.

Las hay también que nos producen una sensación diferente: un ruido estridente, un olor o la visión de algo en descomposición, agua hirviendo que nos toque la piel, o una comida excesivamente salada, por ejemplo.

Pero también entran a nosotros en forma de impresiones las dulces palabras del ser amado, o un regalo que nos dan por nuestro cumpleaños, o el volver a ver a alguien que no veíamos hace tiempo, o las letras de un libro que nos parece interesante, como también entran en nosotros como impresiones los gritos de alguien, los gestos de desprecio de un amigo, la noticia de la muerte de un ser querido, una orden de desahucio, etcétera.

Todas estas impresiones, si no las transformamos conscientemente, sino que las tragamos de forma inconsciente y completamente mecánica, no solo no serán digeridas de forma eficaz, sino que nos provocarán en nuestro interior una serie de "indigestiones", "atragantamientos" y otros desajustes de naturaleza psíquica.

Y como colofón, podríamos decir que de esa manera seremos siempre víctimas de las circunstancias.

¿Por qué ante un insulto hay que sentirse ofendido? Si las palabras de un insultador solo tienen el valor que uno quiere darles, ya que son solo palabras.

¿Por qué lo que piensen otros nos tiene que importar? Si es alguien dormido de conciencia, su sueño no tiene ningún valor para nosotros. Y si es alguien que tiene la conciencia despierta, no va a pensar nada, porque no reacciona como un dormido. Además lo que piensen los demás es algo que realmente no nos afecta.

¿Por qué tener ansia de poder, dinero, posesiones, o cualquier cosa de este mundo, si cuando dejemos este mundo no nos llevamos nada?

¿Por qué tenemos miedo a la muerte, si hemos nacido y hemos muerto muchas veces?

¿Por qué nos apegamos a nuestros familiares, si toda la Humanidad es nuestra familia?

¿Por qué...?

¡Hay tantas cosas que por ignorancia erramos...!

¡Hay tantos errores que cometemos y de los que no somos conscientes!

Para salir de esa mecánica, tendríamos que aprender a ver la vida como una película, sin identificarnos con ella, para dejar de ser víctimas de las circunstancias.

Y para ello es necesario activar nuestra conciencia y no seguir dejándonos llevar por nuestro Ego.

El Ego, aunque es una palabra que aparenta hablar de algo en singular, en realidad engloba todos nuestros defectos, vicios y errores que hemos ido creando en base a no saber digerir las impresiones que nos han ido llegando, no solo en nuestra existencia actual, sino también en existencias anteriores.

El Ego es un conjunto de "Yos" o "Yoes", cada uno con independencia de los demás. Hay "Yoes" que se alían en un momento dado, y otros que se contradicen. Y están constituidos de energía mental condensada y conciencia atrapada.

Y cuando no transformamos las impresiones de manera consciente, no solo se alimentan "yoes" existentes ya en nosotros, sino que se pueden crear nuevos "yoes". Y además se produce un desequilibrio en las distintas energías de nuestro cuerpo.

Por el momento, quédate con esto que te digo, pues más adelante te seguiré hablando de ello.

Solo tienes que ponerte a autoobservar de forma consciente pensamientos, emociones, y movimientos, separándote psicológicamente de ellos, y podrás comprobar que los diferentes Yoes operan libremente y a su antojo en tu psiquis.

Comienza por ejemplo, observando tus pensamientos durante unos minutos. Verás el resultado inmediatamente: esos pensamientos no los provocas tú, pero puedes captarlos.

Porque tu verdadera identidad es la conciencia y no esos Yoes.

Pero cuando pierdes el recuerdo de ti misma, cuando te olvidas y te dejas llevar, son "Ellos": los Yoes, quienes cogen las riendas de tu máquina humana, de tu cuerpo. Y utilizan los distintos centros energéticos de tu cuerpo: el centro intelectual, el emocional, el motor, el instintivo y el sexual.

Por eso, cuando tu conciencia duerme, y dejas al conjunto de Yoes que se manifieste libremente, lo mismo ocurrirá con las emociones, los movimientos, y también con los instintos y los impulsos sexuales.

Cuando empieces a captar esos diferentes "Yoes" autoobservando tus pensamientos, las emociones, los instintos, los movimientos y también los impulsos sexuales, habrás empezado el camino hacia el Despertar."

Piedad cerró el diario, se sentó en su cama apoyada en el cabecero, y con las piernas flexionadas al estilo yogui, cerró los ojos y se puso a autoobservar sus pensamientos.

Al principio la mente parecía tranquila. Pero enseguida vinieron pensamientos sobre el diario de su madrina, y de ahí pasó a Orlando, y de ahí, al extraño comportamiento de Félix, y de ahí, a lo que le había dicho Asiri por la mañana, y cuando quiso acordarse, ya se había olvidado que se había sentado para observar su mente.

"¡Vaya, vaya!", pensó, "Esto es más difícil de lo que parecía".

Sin embargo, de todo ese puzle de pensamientos sí pudo sacar una idea bastante clara: "Durante toda la mañana había dejado que diferentes impresiones entraran por sus sentidos, pero ella no fue consciente en ningún momento de todo ello."

Capítulo 18

Como Félix la llamó por teléfono antes de comer, los dos quedaron en verse por la tarde, en la cafetería del Parque de la Arboleda.

Piedad sonrió contenta cuando lo vio esperándola en la puerta de la cafetería. Y él también le sonrió al verla.

—Así que ya no te importa venir a esta cafetería.— le dijo el joven cuando se sentaron.

—No.— contestó ella sonriendo —Cuando me enteré de la muerte de mi madrina me sentí muy triste, y no quería venir porque me la recordaba. Pero ahora que estoy leyendo su diario, todo me parece distinto. Es como si de alguna forma siguiera estando viva.

—Es lógico en cierta manera.— contestó él.

La joven asintió y al mirarlo, recordó la escena de mediodía en la escuela.

—Oye, Félix.— dijo tímidamente.

Él sonrió, como si intuyera lo que le iba a preguntar.

—Ya sé lo que me vas a preguntar, pero no puedo decirte nada. Al menos por ahora.

Ella puso cara de frustración, y Félix negó con la cabeza.

—Ten paciencia.— le dijo —Es un tema del que por ahora prefiero no hablar. Aunque seas tú. Lo siento. No te lo tomes como algo personal. Tal vez más adelante te hable de ello. Compréndeme, por favor.

Piedad pensó: "tal vez haya algo doloroso detrás de todo esto y no quiere hablar de ello. No voy a ser yo quien remueva la historia". Así que asintió y respondió:

—Está bien. No te preguntaré más.

El joven le sonrió y le tomó la mano que tenía encima de la mesa y se la apretó, en señal de agradecimiento.

Entonces ella le pidió que le hablara más cosas del curso que estaba haciendo.

Y él accedió gustoso:

—Cuando se produce el impacto o el conflicto que provoca la reacción en los tres niveles que te comenté ayer, o sea a nivel de la psiquis, del cerebro y del órgano, empieza una fase que en esta Nueva Medicina llaman "fase activa del conflicto", y tiene unas características específicas porque la persona entra en un estado de simpaticotonía continua...—

El joven se quedó mirándola pensativo y luego continuó:

—Mira, normalmente en nuestra vida vivimos un ritmo de simpaticotonía durante el día, en el que estamos activos, mientras que cuando llega la noche, viene la

vagotonía y nos sentimos cansados, y necesitamos dormir para reponer el desgaste del día, ¿comprendes?

—Sí. Está muy claro.— contestó Piedad.

—Pues cuando alguien recibe ese impacto que hemos hablado, entra en una simpaticotonía mucho más fuerte y más intensa, y continua, sea de día o sea de noche. Entonces la persona entra en una fase de estrés, con pensamientos obsesivos sobre el mismo tema, duerme poco y mal, pierde el apetito, y como consecuencia pierde peso, tiene las manos y los pies fríos, y también, según qué conflictos, puede tener taquicardias, sudores fríos, nauseas... en fin, una serie de síntomas que reflejan que la persona aún está bajo los efectos del conflicto que tuvo. Pero si esa persona de alguna forma logra solucionar ese conflicto, entonces entra en el proceso contrario, o sea empieza una segunda fase que podemos llamarla de vagotonía y lo que le va a ocurrir es que se va a sentir mucho más relajada, pues los pensamientos obsesivos desaparecerán, se le abrirá el apetito, y empezará a recuperar el peso que había perdido. Dormirá mejor y más. Incluso es muy natural que el cuerpo le pida dormir también durante el día. Las manos y los pies estarán calientes, etcétera. También pueden aparecer síntomas como infecciones, fiebres, sudores nocturnos, inflamación de algunos tejidos, dolores... etcétera. Pero al final de esta fase la persona vuelve a la normalidad. En muchas ocasiones, sin necesidad de tomar ningún tipo de medicamento, ni seguir ninguna terapia. Solamente esperando a que el cuerpo se reponga solo. Es decir, que cuando tenemos una enfermedad causada por un conflicto de este tipo, la persona pasa siempre por esas dos fases, si soluciona el conflicto. Si no lo soluciona, estará en la fase activa de forma perpetua, y... bueno, puede llegar hasta la muerte. ¿Has comprendido? O sea que la enfermedad tiene dos fases: la fase del conflicto activo o fase de simpaticotonía, y la fase posterior al conflicto resuelto, que es la fase vagotónica que al final conduce a la normotonía, es decir a la curación. En cada fase dan la cara diferentes tipos de enfermedad, que conociendo los diferentes tipos de tejidos embrionarios del cuerpo, se pueden saber si están en activo o en solución, y de esa manera, se puede ayudar al cuerpo a resolver, o simplemente esperar a que termine la curación.

—O sea ¿que el cuerpo se puede curar solo?— preguntó Piedad.

—Muchas veces, sí. Pero eso depende de la calidad de la primera fase. Cuanto más fuerte en intensidad o en duración sea la fase activa del conflicto, más larga o más fuerte será la segunda fase. Por eso, lo mejor es solucionar cuanto antes nuestros conflictos.

Piedad se quedó pensando, y comparando un poco esa información con lo que había leído en el diario de su madrina. Y así se lo dijo al joven: le comentó las cosas que había leído, y Félix le escuchó con mucha atención.

—¿Te das cuenta?— le dijo Piedad —Si verdaderamente estuviéramos conscientes cuando nos pasan las cosas, seguramente que no reaccionaríamos de

forma tan mecánica, y no nos afectaría tanto lo que nos ocurre. Es como el ejemplo que hablamos ayer. Si el compañero de trabajo, o la compañera, —dijo esto con una media sonrisa — te insulta o te menosprecia, si tú estás atento o atenta, con la conciencia activa, esas palabras no te van a hacer ningún daño. O sea que ni te vas a sentir atacada, ni humillada, ni víctima de una injusticia, ni herida en tu amor propio... Te va a dar igual, porque las palabras... se las lleva el viento. Y lo que esa persona piense de ti... no te afecta.

Mientras Piedad hablaba, el joven asentía todo el tiempo.

—Es verdad lo que dices.— respondió pensativo —Y ciertamente es algo muy interesante. Yo diría más, es muy importante saberlo, porque se podrían evitar muchos casos de enfermos.

Los dos se quedaron callados, reflexivos.

—Oye, — dijo por fin él — por lo que veo, el diario de tu madrina ha sido verdaderamente el mejor legado que te podía dejar.

La joven sonrió acordándose de su madrina.

—Sí. Es verdad. — dijo.

Félix la miró con cariño sonriendo, y ella se rio y le dijo:

—¿No te parece curioso que tú estés estudiando esa nueva óptica de la medicina, y yo esté leyendo el diario de mi madrina, y que las dos cosas se compenetren?

—Sí, es cierto.— respondió el joven.

Piedad se quedó pensando y luego le dijo:

—Bueno, y ahora, ¿cómo tratas a los enfermos en la consulta?

El joven la miró sorprendido y luego le contestó:

—¿Qué consulta? Yo no soy médico.

—¿Ah, no?— dijo la joven más sorprendida aún —¿Qué eres? ¿Enfermero, o algo así?

—Nada de eso. Soy profesor. Lo que pasa es que hace mucho tiempo que quería hacer este curso, porque tengo una amiga que enfermó de leucemia y se curó utilizando esta medicina, y no tuvo que pasar por la consabida quimio, radio, etcétera, y eso me impresionó mucho. Pero por distintas vicisitudes, no he podido hacerlo hasta ahora.

—¡Oh! ¡Ya entiendo!— exclamó la joven —¿Y de qué eres profesor?

—De electrónica. Trabajo en el instituto Nicolás Tesla.

—¡Anda!— exclamó Piedad — ¡Uno de mis hermanos estudia electrónica en el Tesla!

—¿Ah, sí? ¿Cómo se llama?

—Alfredo Castro Gascón.

—¡Ah!— exclamó el joven riéndose — ¡Así que Alfredo es tu hermano!

—¿Lo conoces?— dijo ella, gratamente sorprendida.

—¡Claro! Es un buen chico. Eso sí, bastante hablador y muy chistoso.

Piedad se rio.

—¡Sí, es verdad!— dijo —¡Pero qué pequeño es el mundo!

—¡Y que lo digas!— contestó Félix riéndose.

—¡Pues como se entere que estamos saliendo... me temo que se va a tomar demasiadas confianzas!

Félix siguió riéndose.

—No pasa nada. Me llevo bien con mis alumnos. Todos nos tuteamos, y ellos me tratan bien, afortunadamente.— dijo esto pasándose la mano por la frente como si se secara el sudor.

Piedad se rio.

—¡Qué payaso eres!— le dijo.

—¡Nada de eso! ¡Tú no sabes el miedo que da, darle clases a adolescentes!

La joven volvió a reírse. Y él también se rio.

El resto de la tarde la pasaron contándose cosas de ellos, y luego Félix la acompañó hasta su casa.

Capítulo 19

La mañana siguiente transcurrió tranquila. Y Piedad pudo hablar un poco más con Asiri. Su compañera le explicó que su padre era español, y que siendo joven viajó a Bolivia en unas vacaciones. Pero conoció a una joven boliviana, y como se enamoraron, él decidió quedarse allí, y ellos se casaron y tuvieron tres hijos. Asiri era la más pequeña de los tres. Más tarde, por unas cuestiones familiares, decidieron volver a España. Y por eso ella estaba viviendo allí.

No le pudo contar más porque su trabajo tampoco les permitía aislarse demasiado de lo que hacían los niños.

A la hora de la salida todo fue como habitualmente, y Piedad quedó en verse por la tarde con Félix.

Y después de comer, Piedad volvió a coger el diario de su madrina:

"¿Cuántas veces hemos hablado sobre lo que nos han enseñado de quién era Dios y sobre los dioses de otras religiones?

Tú me decías: "Nosotros hemos conocido la religión que se ha impartido en nuestro país. Al menos, la más impartida. Pero en otros países han recibido otras religiones. ¿Pero cómo sabemos cuál es la verdadera? La cristiana católica, la ortodoxa, la protestante, o acaso la judía, o la mahometana, o la budista, u otras... ¿Cuál es la verdadera? ¿Cuál es el verdadero Dios? ¿O acaso ni siquiera existe Dios y es solo un invento del ser humano?"

Después de visitar bastantes países con distintas creencias, me he dado cuenta de que las grandes religiones se basan todas en hilos comunes, pero adaptadas a distintas épocas, y formas diferentes.

Dios existe sí. Pero no es un personaje ajeno a nosotros.

Te he hablado del Ego, de todo ese conjunto de vicios, defectos y errores que nos caracterizan y que tienen secuestrada nuestra conciencia, manteniéndola dormida.

Sin embargo también está en nuestro interior nuestro propio Ser interno. O al menos una parte de nuestro Ser interior, porque mientras exista el Ego en nosotros, hay una incompatibilidad, pues el Ego duerme la conciencia, y nuestro Dios interno, que es nuestro verdadero y Real Ser, es consciente y divinal.

A medida que uno va acabando con el Ego y de esa manera va despertando conciencia, nuestro Real Ser, es decir, nuestro Dios interno se va manifestando con más claridad en nuestro interior.

El Ser interior tiene distintas partes o facetas.

Una de esas facetas es nuestro Padre interno, quien nos produce esa inquietud de tipo espiritual que nos impulsa a buscar algo más que lo que la vida corriente nos ofrece. Y también es Él quien nos da la fuerza que nos impulsa durante todo el trabajo interior que hay que hacer para poder despertar la conciencia.

También existe otra faceta en nuestro Real Ser como Madre, que entre otras misiones, tiene el poder de desintegrar todos los elementos psíquicos que nos perjudican y que nos duermen la conciencia.

A medida que vamos trabajando sobre nosotros mismos, se van despertando en nosotros muchas cualidades y facultades que ahora mismo nos parecerían imposibles o inimaginables, porque el Ego nos tiene encajonados en un mundo materialista en el que se nos hace creer que solo existe lo que podemos comprobar con nuestros cinco sentidos.

Y la ciencia materialista que tanto impera en este planeta, se impone con esta idea. Y las gentes cada vez creen más en el dios ciencia, y se han olvidado de su verdadero Ser. A pesar de que la ciencia materialista no es la que nos ha puesto en este mundo. Ni tampoco sabe nada de lo que nos ocurre cuando nuestro cuerpo muere.

Porque nuestro cuerpo muere. Pero no nuestra Alma.

Y la ciencia, ¿qué sabe del Alma?"

Piedad cerró el diario, lo puso sobre su mesita y se tumbó en su cama, reflexionando sobre lo que había leído. Y poco a poco, vencida por el sueño, se quedó dormida.

Capítulo 20

Piedad marchaba rápidamente hacia el Parque de la Arboleda, con la intención de encontrarse con Félix.

Conforme iba llegando, miró las grandes puertas del parque, buscando a Félix.

Mas... en vez de verlo a él, vio a alguien que le resultó muy conocida y que la miraba sonriente.

Se trataba de una mujer de alrededor de cuarenta años.

Piedad se quedó mirándola, hasta que se quedó parada, estupefacta.

—¡Madrina!— exclamó.

La mujer la miró con dulzura y se acercó hasta ella.

—¡Hola Piedad!—le saludó la mujer, con cariño.

—¡Oh, madrina!— dijo la joven, con el corazón latiéndole fuertemente — ¡Estás viva!

Marcela se rio y luego las dos se abrazaron.

La joven estaba muy emocionada.

—¡Sabía en mi corazón que estabas viva!— exclamó.

Y la mujer seguía riéndose, mientras le acariciaba la cabeza a su sobrina.

Luego se separaron y la joven le dijo:

—¿Lo saben los demás? ¡Tenemos que decírselo a todos!

Entonces Marcela le dijo, sonriéndole:

—¡Tranquilízate Piedad!

La joven obedeció, e intentó tranquilizarse. Y entonces empezó a darse cuenta de que esa situación era muy extraña, y dijo:

—Pero ahora que lo pienso, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no nos has llamado?, ¿por qué no nos has avisado que estabas bien y que habías regresado? No... no entiendo muy bien.

Marcela asintió sonriendo y le dijo:

—Por fin empiezas a darte cuenta, aunque aún no has llegado a comprenderlo del todo.

Piedad la miró extrañada e iba a preguntarle "qué quería decir con eso", pero entonces se dio cuenta de lo que ocurría:

Estaba soñando.

Piedad miró de nuevo a su madrina, y con cierta desilusión le dijo:

—¿No eres real?

Su madrina le sonrió y le contestó:

—Siempre estarás en mi corazón.

Y tras esas palabras, Piedad se despertó.

La joven sintió una extraña mezcla de alegría, pero a la vez frustración, pues el sueño le había dejado un sabor agridulce.

Algo más tarde, Piedad se encontró, esta vez sí, con Félix en el Parque de la Arboleda.

Capítulo 21

Al día siguiente, el abuelo de Alfonso no fue solo con su nieto a la escuela, sino que también los acompañó una señora que parecía la abuela del niño.

Piedad se acercó hasta ellos y el hombre le presentó a su mujer.

La joven los saludó muy amablemente y entonces la abuela de Alfonso le dijo:

—Señorita, ¿podemos hablar con usted un momento a solas?

La joven se sorprendió, pero rápidamente pensó que tal vez ya sabían que estaba saliendo con su hijo.

—¡Claro!— contestó ella, algo cortada.

—¡Venga Alfonso!— dijo la abuela —¡Ve con los demás niños! ¡Que yo tengo que hablar con tu maestra!

El niño asintió, les dio un beso a sus abuelos, y luego se metió en la escuela con otros niños.

La mujer se acercó más a Piedad y le dijo:

—Mire, señorita, quiero pedirle que esté muy atenta a Alfonso, y que no se le acerque ningún desconocido.

La joven se quedó muy sorprendida.

—Por supuesto. — contestó —Pero no tiene que preocuparse. Nosotros estamos muy pendientes de todos los niños. Ellos no salen de este jardín, porque tenemos las puertas cerradas, y los estamos controlando todo el tiempo.

—Ya sé que están ustedes muy pendientes.— dijo la abuela muy seria —Pero no quiero que mi nieto hable con nadie que no sea de la escuela. Nada más que con mi hijo o con nosotros.

Piedad se quedó pensativa y se acordó de cuando habló con Orlando, y la escena que se produjo después entre él y Félix.

—Bueno, — dijo ella, algo desconcertada —no se preocupe. Estaré pendiente.

—Eso espero.— dijo la mujer muy seria.

Piedad miró al hombre, y éste la miró haciendo un gesto que a la joven le pareció como el que hace alguien que se da por vencido.

Luego la mujer le dijo a su marido:

—¡Vámonos Alfonso!

Y dirigiéndose por última vez a Piedad, le dijo:

—¡Y no lo olvide! ¡Que no hable con nadie que no seamos nosotros!

La joven asintió y los vio alejarse, mientras sentía cierto rechazo por aquella mujer. Y luego pensó: "¡Y encima es la madre de Félix! ¡A lo mejor no sabe que estamos saliendo! ¡Pues anda que como yo tampoco le caiga bien! ¡Estamos apañadas! ¡Uf!".

En la hora del recreo, Asiri se acercó hasta ella y le dijo:

—Piedad, te noto algo distraída. ¿Tienes algún problema?

La joven la miró y le contestó:

—No, nada. No te preocupes. Tonterías mías.

Asiri le sonrió y luego le dijo:

—Aunque no nos conocemos mucho, puedes contar conmigo como una amiga.

Piedad le sonrió y le dijo:

—Gracias. Tú también puedes contar conmigo.

La otra también le sonrió y asintió.

Más tarde, a la hora de la salida, Piedad salió al jardín y vio a Orlando detrás de la valla.

La joven se acercó sorprendida hasta él y le saludó:

—¡Hola! ¿Qué haces por aquí? ¿No has logrado hablar con Félix?

—Hola. Sí. Sí hablé con él. Pero... pasaba por aquí cerca y me he dicho que tal vez podría hablar con él directamente, porque esta tarde hay curso, y me gustaría asistir.

—Supongo que te refieres al curso de la Nueva Medicina Germánica, ¿no?

—Eso es.—dijo Orlando.

Piedad le sonrió.

En ese momento Orlando vio a Alfonso, y lo llamó.

Piedad recordó lo que le había dicho la abuela del niño, pero no le dio tiempo a reaccionar, ya que el niño se acercó muy contento.

—¡Hola!— saludó el niño.

El joven lo miró también muy contento.

—¡Hola Alfonso!— dijo tendiéndole la mano para saludarlo.

Piedad se daba cuenta de la simpatía que sentían el uno por el otro, pero se veía en el deber de cumplir lo que le había pedido la abuela del niño.

—Escucha Alfonso,— dijo — ¿por qué no te vas a jugar con Manolito, mientras llega tu tito?

Alfonso la miró, y luego miró a Orlando.

—Bueno.— dijo —Pero es que quiero decirle una cosa a Orlando.

Piedad se sentía entre la espada y la pared, porque ella no veía nada de malo en que hablase con Orlando, pero por otro lado, estaba la orden que le habían dado.

—A ver, — dijo Piedad, algo nerviosa —¿qué quieres decirle? Dímelo a mí.

—Es que quería contarle lo que hizo ayer Torcuato.

—¡Ah bueno!— dijo Piedad — Pues... cuéntamelo a mí también.

El niño sonrió contento y les contó cómo había sacado a su tortuga del terrario y ésta había recorrido casi todo el patio de la casa de su abuela, y se había metido entre unas piedras y no podían sacarla, hasta que al final, el animal salió.

Orlando se rio, y Piedad también se rio, aunque seguía algo nerviosa por la situación.

Luego Alfonso se fue con su compañero, y Piedad le dijo a Orlando que tenía que atender a los demás familiares, a lo que este asintió.

Sin embargo, la joven estuvo todo el rato pendiente de que el chiquillo no volviera a acercarse a Orlando.

Por fin llegó Félix. Antes de salir del coche, vio a Orlando, y al salir, le hizo un gesto con la mano y le dijo:

—Ahora hablamos.

Y luego miró a Piedad, que se acercó a él, con el niño cogido de la mano.

La joven, habiendo pasado tanta tensión, le dijo con cierto enfado:

—Hola. Aquí tienes a Alfonso. Será mejor que lo metas pronto en el coche.

Félix la miró extrañado, mientras cogía a su sobrino en brazos, y le dijo a la joven:

—Espera un momento.

Luego le dio un beso al chiquillo y le sonrió:

—Vamos al coche, pilluelo.

El niño asintió, y el joven lo metió en el coche y le dio su libro.

Luego se volvió a acercar a Piedad y le dijo:

—¿Qué tienes?

—Nada. Solo que tengo que atender a otros niños.

Félix la miró detalladamente y luego le dijo:

—Estás molesta por algo. ¿Qué te ha pasado?

Piedad suspiró y le dijo:

—Félix, he pasado un momento de mucha tensión. Seguramente es que soy una tonta, pero me ha sobrepasado y...

—¡Tranquila, florecilla!— le dijo él, rodeándole la espalda con su brazo derecho — Mira, voy a dejar a Alfonso, y si quieres te invito a comer, y me lo cuentas. ¿De acuerdo?

Piedad le miró y luego le contestó:

—¿Pero no tienes hoy el curso?

—Sí, pero no empiezo hasta dentro de dos horas. Me da tiempo de dejar a Alfonso, y te recojo dentro de... — el joven miró su reloj — dentro de veinte minutos. Ahora perdona, pero voy a hablar un momento con Orlando.

La joven asintió, algo más tranquila y al cabo de unos minutos, mientras ella atendía a los últimos familiares, Félix se montó en el coche y se marchó.

Capítulo 22

Félix recogió a Piedad y luego se fueron a un restaurante cercano, para comer.

—Bueno, a ver, dime qué te ha pasado.— dijo Félix, una vez que hicieron su pedido al camarero.

Entonces Piedad le contó lo que le había dicho su madre y el mal rato que pasó después.

Félix asintió y le contestó:

—Ya entiendo.

Y luego se quedó reflexivo.

—¿Qué es lo que pasa con Orlando?— le preguntó ella.

Él le sonrió y le contestó:

—No te preocupes. Lo que pasa es que ya sabes que se dan muchos casos de niños que desaparecen, y mi madre tiene mucho miedo a que le pase algo así a Alfonso. Eso es todo.

Piedad le miró incrédula.

—¿Eso es todo? ¿Estás seguro?

Él asintió.

—Sí. Ella teme que alguien se lo pueda llevar. Pero yo sé que en la escuela está seguro. Y más contigo.— dijo esto último sonriéndole y poniendo su mano derecha sobre la izquierda de ella.

Piedad se quedó algo más conforme, aunque seguía sintiendo que había algo más detrás de todo ese asunto.

—Bueno.— contestó —Te creeré.

Él sonrió y asintió.

El camarero les sirvió y luego se fue.

—Oye,— dijo Piedad —¿tus padres saben que estamos saliendo?

—No. No se lo he dicho aún. ¿Tú se lo has dicho a los tuyos?

—No. Todavía no. Pero... creo que se lo voy a decir ya a mi madre.

Félix sonrió.

Y Piedad le preguntó:

—¿Tu madre es muy mandona?

El joven se sorprendió por la pregunta y luego echó una carcajada.

—¿Por qué me preguntas eso?— dijo.

—Porque me lo ha parecido.

El joven volvió a reírse.

Piedad también se rio, solo de verlo a él.

—Bueno,— contestó él — ya tendrás tiempo de conocerla mejor.

Piedad se mordió el labio, mientras pensaba: "¡Buf, como me toque una suegra mandona, estoy apañada!"

—¡Tranquila!— le dijo él —No es mala. Lo que has visto hoy de ella, es por el miedo que te he dicho que tiene. Quiere a Alfonso casi más que a mi hermana y a mí. Y solo de pensar que lo alejaran de ella... no puede soportarlo.

La joven asintió.

—Sí. Lo comprendo. Tienes razón. Seguro que me caerá bien.

—Tú le caes bien a ella.— dijo él —Porque Alfonso siempre le cuenta lo buena que eres con él. Y seguramente por eso, se ha dirigido a ti, y no a las otras maestras o a la directora.

Piedad sonrió más tranquila.

—Soy una tonta.— dijo —En realidad, te confieso que pensé que ella lo que no quería es que Alfonso hablara con Orlando. Como el otro día vi que había algún tipo de enemistad entre vosotros, pensé que ella lo decía por eso.

Félix se quedó callado mirando hacia la mesa y luego suspiró.

—¿Qué pasa?— preguntó Piedad —¿Acaso no me equivoco?

El joven volvió a mirarla y le respondió:

—Mira Piedad, no le des más vueltas. Es lo que te he dicho antes. Y quédate tranquila, que no hay ninguna enemistad entre Orlando y yo. Todo está bien. De hecho... he quedado con él cuando terminemos de comer, para llevarlo conmigo al curso de esta tarde. Así que olvida lo del otro día. Solo fue un malentendido, ¿vale?

Piedad asintió.

Los dos siguieron comiendo en silencio, hasta que ella le preguntó al joven:

—¿Y puede Orlando asistir al curso aunque ya esté empezado?

—Bueno, vamos a probar. En circunstancias normales, no, porque las nociones básicas ya se han dado. Pero Orlando parece conocer ya algo de la Nueva Medicina Germánica, y por otro lado, quien imparte el curso no es un desconocido para mí. Es el marido de mi amiga, aquella que te dije que se curó de la leucemia. Ayer le hablé de Orlando, por teléfono, y me dijo que podía asistir.

Piedad sonrió.

—¿Esa amiga tuya también era de la pandilla del instituto?— inquirió.

—Sí. También. Pero cuando estuvo enferma fue después del instituto.

Piedad asintió, expresando su comprensión.

—¿Y hace mucho tiempo que no os volvéis a reunir todos?

Félix se quedó pensando y luego asintió.

—Sí. Varios años. Creo que fue en la boda de Ileana y de Khalid.

—Por los nombres, deduzco que también eran extranjeros.

—Sí. Ella es rumana y él es pakistaní.

—¡Vaya! ¡Sí que fue multicolor vuestra pandilla!— exclamó Piedad.

Félix se rio.

—¿Ileana es la chica que estuvo enferma?— preguntó Piedad.

—No. Fue Carolina. Ella sí es española.

Piedad sonrió y le dijo:

—Ya conozco a Asiri, y me agrada mucho. Algún día me gustaría conocer al resto de tu pandilla del instituto.

Félix sonrió pensativo.

—Sí. A mí también me gustaría volver a verlos a todos.

Los jóvenes siguieron hablando de otras cosas mientras terminaban de comer, y luego, como Félix tenía que irse al curso, Piedad cogió el autobús para irse a su casa.

Capítulo 23

Cuando llegó a casa, su madre estaba sentada en el sillón, cosiendo mientras escuchaba la novela.

—Hola.— saludó Piedad.

Su madre le sonrió, y le dijo:

—Hola.

Piedad la observó y luego le dijo:

—Últimamente te están encargando muchas cosas para coser, ¿no?

—Sí. Es que la otra modista que hace arreglos para la tienda está enferma, y mientras tanto, a mí se me está acumulando un poco.

—Bueno mamá, no te preocupes por la casa, que ya sabes que por las tardes yo lo haré.

La madre sonrió y le dijo:

—Ya haces mucho. No te preocupes. Yo también he marcado mis límites, porque si no, abusan de una.

Piedad sonrió y asintió.

—Pero dime,— dijo la madre parando de coser y mirándola —he notado que últimamente sales bastante.

Ella se rio.

—Sí, es verdad.— contestó.

—Bueno, encuentro que es normal que salgas. Aunque me ha sorprendido que no me avisaras con más tiempo que no ibas a venir a comer.

—Es que ha sido algo de última hora.— respondió ella, mordiéndose el labio.

Su madre la miró pero no dijo nada.

Piedad pensó que ya era hora de que le dijera que estaba saliendo con Félix. Y aunque le daba algo de apuro, se envalentonó y se lo dijo:

—Estoy saliendo con alguien.

La madre asintió.

—Me lo imaginaba.

Piedad sonrió tímidamente y luego continuó:

—Se llama Félix, y es el tío de Alfonso.—

—¿Alfonso, el niño de la escuela infantil?—

—Sí. Eso es.—

La madre se quedó pensativa y luego le preguntó:

—Bueno, ¿y cómo es?—

Y Piedad le habló un poco de cómo veía ella a su novio. Su madre sonreía viéndola hablar del joven.

—¿Es de tu edad?— inquirió la madre.

—No. Es mayor que yo. Pero no mucho. Quizás 6 o 7 años.

—¿Y a qué se dedica?

—Es profesor de electrónica en el Tesla. De hecho es uno de los profesores de Alfredo.

—¿De verdad?— dijo la madre sorprendida —¡Vaya! Le preguntaremos a tu hermano qué tal profesor es... Bueno... ¿Alfredo lo sabe?

—No. Yo no le he dicho nada. Que no quiero que le pierda el respeto.— dijo Piedad riéndose.

La madre sonrió y asintió.

—Sí, mejor.— dijo — Aunque supongo que si seguís, tarde o temprano se enterará.

Piedad sonrió.

—Bueno, voy a mi cuarto a descansar un poco.— dijo.

Su madre asintió y ella se fue a su dormitorio.

Dejó sus cosas encima de una silla, y luego se tumbó en la cama, pensando en la conversación que había tenido con Félix acerca de su madre, de Alfonso y de Orlando.

A pesar de que el joven ya le había dado bastantes explicaciones, ella seguía dándole vueltas, porque pensaba que había algo que no cuadraba. Algo ocurría ahí que no alcanzaba a comprender.

"No sirve de nada que continúe pensando en esto.", se dijo. "Tal vez más adelante se desvele el misterio que hay detrás de todo esto. Porque de que aquí hay un misterio, no tengo duda.".

Luego se dio la vuelta y vio el diario de su madrina encima de la mesilla.

Lo cogió, se sentó apoyada en el respaldar de la cama, abrió el diario por donde estaba el marcador, y comenzó a leer:

"Querida Piedad, tal vez hayas observado que todos tenemos unos defectos más característicos o que resaltan más en nosotros.

Por ejemplo, hay personas a las que vemos que son más bien iracundas, hay otras que vemos perezosas, otras se caracterizan por su vanidad, otras que son demasiado glotonas, las hay que tienen siempre miedo a lo nuevo, otras están muy a menudo pensando en el sexo, o gentes que solo quieren tener más y más... etcétera.

Todos tenemos defectos de ira, pereza, orgullo, ira, codicia, lujuria, gula, y derivados de estos. Mas en todos nosotros hay un rasgo psicológico particular que viene a ser el defecto que más se manifiesta en nosotros, pero del cual no somos conscientes.

Los demás sí pueden alcanzar muchas veces a verlo, pero nosotros, no, debido precisamente al sueño de la conciencia en el que estamos sumergidos.

Ese rasgo psicológico particular atrae situaciones muy específicas relacionadas con esos defectos psicológicos. Sean de ira, lujuria, miedo, codicia, orgullo, egoísmo, etcétera. Y por la manera en que se va a manifestar en nosotros, es el que más conflictos recurrentes nos va a atraer a lo largo de nuestra existencia.

Y entre ellos, ciertas enfermedades, consecuencia de la forma en que reaccionemos ante las diferentes situaciones de la vida, lo cual va a producir alteraciones en una forma u otra en nuestro cuerpo y en nuestra mente.

Por eso, con este trabajo de autoobservación psicológica que ya te he explicado, podemos empezar a autodescubrirnos, y a modificar ciertas reacciones mecánicas.

Sin embargo, eso no es todo.

Para que nuestra Luz brille, es decir, para que nuestra Conciencia pueda ser libre, es necesario quitarnos esos defectos psicológicos que tanto daño nos hacen a nosotros mismos, hacen a otros, y nos duermen.

Y puesto que esos defectos están hechos de materia mental, solo un poder superior a la mente puede acabar con ellos. Ese poder es el de nuestro DiosMadre. Nuestra Madre Divina, de La Cual ya te he hablado antes.

La Madre Divina, como ya te he dicho, tiene diversas facultades, pero entre ellas, una muy importante es que tiene el poder para eliminar de nuestro interior cualquier defecto o "yo", que hayamos descubierto por medio de la autoobservación psicológica, y que anhelemos eliminar de nuestro interior.

Para ello, empezaremos con algo tan sencillo y tan directo como rogarle a Ella con todo nuestro corazón, en el momento en que seamos conscientes de que un defecto se manifiesta en nosotros a través de pensamientos, emociones, movimientos, instintos o del sexo, que aparte de nuestra psiquis ese "yo" y lo elimine.

Y de esa manera, la Diosa Madre irá desintegrando esos defectos, vicios y errores que hemos ido creando y robusteciendo a lo largo de nuestra vida actual y las pasadas. Y como consecuencia, iremos recuperando poco a poco la conciencia que teníamos atrapada en cada defecto o "yo", Despertando y haciéndonos cada vez más Conscientes."

Piedad cerró el diario, y lo puso en su mesilla. Luego se tumbó, cerró los ojos y se puso a autoobservar su mente.

Poco a poco fue notando que aparecían pensamientos, pero no les hizo caso y se mantuvo separada de ellos, observándolos como una espectadora aparte.

Poco a poco le fue viniendo el sueño y sin darse cuenta, se fue detrás de uno de los pensamientos y se durmió.

Capítulo 24

Al día siguiente, y para sorpresa de Piedad, Alfonso no fue a la escuela.

La joven se quedó muy preocupada, pensando que tal vez estaba enfermo. Así que en el rato del recreo, habló con la directora y llamaron por teléfono a su casa.

Se puso la abuela y habló con la directora. Mientras lo hacía, ésta miró a Piedad muy seria y le dijo:

—Piedad, por favor, ¿puedes salir un momento? Me gustaría hablar a solas con la abuela de Alfonso.

Piedad sintió un golpe en el corazón. Era el golpe del miedo.

La joven asintió porque no podía hacer otra cosa, y salió. Pero el corazón le latía a mil por uno.

Asiri se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien?

—No sé, Asiri. Tengo miedo. Tengo mucho miedo de que a Alfonso le haya pasado algo.

La otra joven se sorprendió.

—¿Qué te hace pensar eso?— le preguntó, cogiéndole una mano.

—Es que como no ha venido, le he dicho a la directora que si podíamos llamarle. Pero cuando estaba hablando con la abuela de Alfonso, me ha pedido, muy seria, que me saliera.

La otra joven le rodeó la espalda con un brazo, dulcemente, y le contestó:

—Tranquila. Seguro que es solo algún resfriado o cualquier cosilla típica de los niños en esta época.

—Pero ¿por qué me ha dicho que saliera?

—Bueno, a lo mejor querían hablar de otra cosa.

Piedad se quedó callada, pero no convencida.

La joven se acordó del Trabajo Interior del que le hablaba su madrina y se puso alerta, autoobservando el barullo de pensamientos de miedo acerca del niño, la presión en su plexo cardíaco, y el nudo en la garganta.

Y haciendo un esfuerzo para separarse de ese "yo" de miedo, rogó interiormente a su Madre Divina que lo eliminara de su interior. Y de forma instantánea se sintió mucho más calmada.

Esto la asombró. Y por otro lado se sintió contenta.

Entonces la directora abrió la puerta y le pidió a Piedad que entrara.

La joven entró, estando alerta interiormente.

—¿Le ha ocurrido algo a Alfonso?— preguntó.

—No.— respondió la directora — Él está bien.

Piedad sonrió y dijo:

—¡Menos mal!

La directora sonrió también. Pero luego continuó:

—Piedad, te he visto trabajar, y me gusta cómo lo haces. He comprobado que tratas a todos los niños con cariño y con delicadeza. Y también me he dado cuenta de que tienes un afecto especial por Alfonso. Pero al hablar con la abuela de Alfonso, me he quedado muy sorprendida. Me ha dicho que te pidió ayer que Alfonso no hablara con desconocidos, y sin embargo, parece ser que le hiciste caso omiso. Por eso, no ha querido traer hoy a Alfonso a la escuela.

—¡Oh, vaya!— exclamó Piedad —¡Qué puedo decir! Sólo que se me escapó de las manos. Es un amigo que el otro día estuvo hablando con Alfonso, y se cayeron muy bien. Ayer volvió a pasarse por aquí, porque quería hablar con el tío de Alfonso, y no pude evitar que él y Alfonso se vieran y hablaran, pero yo estuve delante todo el tiempo. No hubo ningún peligro.

La directora se quedó reflexiva.

—Lo siento mucho.— dijo Piedad —No me imaginaba que esto traería estas consecuencias. No sé qué puedo hacer.

—Bueno, mira,— dijo la directora —sigue con tu trabajo, y ya veremos cómo solucionamos esto.

Piedad asintió y salió del despacho muy afectada, pues pensó que la iban a despedir.

Asiri la vio y se acercó a ella.

—¿Estás bien?

Piedad la miró y le dijo:

—Creo que me van a despedir.

Asiri abrió los ojos y le dijo:

—¿Qué? ¡No puede ser! ¡Pero si eres la mejor maestra de esta escuela!

Piedad esbozó una ligera sonrisa entre su preocupación y le contestó:

—Gracias por el ánimo, pero me parece que he metido la pata bien metida.

—Seguro que tiene solución. — le dijo Asiri —No te preocupes, ¡venga! ¡Anímate!

Piedad asintió y volviendo a acordarse del Trabajo Interior, intentó hacerse consciente de lo que pasaba en su interior, y pidió a su Madre Divina que desintegrara aquel defecto de miedo.

El resto de la mañana pasó sin incidentes, aunque Piedad estaba alerta porque de vez en cuando le venían pensamientos y sentimientos bastante negativos.

Y llegó la hora de la salida.

Pero lo que Piedad no esperaba es que apareciese por allí Félix.

La joven se acercó extrañada hasta él y este la esperó sonriéndole.

—¡Hola florecilla!— le saludó él, muy contento.

—Hola.— contestó ella, muy sorprendida.

Él la miró detenidamente y le dijo:

—¿Qué te pasa?

Ella se extrañó más aún. Porque pensaba que él sabía que Alfonso no había ido ese día a la escuela.

—¿Qué haces aquí?— le preguntó al joven.

—¡Cómo que qué hago!— respondió el joven sorprendido —¡Pues lo de siempre! ¡He venido a por Alfonso!

Entonces ella se quedó asombrada.

—Pero ¿no sabes que no ha venido hoy?

—¿Cómo que no ha venido? — dijo él, buscando con la mirada por todo el jardín al niño.

Luego la miró a ella muy serio y le repitió:

—¿No le han traído hoy?

—No.— respondió la joven.

Félix se quedó pensativo con el ceño fruncido.

—Creo que a tu madre no le gustó que Alfonso hablara ayer con Orlando. Ya te dije que intenté evitarlo, pero no pude.— dijo Piedad.

El joven la miró y resopló.

—Félix,— le dijo ella, con timidez — tu madre ha hablado con la directora, y... no sé qué consecuencias va a tener esto...

—¡Ah, no!— exclamó él, con cara de enfado —¡A ti no te toca nadie! ¡No te preocupes, que ahora mismo hablo yo con la directora!

—Yo no te lo he dicho por eso...—

—Da igual. — contestó él enfadado —Pero yo voy a hablar con la directora. Mi madre se ha pasado, y esto lo soluciono yo ya.

Entonces, sin dar tiempo a que Piedad contestara, entró en el jardín y se metió en la escuela.

Piedad se quedó sorprendida, sin saber qué hacer.

Asiri se acercó hasta ella y le dijo:

—Tranquila, Piedad. Estoy segura de que todo se va a solucionar.

Piedad miró a su compañera y le sonrió agradecida.

Pero no pudieron pararse a hablar más, porque los familiares de los demás niños seguían llegando y ellas tenían que atenderlos.

Cuando todos los niños se habían ido, la directora salió afuera acompañada de Félix.

—Piedad, — le dijo la directora —¿puedes pasar un momento a mi despacho?

—Sí, claro.— respondió ella.

—Vamos entonces.— contestó la directora metiéndose en la escuela.

Piedad le siguió, pero Félix la retuvo un momento y le dijo:

—¡Tranquila! ¡No tengas miedo!

Ella asintió y le sonrió levemente.

—Te llamo luego. — le dijo él.

Piedad volvió a asentir.

—Vale.

Y se fue hacia el despacho, mientras el joven se marchaba.

—Piedad, — le dijo la directora —he hablado con el tío de Alfonso, y me ha aclarado muchas cosas. Entiendo que tú no has tenido ninguna culpa, y por ello no voy a abrirte ningún expediente. Sólo te pido como un favor especial para la escuela, que te disculpes con los abuelos de Alfonso. Eso es todo.

—¡Oh!— exclamó ella, emocionada —¡Por supuesto que sí! ¡Me disculparé sin ningún problema!

La directora sonrió y le contestó:

—Sabía que lo comprenderías.

—¡Claro!— dijo la joven.

Piedad se sintió mucho más aliviada después de esa conversación y en cuanto salió, se lo dijo a Asiri.

Ésta la abrazó riéndose y diciéndole:

—¿Lo ves Piedad? ¡Ya te dije yo que esto se solucionaba!

Piedad se rio también.

Capítulo 25

Poco después de comer, Félix llamó por teléfono a Piedad:

—Hola, florecilla. — dijo él.

Ella sonrió y le respondió:

—Hola, mi valiente salvador.

Y luego se rio.

—Nada de salvador. — dijo él —He hecho lo que era justo. Ya han durado demasiado los secretos y los rencores. Hasta ahora me he aguantado, pero que haya repercutido en ti... eso ha sido demasiado y ha colmado mi paciencia.

Piedad no entendía muy bien lo que le estaba diciendo, y le respondió:

—¡No habrás discutido con tu madre! ¡No quiero crear...!

—Tú no creas nada. — le interrumpió él —Es solo que ya era hora de cambiar algunas cosas, y el momento ha llegado.

—¡Me estás asustando!— dijo ella, preocupada.

—No te asustes— le contestó él con dulzura —No va a pasar nada que no tuviera que pasar. Solo que la situación estaba algo atascada, y quizás esto haga que se desatasque.

—¡Madre mía! ¡No me estoy enterando de nada de lo que me estás diciendo!— exclamó Piedad.

Félix se rio.

—Bueno, no te preocupes. Lo malo es que hoy no podremos vernos, porque tengo curso. Pero mañana es sábado y podemos comer juntos, si quieres. Y te explicaré todo.

—De acuerdo.— contestó ella —Me parece bien.

—Entonces te llamo mañana y concretamos una hora, ¿vale?

—Sí. Vale.

—Bueno, pero no olvides una cosa.— le dijo él.

—¿El qué?—

—Que te quiero.

Ella sonrió feliz y le respondió:

—Y yo a ti.

El otro se rio y luego se despidieron y colgaron el teléfono.

Piedad se sintió dichosa.

Luego se sentó en su cama, y cogió el diario de su madrina:

"Querida Piedad,

¿Cuántas veces hemos hablado acerca de la inteligencia y de los sentimientos de los animales y de las plantas?

¡Se han hecho tantos experimentos que lo muestran, que resultaría absurdo negarlo!

Y es que al igual que nosotros somos algo mucho más allá de un simple cuerpo, los animales y las plantas también lo son. Y quizás te asombre, pero ocurre lo mismo con los minerales.

Todos ellos poseen también su alma, o su conciencia, o lo que muchos conocen por su elemental.

Por ejemplo, cuando recolectamos plantas para curar alguna dolencia, en realidad no es el cuerpo que vemos el que tiene ese poder, sino el elemental de la planta. Es decir la conciencia de esa planta.

Hay quien sabe recolectar esas plantas con mesura y con respeto hacia el elemental y obtiene los favores de él, siendo ayudado en la curación.

Pero también hay yerbateros que cortan o arrancan las plantas de una forma agresiva, llevados por distintos intereses, y el elemental lo sabe, y por ello se obtienen otros resultados...

Y también hay quien hace experimentos e intenta sacar una copia química de laboratorio, con el objetivo de sacar grandes beneficios económicos. Pero lo que se consigue no tiene nada que ver con lo que realmente puede hacer la conciencia de una planta.

Aprende a amar las plantas, y a tratarlas bien. A veces, solo con eso, los elementales de las plantas te pueden ayudar en una curación, o en otros menesteres, pues esos elementales tienen ese poder.

También están los elementales de los animales. Muchos de ellos son clarividentes y tienen facultades o sentidos que les permiten percibir más allá de este mundo tridimensional.

Por ejemplo, las serpientes, que tanto aterran a muchos, son clarividentes y saben cuándo alguien quiere dañarlas. Los cuervos, y otros animales, también saben cuándo va a morir alguien. Hay perros que han salvado la vida a seres humanos. Los gatos también son clarividentes y mucha gente nota los efectos beneficiosos que tienen sobre su salud. Etcétera.

Aquí hago un paréntesis para decirte que es una verdadera lástima que grandes amantes de los animales hayan caído en el error de creer que la esterilización de los animales de compañía es una ayuda para ellos. Pues eso es realmente un acto contra natura.

También está el tema de las personas vegetarianas. Bueno, es algo muy respetable, pero debes tener en cuenta que en la Naturaleza existe una ley cósmica que es la Ley del Trogo. Esta Ley trata del comer y ser comido. Ya conoces la cadena alimentaria, y gracias a ella existe la Naturaleza. Por eso, aunque amemos los animales, no es un delito comer carne. Al igual que tampoco es delito comer vegetales o frutas, aunque amemos las plantas, y los árboles.

Pero eso sí: aprende a sentir a las demás criaturas de la Naturaleza como tus hermanos."

La joven cerró el diario, y tumbada se puso a reflexionar en las palabras de su madrina. Y poco a poco fue quedándose dormida, hasta empezar a soñar:

Caminaba deprisa hacia la escuela infantil, pensando que llegaba tarde, mas cuando se acercaba, vio a alguien que esperaba fuera de la cerca del jardín de la escuela.

Conforme andaba se dio cuenta de quién se trataba y se quedó parada: Era su madrina.

La joven comprendió que estaba soñando de nuevo.

Pero eso no le frenó para acercarse hasta ella y exclamar:

—¡Madrina!

Su tía sonrió y le dijo:

—Así que aquí es donde trabajas.

Ella asintió.

—Sí. Pero, dime, ¿qué haces tú aquí? O tal vez debería preguntar: ¿por qué pareces tan real en mi sueño?

—No es que parezca real en tu sueño. Es que tú has despertado dentro de tu sueño. Y me estás viendo realmente.—le dijo su madrina.

—¿Entonces eres tú, de verdad? ¿No eres un sueño?

—No. No soy un sueño.— le respondió Marcela.

—Pero no entiendo. Si los sueños están en mi mente mientras duermo. ¿Cómo puede ser?

Marcela le contestó:

—Todavía tienes muchas cosas que aprender.

Piedad asintió y le respondió:

—Sí. Y quiero aprenderlas.

—Escucha Piedad,— le dijo su tía —si quieres recordar bien no solo este sueño, sino todos los sueños en general, cuando te despiertes, no te muevas nada en absoluto. Así podrás mantener el recuerdo mucho mejor.

Piedad asintió y su tía le sonrió y le dijo:

—Continúa leyendo mi diario.

—Sí.— contestó ella.

Y entonces se despertó.

Piedad abrió los ojos sin moverse nada, y recordó todo el sueño que acababa de tener.

"¿Por qué de repente estaré soñando con mi madrina?", pensó "¿Acaso quiere darme algún mensaje desde el más allá?".

La joven no se explicaba el porqué de esos sueños.

"También puede ser que sean simples fantasías mías", se dijo. "En ese caso, es mejor que sea precavida y no me crea todo lo que sueño. A ver si ahora se me va a ir la cabeza y me voy a volver una lunática.".

No queriendo darle mucha importancia a este último pensamiento, el cual no era muy agradable, se levantó y se fue al salón a ver qué hacían los miembros de su familia.

Capítulo 26

Allí estaban sus hermanos merendando un chocolate con bizcocho casero hecho por su madre.

—¡Eh! — exclamó Piedad —¡No os lo comáis todo! ¡Dejad algo para mí!

Su hermana Claudia, contestó:

—A mí no me digas nada. Ya sabes que soy poco dulcera y solo he probado un poco el bizcocho. Son Alfredo y Gustavo los que se están zampando todo.

Gustavo replicó:

—Yo solo he comido un poco. Aquí el tragón es el niño mimado.

Alfredo no se molestó en decir nada, sino que siguió comiendo tan campante.

Piedad sonrió mirándolos.

Aunque parecía que les regañaba por comerse el bizcocho, ella quería mucho a sus tres hermanos. Gustavo era un par de años menor que ella. Luego estaba Alfredo, y después Claudia.

Piedad se sentó con ellos y se sirvió un poco de chocolate de la chocolatera y se partió un trocito de bizcocho.

Mientras comían, ella le preguntó a Alfredo:

—Oye Alfredo, ¿cómo te va en el instituto?

El otro contestó en medio de la masticación:

—Bien.

—¿Y en las clases de electrónica?

—Bien.

—¿Cómo se llama tu profesor?

—¿Cuál de ellos?

—El de electrónica. ¿No estamos hablando de eso?

—¡Ah! Se llama Félix.

—¿Y qué tal es?— inquirió Piedad —¿Es duro?

—Pssshhh.

—¿Qué significa eso?

—¡Bueeeeno! ¡Podría ser peor y podría ser mejor!

—¿Y eso qué quiere decir? ¿No se explica bien?

—¡Qué pesada! ¡Sí se explica bien, sí!

—Ah, bueno. — contestó Piedad sonriendo e imaginando la cara de su amado.

Alfredo la miró pensativo, mientras masticaba, y luego le dijo:

—¿Y por qué me preguntas por él?

Piedad se encogió de hombros y contestó:

—Pues no sé. Por ver cómo te iba.

—Pero ¿por qué por él precisamente, y no por otro profesor?— inquirió Alfredo.

—No sé. Se me ha ocurrido. — contestó Piedad algo apurada.

Alfredo se quedó pensativo y luego dijo:

—El caso es que lleva varios días que lo veo raro conmigo.

No solo Piedad le miró, sino que sus otros hermanos también lo hicieron con curiosidad.

—¿Qué clase de rareza?— le preguntó Gustavo.

—Puessss.... no sé. Me mira a menudo y se sonríe. Yo ya me he empezado a mosquear un poco...

Gustavo resopló y Claudia exclamó:

—¡Uy, uy, uy!

Piedad comprendió que sus hermanos estaban pensando algo que no era, y aunque no quería haberse delatado tan pronto, no tuvo otra opción:

—Sé lo que estáis pensando y os equivocáis totalmente.

Los tres le miraron y Gustavo le dijo:

—A ver, explícate.

Piedad los miró uno por uno y luego les dijo:

—Pues no pensaba decíroslo tan pronto, pero como no quiero malos entendidos... os lo diré.

Los tres le miraron atentamente, sin pestañear.

—Félix y yo estamos saliendo.—declaró la joven.

Los tres pusieron cara de sorprendidos, y luego Gustavo le dijo:

—¿Estás hablando en serio?

—Totalmente en serio.— contestó Piedad —Él y yo somos novios.

Entonces los dos chicos se miraron entre sí y luego estallaron de risa.

—Pues no sé de qué os reís.— dijo Piedad —Como si eso fuera algo chistoso.

—Pero Piedad, — dijo Gustavo, entre risas — ¡si tú nunca has salido con ningún chico! ¿Ahora de pronto se te ocurre salir con el profe de Alfredo?

Alfredo se frotaba las manos y exclamó entre risas:

—¡Ya tengo el curso aprobado!

Gustavo se reía más. Mientras que Claudia miraba a su hermana aún sorprendida y le dijo:

—¿De verdad estás saliendo con el profesor de Alfredo?

Piedad sonrió y asintió.

—Sí.

—¡Vaya!— exclamó su hermana —¡Esto no me lo esperaba! Porque Gustavo lleva razón en que nunca has salido con chicos. ¡Y yo que pensaba que te ibas a quedar soltera como tu madrina!

Piedad se rio.

—Pues ahí también te has equivocado.— dijo —Porque mi madrina tuvo un marido antes del accidente.

Los tres hermanos se quedaron sorprendidos.

—¿Y cómo lo sabes?— le preguntó Claudia.

—Estará escrito en el diario.— dedujo Gustavo.

—No.— dijo Piedad —O al menos, si está escrito, aún no he llegado a esa parte. Lo sé porque me lo dijo un médico que fue compañero suyo en Médicos Para Todos.

Los tres hermanos se quedaron callados unos momentos, pero luego Alfredo le preguntó:

—Bueno, pero ¿tú cómo sabes que mi profesor y tu novio son el mismo?

—Porque hablando de su trabajo me dijo que era profe de electrónica en el Tesla y le dije que tú estabas estudiando allí. Le dije tu nombre y supo quién eras.

—¿Ah, sí?— dijo Alfredo pensativo y con una sonrisilla traviesa — ¡O sea que se acordaba de mí!

—¡Pues claro!— exclamó Piedad, riéndose.

—Bueno, pues ya sabes.— dijo Alfredo —Dile que me trate bien, y a ver si me puede poner matrículas en los exámenes.

—¡Eso!— continuó Gustavo —Y que convenza a los demás profesores de que le den una buena nota.

Piedad se reía.

En ese momento llegó a casa el padre.

—¡Eh!— exclamó sorprendido— ¡Qué pasa aquí! ¿A quién le ha tocado la lotería?

—¡A Alfredo!— respondió Gustavo, partiéndose de risa.

Alfredo hizo gestos con la cara y con las manos de ser verdaderamente el afortunado.

Y Piedad, a pesar de que le daba cierto apuro de que su padre se enterara que estaba saliendo con alguien, no pudo evitar reírse también.

—¡Estos, que son unos tontos!— exclamó Claudia.

—Bueno, ¿y se puede saber cómo te ha caído la lotería si no has jugado?— preguntó el padre, siguiendo la broma.

—Yo no he jugado. — dijo Alfredo —Piedad lo ha hecho por mí.

Gustavo echó una carcajada, y Alfredo se rio también.

El padre se reía de verlos así.

Entonces llegó la madre, que venía de recoger la ropa tendida en la azotea del bloque.

—¡Pero qué juerga tenéis aquí ,que se oye desde las escaleras!— exclamó.

—¡Pues nada, Claudia,— le dijo su marido, riéndose — que parece que a Alfredo le ha tocado la lotería, aunque la que ha jugado ha sido Piedad!

La madre miró a sus dos hijos y luego se rio y asintió.

—¡Ay Piedad!— le dijo a su hija mayor, entre risas —¡Ya veo que no has podido guardar el secreto!

Piedad se rio, y negó con la cabeza.

—No he podido, no.

El padre la miró con ternura y le dijo:

—¿Me equivoco si pienso que la lotería que has echado no se trata de dinero, sino de un joven?

—No te equivocas, no. —contestó Piedad.

Él asintió y la madre le dijo a Piedad:

—Yo se lo conté a tu padre.

Piedad asintió.

—Y el joven en cuestión es uno de los profesores de Alfredo. — dijo Gustavo, riéndose.

—Ya me lo dijo tu madre. — contestó el padre.

—Lo que yo me pregunto es que cómo os conocisteis. — dijo Claudia.

—Porque él es el tío de Alfonso.

—¿El crío del que tanto hablas, de la escuela infantil?— preguntó Alfredo.

—¡Exacto! — contestó Piedad.

—¡Buf!— exclamó Alfredo — ¡Qué pequeño es el mundo!

—¡Eso mismo dije yo cuando me dijo que te conocía!— contestó Piedad.

Y todos se rieron.

Capítulo 27

El sábado llegó, y Piedad se reunió con Félix en un restaurante para comer.

La joven le contó entre risas la reacción de sus hermanos cuando les dijo que estaban saliendo ellos dos.

Félix se rio de buena gana y le dijo:

—Me gustaría conocer pronto a tu familia. Creo que me caerán muy bien.

Piedad sonrió y asintió, pero luego le dijo:

—Sin embargo yo...

Y se mordió el labio.

—¿Temes encontrarte con mi madre?— dijo él.

Ella asintió.

Él negó con la cabeza.

—No temas. Ella no es mala. Has tenido la mala suerte de conocerla en unos momentos muy duros para ella. Ya te dije que tiene mucho miedo a que... Alfonso se aleje de ella. Y por eso, reaccionó así.

Piedad se encogió de hombros y le dijo:

—Me disculparé con tus padres. No sé si hacerlo por escrito o cómo.

—No te preocupes por eso. Escucha, yo también les he dicho a mis padres que estamos saliendo.

Piedad se quedó callada, sintiendo una especie de vértigo.

Él le sonrió.

—No tengas miedo.— repitió —Ellos lo han aceptado bien. Y en cuanto a lo del otro día, yo les expliqué un poco la situación, y ellos lo han comprendido. Saben que tú no tenías mala intención.

—¿De verdad lo han comprendido?— preguntó la joven.

—Bueno, más o menos. Es que... esto es mucho más complicado de lo que tú piensas.

Piedad miró al joven sintiendo que tenía necesidad de abrirle su corazón.

—Mira Félix, yo sé que hace muy poco que nos conocemos y menos aún que estamos saliendo. Yo me siento feliz cuando estamos juntos. Y cuando no estamos juntos, solo el recordarte me hace sentirme bien y contenta. Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. Pero a veces... me desconciertas. Sé que tú tienes derecho a tu vida privada, y que aún no me conoces bien, y no puedes confiar plenamente en mí, puesto que yo...

—Para. — le interrumpió el joven —No sigas. Te voy a decir algo. Tú y yo, puede que parezca que nos conocemos desde hace muy poco. Pero la compenetración que existe entre nosotros me demuestra que mis sospechas son ciertas: estamos hechos el

uno para el otro, y lo nuestro no viene de ahora. Viene de siglos anteriores. De vidas anteriores.

Piedad le miró sorprendida:

—¿Tú crees en las vidas anteriores?

—¡Claro que creo! ¡Y sé que tú y yo hemos estado juntos antes! ¡Porque lo que me une a ti, no puede surgir así de la noche a la mañana!

Piedad le sonrió y asintió.

Luego él le extendió sus manos por encima de la mesa, y ella también extendió las suyas, y los dos se cogieron de las manos mirándose.

—Como prueba de mi amor y de mi confianza absoluta en ti,— dijo Félix —voy a contarte algo, que en realidad tarde o temprano seguramente lo ibas a saber, pero que he intentado retrasar, porque no era realmente un asunto mío. Pero al ver que ha llegado a afectarte, he decidido explicártelo, para que entiendas mejor la reacción de mi madre, y acabes con esos temores.

Piedad le escuchó con los ojos muy abiertos, y bastante impresionada.

—Verás,— empezó a explicar Félix —hace algunos años mi hermana Mirna se enamoró de un chico y estuvieron saliendo durante varios meses. Él era médico, y aunque estaba ejerciendo en un hospital, llevaba mucho tiempo con el anhelo de salir por el mundo con "Médicos Para Todos". Estuvo apuntado, y durante un tiempo él siguió viviendo aquí. Pero pronto le surgió un destino en África. Él había soñado con eso durante prácticamente toda su vida, y le propuso a mi hermana irse con él. Ella al principio le dijo que sí porque estaban realmente enamorados, pero en el fondo ella temía lugares tan diferentes. Así que poco antes de partir, Mirna tuvo miedo y le dijo que no, y le pidió a él que no se fuera. Pero él ya se había comprometido, y además, al contrario que mi hermana, él deseaba realmente irse. El caso es que finalmente decidieron cortar la relación, y él se marchó. Un par de semanas después, Mirna se dio cuenta de que estaba embarazada. Pero no quiso decirle nada a él. No sé realmente si fue porque él ya estaba lejos, si fue por orgullo, o por qué. Sin embargo, a nosotros, o sea a mis padres y a mí, no nos dijo que él no lo sabía. Por no sé qué razón, nos dejó creer que él lo sabía, y aun así se había marchado. En fin, para ella debió de ser una época muy dura, porque apenas nos contaba nada. El caso es que Mirna se quedó viviendo en casa de mis padres, y yo... que pensaba irme a vivir por mi cuenta, decidí quedarme también, pues el ambiente se había enrarecido bastante con el tema del embarazo de mi hermana. Y...bueno, luego nació Alfonso.— dijo con una sonrisa en los labios —Él fue un regalo para todos. Ha sido y es el niño más bueno y simpático que he conocido. ¡Y no es porque sea mi sobrino! Alfonso ha sido criado por todos nosotros. Es como si fuera el hijo de todos... Hasta que el otro día apareció Orlando...

Piedad, que había escuchado todo atentamente, creyó comprender por fin qué era lo que pasaba:

—¿Quieres decir que Orlando es el padre de Alfonso?

Félix asintió.

—Así es. Cuando lo vi, como yo creía que él había abandonado a Mirna, la verdad es que me enfureció verlo hablar con Alfonso. Pero luego, cuando hablé con mi hermana, ella nos confesó que él no se había enterado. Entonces la situación me pareció completamente diferente...

—Ahora entiendo vuestra forma de actuar.— dijo Piedad, asintiendo.

—Pero ahora, —continuó Félix — creo que todo se va a arreglar. Después de su relación con Orlando, Mirna no volvió a salir con nadie. Ella misma me ha confesado que nunca lo ha olvidado. Y cuando he hablado con Orlando, he visto que él la sigue queriendo. De hecho, me dijo que había vuelto porque quería comprobar si aún podía haber algo entre mi hermana y él.

Félix sonrió pensativo.

—Cuando vio a Alfonso el primer día — dijo el joven — dice que le cayó estupendamente, y cuando luego vio que yo era su tío, empezó a hacer cálculos y entonces fue cuando se dio cuenta de que el niño era su hijo. Por eso quería explicaciones, ya que él desconocía que tenía un hijo. Mirna y él han hablado, y están empezando a salir. De hecho, veo a mi hermana como hacía tiempo que no la veía. Ella se sentía orgullosa de Alfonso, y lo quiere con locura. Pero su reencuentro con Orlando se le ve en la cara, y en todos sus gestos se le nota la dicha.

Piedad sonrió y respondió:

—Me alegro mucho por ella. Apenas la he tratado: solo cuando traía y recogía a Alfonso antes. Pero siempre me parecía que aunque me sonreía y trataba con cariño a Alfonso, había cierto matiz melancólico en su forma de hablar y de mirar.

—Sí.— dijo él pensativo — Es cierto. Pero cuando le veas, notarás el cambio. Ya verás.

Piedad se quedó pensativa y luego dijo:

— Recuerdo aquella vez en que Alfonso me dijo que su padre quiso conquistar el mundo y se fue al cielo. Y yo que creí que eso había sido una explicación que le habíais dado para no decirle claramente que su padre no vivía.

—¡Ah, ya!— contestó Félix con una media sonrisa —Me resultó extraño que me dijeras eso aquel día, pero no quise remover más el asunto.

—Lo que no entiendo es que si ahora tu hermana está mejor, y seguramente se arreglarán las cosas entre ella y Orlando, ¿por qué estaba tan molesta tu madre?

—¡Ahí está el intríngulis! Es que pensaba que ahora Orlando quizás quisiera reivindicar la custodia del niño, y de esa manera, se lo llevara. Por eso ella pretendía evitar como fuera, todo contacto entre el niño y Orlando

Piedad abrió los ojos muy sorprendida y asintiendo con la cabeza exclamó:

—¡Claro! ¡Ahora entiendo todo!

Félix le sonrió.

—Yo le expliqué ayer: primero, que tú no tenías ni idea de la situación. Segundo, que tú conocías a Orlando y sabías que era de confianza. Y tercero, que tú nunca habrías dejado que nadie se llevara a Alfonso, y que lo defenderías con tu propia vida. Y eso la dejó desarmada.

—¿Entonces ya no está enfadada conmigo?

Él le sonrió y le dijo:

—No te preocupes. Mi madre se ha dado cuenta de que se pasó contigo, y no está en contra tuya. Tal vez sea un poquito orgullosa y quizás no lo va a admitir claramente, pero debes saber que ella te aprecia porque sabe que tratas a Alfonso muy bien.

La joven sonrió y asintió.

—Está bien. — dijo — Pero de todas formas me disculparé con tu madre y con tu padre.

—No te preocupes, ya te lo he dicho.

—Yo quiero hacerlo así.

—Bueno, como quieras. Si así te sientes mejor...

—Sí. Lo prefiero así. Además, lo hago también por la escuela.

Félix le sonrió y asintió.

Los jóvenes siguieron comiendo hablando de otras cosas, entre ellas del diario de Marcela, y del curso de medicina que estaba haciendo Félix, compartiendo así sus aprendizajes.

Capítulo 28

Como Piedad pasó toda la tarde con Félix, y llegó a su casa a la hora de cenar, no tuvo la oportunidad de coger el diario de su madrina hasta la noche.

Así que después de ponerse el pijama, se metió en la cama y se dispuso a leer el siguiente capítulo del diario:

"Desgraciadamente Piedad, para "algunos", somos demasiados habitantes en este planeta.

Y según dicen: "cuando hay superpoblación, es necesario reducirla."

Tal vez hayas oído cómo un conocido empresario, informático y filántropo, cofundador de una empresa de software, dijo en un discurso: "... El mundo de hoy tiene 6,800 millones de personas. Y es probable que alcance los 9,000 millones. Ahora, si hacemos un buen trabajo con nuevas vacunas, atención médica, servicios de salud reproductiva, podríamos reducirla tal vez, 10 o 15%".

Reflexiona: ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

...

Una manera de inducir a reducir la población es la utilización de métodos anticonceptivos, y cómo no, la promoción del aborto.

Pero otra forma es la utilización de vacunas. Estas, al contener productos o sustancias nocivas para la salud, pueden alterar la función reproductiva humana, aparte de otros efectos nocivos reconocidos públicamente.

También muchos otros medicamentos que por sus efectos iatrogénicos van creando adicción y nuevas enfermedades que obligan a los enfermos a tomar más medicación, hasta el fin de sus días. Incluso hay medicamentos que entre sus efectos secundarios, está la inducción al suicidio. No me estoy inventando nada, pues lo indican en sus propios prospectos.

Por otro lado también inventan enfermedades y microbios jamás aislados para inducir la vacunación masiva o el consumo masivo de fármacos.

Como ejemplo, tienes el caso del cáncer que, después de varias décadas, siguen sin hacer público los descubrimientos científicos que explican cómo se originan y cómo curarlo. Y siguen utilizando la quimio y la radio, llamándolas falsamente terapias,

arruinando países con los costes de los "dizque" tratamientos, y dañando la salud de los pobres enfermos engañados, y reduciendo su vida.

Por otro lado, envenenan a las poblaciones con los productos químicos que echan en nuestros cultivos como: abonos químicos, pesticidas, herbicidas, etcétera. Y cómo no, las hormonas, y antibióticos que echan en los piensos que comen los animales que luego nosotros comemos...

En alimentos elaborados... como muchos "E" (Edulcorantes, Estabilizantes, Saborizantes, Antioxidantes, Conservantes, y Colorantes)

Productos químicos en el agua que bebemos, tales como el flúor, el cloro, microplásticos, y sustancias que actúan como disruptores endocrinos... Y además envenenamos nuestros ríos y mares con nuestros residuos, envenenándonos nosotros a su vez con los residuos que quedan en los pescados, mariscos, algas, etcétera... que luego ingerimos.

Los nuevos experimentos con injertos y transgénicos...

Otros químicos que se echan en los productos de limpieza, en los textiles, en los utensilios de comida, etcétera...

Y con respecto al aire, fumigaciones sobre las ciudades, y la contaminación radiactiva mundial procedente de las pruebas nucleares y las guerras con armamento con sustancias radiactivas perforantes.

También están las ondas o frecuencias radiomagnéticas que emiten centrales para el control del clima, y las que emiten desde los satélites y desde antenas colocadas en grandes torres en el campo y en los edificios dentro de nuestras ciudades, así como también los aparatos electromagnéticos que utilizamos en nuestras casas, tales como el microondas o el wifi. Estas ondas tienen sus efectos sobre nuestro cerebro, sobre nuestro ADN y sobre nuestra mente...

Y con respecto al alimento de las impresiones que, como ya te he comentado anteriormente, suponen el tercer tipo de alimentos (aparte de la comida y del aíre), existe también contaminación inducida que provoca grandes daños, y es la emitida por muchos medios de comunicación, que inducen, entre otras cosas, al miedo, a la indignación, al morbo, al odio hacia el diferente, a la ignorancia, etcétera, durmiendo las conciencias y dando pie a la aparición de enfermedades generadas a partir de esas impresiones indigestas.

Etcétera, etcétera, etcétera...

Vivimos tiempos difíciles, en los que muchas gentes están perdiendo la conciencia tanto individual como colectiva.

Y aunque hay quien ingenuamente cree que los tiempos cambiarán a mejor, se equivocan. Los hechos lo demuestran.

Todo el mundo habla de la evolución. Pero pocos hablan de la involución. Y el ser humano, aunque crea que el mundo está cada vez más evolucionado, porque se nos quiere hacer pensar que los adelantos tecnológicos lo demuestran, no se da cuenta de que eso no significa nada.

Lo que cuenta es cómo es cada uno, y que grado de conciencia tiene. Si lo que más abunda en el mundo es el egoísmo, la codicia, la envidia, la lujuria, la glotonería, los robos, los fraudes, la mentira, la violencia, etcétera... ¿Cómo puede alguien creer que esta humanidad está evolucionando?

Otra cosa muy distinta es la Revolución. Pero no se trata de una revolución externa, sino de una revolución interior de uno contra uno mismo. De su conciencia contra su propio Ego. Para poder Despertar y salir de la rueda que se forma con la dualidad "Evolución— Involución", que no son otra cosa que leyes mecánicas de la naturaleza, por las que pasan todos aquellos que no han hecho ningún trabajo interior consciente para salir de ellas."

Piedad cerró el diario, y se quedó reflexiva sobre lo que acababa de leer.

Por un momento, le vino un pensamiento: "¡Qué desastre de mundo es este!", mientras sentía un cierto desagrado por la humanidad.

Pero un segundo después se dio cuenta de que quien había producido ese pensamiento no era la conciencia, precisamente.

Se dio cuenta de que era un defecto psicológico creado porque no había sabido "transformar la impresión de las palabras de su madrina", y se había identificado con todo lo malo, y no había cogido el mensaje final que le hablaba justamente de la revolución interior que no era otra cosa que el Trabajo sobre sí misma.

Así que rápidamente pidió a su Madre Divina que apartase de su psiquis aquel defecto negativo y pesimista y lo desintegrara. Y acto seguido se sintió liberada de ese pesimismo.

Capítulo 29

El domingo Piedad se levantó muy contenta. Había quedado con Félix para ir al zoo con Alfonso, Mirna, y Orlando.

Al parecer, a Mirna le pareció bien que Orlando pudiese pasar un buen rato con su hijo, pero para que el niño no extrañara la situación, le habían pedido a Félix que él y Piedad fueran con ellos, aunque luego se separaran para ir más tranquilos.

Y allí se encontraron todos. Piedad se reía al ver a Alfonso tan contento. El chiquillo no sabía si darle la mano a ella o a Orlando. Porque estaba claro que el joven le había caído estupendamente.

Pero Piedad ya era consciente de lo que aquel encuentro suponía, y se fue retirando poco a poco a un segundo plano, para dejar al niño con su padre.

Mirna se acercó a ella y le dijo sonriéndole:

—No me ha sorprendido que mi hermano y tú estéis saliendo. Él siempre le estaba preguntando a Alfonso por ti. Y muy a menudo Félix comentaba algo sobre ti.

Piedad se rio, y Mirna también. Luego miró más seria a Piedad y le dijo:

—Sé que Félix te ha contado lo de Orlando. Y me alegro. Porque, por lo que sé, es gracias a ti que nos hemos vuelto a encontrar.

Piedad la miró sorprendida.

—¿Gracias a mí?— dijo — ¿Por qué dices eso?

—Félix me ha contado que tu madrina estuvo en la misma ONG que Orlando. Y que lo conociste porque él conoció a tu madrina y te estuvo hablando de ella. Y luego tú le hablaste del curso que está haciendo Félix, y por eso él fue a la escuela infantil. En fin, una serie de situaciones que se han desarrollado una tras otra.

Piedad asintió sonriendo.

—Ya entiendo. Sí, la verdad es que Orlando me cae muy bien porque él tuvo una estrecha relación de amistad con mi madrina. Incluso fue gracias a él que pudimos saber lo que le ocurrió, y también gracias a él, yo he tenido la oportunidad de recibir el diario que ella escribió para mí. Y le estoy muy agradecida por eso, y porque me contó muchas cosas de ella que yo no tenía ni idea. Además me ha parecido una buena persona, y cuando le he visto hablar con Alfonso, creo que se van a llevar realmente bien.

—Sí. — dijo Mirna, pensativa —En todo caso yo estoy bastante asombrada, porque hace apenas una semana, no tenía ni idea de que iba a volver a ver a Orlando. Yo nunca he dejado de quererle. Pero no quise decirle lo del niño porque él siempre había soñado con ir por el mundo ayudando a otros. Pero yo... no me sentía capaz de hacerlo. Sinceramente se me hacía un mundo. Luego me arrepentí, porque pensé que

había podido más en mí el egoísmo que mi amor por él. Pero ya vino Alfonso, y... creo que fue mejor así.

Piedad asintió.

—Tal vez sí.—

Mirna le sonrió.

Luego Félix, que caminaba con su sobrino y con Orlando, fue quedándose atrás para esperar a Piedad y a su hermana.

Pero Orlando miró hacia atrás, y frenando al niño, miró a Mirna, le hizo una seña para que se adelantara, y ella se fue con ellos.

Y de esta manera, Piedad se quedó con Félix, y poco a poco se fueron yendo por otras rutas, dejando a los otros tres solos.

Después de un rato, decidieron salir del zoo y se marcharon al Parque de la Arboleda, que no estaba muy lejos de allí.

Capítulo 30

El Parque de la Arboleda era enorme. Contaba con un gran lago por el que se podía navegar en pequeñas barcas. Tenía también zonas de bosque con árboles de muchos tipos, aunque los preferidos de Piedad eran los más altos. También había grandes paseos con bellas fuentes decoradas con estatuas de dioses de la mitología.

Los jóvenes dieron un largo paseo, hablando de sus cosas y admirando también las plantas y flores, así como el lago que parecía un maravilloso espejo en el que se reflejaban los árboles de la otra orilla, y en el que nadaban cisnes y patos. Era un espectáculo precioso dentro de la ciudad.

Entonces Félix reconoció a una pareja que paseaba también por allí, y le dijo a Piedad:

—Te voy a presentar a unos amigos, ¿quieres?

—Vale.— respondió ella.

Ellos, que también lo habían visto, le sonrieron y se acercaron hasta Piedad y Félix.

—¡Hola chicos!— saludó Félix acercándose también hacia sus amigos, cogiendo de la mano a Piedad.

Él le dio un par de besos a la otra mujer y saludó con un estrechamiento de manos al hombre que le acompañaba.

—Dejadme que os presente a mi novia. — dijo Félix.

Los otros le sonrieron a Piedad y ella hizo lo mismo.

—Ella es Piedad.— dijo el joven a sus amigos. Y luego dirigiéndose a Piedad— Y ellos son Carolina[1] y Hugo.

—¡Ah!— exclamó Piedad, dirigiéndose a Carolina —¡Tú eres su amiga de la pandilla del instituto!, ¿no?

Carolina se rio y asintió.

—¡Sí! ¡Ya veo que Félix te ha hablado de esos tiempos!

Las dos jóvenes se dieron un par de besos. Y luego Piedad también saludó a Hugo.

—Y tú eres el que le está dando el curso a Félix.

—Has acertado.— respondió él, divertido —Por lo visto Félix sabe informar muy bien.

—Sí.— contestó Piedad —Además también me ha hablado de muchas cosas del curso.

[1] [1] *Véase más sobre la historia* de *Carolina en la obra "Buscadores de Conocimiento" en* http://www.elenasantiago.info/Buscadores_de_Conocimiento.Elena_Santiago.pdf

Hugo asintió.

—Eso está muy bien. Me alegro de que esto se vaya difundiendo.

—¡Claro!— dijo Félix —Y es que no sé si por casualidad o por causalidad, la madrina de Piedad era médico y trabajó para la misma ONG que Orlando, pero al final se fue apartando porque empezó a ver la medicina desde otro punto de vista. Piedad me ha ido contando algunas cosas, y Orlando también. Por eso, hablamos a veces sobre este tema.

Hugo asintió y respondió:

—Es curioso. El caso es que yo ya conocía a Orlando. Fuimos compañeros de carrera. Y por lo que me ha dicho, estudió pediatría con Carlos, el hermano de Carolina. Pero como no había mucha relación entre nosotros, nunca hablamos del tema de la Nueva Medicina Germánica. Y ahora resulta que está verdaderamente interesado. Además, él también me ha hablado de la madrina de Piedad.

Piedad sonrió.

—Al parecer,— continuó Hugo —debía de ser una mujer muy especial.

Piedad asintió.

—Sí. Mi madrina era alguien muy especial.

En ese momento volvió a sentir aquella corazonada que le venía últimamente. Ella se sorprendió, pero no dijo nada.

—Sí.— dijo Félix —Por lo que me cuenta Piedad, creo que esa mujer profundizó mucho más en el tema del origen de la enfermedad.

—¿De veras?— dijo Hugo —¿Y cómo es eso?

—Sí, eso pienso yo.— dijo Piedad —Mi madrina me dejó un diario como legado de su vida, y en él me explica muchas cosas relacionadas con nuestra forma de vivir y de ver las cosas, de tomarnos la vida y de lo que realmente somos.

Carolina y Hugo la miraron atentamente, mientras asentían con la cabeza.

—Eso que dices me parece muy interesante. — dijo Hugo.

—A mí también me lo parece. — dijo Carolina.

Piedad los miró sin saber realmente qué pensar. Entonces Carolina y Hugo se miraron y luego ella dijo:

—Oíd, nosotros pensábamos comer ahora en el restaurante del parque. ¿Queréis comer con nosotros y hablamos un poco sobre ello?

Félix miró a Piedad y le hizo un gesto como de pregunta. Y ella sonrió y asintió.

—De acuerdo. — contestó Félix —De todas formas nosotros también íbamos a comer en el restaurante del parque.

Los otros se rieron.

De manera que se dirigieron al restaurante para comer juntos.

Una vez que escogieron una mesa, se sentaron y pidieron lo que les apeteció, continuaron hablando del tema que les interesaba.

—¿Y bien?— dijo Hugo —¿Por qué no nos cuentas un poco lo que te ha enseñado tu madrina a través del diario?

Entonces Piedad les explicó que todavía no lo había leído entero, ya que decidió leer cada día un capítulo de su madrina. Pero les habló de todas las cosas que había aprendido. Y sobre todo hizo hincapié en la psicología múltiple del ser humano: del Ego y de la conciencia que tenía atrapada. Y también del Ser y del trabajo de la Madre Divina.

Carolina y Hugo asintieron y les confesaron a Piedad y a Félix, que ya conocían ese trabajo interior.

Piedad y Félix se quedaron muy sorprendidos.

—¿De verdad lo conocéis?— dijo Félix —Pero Hugo, y ¿por qué eso no lo explicas en los cursos?

Hugo se quedó callado, reflexivo unos momentos y luego respondió:

—Verás, es que el curso está basado en la Nueva Medicina Germánica, y normalmente la gente cree más en la ciencia que se puede comprobar con aparatos físicos. La psicología humana va mucho más allá y para ello, no sirve ningún aparato. Al menos, ninguno de los que ya existen. Como hemos hablado en el curso, las consecuencias de los conflictos biológicos que tiene un individuo en un momento dado, sí se pueden ver con un escáner cerebral, sin contraste. Ahí se reflejan los focos de Hamer y a través de ellos se puede conocer el órgano o la función que esté afectada, y si el conflicto está activo o en solución, según como estén los focos. Por otro lado, todo el tema de las capas embrionarias, que según cuales sean, sabemos si la manifestación de la llamada enfermedad está en fase activa o en solución. En fin, todas esas cosas son comprobables a nivel físico. Pero la psicología... eso es algo diferente. La psicología se basa en deducciones. Me refiero a la psicología normal y corriente. Se piensa que tenemos un solo Yo, pero con distintas facetas. Eso es todo. Y no todo el mundo que asiste a los cursos de la Germánica tiene la inquietud de saber más allá. Los hay que sí, y a ellos, les he hablado aparte. Pero a otros, solo les interesa conocer exclusivamente los descubrimientos del doctor Hamer. Lo cual es algo también muy loable, porque es una gran ayuda para la Humanidad.

Félix asintió pensativo y respondió:

—Lo comprendo. Y tienes razón. No a todo el mundo le interesa este tipo de conocimiento. Y la Germánica es verdaderamente un regalo para la Humanidad. Lástima que se la persiga tanto, y que solo la admitan unos pocos.

Piedad asintió también.

—Mi madrina también me ha hablado del daño que hacen las vacunas, y muchos medicamentos. Aparte de todos los productos químicos que echan en todo: alimentos, ropa, jabones, perfumes, envases, incluso en el agua. Y las ondas electromagnéticas de los móviles, por ejemplo.

—Así es. — contestó Hugo— Por eso, no podemos decir que todas las enfermedades son producidas por conflictos biológicos. También hay elementos o influencias externas que terminan minando nuestro cuerpo. Y una de ellas, aparte de las que tú has mencionado es una alimentación inadecuada.

Piedad asintió. Luego miró a Carolina y le dijo:

—Félix me ha dicho que tú te curaste de una leucemia, sin quimio, ni nada de esas cosas.

—Sí.— respondió Carolina —La leucemia se produjo en la fase de solución de un conflicto muy fuerte que tuve de autodevaluación. Después de solucionarlo, tuve la leucemia. Y gracias a Hugo, comprendí qué fue lo que pasó, y me curé prácticamente sola. Quiero decir sin medicación especial. Con mucho reposo, comidas apropiadas, distrayéndome con algo que me gusta mucho, que es pintar y...—dijo esto sonriendo — con el cariño de mi familia y de Hugo.

Hugo sonrió, y le cogió la mano y se la besó.

Piedad sonrió al verlos.

—Me alegro mucho.— dijo.

—También he de decirte,— dijo Carolina —que me ayudó mucho el Trabajo interior del que estábamos hablando. Porque ya sabes cómo es la mente, y el ego. Que con cualquier cosa, ya está reaccionando. Sospechas, miedos, rabia, impaciencia, desconfianza, etcétera... Estos y otros, son defectos que pueden surgir en cualquier momento, y cómo no, cuando uno está en el proceso de curación, o sea en la fase de solución. Porque aparte de las situaciones que uno vive en la vida, el Ego de todas formas va a su aire. Y aunque tú sepas que te estás curando, cualquier defecto puede salir diciendo: "¿Y si no me estoy curando?", solo porque te duele algo, o tienes fiebre, o inflamación, u otras molestias, que en realidad se producen cuando el organismo está en fase de curación. Por eso te digo que este trabajo de autoobservación psicológica y de petición a la Madre Divina cada vez que uno ve un "yo" que se manifiesta a través de pensamientos, emociones, o reacciones motoras, instintivas o sexuales, ese trabajo, como te digo, es la mejor ayuda que puede uno recibir. Porque cualquiera de esos defectos puede bloquear la fase curativa. Por ejemplo, si yo me dejo llevar por el miedo cuando veo que tengo fiebre o me duele algo, en ese momento puedo aumentar y cronificar el programa biológico en curso, y además podría activar otros programas biológicos nuevos que prolongarían y agravarían aún más el cuadro. Por ejemplo el miedo a la muerte y a la enfermedad, puede ser que me afecte a los pulmones. ¿Comprendes?

Piedad asintió muy despacito.

—Sí. Lo entiendo. Y me maravilla descubrir la cantidad de cosas que desconocemos de nosotros mismos, y que la ciencia oficial no nos enseña.

Carolina asintió, sonriéndole.

—Ese trabajo interior, —dijo — es la mejor fórmula para no conflictuar. Si cuando nos llega una situación que nos impacta, en vez de identificarnos con ella, nos acordamos de nuestro Ser, estando en estado de alerta novedad interior, y autoobservando lo que ocurre en nuestro interior, podremos descubrir al "yo" que surja, y si pedimos a nuestra Madre Divina que lo elimine de nuestro interior, el proceso de la posible enfermedad se paraliza, porque no se activa ningún programa biológico. O si ya se ha activado porque nos hemos identificado brevemente, lo solucionamos lo antes posible, produciendo mínimas consecuencias posibles en nuestro estado de salud, ¿comprendes?

Piedad asintió.

—Sí. Está muy claro.

Todos sonrieron.

—¡Qué estupendo que vosotros también sepáis de estas cosas!— exclamó Piedad.

Todos se rieron.

Capítulo 31

Luego Félix y Hugo empezaron a comentar algo del curso, y Piedad se dirigió a Carolina:

—Oye, Carolina, ¿tú también eres médico?

—No. Yo no. Conozco la Germánica por Hugo. Y porque también la aplicamos.

Piedad asintió y le preguntó:

—¿Pero trabajas o te dedicas a las labores del hogar?

—En realidad trabajo en la recepción de la clínica de beneficencia. Al menos de momento, porque yo soy maestra. Tuve una pequeña academia, pero tuvimos que cerrarla. Pero en cuanto me sustituyan, volveré a abrirla.

—Yo también soy maestra.— dijo Piedad —Pero de infantil.

—¡Ah, es un trabajo muy bonito!, ¿verdad?

—Sí.— respondió Piedad sonriente —Y por cierto, que una amiga vuestra de la pandilla trabaja conmigo.

—¿Ah, sí?— dijo Carolina — ¿Quién?

—Asiri.—

—¡Anda! ¡O sea que lo hizo!— exclamó Carolina pensativa y sonriente.

—¿El qué hizo?— preguntó Piedad.

—Es que ella estudió educación infantil. Pero cuando nos vimos en la boda de Ileana y Khalid, estuvimos hablando y me dijo que tal vez se metería a estudiar magisterio infantil.

—¡Ah ya! Pues sí que lo ha hecho, sí.

—¿Y qué tal le va?— preguntó Carolina.

—Pues en la escuela, muy bien. Pero si me preguntas de su vida no te sabría decir, porque apenas tenemos tiempo para hablar. Más bien me ha hablado de cosas de su país, porque yo tenía muchas ganas de saber cómo era, ya que mi madrina estuvo allí. Y allí... murió.

De nuevo, la corazonada le surgió. Piedad no dijo nada, pero como en otras ocasiones, se quedó extrañada.

Carolina le sonrió con dulzura y le cogió una mano.

—Piedad, tú sabes que cuando morimos, en realidad solo muere nuestro cuerpo, ¿verdad?

—Sí, claro.— respondió ella —Pero lo que no sé es qué pasa con nosotros después de la muerte.

—Pues mira, la muerte y el sueño son procesos parecidos. —le dijo Carolina— O sea que cuando morimos, nos salimos del cuerpo, al igual que cuando dormimos. La

única diferencia es que cuando dormimos, seguimos ligados a nuestro cuerpo a través del cordón de plata, mientras que cuando llega la muerte ese cordón es cortado.

—¡Oh! ¿Quieres decir que cuando dormimos, no permanecemos en nuestra cama con nuestra mente proyectando sueños?

—No. Realmente salimos de nuestro cuerpo. — dijo Carolina.

—Pero... ¿a dónde vamos? No lo entiendo. — preguntó Piedad.

—Pues a la quinta dimensión. Al mundo astral. — le dijo Carolina.

— ¡Oh!— exclamó Piedad.

Los otros jóvenes, que parecían haber escuchado esas últimas palabras, intervinieron en la conversación de las chicas.

—O sea, — dijo Félix — que es cierto que existen otras dimensiones paralelas a la nuestra.

—No es que existan dimensiones paralelas a la nuestra.— contestó Carolina —Es que nosotros tenemos existencia en todas las dimensiones.

Piedad y Félix pusieron cara de asombro.

Hugo se rio.

—Lo que quiere decir Carolina es que existen más dimensiones en la naturaleza pero debido al sueño de la conciencia, solo nos damos cuenta de lo que es la tercera dimensión o mundo físico.

—¿Pero queréis decir, —dijo Piedad —que nosotros también vivimos en esas dimensiones y no somos conscientes de ello?

—Sí. Algo así.— contestó Hugo.

—Mirad,— dijo Carolina —Nuestro cuerpo físico se mueve en el mundo físico, lógicamente. Pero también tenemos un cuerpo Vital que digamos que integra y envuelve el cuerpo físico y que en realidad está en la cuarta dimensión. El Ego se mueve en la quinta dimensión, la cual tiene como dos regiones: el mundo Astral y el mundo Mental. El Astral está más ligado a las emociones y el Mental a la mente. Y la conciencia actúa desde la sexta dimensión, desde el mundo Causal o desde el Búdico. Y nuestro Ser se mueve desde la séptima dimensión, el mundo Átmico. Existen más dimensiones, pero esas son las principales o más cercanas a nosotros.

Piedad y Félix la escucharon muy atentos.

—Pero entonces,— inquirió Piedad —cuando soñamos, ¿nos salimos del cuerpo y permanecemos en el mundo astral?

—¡Eso es!— respondió Carolina.

—Pero... y ¿cómo es que nunca nos hemos dado cuenta?— preguntó Piedad.

—Porque la conciencia está dormida.— dijo Carolina.

Piedad hizo un gesto de haber comprendido y al mirar a Félix, vio que éste también parecía haberlo entendido.

Entonces Piedad se acordó de los dos sueños que había tenido con su madrina.

—Oye,— dijo, dirigiéndose a la otra joven — ¿Entonces si nosotros soñamos con alguien que ha muerto, es por lo que me has dicho antes? ¿Porque esa persona está en el mundo astral?

—Bueno, hay casos y hay casos. Puede ser que sea una simple proyección. Ya que, como comprenderás, cuando nos salimos del cuerpo por la noche, al dormir, normalmente estamos identificados con los pensamientos del ego. En ese caso, aunque estemos en otra dimensión, seguimos proyectando ideas, fantasías, temores, deseos, etcétera, de los distintos Yoes. En realidad estamos normalmente en un estado sonambúlico fuera de nuestro cuerpo físico. ¿Me explico?

—Sí.— contestó Piedad — Ya entiendo. Pero has empezado diciendo con respecto a lo que te he preguntado de si vemos a alguien que ha muerto, en el astral, que hay casos y casos. ¿Qué otros casos hay? ¿Puede ser que nos encontremos con una persona fallecida, en el astral?

—Sí puede pasar, sí.— respondió Carolina —Pero habría que tener algo de conciencia despierta para verla. Porque lo normal es estar proyectando. O sea, que sea un sueño.

—¿Y cómo se puede saber?

—¿Tú eras consciente de que estabas en un sueño?

Piedad se quedó callada, al ver que la otra joven había comprendido que ella había soñado con su madrina. Pero al final, era más su inquietud por saber, que le contestó:

—Pues... más o menos. Al principio creí que estaba despierta, pero luego me acordé de que... esa persona ya había muerto y eso me hizo plantearme las cosas. Pero ella me dijo que estábamos en un sueño.

La joven se quedó pensando en su madrina, sintiendo cierta melancolía.

Félix le cogió la mano y le dijo:

—Ella está bien. Seguro que lo está.

Piedad asintió, sin decir nada.

Carolina la miró con dulzura y le dijo:

—Sé lo que estás sintiendo. Mi madre murió cuando yo tenía diecisiete años. Fue muy duro para mí, sobre todo porque no sabía nada de lo que sé ahora. Si yo lo hubiera sabido, seguro que habría sido muy diferente. Ahora ella ha vuelto. Es una de mis sobrinas.

—¿De verdad?— dijo Piedad muy sorprendida — ¿Cómo lo sabes?

Carolina se encogió de hombros sonriendo y le contestó:

—Lo sé. Pero no te puedo decir cómo lo sé. Hay experiencias que es mejor no contar, porque son muy íntimas.

Piedad asintió:

—Lo comprendo.

Carolina asintió.

Como ya hacía bastante rato que habían terminado los postres, Hugo dijo:

—Carolina, creo que deberíamos irnos. Recuerda que hemos quedado con tu padre y con Noelia.

—¡Ah, sí! ¡Es verdad!— contestó ella, mirando el reloj.

Los dos se levantaron y Carolina dijo:

—Piedad, me ha encantado conocerte. Me alegro mucho de que Félix haya encontrado una chica tan encantadora como tú.

Piedad se rio, algo avergonzada, y Félix se sonrió.

—Gracias.— dijo Piedad —Yo también me alegro de que Félix tenga unos amigos tan especiales como vosotros.

Carolina y Hugo se rieron. Y Félix, se rio también y dijo:

—Será que tengo un magnetismo especial que atrae gente maravillosa.

Todos se rieron.

—Bueno, —dijo Piedad — espero que podamos vernos en más ocasiones, y sigamos hablando de estos temas, pues me interesan muchísimo.

—Sí. Yo también lo espero. — contestó Carolina.

Y Hugo asintió.

Luego la pareja se fue, y se quedaron solos Piedad y Félix.

Él la miraba sonriente. Se veía complacido.

Ella se rio.

—¿Por qué me miras así?

—Porque yo también me alegro de haber encontrado una chica tan encantadora como tú.

Piedad se rio.

Capítulo 32

Los jóvenes pasaron el resto de la tarde paseando y hablando de sus cosas, y cuando anocheció, Félix la acompañó hasta su casa.

Cuando estaban en el portal, apareció por allí Claudia.

La muchacha se quedó observando muy atentamente a Félix, y éste le sonrió, divertido por el descaro con el que le miraba.

Piedad le dijo a su hermana:

—Claudia, te presento a Félix. Félix, esta es mi hermana. Es la más pequeña de la familia.

—¡Hola Claudia!— saludó él, presentándole una mano para estrechársela.

Ella le dio la suya, pero le siguió mirando muy seria.

Félix se rio y le dijo:

—Ya veo que eres la más formal de la familia. Eso sí, eres muy guapa.

Claudia se quedó seria aún durante unos segundos, pero después se fue dibujando una sonrisa en su cara.

Entonces le dijo a Félix:

—Oye, ¿te puedo hacer una pregunta?

—¡Claro! ¡Dime!

—¿Vas a aprobar a Alfredo solo porque Piedad es su hermana?

Félix se rio, y luego contestó:

—No. Solo porque Piedad sea su hermana, no.

Claudia hizo una media sonrisa, pero Félix siguió diciendo:

—Aunque tal vez lo haga porque tú eres su hermana. Pero no le digas nada, ¿eh?

Piedad se rio, y Claudia, de primeras se quedó sorprendida y luego volvió a sonreír:

—Ya veo que eres bastante chistoso. —dijo.

Félix lanzó una carcajada y Piedad se rio también.

Claudia volvió a quedarse mirándolo y le dijo:

—Lo que sí espero es que seas bueno con Piedad. Mi hermana, aunque sea mayor que yo, es muy inocente, y no me gustaría que le hicieran daño.

—¡Claudia!— exclamó Piedad, algo incómoda.

Félix volvió a reírse y le contestó a la hermana pequeña:

—Me alegro mucho de que Piedad tenga alguien que la proteja. Pero pierde cuidado, cuidaré de Piedad más que si fuera una perla preciosa.

Piedad hizo un gesto de regaño a su hermana, pero la otra no se inmutó. Solo miró a Félix y le contestó:

—Así espero.

Félix asintió como si fuera un niño pequeño que obedece a un adulto.

Y luego Claudia dijo:

—Bueno, me voy para arriba.

Indicando que subía a su casa.

En cuanto se metió en el portal, Félix miró riéndose a Piedad, y le dijo:

—¡Me ha gustado mucho tu hermana! ¡Es muy graciosa!

—Pues te aseguro que te estaba hablando en serio. — le dijo Piedad.

—Ya lo sé. Pero precisamente eso es lo que me hace gracia.

Piedad primero le hizo un gesto como de regaño, pero al final se contagió de las bromas que el otro le hacía, y terminó riéndose también.

Luego se despidieron, y ella se subió también a su casa.

La joven llegó bastante cansada del día, y después de cenar, y de un rato de conversación con sus padres, se marchó a su dormitorio.

Como se sentía con bastante sueño, se dijo: "Creo que hoy haré una pausa y mañana continuaré con el diario de mi madrina."

Así que se acostó inmediatamente, y nada más cerrar los ojos, se durmió.

Sin embargo, la sopa de la cena hizo efecto y se despertó a medianoche. Se levantó y fue al baño, y luego volvió a acostarse.

Pero entonces le vino el recuerdo de su conversación con Carolina acerca del astral, de los sueños y de la posibilidad de ver a familiares fallecidos en ese mundo.

Piedad se dijo: "¡Cómo me gustaría poder volver a ver a mi madrina! Pero, ¿cómo puedo hacer para verla? Las otras veces ha surgido así, sin yo quererlo. Pero ¿se podrá hacer a voluntad? ¡Vaya! ¡Tendría que haberle preguntado a Carolina cómo se puede hacer eso a voluntad!".

Luego estuvo pensando, y se le ocurrió pedirle a Félix el teléfono de sus amigos, para poder hablar con ellos.

Y con esa intención, se dio la vuelta, y se fue durmiendo.

Capítulo 33

Al día siguiente, Alfonso regresó a la escuela. Lo llevó su abuelo.

Piedad se acercó hasta él con cierta timidez, y le saludó amablemente.

El hombre le devolvió el saludo con una sonrisa.

—Anda Alfonso,— dijo Piedad — ve con la seño Asiri, que voy a hablar un momento con tu abuelo.

El niño asintió y obedeció.

Entonces Piedad le dijo al padre de Félix:

—Mire, lo que pasó el jueves...

—No se preocupe, señorita Piedad.— le interrumpió el hombre —No tiene que disculparse. Sé de sobra que usted trata a mi nieto mejor que ninguna otra maestra, y nunca permitiría que nadie le hiciese daño. Debe usted perdonar a mi mujer, porque el otro día ella estaba algo nerviosa.

—Ya me lo ha explicado Félix. Pero no quería que ustedes...

—Mi mujer no ha venido,— le volvió a interrumpir el abuelo — porque ella se queda haciendo cosas en la casa. Pero yo le digo en su nombre y en el mío, que no solo no se preocupe, sino que sentimos mucho si le hemos ocasionado problemas en la escuela a causa de lo que mi mujer habló con la directora.

—¡Oh, no, por favor!— dijo Piedad.—No tienen que disculparse nada.

El abuelo se quedó pensativo y luego respondió:

—¿Lo dejamos en que fue un malentendido y ya se solucionó?

Piedad sonrió y asintió.

—Trato hecho.— dijo, extendiéndole la mano.

El abuelo sonrió y le estrechó la mano. Y al hacerlo, le cogió también con la otra mano.

Luego se despidió y se marchó, dejando a Piedad más contenta.

Durante la mañana todo fue normal en la escuela.

Y en el recreo, Piedad pudo hablar un poco más con Asiri, y le contó que había conocido a Carolina y a Hugo. La joven boliviana se alegró mucho de saber noticias de su antigua amiga.

—Oye, Asiri,— dijo Piedad —¿por casualidad tú tienes el teléfono de Carolina?

—Pues la verdad es que no. Hace un montón de tiempo que lo tuve, pero cambié de teléfono y perdí muchos números. Pero seguramente Félix lo tenga. ¿No está haciendo el curso de medicina con Hugo?

—Sí, ya lo había pensado. Pero te he preguntado por si acaso tú lo tenías.

—Oye, pues si te lo da, luego pásamelo. Me gustaría volver a hablar con ella.

Piedad asintió y le dijo:

—Ahora que lo pienso, Carolina me preguntó que cómo te iba. Y la verdad es que le dije que solo habíamos hablado de cosas de tu país natal. Pero me doy cuenta de que no se me ha ocurrido preguntarte nada sobre tu vida actual.

Asiri se rio.

—No tiene importancia. Es lógico que si allí vivió tu madrina, te gustaría saber cómo es aquello. Y no me molesta para nada hablarte de Bolivia, porque aunque hace varios años que no voy por allí, amo mi tierra.

—Ya, claro.— dijo Piedad —Pero dime, ¿vives sola o con tu familia? ¿O acaso tienes pareja?

—Tengo pareja. Se llama Marco Antonio y también es boliviano. Vivimos juntos desde hace tres años. Aunque estamos pensando en casarnos pronto.

—¡Ah, qué bien!— exclamó Piedad.

Asiri se rio y respondió:

—Sí. Fue mi profesor de magisterio en el último curso. Y creo que fue amor a primera vista. Lo que pasa es que nos costó hablar en plan romántico, por aquello de que él era mi profesor.

—¡Lo entiendo, claro!— dijo Piedad riéndose.

—Pero al final pudimos entablar una relación seria, y después decidimos irnos a vivir juntos. Y la verdad es que cada día estoy más contenta de haber dado ese paso.

Piedad sonrió y asintió.

—Me alegro mucho por ti.— le dijo Piedad.

—Gracias.— contestó Asiri, sonriendo también.

A mediodía, cuando Félix fue a recoger a Alfonso, Piedad le pidió el teléfono de Carolina. Él no lo tenía, pero sí el de Hugo. Y se lo dio.

—Te ha caído bien Carolina, ¿eh?— le dijo el joven, mientras metía a Alfonso en el coche.

—Sí, muy bien. Pero es que quería hablar con ella de algo muy preciso.

—¿Ah, sí?— dijo él, mientras cerraba la puerta trasera — ¿Y de qué, si se puede saber?

Piedad se sonrió y le contestó:

—¡Qué curiosillo eres! ¡Te lo diré esta tarde!

—¿Esta tarde?— repitió él pensativo, acercándose de nuevo a ella.

—Sí.

—Bueno, pero recuerda que esta tarde tengo curso.

—¡Ah, sí es verdad! Escucha, si te viene mal, nos vemos mañana.

—De eso, nada. Nos vemos aunque sea un rato. Si quieres, voy a recogerte a tu casa y te invito a cenar en cualquier sitio.

Piedad sonrió y asintió:

—Vale.

Félix sonrió también, luego se dieron un rápido beso, y se fue hacia el coche.

—¡Oye!— le dijo la joven, —pídele el teléfono de Carolina a Hugo.
—Haré algo mejor. Se lo pediré a ella.— contestó él.
—¿A ella?
—¡Claro!— respondió mientras se metía en el coche y luego se marchó.
Piedad se extrañó de la respuesta y se dijo:
—No lo entiendo.

Capítulo 34

Después de comer y de recoger la cocina, Piedad se metió en su dormitorio para descansar un poco.

Se sentó en su escritorio y cogió el diario de su madrina.

"La ciencia materialista, aunque muchos creen que es infalible y que todo lo que dice es cierto, es una ciencia completamente subjetiva.

Para poder conocer la ciencia objetiva habría que tener la conciencia despierta.

Se habla mucho del poder de la mente, aunque en realidad se desconoce mucho sobre la misma.

Existen tres tipos de mentes.

Una es la "mente sensual", que se basa en la información que nos llega a través de los cinco sentidos. Es una mente útil para las cuestiones diarias de la vida.

Otra es la "mente intermedia", la cual se mueve entre las creencias y el escepticismo. Y cuando hablo de creencias, no me refiero solo a creencias religiosas, sino de todo tipo: políticas, filosóficas, científicas, etcétera.

Y existe un tercer tipo de mente a la que llamamos "mente interior". Esta se basa en las experiencias reales de la conciencia.

Por tanto, para abrir la "mente interior", es necesario trabajar sobre sí mismos intensamente para poder despertar conciencia y conocer la Verdad de nosotros mismos y del Universo entero.

Y cuando hablo del Universo entero, no me refiero al Universo en el que cree la mente intermedia. Ni tampoco al que la mente sensual puede captar a través de los cinco sentidos.

Me refiero al que puede captar la Conciencia despierta. A las diferentes dimensiones, y a los habitantes de las mismas.

Te he hablado de los elementales de las plantas y de los animales. La mente sensual, dirá que no existen, porque no puede verlos, ni oírlos, ni tocarlos, ni olerlos, ni escucharlos.

La mente intermedia en algunas personas puede creérselo, mientras que en otras, no se lo cree. Ahí tenemos la dualidad de los creyentes y de los escépticos.

Sin embargo, alguien que ha despertado conciencia y ha desarrollado sus facultades internas, puede ver y hablar con esos elementales.

Porque estos elementales se mueven en la cuarta dimensión.

Y la mente sensual no sirve para investigar sobre ello. Ni tampoco la mente intermedia.

Solo la conciencia, que a medida que va despertando, va abriendo poco a poco la mente interior.

Esto es solo un ejemplo. Porque el Universo es una fuente de Sabiduría que no tiene límites."

Piedad cerró el diario, pensó: "¡Así que mi madrina también sabía de otras dimensiones! Seguramente por eso la he visto en sueños. Quizás sabía muchas cosas de las que me habló Carolina. Y puede que más adelante en el diario, me hable de ello."

Luego se tumbó un poco para descansar.

Con los ojos cerrados, se puso a pensar en su madrina, y se decía: "Ojalá pudiera volver a verla. Tengo tantas cosas que preguntarle... ¿Dónde estará ella ahora?..."

Con estos pensamientos se quedó dormida, y empezó a soñar:

Caminaba por un camino de montaña, rodeado de una exuberante vegetación, cuando algo más allá vio a su madrina. Esta no estaba sola. También había un hombre.

Piedad se dijo: "Vuelvo a estar soñando. Eso es que estoy en el mundo astral".

La joven se acercó hasta la pareja y le dijo a su tía:

—Madrina, ya sé que esto es un sueño, pero quisiera saber si tú eres real o eres una proyección de mi mente.

Marcela y su acompañante sonrieron.

—Piedad, a medida que vayas despertando conciencia, te irás dando cuenta de cuándo estás proyectando y cuándo estás viendo realmente.

La joven reflexionó y asintió:

—Sí.— dijo— Es lógico.

Luego se quedó mirándolos unos momentos y le preguntó al hombre:

—¿Tú eres Norberto?

El hombre asintió.

—Sí. Ciertamente mi nombre es Norberto..

Piedad asintió sonriendo, contenta de poder conocer al esposo de su madrina.

—Ojalá te hubiera conocido de verdad.— dijo Piedad —Pero bueno, algo es algo.

Marcela y Norberto se rieron.

—Madrina, las otras veces que nos hemos visto, he olvidado darte las gracias por dejarme el diario. Es el mejor regalo que me has hecho. Y estoy aprendiendo muchas cosas. Y las estoy compartiendo con alguien muy especial que ha entrado en mi vida.

Marcela sonrió y asintió.

—Me alegro mucho.

Piedad se quedó pensando en Félix y le entró cierta melancolía, al pensar que nunca podría presentárselo a su tía preferida:

—Siento que no lo hayas podido conocer.— dijo —Él te gustaría mucho.

Pero ese sentimiento de pena y melancolía se apoderó fuertemente de ella, y sin poder siquiera despedirse, la despertó.

La joven abrió los ojos y se dijo: "¡Vaya! ¡Qué rabia! ¡Con lo bien que iba todo!".

Sin embargo, intentó recordar todo lo que había pasado mientras dormía, y eso le dio algo más de ánimo.

Capítulo 35

A las ocho y media, Piedad recibió un toque de Félix, diciéndole que ya estaba en el portal de su casa, pues el joven no sabía en qué piso vivía su novia.

Y ella se puso el abrigo para irse.

—¡Eh! ¿A dónde vas, hermanita?— le dijo Gustavo, que justamente salía de su dormitorio.

—Me voy a cenar con Félix. Me está esperando abajo, no me entretengas.

—¡Cómo que no te entretenga!— dijo él con una sonrisilla traviesa — ¿Por qué no le dices que suba? Así le conocemos todos.

Piedad se sonrió y negó con la cabeza, y siguiéndole el juego a su hermano le contestó:

—Mejor que no, que si os conoce a todos, es capaz de no querer seguir saliendo conmigo.

Gustavo se rio y llamó a su hermano:

—¡Eh, Alfredo! ¡Ven, que esto te va a interesar!

Piedad, que se temió que la bromita de sus hermanos iba a durar, le dijo:

—¡Bueno, ya vale!¡ Me voy ya!

Y se fue hacia la puerta para abrirla, pero su hermano Gustavo le cortó el paso, mientras el otro salía de su cuarto.

—¿Qué pasa?— preguntó Alfredo extrañado.

—Que Piedad ha quedado con tu profe para salir ahora. Está abajo esperándola.

Alfredo se encogió de hombros y respondió:

—¿Y qué?

—¿No te gustaría hablar con él, en plan cuñado?— le dijo Gustavo, con la misma sonrisa traviesa.

Alfredo se quedó pensativo, y luego se le dibujó otra sonrisilla en los labios.

Piedad se sonrió también, pero no queriendo que Félix tuviera que esperarla más, les dijo:

—¡Ya está bien! ¡Dejaros de tonterías, y quítate de en medio, que me tengo que ir!

—Bajamos contigo.— dijo Gustavo.

—¡Qué pesados sois!— exclamó la joven.

—¿De qué tienes miedo?— dijo Gustavo —¿Es que temes que se enfade? ¿Tiene mal humor o qué?

Alfredo se rio y Piedad resopló. Luego llamó a su madre:

—¡Mamá! ¡A ver estos! ¡Que no me dejan irme tranquila!

Los dos hermanos se rieron, y la madre apareció.

—¿Qué pasa aquí?— dijo la madre, regañando a sus hijos —¡Dejad a vuestra hermana, que la están esperando!

Los otros dos se reían, pero finalmente dejaron paso a su hermana para poder irse.

Una vez abajo, Piedad le pidió disculpas a Félix por la tardanza.

—No pasa nada.— contestó él, riéndose. —No serías la primera mujer a la que hay que esperar que termine de arreglarse.

—¡Oye!— protestó ella — ¡Eso no es verdad! ¡Ya estaba preparada desde hace un rato! Lo que pasa es que mis hermanos han empezado con las bromitas y no me dejaban salir.

Félix se rio, asintiendo y le dijo:

—¡Vale!, ¡te creo!

Luego se fueron a una pizzería.

Una vez sentados, y después de pedir unas pizzas, el joven le preguntó:

—Bueno, ¿y qué era eso tan preciso que querías hablar con Carolina?

—¡Ah, sí! ¿Te ha dado su número?

—Sí. Toma nota.

La joven anotó y luego le explicó a Félix que quería preguntarle sobre el desdoblamiento astral y alguna técnica para poder hacerlo voluntariamente.

Él asintió y le dijo:

—Sí. Yo también he estado pensando en eso. Y también me gustaría saber cómo hacerlo.

—Sí.— dijo ella, recordando el último sueño con su madrina —¿Sabes lo que pasa? Es que desde que estoy leyendo el diario, he soñado varias veces con mi madrina. Pero son unos sueños ¡tan reales!

Félix la miró reflexivo.

—¿Piensas que quizás no son solo sueños?

Piedad asintió.

—Creo que no. Creo que he contactado con ella.

—Tal vez quiera darte algún mensaje.

—Eso creo. Pero no sabría decirte bien. De hecho, me pregunto por qué contactarme. Si de todas formas ella ya murió, y me dejó su diario con todo lo que quería enseñarme. ¿Por qué contactarme?

—¡Quién sabe!— dijo él pensativo.

Ella también se quedó pensativa.

—Además, — dijo Piedad —si me contacta quiere decir que ella está consciente, ¿no?

Félix la miró y asintió.

—Quiero decir,— continuó la joven — que si normalmente cuando dormimos estamos soñando y no nos acordamos de que un rato antes nos habíamos acostado y

estábamos durmiendo en nuestra cama, si se supone que la muerte es parecida, cuando morimos no somos tampoco conscientes, y seguimos soñando. Pero si mis sueños son reales, ella es consciente de que ha muerto y se pone en contacto conmigo.

El joven se quedó callado, pensativo.

—A no ser, — dijo ella, con cierta desilusión — que todo sean sueños y ya está. Que tal vez yo sepa que estoy en el sueño, pero todo sean proyecciones mías. Y ni mi madrina está ahí, ni son reales las conversaciones que mantengo con ella.

Él le cogió una mano a ella y le dijo:

—Es mejor que no le des más vueltas. Seguro que tarde o temprano lo sabrás. Espera a ver si tienes más sueños con ella, y si es así, a ver qué te dice.

Piedad asintió.

—Escucha,— le dijo Félix — ¿qué te parece si mañana por ejemplo nos acercamos a la clínica en la que trabaja Hugo, y ves a Carolina directamente?

Piedad le miró sorprendida, y luego sonrió:

—¿Tú sabes dónde tienen la clínica?

—¡Claro! ¡Allí es donde hacemos los cursos! Está en la calle Cervantes.

—¡Ah! ¡Que es allí donde son los cursos! ¡Ahora entiendo por qué me dijiste a mediodía que le pedirías el teléfono a ella misma!

Félix sonrió y asintió.

—Pero,— dijo Piedad — ¿y si están ocupados? No creo que sea buena idea molestarlos mientras trabajan.

—No te preocupes. En todo caso sé que Carolina está en la recepción, y no creo que le moleste que la saludemos. Nosotros vamos dando un paseo, y entramos a ver. Si están ocupados, nos vamos, y ya está. Pero estoy seguro de que a Carolina le dará gusto verte, pues sé que le has caído muy bien tú también.

—En ese caso, vale. Me gustaría ir, sí.

—¡Estupendo! ¡Así haremos!

Luego continuaron cenando, contándose sus cosas, y entre ellas, del curso de medicina, y del diario de la madrina de Piedad.

Y después él la acompañó hasta su casa.

Capítulo 36

Al día siguiente, cuando llegó a la escuela, estaban sus compañeras Amalia y Fernanda hablando entre ellas en una de las clases.

—Buenos días.— saludó Piedad.

Las otras la saludaron también, observándola detenidamente.

Piedad se extrañó en la forma en la que le miraban.

—¿Pasa algo?— dijo.

En ese momento llegó Asiri.

—Buenos días. — saludó.

Las otras le respondieron.

Pero Amalia y Fernanda seguían mirando a Piedad con una media sonrisilla.

—¿Qué ocurre chicas?— preguntó Piedad —¿Por qué me miráis así?

Entonces habló Fernanda:

—¿Hay algo entre tú y el tío de Alfonso?

Piedad se sorprendió por la pregunta, pero respondió:

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

Fernanda miró a Amalia y le dijo:

—¿Lo ves? Te lo he dicho.

—¿Pasa algo por eso?— dijo Piedad.

—¿La directora lo sabe?— inquirió Amalia.

—Pues... no lo sé. En fin, yo no he comentado nada. ¿Es que pasa algo?— dijo Piedad.

Mientras tanto Asiri permanecía como una observadora silenciosa.

Y Amalia respondió:

—Pues no sé si está permitido relacionarse con los familiares de los niños.

Piedad se quedó callada, sorprendida.

—No creo que haya ningún problema.— intervino, por fin, Asiri. —Al fin y al cabo, Félix es el tío de Alfonso, está soltero y no están haciendo nada malo. Además, Piedad trata por igual a todos los niños. Como hacemos todas nosotras.

—Bueno, bueno,— dijo Fernanda — eso de que les trata igual a todos... Todas nos hemos dado cuenta de que Alfonso es su ojito derecho.

—Pero eso no tiene nada de malo.— replicó Asiri —¿Acaso habéis visto que trate mal o que desatienda a algún niño?

—No.— contestó Amalia —Eso no.

—¿Entonces?— dijo Asiri.

Las otras dos se quedaron calladas, hasta que Fernanda le dijo a Piedad:

—Pues deberías decírselo a la directora, — dijo Fernanda — porque como se entere por otro lado, puede que pierdas el puesto.

Piedad se quedó callada, algo asustada.

—No lo creo. — dijo Asiri —No lo creo en absoluto. La directora no es una mujer anticuada. Ella es una mujer moderna y además es muy comprensiva.

Lo que no se dio cuenta Asiri, fue que justo en ese momento la directora se había plantado en la puerta de la clase y había escuchado lo que ella acababa de decir.

Fernanda y Amalia se miraron, y se hicieron un gesto que Asiri, por supuesto, no entendió.

—¿Qué pasa?— dijo.

Piedad que también estaba de espaldas a la puerta, miró hacia atrás y vio a la directora.

—¡Oh, está usted ahí!— dijo, sintiendo en el plexo solar que un yo de miedo la golpeaba por dentro.

Asiri se volvió, y al ver a la directora, se quedó parada.

Las otras chicas parecieron tener que aguantarse la risa, y la directora las miró y les dijo:

—Parece que algo gracioso ha debido de ocurrir y por lo visto me lo he perdido. A ver, contadme.

—Directora,— dijo Piedad, tomando la responsabilidad y queriendo quitarle el peso a Asiri— ¿puedo hablar con usted a solas?

La directora la miró curiosa, y asintió.

—Sí. Por supuesto. Vamos. Las demás, seguid con lo vuestro.

Y la directora seguida de Piedad, se metieron en el despacho de la primera.

Mientras entraba, Piedad se acordó de su Divina Madre y le pidió que eliminara aquel yo de miedo que le producía la sensación de estar al borde de un precipicio. Y tras eso, se fue sintiendo más relajada.

—A ver, dime. — dijo la directora — ¿Qué ocurre?

Piedad decidió no andarse con rodeos.

—Mire directora, yo estoy saliendo desde hace poco con Félix, el tío de Alfonso. No se me ocurrió pensar que podía ser incompatible con trabajar en la escuela, y la verdad es que no lo he dicho antes por eso.

—Pero es que no es incompatible.— contestó la directora.

Piedad se sorprendió y luego suspiró y sonrió.

La directora también sonrió y le dijo:

—Además, yo ya lo sabía. Me lo dijo el tío de Alfonso. Cuando estuvo hablando conmigo acerca del malentendido con su madre.

—¡Oh! ¡Ya entiendo!— exclamó Piedad,

La directora se quedó pensativa y luego dijo:

—Bueno, si eso era todo, será mejor que vayas a preparar la clase, que ya mismo están aquí los primeros niños.

—¡Claro!— respondió la joven, contenta — ¡Muchas gracias!

La directora sonrió.

Cuando Piedad le dijo a Asiri lo que había hablado con la directora, esta le dijo:

—¿Lo ves? Ya lo decía yo. No les hagas caso a las chicas. No son malas, pero ya me he dado cuenta de que les gustan bastante los cotilleos.

Piedad se rio, y Asiri hizo un suspiro.

La mañana pasó muy parecida a las otras, y a mediodía, cuando llegó Félix, quedaron en que él iría a recogerla de nuevo por la tarde.

Capítulo 37

Y después de comer, Piedad cogió el diario, se sentó en el sillón de su escritorio, y comenzó a leer:

"Te he hablado de la cuarta dimensión en la que viven los elementales de las plantas. Pero existen más dimensiones que se compenetran con la dimensión en la que te mueves con tu cuerpo, y en la que puedes ver, oír, tocar, gustar y oler, si es que todos los sentidos de tu cuerpo funcionan bien.

Pero existen otros sentidos y otras facultades que son propias de la conciencia y que se desarrollan a medida que la conciencia despierta. Ejemplo de ellas son la clarividencia, la telepatía, la clariaudiencia, la recordación de vidas pasadas, el poder sobre el fuego, el aire, la tierra y el agua, o el poder entender el lenguaje de los animales... etcétera.

Así pues nuestro cuerpo físico se mueve en la tercera dimensión: alto, ancho y largo.

Pero también existen más mundos o dimensiones que están aquí y ahora, pero que para poder captarlas directamente, tendríamos que haber despertado otro sentido: el sentido espacial, que nos permite ser conscientes en cualquier momento de lo que ocurre no solo en este mundo físico, sino también en la cuarta, en la quinta, en la sexta y en la séptima dimensión.

Hay personas que dicen tener estos poderes de clarividencia y otros. Pero no es oro todo lo que reluce. No todo el que parece clarividente tiene la conciencia despierta. Porque estos poderes también se pueden desarrollar de forma subjetiva, es decir, a través de prácticas en las que el Ego coge esos poderes y se refuerza.

Pero recuerda que esos poderes son subjetivos, porque el Ego no ve la realidad.

No ve la realidad en el mundo físico, y tampoco la ve en otras dimensiones. Ve proyecciones de sus propios preconceptos.

Por eso, ten cuidado con videntes y otras gentes con poderes mentales, porque si no están despiertos de Conciencia, es el Ego quien habla en ellas.

Y no se puede despertar la Conciencia si no se trabaja internamente sobre sí mismo, con la desintegración del Ego.

Lo mismo ocurre con los sueños. Ellos son proyección de los deseos, frustraciones, anhelos, miedos, etcétera... de nuestro propio Ego. De toda esa multitud de defectos que habitan en nuestro mundo interior.

Diferente es cuando se hace el Esfuerzo para Despertar.

Despertar aquí y ahora. Y Despertar en otras dimensiones.

Haz el siguiente experimento: Cuando te vayas a dormir, ponte en una postura cómoda y relaja todo tu cuerpo. Seguidamente pide a tu Madre Divina que te saque de tu cuerpo. Luego autoobserva tus pensamientos, y estate alerta esperando que el sueño te venga. Cuando notes que el sueño te envuelve, no te dejes llevar por la pereza y levántate, da unos pasos y luego pega un salto con la intención de flotar, para comprobar si te has desdoblado al mundo astral. Si logras flotar en el aire, te darás cuenta de que estás fuera de tu cuerpo físico. Si no flotas, vuelve a tu cama y repite el experimento.

Una vez que te hayas desdoblado, puedes ir a donde quieras. En el mundo astral, que forma parte de la quinta dimensión, uno puede flotar o volar, porque no existe la ley de la gravedad. Por eso te habrás visto más de una vez volando en tus sueños. También puedes atravesar sólidos: paredes, objetos, etcétera. Así como alargar o encoger partes de tu cuerpo o viajar de forma rapidísima. Incluso puedes volar tan alto como para poder ver el planeta desde arriba. En fin, es un mundo regido por menos leyes de tipo cósmico y por ello, con más libertad de movimiento.

También puedes encontrar a personas que fallecieron, pues se mueven en el astral. Sin embargo, lo más frecuente es que anden con la conciencia dormida, proyectando sus recuerdos de cuando vivían en el mundo físico. Al igual que también van con la conciencia dormida la mayoría de los humanos vivientes en nuestro planeta, proyectando sus propias fantasías. Por eso ellos sueñan y no se dan cuenta de que no están dentro de su cuerpo, ni tampoco se dan cuenta de lo que les rodea. Solo sueñan.

Pero ten en cuenta algo muy importante: haz el esfuerzo de Despertar en el mundo físico con tu cuerpo despierto, y Despertarás en el mundo astral, mientras tu cuerpo está dormido."

La joven cerró el diario con una sonrisa en los labios y se dijo: "Ya me ha dado la clave para salirme del cuerpo conscientemente. Voy a hacerlo ahora mismo."

Así que se acostó, cerró los ojos y se relajó, y luego hizo la oración a su Madre Divina y esperó a ver.

El problema vino cuando se desveló por las ganas que tenía de hacerlo. Y como al final se le fue el sueño y después de un rato se cansó, se dijo: "Creo que los nervios no me dejan dormirme. Mejor será dejarlo para la noche, que tendré más sueño.".

Y se levantó, recogió su cama y se fue al salón.

Capítulo 38

En el salón estaban su madre, cosiendo, y Claudia, dibujando.

—Mamá,— dijo Piedad —¿hay café hecho?

—Sí. Hace un ratito que nos lo hemos tomado tu padre y yo, pero ha quedado en la cafetera. Estará aún caliente.

—Vale, voy a tomármelo.

Pero antes de irse, Piedad se acercó curiosa hasta su hermana y le preguntó:

—¿Qué haces?

—Estoy haciendo un trabajo para el instituto.

—Para la clase de dibujo, supongo. —dijo Piedad

—Evidentemente no es para la clase de matemáticas.

Piedad se sonrió, mientras la observaba.

Entonces Claudia sin parar de dibujar le preguntó a su hermana:

—¿Te va bien con Félix?

Piedad se sonrió de nuevo y vio que su madre levantaba la vista de la costura, y la miraba.

—Sí.— respondió Piedad —¿Por qué me lo preguntas?

La hermana pequeña asintió:

—Me cayó bien tu novio. Es bastante chistoso, pero me cayó bien.

Piedad se sonrió y su madre también.

—Oye Claudia, — le dijo Piedad —tu ideal de hombre es alguien más bien serio, ¿verdad?

—No sé por qué dices eso. — contestó la hermana, sin dejar de dibujar —No tengo preconceptos sobre eso.

Piedad sonrió y asintió mirando a su madre.

—Pero cuando lo vea, — continuó Claudia — le reconoceré de inmediato.

—¿Ah, sí?— dijo Piedad, sorprendida por la seguridad de su hermana.

—¿Y por qué crees que lo reconocerás de inmediato?— intervino la madre.

—Porque él y yo ya nos conocemos de otras vidas.

Piedad se quedó asombrada y al mirar a su madre, vio que se sonreía.

—¿Estás hablando en serio?— le dijo Piedad.

—¡Claro! ¿No estamos hablando en serio?— dijo Claudia.

—Pues sí, pero... —

Claudia paró de dibujar y miró a su hermana:

—Mira Piedad, tal vez no me creas, — luego miró a su madre— y quizás tú tampoco, pero en algún sitio está el hombre con el que voy a compartir mi vida, y él y yo estamos ligados desde vidas anteriores.

Piedad se quedó callada sin saber qué decir, y la madre puso cara de estar pensativa.

Claudia miró a las dos unos momentos, y luego continuó dibujando, como si nada.

Entonces Alfredo entró en el salón y dijo:

—¡Mamá!, ¿hay algo rico para merendar?

—¡Anda, hazte tú mismo un bocadillo!

—¡Jo!— exclamó el joven, y se fue a la cocina.

Piedad, aún sorprendida por el comentario de su hermana, se fue también a la cocina para tomarse el café.

Su hermano estaba sacando varias cosas del frigorífico.

Mientras ella se calentaba un poco de leche para el café, Alfredo empezó a abrir un buen trozo de pan para hacerse el bocadillo y le dijo a su hermana:

—Oye, ¿de verdad vais en serio mi profe y tú?

—Sí. ¿Por qué?— dijo Piedad.

El joven fue echando poco a poco un chorreón de aceite en el pan, mientras le decía:

—Porque entonces es posible que él sea mi cuñado, ¿no?

Ella se rio.

—Es pronto para decirlo, pero podría ser…

Mientras él iba cortando unas rodajas de queso, le contestó:

—Que conste que a mí me cae bien, ¿eh? Tengo que reconocer que es el mejor profe que tenemos.

Piedad sonrió:

—¿De verdad? ¿O lo dices para que yo se lo diga, y en agradecimiento te apruebe?

Alfredo se rio:

—¡No! —dijo entre risas— ¡Te lo digo en serio! ¡Y además no te lo digo para que tú se lo digas a él!

Piedad se rio.

—Pero a ver,— dijo —¿tú cómo vas en esa asignatura?

—Bien. — contestó él, mientras se cerraba el bocadillo. Y antes de darle el primer bocado —Si no me crees, pregúntaselo a él y verás.

Piedad volvió a reírse, y respondió:

—Vale. Te creo.

—¿Te sobra café?— le dijo el joven.

Piedad sonrió y aunque ella se lo hubiera tomado todo, le contestó:

—Un poco. ¿Lo quieres?

—¡Claro!— respondió él acercando una taza —¡Venga p'acá!

Gustavo entró en la cocina también.

—¡Aquí huele a café! ¡Yo también quiero!

—Pues te lo vas a tener que hacer tú, porque ya no queda.— dijo Piedad.

—¿No? Bueno, pues entonces me tomaré otra cosa.

En ese momento llamaron al portero automático.

Piedad miró el reloj de la cocina y exclamó:

—¡Oh, vaya! ¡No me había dado cuenta de que era tan tarde!

Sus hermanos la miraron curiosos, mientras ella salía rápidamente de la cocina en dirección a la entrada de casa.

Ya estaba allí su madre hablando por el telefonillo:

—Sí. — dijo la madre —Espere un momento.

Y dirigiéndose a Piedad:

—Es Félix.

—¡Soy una tonta! —exclamó la joven — ¡Me he dormido en los laureles!

—¿Qué le digo?— dijo la madre.

—Pues que... bajo enseguida.

—¿Y le vas a hacer esperar abajo? ¿Con este frío?

—Pues... es que no le voy a decir que suba, ¿no?

—¿Por qué no?— le dijo Claudia, que había salido también a la entrada —No tiene nada de malo que suba.

La madre dijo:

—Yo no tengo ningún problema en que suba.

—Bueno, está bien, — dijo Piedad — dile que suba.

La madre se lo dijo y Piedad se fue rápidamente al baño para terminar de arreglarse.

Algunos minutos después, Piedad creyó que sus peores temores se habían cumplido cuando al entrar de nuevo en el salón, vio a Félix rodeado de sus tres hermanos y de su madre. Pero rápidamente esos temores se desvanecieron cuando los vio reírse con toda soltura a todos. Incluso Claudia se estaba riendo. No tanto como sus hermanos, claro, pero se reía, al fin y al cabo.

Entonces Piedad se sintió feliz: Félix les había gustado a todos.

La joven entró sonriente en el salón, y se acercó hasta Félix.

Éste le sonrió y le dijo:

—Me están contando muchas historias sobre ti. Eres muy pilla. Ya veo que las anécdotas más graciosas de tu vida, no me las has querido contar.

Alfredo y Gustavo se partían de risa rodeando a su hermana por los hombros.

—¡A saber lo que te han contado!— dijo ella riéndose — ¡No les creas todo a estos dos!

Todos se rieron de nuevo.

—Bueno, nos vamos, ¿no?— dijo Piedad.

—Sí.— respondió Félix —Otro día seguiremos con estas historias tan interesantes.

Los hermanos y la madre de Piedad se despidieron del joven, y la pareja se marchó.

Capítulo 39

Unos veinte minutos más tarde, llegaban a la clínica de beneficencia en la que trabajaban Hugo y Carolina.

Cuando entraron, vieron a Carolina, sentada detrás de un escritorio, dibujando.

—¡Hola!— saludo la joven alegremente, y levantándose de su asiento —¡Qué sorpresa tan agradable!

Piedad y Félix se rieron.

Carolina se acercó hasta ellos, y las jóvenes se dieron un par de besos.

—¿No te molestamos?— preguntó Piedad.

—Por supuesto que no. Digamos que aparte de para recibir a los pacientes, yo estoy de reserva para lo que me manden. Pero estoy muchos ratos en los que puedo hacer lo que quiera. Siempre y cuando esté aquí, claro. Y como me encanta dibujar, aquí estaba entretenida en ello.

—¿Lo ves?— dijo Félix a Piedad —Ya te lo dije.

Piedad sonrió y asintió.

—Hugo está pasando consulta dentro, ¿no?— dijo Piedad.

—No.— respondió Carolina —Hoy le toca en la otra clínica. Es un sistema que ideamos hace un par de años para poder sufragar la clínica de beneficencia.

—¿Pero entonces por qué estás tú aquí?— preguntó Piedad, extrañada —Si no hay nadie pasando consulta...

—Pero es que sí que hay.— respondió Carolina —La consulta no la llevamos solo nosotros. Aquí trabajan también mi hermano Carlos, mi padre y otro médico que se incorporó hace poco.

—¿Tu padre también conoce la Nueva Medicina Germánica?— preguntó Piedad.

—Sí. Él la conoció y la aceptó a raíz de cuando yo tuve la leucemia.

—¡Oh!— exclamó Piedad —¡Qué extraordinario!

Carolina y Félix se rieron.

—Bueno, — dijo Carolina —¿y cómo es que se os ha ocurrido venir por aquí?

—Porque Piedad tenía ganas de hablar contigo.— dijo el joven.

—¡Ah, muy bien!— contestó Carolina, mirando a la otra joven sonriente — Ya me pidió mi teléfono Félix ayer para ti. ¿Y qué puedo hacer por ti?

—Pues la verdad es que al principio quería hablar contigo acerca de lo que hablamos el otro día sobre el desdoblamiento astral. Quería pedirte una forma de hacerlo voluntariamente. Pero casualmente hoy, leyendo el diario de mi madrina, ella misma me da una técnica. Así que en ese aspecto estoy más o menos satisfecha.

—Entiendo. — dijo Carolina, asintiendo.

—Pero sí me gustaría hablar de otra cosa. — dijo Piedad.

—A ver dime. ¿De qué se trata?

Pero en ese momento, entraron por la puerta una pareja con un niño de unos siete años.

Carolina les dijo a sus amigos:

—Sentaos un momento, y ahora seguimos hablando.

Y se puso a atender a los recién entrados.

Después de escuchar a los padres, Carolina le puso la mano en la cabeza al niño y le empezó a hablar dulcemente, diciéndole que no tuviera miedo y que enseguida se iba a encontrar mucho mejor. El niño la miraba y luego asintió.

Entonces se abrió una de las puertas laterales y salió una señora con una niña, y detrás un hombre joven, algo mayor que Carolina.

El hombre se despidió de las pacientes y luego miró a la familia que se encontraba junto a Carolina. Les dijo que entraran a la consulta y luego miró a Félix y a Piedad. Como pareció reconocer a Félix, Carolina le dijo:

—Carlos, ¿te acuerdas de Félix? Fue compañero mío del instituto. Era de la pandilla. Y ella es su novia, Piedad. Piedad, él es mi hermano Carlos.

Todos se sonrieron y se saludaron.

Después de unas palabras, Carlos les dejó y se metió en la consulta.

—Bueno,— dijo Carolina, sentándose junto a ellos —¿y de qué otra cosa querías hablarme?

—¡Ah, sí!— dijo Piedad —Es que si no recuerdo mal, me hablaste de que tu madre era ahora tu sobrina, ¿no?

—Sí.

—¡O sea que tú también piensas que vivimos varias veces!

—Sí. Pero ¿por qué me lo preguntas? ¿Acaso tú recuerdas alguna vida anterior?

—No. La verdad es que no. — contestó Piedad —Pero mi madrina me ha hablado algo de eso en el diario que me dejó. Yo la creo, desde luego, pero lo que me ha impactado realmente, es que hoy he estado hablando con mi hermana, y ella ha hablado también de algo relacionado con eso. Y la verdad es que me he quedado muy sorprendida. No ha sido nada más que un comentario, pero... me ha dejado... en blanco. No me lo esperaba de ella.

—¿No crees que podía ser una broma?— dijo Carolina.

—¿De Claudia? No. No lo creo en absoluto.

Félix escuchó todo muy atento, y decidió intervenir:

—¿Crees que ella recuerde vidas pasadas?

—No lo sé. Es que tampoco hemos seguido hablando sobre ello. Ya digo que me he quedado en blanco.

Carolina asintió:

—Lo comprendo.

—Oye Carolina, — dijo Piedad — ¿tú recuerdas vidas pasadas?

Carolina la miró reflexiva unos momentos y luego contestó:

—Todo lo que puedo decirte es que he logrado recordar algunas cosas.

Piedad y Félix la miraron sorprendidos.

—¡Entonces es verdad!— exclamó Piedad.

Carolina sonrió y les dijo:

—Bueno, hace falta mucha paciencia y perseverancia, pero todo el mundo puede conseguir recordar vidas anteriores si se lo propone. Pero como digo, hace falta mucha perseverancia[2].

En ese momento salió de la otra consulta una pareja de edad madura. Carolina se dirigió a ellos, y estos le dieron las gracias y le dijeron que ya estaban mucho más tranquilos. Después se despidieron de Carolina y luego se marcharon.

Entonces, de la misma consulta, salió el padre de Carolina. La joven le presentó a sus amigos y el padre los saludó, y luego le dijo a Félix:

—Así que tú fuiste compañero de Carolina en el instituto, ¿no?

—Efectivamente.— respondió Félix.

—¿Y qué tal compañera era? Porque en casa, desde luego, era tan rebelde que no le gustaba nada más que llevar la contraria.

Carolina se sonrió y Félix se rio y le respondió:

—Pues le diré que Carolina era la más dócil de la pandilla. ¡Así que imagínese!

Carolina se rio, mientras que el padre se sorprendió, luego frunció el ceño y luego lo relajó mientras hacía una media sonrisa.

—Veo que eres bastante bromista, ¿eh?— dijo.

Carolina y Félix se rieron. Piedad solo sonrió, porque el padre de Carolina le imponía un poco.

—Ya veo por qué erais de la misma camarilla.— dijo el padre —Se ve que no disfrazáis mucho lo que pensáis.

Carolina y Félix volvieron a reírse.

Entonces el padre miró a Piedad y se quedó observándola detenidamente.

Piedad se sintió algo cohibida, y Carolina debió darse cuenta y le dijo:

—¿Qué pasa papá?

—¡Um! Esta niña me recuerda mucho a alguien que conocí hace muchos años. Quiero decir que se le parece muchísimo.

Todos se sorprendieron.

—¿A quién?— le preguntó su hija.

—Pues era una joven médico que tuvimos en el hospital durante algunos meses. Estaba un poco loca. Hacía poco que había terminado la carrera, y ya le gustaba

[2] *Véase más sobre el recuerdo de vidas pasadas de Carolina en la obra "Retos de la Existencia" en http://www.elenasantiago.info/Retos_de_la_Existencia.Elena_Santiago.pdf*

improvisar. Creo que antes había sido monja. Pero no duró mucho en el hospital porque se fue con una ONG por esos mundos de Dios.

Piedad sintió un vuelco en el corazón.

—¿Y cómo se llamaba?— preguntó.

—Pues... no recuerdo... creo que era... Gascón. Eso es. La doctora Gascón.

—¿No se llamaría Marcela Gascón Macías?— dijo Piedad, con el corazón latiéndole deprisa.

El padre miró sorprendido a Piedad y asintió:

—¡Eso es! ¡Así se llamaba!. ¿Acaso era pariente tuya?

—¡Sí!— exclamó Piedad muy contenta— ¡Ella era la hermana pequeña de mi madre, y mi madrina! ¡Usted la conoció!

Y empezó a reírse muy contenta. Félix la miraba riéndose, y Carolina, igual. Mientras que el padre la miraba sorprendido, hasta que al final sonrió.

—Aunque dice que mi madrina estaba loca, no es verdad. — dijo Piedad —Ella solo era una buscadora de la verdad. Pero no le guardo rencor por lo que ha dicho, porque me ha dado usted una alegría enorme hablándome de ella.

El padre puso cara de sorprendido y luego se sonrió:

—Ya veo que eres de la misma pasta que Carolina. Quiero decir que dices las cosas francamente. En fin, ya estoy acostumbrado a eso. Pero dime, ¿qué es de ella?

Piedad sonrió, con cierta melancolía y le contestó:

—Ella ha muerto. Hace casi dos meses. Pero sé que fue feliz, porque encontró lo que buscaba y eso me reconforta mucho.

El padre asintió y dijo:

—Lo siento mucho. Pero si, como dices, fue feliz, entonces su paso por este mundo no fue en balde.

Piedad asintió y le sonrió.

Y el padre también le sonrió con ternura a ella.

Sin embargo, tuvieron que dejar de hablar porque nuevos pacientes entraron y tanto Carolina como su padre tenían que atenderlos.

Así que Félix y Piedad se despidieron y se marcharon.

Y mientras caminaban, Félix rodeó los hombros de la joven, mientras le decía:

—¿Estás bien?

—Sí.— contestó ella —Ha sido una buena idea venir a ver a Carolina. Me voy muy contenta.

Capítulo 40

Y llegó una nueva mañana, y un día más en la escuela.

De nuevo cuando el abuelo de Alfonso llevó a su nieto, Piedad lo recogió.

—Buenos días, señorita Piedad.— dijo el abuelo.

—Buenos días.— respondió ella.

El hombre la miraba sonriente.

Y ella le sonrió también. Encontraba mucho parecido entre Félix y su padre, y sintió bastante simpatía por él. Pero por otro lado, sentía cierta cortedad para hablar con él de nada que no fuera relacionado con el niño y la escuela.

Y cuando Félix llegó a mediodía, le dijo:

—Esta tarde había pensado presentarte a mis padres, en serio.

—¿Qué?— dijo la joven, sorprendida, y algo asustada.

Félix se rio:

—Así podréis hacer las paces de lo del otro día.

—¡Pero Félix! ¡Así, de repente!

—¡No me digas que te da miedo! ¡Pero si ya los conoces! ¡A mi padre lo ves todos los días!

—Sí, a tu padre, sí. Pero tu madre...

Félix volvió a reírse.

—¡No seas niña! ¡Mi madre está deseando volver a verte!

Piedad le miró sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí.— contestó él riéndose.

—No te creo.

Félix frunció el ceño, pero se notaba que no era en serio, y le dijo:

—¿Cómo que no me crees? ¡Venga, no seas tonta! Que mi madre no es tan ogro como piensas.

Piedad se quedó pensando y luego le dijo:

—Oye, Félix, ¿no crees que vamos demasiado deprisa? ¿No crees que deberíamos conocernos un poco más antes de relacionarnos con la familia del otro?

Félix se quedó pensativo y le dijo:

—Bueno, yo ya conozco a casi toda tu familia, y no veo ningún problema.

—Sí, ya. Pero fue algo circunstancial. No ha sido nada oficial. Más o menos como cuando yo hablo con tu padre. Quiero decir que eso mismo podría pasar con cualquier otro amigo o amiga. Pero no ha sido una presentación en serio.

—Pues hagamos ya la presentación en serio.

Piedad se quedó callada, sin saber qué contestar.

Entonces él le dijo muy serio:

—¿Tienes alguna duda de nuestra relación? O más bien, debería preguntarte si tienes alguna duda con respecto a mí.

—No. No tengo ninguna. Pero me parece que vamos un poco rápido, ¿no?

Félix se quedó callado reflexivo.

Piedad se quedó mirándole, mientras pensó: "¿De qué tengo miedo? Lo que siento por él es real. Yo le quiero, y él me quiere. ¿Qué hay de malo en empezar a conocer un poco más a su familia, y él a la mía?".

—Perdona, Félix.— dijo ella —Tienes razón. Me doy cuenta de que tengo demasiados miedos. Pero no quiero que eso se interponga entre nosotros. Te quiero, y... creo que tú me quieres. Así que, está bien. Estoy de acuerdo en reunirme con tus padres esta tarde.

El joven la miró profundamente y le contestó:

—Tal vez mi problema es que soy demasiado impaciente. Estas últimas semanas han sido tan intensas para mí, que me parece como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo.

Piedad le sonrió y le dijo:

—En realidad a mí también me parece lo mismo. La culpa es de mis miedos. Me pasó con Lidia, me pasó con tu madre, y me ha pasado otras muchas veces. Pero esta vez va a ser distinto. Nos veremos esta tarde con tus padres.

—¿Estás segura?

—Sí. Muy segura.

—Bueno. Está bien. — dijo Félix mirándola fijamente —Pero de todas formas, antes de irme quiero confirmarte algo.

—¿El qué?— preguntó Piedad.

Él la miró muy serio y le dijo:

—Que es cierto que te quiero. Porque es verdad que te quiero.

Piedad le sonrió y asintió.

Pero Félix seguía pareciendo serio. O tal vez melancólico. Piedad se dio cuenta de que estaba un poco tocado con aquellas dudas de ella.

Entonces sonó el claxon de un coche, y Félix miró y dijo:

—¡Voy!

—¿A qué hora nos vemos?— preguntó ella.

—Hablamos luego por teléfono, ¿vale?— contestó él, yéndose hacia su coche.

La joven se quedó con algo de desazón, y al verlo abrir la puerta del coche para entrar, le dijo:

—¡Espera un segundo!

La joven salió del jardín y se acercó hasta él, y le abrazó, mientras le decía:

—Te quiero, Félix.

Él le sonrió y la abrazó también con fuerza.

Pero como el otro coche volvió a pitar, y el conductor le dijo impaciente:
—¡Venga ya, hombre!
Los dos jóvenes tuvieron que separarse, pero se rieron.
—Luego te llamo, florecilla.— le dijo el joven a ella.
Y Piedad asintió feliz.

Capítulo 41

Después de recoger la cocina de los platos de mediodía, Piedad se metió en su cuarto y, como otras veces, cogió el diario, se sentó en su sillón del escritorio y abrió el libro por donde tenía el marcador.

"Vivimos tiempos en los que muchos adoran al dios Ciencia, y creen que ese dios es objetivo, infalible, y verdadero.

Se critican las diversas creencias de tipo religioso, pero se cree de manera fanática en la ciencia. Cuando hemos visto a lo largo de los años que la ciencia hoy dice "esto", y mañana se desdice de los dicho y dice "lo otro".

¿Qué se puede esperar de una ciencia que investiga campos que pertenecen solo a lo físico, y que utiliza instrumentos que solo alcanzan a ver pequeñas porciones de la Naturaleza?

Si nosotros captamos con nuestros cinco sentidos una pequeñísima parte de la naturaleza. Solo hay que ver que muchos animales captan a través de sus sentidos mucho más que nosotros.

Y los instrumentos o aparatos científicos, están creados con nuestro nivel de inteligencia, adaptada a nuestras creencias.

La ciencia que domina el mundo en estos tiempos, es una ciencia subjetiva.

Y lo irónico es que muchos científicos se dan el lujo de criticar y rechazar todo lo que sus aparatos no pueden ver y todo lo que no comprenden.

Existe también la Ciencia objetiva. Esta puede investigar y aprender mediante la utilización de las facultades internas de la Conciencia. Y no solo puede investigar los fenómenos que captamos en el mundo de tres dimensiones, sino en otras dimensiones de la Naturaleza, y en otros mundos del Universo.

El Conocimiento de todas las cosas se basa en cuatro pilares: Ciencia objetiva, Arte objetivo, Religión objetiva y Filosofía objetiva. Este Conocimiento es llamado Gnosis, un vocablo que viene del griego.

Al igual que la ciencia actual, tanto el arte, como la religión y como la filosofía han perdido su esencia verdadera, y por ello el Conocimiento objetivo o Gnosis es muy difícil de encontrar, aunque no imposible.

Solo aquellas conciencias que estén trabajando sobre sí mismas y estén despertando, pueden acceder a ese Conocimiento de forma paulatina."

Piedad cerró el diario, y se quedó reflexionando: "Es verdad lo que dice. La ciencia hoy día parece que es la única que tiene la verdad absoluta. Y también es cierto que se contradice con los años en muchas ocasiones... Y por otro lado, cada día van descubriendo nuevas cosas. Y seguro que pueden seguir descubriendo más. Lo cual quiere decir que no lo sabe todo... Y eso pasa también en el terreno de la medicina. Que se creen que lo que dicen ellos es la verdad, y sin embargo, todavía les quedan un montón de cosas que no saben... Pero a veces son tan cerrados que no pueden admitir que otros tipos de medicina puedan estar haciéndolo bien. Y las critican y persiguen... Aunque bueno, ya se sabe por qué las persiguen. Ya casi todo el mundo sabe que la industria farmacéutica está detrás. Detrás de muchos médicos, y detrás de muchos políticos que persiguen y difaman todas las terapias alternativas, sin distinción ninguna... Ya lo decía Quevedo: Poderoso caballero es Don dinero.".

La joven dejó el diario en el cajón de arriba de su escritorio, y luego se tumbó para descansar un poco. Cerró los ojos y se puso en autoobservación. Poco a poco fue notando que le venía una sensación bastante placentera de adormecimiento, al mismo tiempo que los pensamientos se iban convirtiendo en voces. Algunas conocidas y otras desconocidas. Ella se daba cuenta de que lo que escuchaba en su cabeza eran las voces de diferentes yoes, y continuó concentrada en ello. Pero aunque la joven esperaba el momento del desdoblamiento, de repente, un "yo" le vino con el recuerdo de que en un rato se encontraría con la madre de Félix. Y como ella cometió el error de identificarse con ese pensamiento, se fue detrás de él, y la somnolencia se le fue, y lo que pasó fue todo lo contrario, que le empezaron a asaltar otros defectos de nerviosismo y de miedo.

Total, que se desveló y ya cansada de tanto pensamiento, abrió los ojos y bastante defraudada, se levantó.

Como tenía la mente muy alterada con ese tema, decidió salir de su cuarto para cambiar el chip.

Su madre estaba en el salón cosiendo, al tiempo que escuchaba la novela. Al ver a Piedad le sonrió y le dijo:

—Piedad, ¿mañana vas a comer aquí o comerás con Félix?

—Pues... me has pillado. No lo hemos hablado. ¿Por qué me lo preguntas?

—No tiene mayor importancia. Era para ver si meto más o menos garbanzos en remojo.

—¿Vas a hacer cocido?—

—No. Garbanzos con espinacas y bacalao.

—¡Um! ¡Qué bueno! ¡Me tientas para decidirme a comer aquí en vez de con Félix!

La madre se rio, y Piedad también.

Entonces la madre se quedó pensativa y luego le dijo:

—¿Por qué no invitas a Félix a comer aquí?

—¿A comer?— repitió Piedad, pensativa y mordiéndose un labio.

—¿Por qué no? Ya lo conocemos. Y me parece un chico muy majo.

—Pero ¿y papá?

—¿Qué pasa con papá?

—A lo mejor no le hace gracia.

—Ya se lo he comentado antes y no tiene inconveniente.

—¡Oh!— exclamó Piedad, gratamente sorprendida.

—Además,— continuó la madre, con una media sonrisa — me ha dicho que él hace cualquier sacrificio por tal de que Alfredo apruebe la electrónica.

Piedad se sorprendió y luego se rio.

—¡Pobre Alfredo!— exclamó.

La madre se rio también.

—¿Entonces lo vas a invitar?—le dijo su madre.

Piedad se quedó pensativa y luego respondió:

—Bueno. Vale. Se lo diré. De hecho... hoy voy a verme con sus padres. Ya los conozco de verlos en la escuela. Sobre todo a su padre, que lo veo todos los días. Pero quiere presentarme formalmente.

—Ya veo que ese chico va en serio.— dijo la madre.

—Sí. Y yo también, claro. Parece como si todo fuera muy rápido, pero al mismo tiempo siento como si ya hiciera mucho tiempo que nos conociéramos.

La madre sonrió.

—¿De vidas pasadas, quizás?— dijo.

Piedad la miró sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

—Lo digo, recordando el comentario de ayer de Claudia. Y no te creas que me choca. Porque yo misma lo he pensado alguna vez con respecto a tu padre y a mí.

—¿De verdad?— dijo Piedad, más sorprendida aún, pero de forma grata.

La madre asintió.

—No es que recuerde nada, por supuesto, pero a veces lo he pensado.— dijo.

—¡Ah, ya! ¡Te comprendo! A mí me pasa lo mismo con Félix.

La madre volvió a asentir.

—Bueno,— dijo Piedad —voy a tomarme un café con leche. Y enseguida me preparo para irme.

—Muy bien. Ha quedado un poco de café en la cafetera. Estará caliente aún.

Capítulo 42

Y llegó la hora de la verdad.

Es decir, el momento en que Piedad iba a tener que enfrentarse a sus propios miedos frente a la madre de su novio, con la que ya había tenido una experiencia algo traumática.

Félix la esperó fuera de la cafetería del Parque de la Arboleda, mientras sus padres ya habían escogido una mesa, en un rinconcito con buenas vistas al lago.

Piedad iba bastante nerviosa, pero cuando llegó hasta el joven, este le cogió una mano con sus dos manos, y le dijo sonriéndole:

—Tranquila, Piedad. ¡Si ya los conoces! ¡Están deseando verte!

Piedad sonrió, pero con nerviosismo. Incluso ya se estaba arrepintiendo de haber quedado con Félix para eso.

Él se rio y le dijo:

—Piensa una cosa: ellos son mis padres. Gracias a ellos, yo estoy aquí, y nos hemos conocido y ahora estamos juntos. Así que, no hay por qué temer nada.

Piedad le escuchó y asintió mientras, aplicando la autoobservación de sí misma, se daba cuenta de que se había estado dejando llevar por una emoción negativa provocada por un defecto de miedo.

—Es verdad.— le dijo.

Y acto seguido, pidió a su Divina Madre que sacara aquel defecto de su interior y lo desintegrara. Y de esa manera, se sintió mucho más relajada.

Así, los dos entraron en la cafetería y se dirigieron hasta la mesa en la que estaban los padres de Félix.

El padre se levantó sonriéndole y le dio la mano:

—Buenas tardes, señorita Piedad.

Piedad le sonrió y le respondió:

—Buenas tardes. Puede llamarme Piedad a secas.

Mientras, la madre permaneció sentada, observándola.

El padre continuó:

—Mi mujer se llama Concha, y yo, Alfonso.

Piedad asintió sonriéndoles con algo de timidez, y mirándolos alternativamente.

—¿Cómo están?— dijo.

—Venga, siéntate.— le dijo Félix, retirando una silla de la mesa para que ella se sentara.

La joven se sentó y miró a la madre, que aún permanecía callada, y le dijo:

—Antes que nada, quería pedirle disculpas por lo que pasó el jueves pasado.

La madre se quedó mirándola unos momentos y luego suspiró asintiendo.

—Sí. En realidad, yo también... quería decirle que... creo que me equivoqué con usted.

Piedad no quiso revolver más el asunto y le contestó:

—Pues si le parece bien, podríamos comenzar de cero.

Concha se quedó durante unos momentos pensativa y luego sonrió asintiendo.

—Sí. Me parece bien.

El padre y Félix sonrieron también.

—¿Y qué os parece,— dijo Félix — si os tuteáis todos?

Piedad y los padres del joven asintieron.

—Pareces muy joven para ser maestra, ¿no?— dijo la madre.

—Tengo veintitrés años. Terminé la carrera el año pasado.

—¡Ah!— dijo la madre —¿Y vives con tus padres?

—Sí. Con ellos y con mis hermanos. Yo soy la mayor.

Félix se sonrió y les dijo a sus padres que un hermano de Piedad era su alumno.

—¿De verdad?— dijo el padre riéndose —¡Qué casualidad!

Concha escuchaba pensativa y luego le dijo:

—Sé que mi nieto te quiere mucho, porque me lo ha dicho él. Félix me ha dicho que te ha contado la historia de mi hija y del padre de mi nieto, ¿verdad?

Piedad asintió.

Concha bajó la cabeza, con cierta pesadumbre y luego dijo:

—Después de pasar lo más duro, ahora llega él, y me quiere quitar a mi nieto.

—¡Mamá!— protestó Félix —¡No empieces con eso otra vez!

Pero la madre no le hizo caso y continuó hablándole a Piedad:

—Tú no sabes lo que pasamos con mi hija cuando supo que estaba embarazada. Le hemos ayudado en todo. Hemos sido su sostén. Y ahora... ¿cuál es el pago? Él vuelve, y ella deja a sus padres y se va con él, llevándose a mi nieto.

—¡Mamá!— exclamó Félix —¡Por favor! ¡No le comas el coco a Piedad!

—Déjalo, Conchita.— dijo el padre —¿No ves que eso no es un tema para hablar en este momento? Hemos venido a conocer un poco más a la novia de Félix, y ¿le vienes con eso?

Piedad comprendiendo la situación, y acordándose de que cualquier conflicto llevado en soledad, en este caso por no ser comprendida por los que le rodeaban, podía generar una enfermedad, sintió compasión por la mujer y mirándola con dulzura, puso su mano izquierda sobre la derecha de la mujer y le dijo:

—¡Tranquila, Concha! Seguro que las cosas no van a ser como tú piensas ahora mismo. Conozco un poco a Orlando, y estoy segura de que él no te haría daño. Lo sé porque él estuvo muy cerca de mi madrina, y ella lo apreciaba mucho, lo cual me da a entender que no es ninguna mala persona. Y lo poco que yo le he tratado, he visto que es alguien que no haría daño ni a una mosca. Yo no sé si al final ellos de verdad se irán a vivir juntos, pero ¿no te parece que es lo ideal para Alfonso? Yo vivo con mis padres,

pero siempre he querido a mis abuelos. Y a mis tíos. Sobre todo a mi madrina. Y eso que no vivía con nosotros. No, Concha, no pienses que él te va a quitar a Alfonso. Alfonso os quiere muchísimo. Es un niño encantador y muy cariñoso. Aunque se fuera a vivir con sus padres, seguro que lo veríais muy a menudo. Y por otro lado, yo he visto cómo estaba Mirna antes de todo esto, y el cambio que he visto en ella después de la venida de Orlando ha sido enorme. ¿Acaso no te sientes contenta de que tu hija sea más feliz? ¿O prefieres que viva con vosotros siempre y que siga llevando la vida que llevaba?

Concha se quedó callada pensativa. El padre le cogió una mano y le dijo:

—Conchita, hazle caso. Nosotros vamos a estar bien. Y Alfonso no se va a olvidar de nosotros. Ya lo verás.

La madre se quedó mirando a Piedad y le dijo:

—Ya sé que llevas razón. Pero... ¡le voy a echar tanto de menos!... Además... está lo otro.

Félix y el padre la miraron extrañados.

—¿Qué es lo otro, mamá?— inquirió Félix.

—¡Ay, hijo! ¿Te crees que no sé cómo van a ser las cosas?

—¿Qué quieres decir?— dijo Alfonso.

—¿Es que no lo ves?— exclamó la madre con los ojos brillantes, como si estuviera a punto de llorar —Pues que detrás de Mirna, se irá Félix.

El joven miró callado a su madre, y luego miró a Piedad.

Piedad miró a su vez al joven, sin llegar a entender bien, y él le sonrió con cierta melancolía.

Luego la joven miró a Alfonso y después a Concha. Los dos estaban con la cabeza baja.

—¡Oh!— dijo, pensando que quizás Félix querría irse de casa también, ya que él solo se quedó allí porque estaba su hermana con el niño, según le había contado días antes.

Pero entonces el padre pareció reaccionar y dijo:

—¿Y qué, si se va? ¡Ya era hora de que se fueran a vivir sus vidas!

—¡Alfonso!— exclamó la madre sorprendida —¿Pero qué dices?

—¡Pues eso! ¡Que ya era hora! ¡Que ya tengo ganas de que nosotros tengamos nuestra propia vida, y no ser los guardianes de nuestros hijos! Que Félix tiene ya casi treinta años y Mirna tiene... alguno más. ¡Y ya que me jubilé hace tres meses, estoy harto de estar en casa! ¡Quiero que viajemos!, ¡que vivamos la vida!, ¡que hagamos cosas que por estar pendientes de ellos no hemos podido hacer! ¡Que nosotros no somos unos viejos! ¡Y esta es nuestra oportunidad!

Concha se quedó mirándole con la boca abierta. Y a Félix le dio la risa. Piedad le regañó con la mirada, pero él hizo señas de no poder aguantar la risa.

Entonces la madre empezó a reírse también. Y Piedad le miró sin saber cómo reaccionar.

—Alfonso,— dijo la madre, calmando la risa, pero sonriéndole y mirándole de una forma especial —hacía mucho tiempo que no me hablabas así. Quizás lleves razón, y este cambio también nos venga bien a nosotros.

—Claro que sí, Conchita de mar.— le contestó él, mirándole a los ojos, y cogiéndole una mano.

Félix los miró contento y luego cogió la mano de su novia, y le sonrió, y le dijo al oído:

—Gracias.

Ella no entendió por qué le dio las gracias y le miró extrañada, pero él le guiñó un ojo, sin decirle nada más.

Después de estar hablando un poco más de temas diversos, los padres de Félix dijeron que se marchaban y Alfonso le dijo:

—Me ha gustado mucho conocerte más. Mi hijo tiene mucha suerte en haberte conocido.

Piedad se rio con timidez.

Y la madre le dijo:

—Sí. Yo también me alegro de que Félix esté contigo. Ahora he comprendido por qué mi nieto te quiere tanto.

Piedad volvió a reírse con timidez y contestó:

—No. Son ustedes, que son muy especiales y me ven con demasiados buenos ojos.

Los padres de Félix se rieron y luego tanto él como ella, le dieron un par de besos a Piedad.

Y después se marcharon.

Félix se veía feliz. Y ella se rio de verlo.

—Sabía que les gustarías.— le dijo él — No podía ser de otra manera.

Piedad se rio:

—Cómo se ve que todavía no me conoces bien.

Él también se rio. Y ella le preguntó:

—¿Por qué me has dado antes las gracias?

Félix le cogió la mano y le dijo:

—Porque gracias a ti, mi madre se ha dado cuenta de cosas, y lo que es mejor, mi padre también. Él ha reaccionado de una forma que hacía años que no le veía yo. Desde lo de mi hermana, él también se vino abajo, y se volvió callado, y taciturno. Solo encontraba cierta alegría con mi sobrino. Pero de repente, hoy... lo he visto diferente. Es como si hubiera vuelto a ser el de antes. Y creo que también es gracias a ti.

Piedad le sonrió y se encogió de hombros.

—Yo creo que me estás achacando mucho más poder del que tengo.

El joven se rio.

—No lo creo. Pero da igual. Lo importante es que ellos han reaccionado de forma positiva.

La joven asintió.

—Oye, ¿pero es verdad que cuando Mirna se vaya, tú también te vas a ir después?

Él la miró sonriéndose y le contestó:

—Eso espero.

—¡Oh!— exclamó Piedad

—¿No te parece bien?

—¿A mí? No es eso. A mí me da igual.— dijo ella.

—¿Te da igual?— dijo Félix

—Claro. Lo que tú hagas, me da igual.— respondió Piedad.

Félix se quedó mirándola con una media sonrisa.

Y ella le dijo:

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Él dijo que no con la cabeza y luego le respondió:

—No. Todavía creo que no.

La joven seguía sin comprender.

Él la miró con ternura y le dijo:

—Sí. Comprendo que aún es pronto.

—¿Pronto para qué?— inquirió Piedad.

—Para que nos planteemos vivir juntos.— contestó Félix.

Ella comprendió por fin y contestó:

—Sí Félix. Es muy pronto. No es que no esté segura de mis sentimientos, pero creo que todavía nos tenemos que conocer un poco más. Solo llevamos poco más de una semana saliendo...

Él asintió.

—Sí, claro. En realidad, quería decir que si todo va bien, y seguimos esta aventura en la que nos hemos embarcado juntos, dentro de algún tiempo...

—Sí.— terminó Piedad la frase —Dentro de un tiempo prudencial.

Félix volvió a asentir.

Piedad se acordó de la propuesta de su madre y le dijo:

—Pero para asentar un poco más nuestra relación, te propongo algo.

El joven la miró atento y le dijo:

—¿El qué?

—Que como mañana es fiesta y no trabajamos, que te vengas a comer a mi casa.

Félix se sorprendió y luego sonrió.

—Claro que sí. Me gustará ver a mi futura familia en acción.

Piedad se sonrió, y le contestó:

—Te advierto que la invitación no es gratuita.

Félix se sorprendió más aún.

—¿Ah, no?
—No.— contestó ella, reprimiendo la risa —El precio es que apruebes a Alfredo.
Félix se rio y luego asintió:
—¡Eso está hecho!
Y ya Piedad también se rio.

Capítulo 43

Después de cenar con Félix, Piedad regresó a su casa.

Sus padres estaban en el salón viendo un documental.

—¿Has hablado con Félix acerca de mañana?— le preguntó su madre.

—Sí. Ha aceptado.

—Muy bien.— dijo la madre, levantándose —Voy a echar los garbanzos en remojo.

El padre miró sonriendo a su hija y le dijo:

—Así que parece que vais en serio.

Piedad le sonrió y asintió.

—Bueno, no esperaba menos de ti.— dijo el padre.

Piedad le miró extrañada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre has sido bastante seria en tus decisiones.

Piedad se sorprendió por lo que le dijo su padre.

—¡Vaya! ¿Eso piensas de mí? ¿Que soy muy seria?

—No he dicho eso. Tú no eres seria. Solo que eres una persona responsable, que no haces las cosas a tontas y a locas.

Piedad se rio.

—Bueno, tampoco tanto. Que también cometo errores.— dijo.

—Ya. Y yo. Y todo el mundo. Pero hay quien no reflexiona, y tú sí lo haces.— le dijo su padre.

Piedad sonrió, pero no dijo nada.

Su madre volvió de la cocina y le dijo a su hija:

—Ya está. Oye, tus hermanos no saben que mañana viene Félix. No he querido decírselo hasta no estar segura. Pero creo que quizás deberíamos leerles la cartilla para que no se vuelvan locos con sus tonterías.

Piedad se rio.

—No pasa nada. Félix también es muy bromista.

—Bueno, pero les voy a advertir.

La madre fue a cada dormitorio y abriendo la puerta les dijo a todos que salieran al salón.

Los tres hermanos salieron intrigados.

—¿Qué pasa?— inquirió Gustavo.

—¡A ver chicos!,— dijo la madre —¡mañana viene Félix a comer con nosotros! ¡Espero que os comportéis!

Claudia respondió:

—No lo dirás por mí, supongo.

—Lo digo más bien por tus hermanos. — contestó la madre.

Alfredo y Gustavo se miraron, y los dos emitieron una sonrisilla traviesa mientras Alfredo se frotaba las manos.

El padre se reía de verlos, y Piedad se reía también.

—¡Bueno, ya estáis advertidos!— dijo la madre, haciéndose la seria —¡El que dé la nota, se queda sin postre!

Los chicos reprimieron la risa y Gustavo dijo:

—¡No te preocupes mamá, que no dejaremos a Piedad en mal lugar!

—¡Eso mismo!— dijo Alfredo.

Claudia intervino:

—Sería mejor que comieran en sus cuartos.

Los dos chicos estallaron de risa y Alfredo le contestó:

—¡De eso nada! ¡Aquí el que más derecho tiene a comer con él soy yo! ¡Que me lo gano cada día que asisto a su clase!

—¡Eso mismo!— dijo esta vez Gustavo.

Piedad se reía, pero a la vez sentía cierto nerviosismo de pensar que al día siguiente su amado estaría comiendo con ellos allí mismo, en su casa.

De hecho, cuando se acostó, empezó a pensar en Félix y cómo les iría en la comida del día siguiente. Por un lado, le daba cierta tranquilidad pensar que su novio ya conocía a la mayoría de su familia, y les había ido bien. El único que faltaba era su padre, y no creía que pudiesen tener ningún problema. Así que se dijo: "No le voy a dar vueltas a esto. Seguro que todo va a ir bien.".

Luego se acomodó en la postura en la que solía dormir, y se concentró en su interior. Pidió a su Madre Divina que la sacase de su cuerpo y se concentró en cómo le venía el sueño.

Poco a poco fue sintiendo una relajación muy agradable en todo su cuerpo, mientras estaba atenta a todo lo que surgía de su mente: al principio eran pensamientos inconexos, y poco a poco fueron convirtiéndose en diferentes voces diciendo frases o palabras. Y al mismo tiempo fue sintiendo una sensación placentera, en la que no se sentía ni totalmente dormida, ni totalmente despierta. Entonces, sin pensar en nada más, hizo un esfuerzo y se incorporó y se levantó de su cama. Luego dio varios pasos y después dio un salto con la intención de flotar, y ¡flotó!

La joven se sonrió y se dijo: "¡Lo he conseguido!".

Entonces miró su cuarto desde esa nueva perspectiva y lo vio más o menos igual, pero con una extraña sensación de como si tuviese otra orientación.

Luego se salió hacia el salón. Allí decidió dar otro salto para ver cuánto podía flotar, y se dio cuenta de que en realidad podía volar. Eso la divirtió bastante. Después quiso atravesar el techo de su casa, el cual daba a la azotea, y dando un salto con fuerza, vio que podía subir lo que quisiera, y pudo traspasar el techo, apareciendo en la

azotea. Desde allí miró a lo lejos y dando otro salto, se puso a volar por toda la ciudad. Y viendo el edificio más alto se dirigió hasta él para subir hasta la cima.

Y al llegar arriba del todo, miró desde allí toda la ciudad y se dijo: "Con las ganas que tenía yo de subir aquí arriba para ver las vistas desde tan alto, y resulta que ahora las veo no solo desde aquí arriba, sino desde el mundo astral.".

Pero luego se acordó de su madrina y se dijo: "¿Cómo podría contactar de nuevo con mi madrina? Ya sé. Voy a llamarla, a ver si viene."

Y concentrándose en ella, la llamó:

—¡Madrina! ¡Madrina! ¿Puedes escucharme desde dónde estés?

La joven esperó un poco, pero... nada. No ocurrió nada.

Entonces decidió volver a su casa, pero cuando llegó a su calle, al acercarse a la azotea de su casa, allí estaba: Marcela la esperaba, sonriente.

—¡Madrina!— exclamó ella —¡Has venido!

Sin embargo, después de conseguir lo que tanto anhelaba, la emoción se transmitió a través del cordón de plata que la unía a su cuerpo, y se vio atraída hacia él, despertándose en su cama.

"¡Oh, vaya!", se lamentó. "¡Ahora que por fin la había encontrado!".

La joven se puso a recordar todo lo que acababa de vivir, y aunque el final había sido algo frustrante, se sintió contenta y muy animada por el éxito del experimento.

Intentó volver a hacerlo, pero esta vez el sueño la venció antes de poder concentrarse.

Capítulo 44

Para tranquilidad de Piedad, durante la comida del día siguiente, la conversación se desarrolló con un ambiente ameno. Y sus hermanos, dentro de las bromitas, fueron respetuosos con Félix. Hablaron de su familia, de su trabajo, excluyendo todo lo referente a Alfredo, y también del curso de medicina que estaba haciendo.

Los padres de Piedad se interesaron bastante por el tema de la Nueva Medicina Germánica, aunque ellos no habían confiado mucho en las terapias alternativas hasta ese día.

—Bueno,— dijo Félix — es cierto que últimamente muchos medios de comunicación están hablando muy mal de algunas terapias y remedios alternativos a la medicina oficial. Hay que tener en cuenta que esos medios ni siquiera están bien informados. Aparte de que hay medios que solo se dedican a hacer ruido, y no les importa difamar, ni mentir, ni hacer daño a las gentes. Porque con esos ataques no solo perjudican a profesionales competentes que han estudiado y trabajan con otro punto de vista de la medicina, sino que también perjudican a gente que se siente enferma, y que cree que solo le van a curar las medicinas que recetan los médicos, favoreciendo la venta de cada vez más fármacos, los cuales en muchos casos no solo no van a curar, sino que van a cronificar los síntomas que tienen los enfermos, o peor aún: les van a crear nuevos problemas de salud, por los efectos secundarios de los medicamentos que están tomando. Ahí tenemos a los abuelos que empezaron con una pastilla para una dolencia, pero que poco a poco, no solo tienen que seguir tomándola, sino que en muchos casos tienen que aumentarla, y añadir otra pastilla, y luego otra, y luego otra... En fin, al final, un arsenal de pastillas. ¿Entonces, cómo pueden decir que les están curando? Es que en realidad, no es verdad. Incluso persiguen injustamente a personas que de buena fe difunden las terapias naturales o las propiedades de las plantas medicinales, difamándolos y manchando su reputación, para impedir que se den a conocer otras soluciones reales y menos costosas, para las enfermedades.

Los padres de Piedad se quedaron callados. Pero Claudia intervino:

—Oye, pues yo quiero hacer también ese curso. ¿Es necesario ser mayor de edad?

Sus hermanos se rieron y su padre le dijo:

—A ver, Claudia. Si quieres estudiar eso, ya lo harás cuando tengas más edad. Ahora es mejor que te centres en tus estudios, que no son pocos. Y no le hagas a Félix esas preguntas.

—No sé por qué tienes que decir eso.— respondió Claudia —Voy bien en mis estudios, y yo no pierdo el tiempo como hacen otros en esta familia...

Los hermanos volvieron a reírse, al comprender que se refería a ellos.

Pero Félix sonrió y respondió:

—No hay problema en que me pregunte. Pero no sé si se admiten menores de edad en el curso. Tal vez con el consentimiento de los padres... Pero yo pienso como tu padre. Supongo que tendrás que terminar tus estudios, y no dispersarte demasiado. ¿Qué estás haciendo?

—No soy ninguna cría. Estoy en el último curso de bachillerato. Pero eso da igual. Yo quiero aprender de eso que nos has contado de la Nueva Medicina Germánica.—

—Pero primero termina tus estudios.— le dijo Félix.

—Bueno, es que una cosa, no quita la otra. ¿Por qué no voy a poder aprender en mi tiempo libre? Tú das clases, y en tu tiempo libre vas al curso, ¿no?

Félix miró a sus padres, sin saber qué responder.

El padre miró a su hija pensativo y le dijo:

—¿Estás segura de que lo quieres hacer?

—Sí.— respondió ella.

—Bueno, no me opondré, con dos condiciones,— dijo el padre —primero hay que ver si admiten a una menor de edad, y después tendrás que esperar a que comience un nuevo curso, porque ahora de todas formas no creo que pueda entrar nadie, ya que estará bastante adelantado.—

—Estoy de acuerdo.— dijo Claudia — Así haremos.

Félix se quedó medio asombrado, y a la vez divertido por la determinación de la hermana pequeña.

Después de una larga sobremesa, Piedad y Félix se marcharon para darse un paseo y Piedad le preguntó que si se había sentido a gusto en su casa.

—Sí. Me he sentido muy bien. Tu familia me ha gustado mucho. Tanto tus padres como tus hermanos. Pero me hace especial gracia tu hermana pequeña. Qué claras tiene las cosas, ¿no?

—Sí. Yo creo que es más madura que yo. Algunas veces pienso que hemos nacido al revés. Que ella tenía que ser la mayor y yo la pequeña. — dijo esto último riéndose.

Félix se rio también, y luego la cogió por los hombros y acercándose a ella le dijo:

—Pero me alegro que seas tú la mayor, porque si ahora tuvieras la edad de Claudia, tendría que esperarte varios años. ¡Y eso sería un fastidio! ¡Sin contar que a lo mejor yo te resultaría demasiado viejo!

Piedad se rio y le contestó:

—¡No sería la primera que se casa con alguien mucho más mayor!

Félix sonrió y le dijo:

—¿Eso quiere decir que piensas casarte conmigo?

Ella le sonrió, pero se quedó callada.

Y él también le sonrió.

El resto de la tarde lo pasaron juntos, paseando y viendo algunos belenes que ya estaban de exposición.

Y cuando por la noche fueron a una bocatería a tomarse un bocadillo, Piedad le habló sobre el desdoblamiento astral, explicándole bien la técnica que le había explicado su madrina en el diario. Y le confesó que ella ya lo había experimentado. Pero no le explicó la experiencia, pues recordaba que Carolina le había dicho que hay experiencias que es mejor no contar porque son muy íntimas.

Él, por supuesto, se sintió más que contento con las explicaciones del método para hacer la salida en astral consciente, y comprendió totalmente que guardara para ella sus experiencias.

Y hablando sobre todas esas cosas, y otras relacionadas también con el trabajo psicológico sobre el Ego, u otras más, relacionadas con la vida y la época actual, se les fue pasando el tiempo sin darse cuenta. De manera que cuando quisieron acordar, era ya muy tarde, y Félix la acompañó hasta su casa y luego se marchó.

Cuando Piedad se acostó, estaba tan cansada, que ni leyó el diario, ni le dio tiempo de concentrarse en nada, y se quedó dormida sin más.

Capítulo 45

El día siguiente, los colegios e institutos hacían un puente por la fiesta, es decir que no había clases, y por eso Piedad y Félix no trabajaban. Sin embargo Félix sí tenía el curso de Nueva Medicina Germánica. Por eso decidieron quedar en verse el sábado.

Así que aprovechando la jornada de descanso, Piedad, su madre y Claudia se remangaron las mangas y se pusieron a hacer unos mantecados con aceite de oliva para las navidades.

Era una tradición familiar en la que al principio se juntaban las tres mujeres de la casa para hacer la mezcla y amasar la masa, e ir haciendo distintas formas para poner en el horno.

Pero conforme el olor de los mantecados se iba expandiendo por la casa, fueron apareciendo por allí: primero Alfredo, y un poco más tarde Gustavo.

Y al final, ellos también terminaban ayudando, emborrizando con el azúcar los mantecados ya dorados en el horno.

De manera que cuando el padre de familia llegó a mediodía, se fue directamente a la cocina, y dijo riéndose:

—¡Qué bien huele! ¡Espero que este año no os hayáis quedado cortas, como el año pasado!

Piedad y su madre se rieron, y Claudia respondió:

—Lo que hay que hacer es vigilar a estos dos —refiriéndose Alfredo y a Gustavo — para que no los roben a escondidas.

Los dos hermanos se rieron y Gustavo contestó:

—¡Es que nosotros no somos tan listos como tú, y necesitamos más glucosa en el cerebro para estudiar!

—¡Eso mismo!— dijo Alfredo, mientras masticaba el primer mantecado robado, sin que nadie pudiera impedirlo.

Todos se rieron, incluida Claudia.

Un par de horas después, Piedad se metió en su cuarto y cogió el diario de su madrina para seguir leyéndolo:

"Al principio de este diario te hablaba del Karma como una de las razones por las que enfermamos.

La Ley del Karma, como te decía, es una Ley Cósmica por la que toda acción tiene su consecuencia.

También te he hablado del Ego como multitud de defectos que nos hacen reaccionar de forma inconsciente ante la mayoría de las impresiones que nos llegan del exterior. Y también del rasgo psicológico principal, que está basado en el Yo que más robustecido está en nosotros.

Por otro lado, te he mencionado que no es esta nuestra única existencia en este mundo de tres dimensiones, sino que hemos venido muchas veces, y nos hemos ido después.

Has de saber también que no siempre hemos venido con cuerpos humanos, sino que también hemos pasado anteriormente por los otros reinos de la naturaleza: mineral, vegetal y animal.

Pero centrémonos en el estado humano.

La Ley del Karma puede actuar instantáneamente o también de existencia en existencia.

Por ejemplo, si nosotros en una existencia hicimos daño a alguien, la consecuencia será que ese daño que nosotros hicimos, se volverá contra nosotros mismos en esa misma existencia o en una posterior.

Si nosotros le hicimos la vida imposible a alguien, pongamos a nuestros padres, en la siguiente existencia, es muy posible que sean nuestros hijos quienes nos hagan la vida imposible a nosotros.

Si en una existencia nosotros le fuimos infiel a nuestra pareja, es muy posible que en la próxima, sea nuestra pareja la que nos sea infiel.

Si en una existencia nosotros robamos, en la siguiente, nos robarán. Si fuimos egoístas y no compartimos con los demás, en la siguiente, posiblemente pasaremos muchas necesidades.

Etcétera...

De esta manera la vida se convierte en una escuela donde venimos a aprender y a corregir errores pasados, porque nos obligan a ponernos en el lugar de los demás a los que les hicimos daño.

También puede ser que las consecuencias sean enfermedades.

Hay enfermedades que son kármicas. Estas son la consecuencia de errores que hemos cometido contra nosotros mismos o contra otras personas, o por la identificación de un yo o de otro. En esta existencia o en una anterior.

Pero también se producen enfermedades por no saber transformar las impresiones que nos llegan continuamente.

También las hay por el abuso y desgaste de nuestras energías internas: intelectuales, emocionales, motoras, instintivas, y sexuales. De esto, te hablaré otro día.

Por supuesto, también las hay como consecuencia de intoxicaciones internas o externas: alimentarias, ambientales, etcétera.

Como humanos, hemos ido creando muchos y diferentes "yoes psicológicos" que se han ido robusteciendo cada vez que nos hemos identificado con las distintas circunstancias de la vida, por no estar en el estado de Íntima recordación de sí mismos.

Y cada vez que nos hemos identificado, no solo hemos ido creando esos "yoes", sino que eso ha provocado sus propias repercusiones en nuestro organismo.

Yoes, como habrás podido comprobar si ya has puesto en práctica la autoobservación, los hay de muy diferentes tipos y matices.

Algunos se ven claramente como defectos: la gula, la envidia, la ira, la pereza, la lujuria, etcétera. Pero también los hay que se disfrazan de virtudes. Mas toda virtud fuera de lugar o muy exagerada, puede ser un defecto. Solo a través de la autoobservación puedes captar el sabor psicológico que tiene.

Por ejemplo, los celos pueden disfrazarse de amor. O el miedo, querer hacerse pasar por prudencia. O la envidia hablando de justicia. Etcétera.

Muchas enfermedades que sufrimos, son debidas a la identificación con alguna impresión que nos ha llegado de forma imprevista, y que no hemos sido capaces de transformar, dejando que el Ego se haga cargo y empiece con toda una retahíla de consecuencias a nivel intelectual, emocional, instintivo, motor y sexual, gastando en demasía las energías de cada uno de estos centros, y provocando desajustes en nuestro organismo.

Y como el Ego es algo mecánico que reacciona siempre igual ante las situaciones, de existencia en existencia, repetimos los mismos errores, y como consecuencia (Karma), nos vienen multitud de enfermedades.

Afortunadamente, existe en nosotros el poder de la Divina Madre que nos puede asistir en el momento en el que recibimos las impresiones: si en vez de identificarnos con lo que nos está ocurriendo, nos acordamos de ella, y lo que surja de nuestro interior, sean miedos, envidias, contrariedades de cualquier tipo, sentimientos de ataque a uno mismo o a seres queridos, preocupaciones, peleas, sentimientos relacionados con la autocompasión, con los apegos a cosas o personas, etcétera, si todo eso lo trabajamos psicológicamente, pidiéndole a Ella que lo aparte de nuestra psiquis y lo desintegre, entonces, dejaremos de ser víctimas de las circunstancias, e iremos Despertando Conciencia paulatinamente. Y también evitaremos muchas enfermedades."

Piedad cerró el diario, lo dejó encima de su mesita de noche, y se tumbó para reflexionar sobre las palabras de su madrina.

Y pensando en ella, sin darse cuenta se durmió y volvió a soñar:

"Se encontraba en medio de un lugar rodeado de unas montañas verdes preciosas. La joven miró a su alrededor y el paisaje era verdaderamente idílico.

Entonces vio a su madrina y a Norberto acercándose a ella.

Piedad les sonrió.

—Así que vuelvo a estar en astral viéndoos. — dijo ella.

Marcela y Norberto le sonrieron.

—¿Qué sitio es este?— preguntó Piedad.

—Estás en una de las más bellas zonas de Bolivia.— le dijo su madrina.

—¡Oh!— exclamó Piedad —¡Qué maravilla! Pero... ¿acaso fue aquí donde tuvisteis el accidente?

Marcela miró a Norberto y él le respondió:

—Ellos encontraron el coche muy cerca de aquí, sí.

Piedad asintió, con cierta melancolía.

—Madrina, quiero preguntarte algo. — dijo la joven —¿Aquí eres feliz?

Marcela sonrió y le respondió:

—La felicidad depende de nuestro estado interior, no de donde estemos, ni de con quien estemos. Recuerda eso.

Piedad asintió y miró a Norberto.

Y en ese momento se despertó.

La joven suspiró, y se dijo: "Si es cierto lo que he soñado, creo que mi madrina está bien, y eso me satisface. Pero... ¿será cierto, o solo será un sueño?... ¡Uf! ¡Siempre estoy con la duda!".

Capítulo 46

Después de tomarse un café y un mantecado en compañía de sus hermanos y de su madre, Piedad se acordó de Carolina y se le ocurrió: "¿Y si me paso por la clínica y la veo? Con suerte, igual podré ver también a Félix.".

Así que se levantó y dijo:

—Creo que voy a salir un rato. Me voy a llegar al sitio donde hace el curso Félix, y hablo con una amiga que es la mujer del profesor de Félix.

Claudia la miró y le dijo:

—¿Puedo ir contigo?

Piedad la miró sorprendida y luego le contestó:

—¿Por qué no? ¡Claro!

Sus hermanos miraron a Claudia, y Gustavo le dijo riéndose:

—¡Eh! ¡No pretenderás colarte en el curso!

Claudia lo miró por encima del hombro y le respondió:

—¿Y qué, si me cuelo?

Sus hermanos empezaron a reírse, y Alfredo contestó:

—¡Como si no se fueran a dar cuenta de que una ratoncilla se ha metido en la clase!

—¡Puf!— exclamó Claudia, con fastidio —¡Ya estamos!

La madre, reprimiendo la risa, regañó a su hijo:

—¡Alfredo, deja de meterte con tu hermana!

—¡Pero mamá,— dijo el regañado, entre risas — si todos sabemos que Claudia es una ratoncilla de biblioteca!

—¡Y eso no es un insulto!— le apoyó Gustavo.

Piedad se sonrió y le dijo a Claudia:

—No les hagas caso, y prepárate si te quieres venir conmigo.

—Sí.— respondió Claudia, levantándose de la mesa.

Poco después las dos hermanas se dirigieron hacia la clínica de beneficencia.

Piedad le preguntó entonces a su hermana:

—Oye Claudia, yo pensaba que tu vocación eran las Bellas Artes.

—Y así es.— contestó ella —¿Por qué lo dices?

—Pues como te interesa ahora la medicina...

—Me interesa el punto de vista de la medicina que está estudiando Félix. La otra... no me interesa para nada.

—¡Ah, ya!— exclamó Piedad, medio sonriéndose.

—¿Es que a ti no te interesa también?— le preguntó Claudia.

—¡Sí, claro! — le respondió Piedad— Pero por el punto de vista de la relación entre las enfermedades y la manera en la que nos tomamos las cosas.

—Pues lo mismo pienso yo. —dijo Claudia.

Piedad miró a su hermana sorprendida, pues no sabía que tuviese ese tipo de inquietudes también.

—Oye,— le dijo —¿y respecto a lo que dijiste el otro día sobre que reconocerás a tu pareja porque lo conoces de otras vidas? ¿Por qué dijiste eso? ¿Acaso tú recuerdas cosas de otra vida?

Claudia la miró y se quedó pensativa, y luego le respondió:

—Algunas veces sueño con un chico. Y sé que le conozco de otra vida, porque todo sucede en lugares lejanos y en otra época. No te puedo explicar por qué, pero estoy segura de que son recuerdos de otra vida. Aunque tal vez no me creas.

Piedad le sonrió y le respondió:

—Siendo sincera te diré que creo que es muy posible.

Claudia le sonrió y le contestó:

—Bueno, eso es mucho. Cualquier otra persona se reiría.

Piedad la cogió por los hombros y le dio un cariñoso beso en la cara y le dijo:

—El tiempo lo dirá.

Claudia la miró y sonrió.

Capítulo 47

Al poco llegaron a la clínica. Carolina estaba sentada en el escritorio dibujando, y al verlas, les sonrió y se levantó para saludarlas.

—¡Hola Piedad! ¿Quién te acompaña?

—Hola Carolina, esta es mi hermana Claudia.

—¡Así que tú eres Claudia!— dijo Carolina —¡Encantada de conocerte!

Y se acercó a ella y las dos se dieron un par de besos.

Entonces Claudia le dijo:

—He venido con mi hermana porque quería echar un vistazo al curso que estáis haciendo. Estoy muy interesada en hacerlo, y aunque sé que ya no me puedo incorporar porque hace tiempo que empezó, me gustaría apuntarme para el próximo que se haga.

—¡Vaya!— exclamó gratamente sorprendida Carolina —¡Ya veo que la Germánica comienza a interesar a edades más jóvenes! ¿Cuántos años tienes?

—Tengo diecisiete. —le dijo Claudia.

Carolina asintió.

—A Hugo le dará gusto ver una chica tan joven, interesada en esto. Su sobrino, bueno, nuestro sobrino también lo está haciendo. Él tiene diecinueve. Había empezado a estudiar medicina el año pasado, pero al final está haciendo el curso con Hugo también.

Piedad sonrió y Claudia asintió.

—¿Y cómo se os ha ocurrido venir por aquí?— dijo Carolina.

—Porque teníamos la tarde libre,— contestó Piedad — y me he acordado que vosotros no hacíais puente, y como hoy hace un día estupendo me ha apetecido llegarme a saludarte y así daba un paseo. Y Claudia se ha animado a venir también.

—Muy bien. Habéis hecho muy bien. Yo me había puesto a dibujar porque ya estaba un poco aburrida, pues no viene nadie hoy a consultas, y solo estoy para lo que haga falta en el curso, y por si llama alguien.

Las dos hermanas sonrieron, y Claudia, señalando el cuaderno de Carolina, le preguntó:

—¿Puedo verlo?

Carolina se rio y asintió.

Claudia lo miró y sonrió:

—Dibujas muy bien. ¿Lo haces por placer o has hecho la carrera?

—¡No, qué va!— contestó Carolina, riéndose —Lo hago porque siempre me ha gustado dibujar. Pero yo estudié magisterio.

—¡Ah ya!— contestó Claudia.

—Claudia también dibuja muy bien.— dijo Piedad —Ella quiere estudiar Bellas Artes.

—¡Anda!— exclamó Carolina — ¡Qué bien!

Claudia sonrió y luego dejó el cuaderno en el escritorio.

—Pero sentaos. — dijo Carolina, invitándolas en el sillón del recibidor.

Las tres se sentaron y entonces Claudia le preguntó a Carolina:

—¿Y tú también estudiaste la Germánica?

Carolina le explicó que ella no la estudió, pero la conoció gracias a Hugo y porque tuvo leucemia.

Claudia la escuchó muy atentamente y le dijo:

—¿Entonces vosotros ya no os tratáis con la medicina normal que se hace en los hospitales?

—Bueno, desde luego hasta la presente no nos ha hecho falta. Pero por supuesto reconocemos que hay medicinas de urgencias, o traumatismos, cirugía, accidentes, etcétera, en los que la medicina convencional puede hacer mucho bien.

Claudia asintió.

Entonces Piedad le preguntó a Carolina:

—Oye, ¿no hacen ningún descanso?

Carolina sonrió y asintió.

—Claro que sí. Ya mismo harán uno.

Piedad sonrió contenta y deseosa de ver a Félix.

—Tienes ganas de verlo, ¿eh?— le dijo Carolina.

Piedad se rio y asintió, y Carolina se sonrió.

Luego Carolina miró a Claudia y le preguntó:

—¿Y tú? ¿Tienes novio?

Claudia la miró pensativa y luego respondió:

—No, todavía.

—Ya claro, —respondió Carolina— eres muy joven aún.

—No es eso, —dijo Claudia— muchas chicas de mi edad están saliendo ya con algún chico. Es solo que todavía no me lo he encontrado. Eso es todo.

Carolina la escuchó atentamente y asintió:

—Bien dicho. Os diré un secreto: yo me enamoré de Hugo mucho más joven de la edad que tú tienes.

—Eso sería porque vuestra relación venía de otra vida. — dijo Claudia.

Carolina la miró atentamente y luego asintió:

—Es cierto. Así es.

Claudia asintió, pero no dijo nada.

Pero Carolina indagó un poco más:

—¿Tú crees que ese alguien que todavía no has encontrado, lo conociste en otra vida?

—No lo creo. — contestó Claudia —Estoy segura.

Carolina la siguió mirando atentamente y como Claudia la miró también, le dijo:

—Ya veo que tienes muy claras las cosas.

—Tengo claras algunas cosas. — respondió Claudia.

Carolina sonrió y miró a Piedad y le dijo:

—¿Sabes qué? Que me alegro mucho de que os hayáis llegado por aquí.

Piedad se rio.

Entonces se abrió una puerta que había al fondo y que no correspondía a ninguna de las dos consultas que Piedad vio el día que fue con Félix. Y de allí empezaron a salir algunas personas hablando. Y hablando, se dirigieron a la entrada de la clínica para salir a la calle.

—Es el descanso. — explicó Carolina —Se van a la cafetería a tomarse algo y a descansar un poco.

En ese momento salió Orlando hablando con otro joven y con una mujer mayor.

Al ver a Piedad, le sonrió y dejó a los otros, para acercarse a ella.

—¡Hola Piedad! —le saludó Orlando — ¡Qué sorpresa verte por aquí!

—¡Hola Orlando!— le saludó ella mientras se levantaba, riéndose.

—¿Sabes que tenía ganas de verte?— le dijo el joven.

—¿Ah sí?— dijo Piedad —¿Y por qué?

—Pues es que tengo algo para ti. Pero como no sabía que ibas a venir, no la llevo encima. Si lo llego a saber...

—¿Y qué es?— preguntó Piedad.

—¿Ah? ¡No te lo digo! —exclamó Orlando— ¡Es una sorpresa que creo que te va a gustar!

—¡Oh, venga ya!— exclamó Piedad —¡Dime al menos de qué va!

—¡Nada, nada! ¡Ya lo verás cuando te la dé!

Mientras tanto Félix también había salido y se acercó hasta ellos.

—¡Hola Florecilla!— dijo sonriendo —¿Qué haces aquí?

Piedad se rio y le contestó:

—Pues nada, aquí, dando un paseo.

Orlando se rio y luego le dijo a Piedad:

—Os dejo que habléis. Ya te daré otro día eso.

Piedad suspiró y asintió.

—¿De qué va la cosa?— inquirió Félix, curioso.

—No sé. Dice que tiene algo para mí. Pero no sé qué será.

—Tal vez sea algo relacionado con tu madrina.— dijo él.

—¿Tú crees? ¡Ay, ojalá!— exclamó la joven.

Félix se rio y luego se dio cuenta de que Claudia también estaba allí, pues había permanecido en silencio sentada en el sillón. Entonces le dijo:

—¡Anda! ¡Esto sí que es una agradable sorpresa! ¡Te has animado a venir tú también!

Claudia le sonrió mientras se levantaba y le respondió:

—Quería ver el ambiente que hay.

Félix se rio y le contestó:

—Pues me alegro mucho de que hayas venido. Ya le he hablado a Hugo de ti.

Félix se volvió y vio que Hugo salía también de la clase, entre otros alumnos.

—¡Hugo!— le llamó Félix.

Hugo se acercó hasta ellos y saludó a Piedad.

—¡Hola Piedad!— le dijo —¡Me alegro de volver a verte!

—¡Hola!— contestó la joven, sonriendo —Yo también me alegro de verte.

—Hugo, — dijo Félix —mira, esta es Claudia. La hermana de Piedad. Ya te he hablado de ella.

Hugo miró a Claudia y le sonrió.

—Así que tú eres Claudia. — dijo —Sí, ya me ha dicho Félix que te gustaría hacer el curso.

—Hola. —dijo Claudia —Sí. Quiero hacer el curso también. Me gustaría empezar la próxima vez que comencéis otro.

—Me ha dicho Félix que eres menor de edad, ¿no?

—Sí. Cumpliré los dieciocho en Septiembre del año que viene.

—Ya veo. También me ha dicho Félix que tienes el consentimiento de tus padres, ¿no?

—Sí.

Hugo le sonrió y le dijo:

—Bueno, pues entonces, cuando empecemos un nuevo curso te avisaremos. Déjale tu teléfono a Carolina.

Claudia sonrió y asintió, y Carolina también sonrió.

Entonces Carolina vio a alguien por detrás y lo llamó:

—¡Esteban!

Y le hizo una señal con la mano para que se acercara.

Se trataba de un joven poco mayor que Claudia.

Al acercarse, Claudia lo miró y se quedó mirándole con cara de sorprendida.

Y cuando él la vio, también puso cara de sorprendido.

—A ver, — dijo Carolina —os voy a presentar. Este es Esteban. Él es nuestro sobrino, es hijo del hermano mayor de Hugo. —y dirigiéndose a Esteban continuó— esta es Piedad, la novia de Félix, y ella es Claudia, la hermana pequeña de Piedad. Claudia también está interesada en la Germánica.

Esteban le dio un par de besos a Piedad y luego miró a Claudia y le dijo sonriendo:

—Hola.

Ella contestó, también sonriendo:

—Hola.

Entonces el joven le dijo:

—Yo te conozco.

Y ella asintió y le respondió:

—Yo también a ti.

Esteban asintió también.

—¡Ah, caray!— exclamó Hugo —¡Así que ya os conocíais!

Claudia y Esteban se miraron y se sonrieron y respondieron a la vez:

—Sí.

—¡Estupendo!— exclamó Hugo —Pues ya tienes alguien con quien compartir lo que estás aprendiendo, Esteban.

El joven asintió, y luego le dijo a Claudia:

—¿Puedo invitarte a tomar algo mientras hacemos la pausa?

—Sí.— contestó ella.

Y los dos se marcharon.

—¡Vaya!— exclamó Félix —¡Y luego dicen que qué pequeño es el mundo!

Piedad dijo que tal vez se conocían del instituto, y asintió sonriendo, aunque algo sorprendida, por la reacción de su hermana.

Luego Félix dijo a Hugo y a Carolina:

—¿Nos perdonáis?

Ellos asintieron sonriendo y Félix se llevó aparte a Piedad y le dijo:

—¡Me echabas de menos!, ¿eh?

Piedad se rio y le contestó:

—Ni lo más mínimo. Si he venido, ha sido por ver a Carolina.

Félix se rio.

—Oye,— dijo Piedad —¿comemos mañana juntos?

—¡Ah, ya se me olvidaba! ¡Pensaba llamarte esta noche para preguntártelo! ¿Quieres comer mañana en mi casa?

—¿Mañana?— dijo Piedad, sorprendida.

—Sí. Es que mañana es el santo de mi madre. En otra ocasión habría pasado más de la celebración, pero ahora que por un lado está tan sensible, y por otro, que por fin se ha abierto con Orlando, y de hecho lo ha invitado a comer mañana, pues, hombre... a mí me gustaría que tú también vinieses. Al fin y al cabo ya les conoces. Y has visto que mi madre no es tan ogro como pensabas, ¿no?

Piedad sonrió y le respondió:

—Está bien. Iré.

Félix sonrió contento.

—¡Oh!, pero si es su santo... —dijo de pronto Piedad — tendré que hacerle un regalo. ¿Qué me aconsejas?

—¿Un regalo? ¡Anda, pues es verdad! ¡Menos mal que me lo has recordado!

—¡Anda que...!—

—¿Quedamos por la mañana y se lo compramos juntos?

—Vale.—

Poco después todos tuvieron que volver a entrar en el curso y Piedad se quedó a solas con Carolina.

—Claudia no ha vuelto. Esteban va a llegar tarde.— dijo Piedad.

—Te has dado cuenta, ¿no?— le dijo Carolina.

—¿De qué?

—De lo que ha pasado con Claudia y con Esteban.

Piedad se quedó pensando y miró a Carolina.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me parece que tu hermana ya ha encontrado al chico que estaba esperando.

Piedad recordó el comportamiento de su hermana y luego contestó:

—¿Tú crees?

Y Carolina asintió.

Piedad se quedó pensativa y luego dijo:

—La verdad es que estaba rara. Normalmente ella es más seria. No es que no se ría, pero la he visto como... no sé cómo decir... como que se le había iluminado la cara.

Carolina sonrió.

—Bueno,— dijo — ya se sabrá.

En ese momento llegaron Esteban y Claudia.

Él le sonrió a ella y le dijo:

—Luego hablamos.

Y después de hacer un saludo con la mano a Piedad, se metió en la clase.

Claudia se acercó hasta Piedad y Carolina, muy sonriente.

Y Piedad, no pudiendo resistirse, le preguntó:

—¿Conocías a Esteban del instituto?

Claudia negó con la cabeza y con gesto soñador.

—No. Es él. Es el chico del que os he hablado antes. — y sonriendo dijo — ¡Yo sabía que tenía que venir hoy aquí por algo!

Piedad se quedó asombrada. Nunca imaginó que su hermana fuera tan intuitiva.

—¡Vaya! ¡Pues qué quieres que te diga!— dijo Piedad — ¡Que me alegro por ti!

—Gracias.— contestó Claudia.

Y Carolina sonrió.

Luego las dos hermanas se despidieron de Carolina y se marcharon a su casa.

Pero habiendo descubierto tal cualidad oculta en Claudia, Piedad se planteó hablarle de las cosas que su madrina le había escrito en el diario. Y empezó a hablarle de ellas.

E hizo bien, porque Claudia la escuchó con gran interés y pareció resonar con todo lo que Piedad le fue explicando.

Capítulo 48

A media mañana del día siguiente, tal y como quedaron, Piedad y Félix se pusieron a la búsqueda de un regalo para Concha.

Luego se dieron un pequeño paseo y después se fueron a casa de Félix.

El pequeño Alfonso estaba que no cabía de la alegría de tener a su maestra en su casa. Le enseñó la tortuga y le estuvo contando las aventuras que había tenido con ella. Piedad se reía con el chiquillo, y Félix se reía de verla a ella.

Concha le agradeció el regalo, el cual le gustó mucho, y luego le pidió que le ayudara en la cocina. Piedad, por supuesto, lo hizo, y de esa manera Concha y ella estuvieron hablando y conociéndose un poco más.

Luego llegaron Mirna y Orlando, y de nuevo el pequeño Alfonso mostró una gran alegría al verlo en su casa. Y también le enseñó su mascota, por supuesto.

Después las mujeres fueron preparando la mesa y los hombres ayudaron también.

La comida estuvo excelente, pues Concha cocinaba muy bien.

Y para postre tomaron un trozo de tarta acompañado de un café.

Alfonso se veía muy contento. Quiso sentarse al lado de Orlando y todo el tiempo estuvieron hablando. Mientras, Concha los miraba a menudo, pensativa.

Piedad se dio cuenta de ello, pero no dijo nada.

Luego Alfonso abuelo, Félix y Orlando se prestaron para fregar los platos, y las mujeres aplaudieron el ofrecimiento, y se fueron al patio, y allí se sentaron para charlar.

Un rato después, Orlando llamó con señas a Piedad y ella se acercó hasta él.

—Te he traído lo que te prometí — le dijo el joven.

Piedad le miró sonriente y le dijo:

—¿De verdad? A ver, ¿qué es?

Entonces Orlando sacó un sobre que llevaba en el bolsillo interior de su abrigo y se lo dio.

Piedad lo miró sorprendida.

—Ábrelo. — le dijo él, sonriendo.

Ella lo abrió, y cuál no sería su sorpresa al ver que se trataba de una foto.

En ella estaban Orlando, Marcela y otro hombre en unas escalinatas rodeadas como de terreno que parecía un jardín y por detrás se veía una gran estatua de Cristo.

Entonces Piedad al ver la imagen de su madrina, sintió como si ella le mirase y le llamara.

—¡Oh!— exclamó la joven emocionada, con los ojos humedecidos y el corazón latiéndole con fuerza —¡Es mi madrina!

—¡Vaya!— dijo él, mirándola algo preocupado — ¡Espero que esto no te dé más pena!

—¡Oh, no!— contestó ella, mirándole con una sonrisa emotiva —¡Por supuesto que no! ¡Me has dado una gran alegría! ¡Es algo muy valioso para mí!

Orlando le sonrió y asintió.

—Sabía que te gustaría. Esa foto la hicimos en una ocasión en la que fuimos juntos a Cochabamba. La tenía entre mis papeles, y cuando la he visto, me he dicho: "Esta foto tiene que tenerla Piedad."

Piedad le miró agradecida y le respondió:

—Muchas gracias. Pero no sé si no debería aceptarla, porque tal vez tú quieras tenerla.

—No te preocupes por eso.— contestó él riéndose —Aún conservo el carrete de la cámara.

—¡Ah! ¡Entonces sí que la acepto! ¡Muchas gracias, Orlando!

El joven se rio de nuevo, y ella también.

—Pero dime una cosa, — dijo ella, con el corazón más tranquilo —¿este es Norberto?

—Efectivamente. Él es Norberto.

Piedad sonrió, mientras pensaba: "¡Entonces era cierto! ¡Las veces que he visto a mi madrina con él, eran reales, no eran un simple sueño!"

—¿Qué pasa?— preguntó Félix, curioso —¿Qué hacéis?

—Mira, Félix.— le dijo Piedad, enseñándole la foto.

Félix la miró y tras unos segundos, pensativo, dijo:

—¡Ah, ya comprendo! ¡Esta debe de ser tu madrina! ¿Me equivoco?

—¡Es ella, sí!— exclamó ella, aún emocionada.

Félix se rio también.

—¡Vaya!— dijo — Esto no te lo esperabas, ¿eh?

—No. Desde luego que no.

Luego Orlando se retiró y Piedad se quedó a solas con Félix.

—¿Sabes una cosa?— le dijo ella a él.

—¿Qué?

—Que en los sueños que he tenido con mi madrina, he visto a este hombre. Él es Norberto, el marido de mi madrina. Eso quiere decir que los sueños que he tenido con ella son reales.

Félix la escuchó al principio sorprendido, y luego sonrió.

—Entonces es cierto que estás contactando con ella.

—Eso parece. Pero me pregunto, ¿por qué?

—Tal vez para que la separación de ella sea menos dolorosa.

—Bueno, yo creo que ya he superado su muerte. Y las enseñanzas que me ha dejado en el diario son bastante claras.

Félix se quedó pensativo y ella también.

—En fin,— dijo ella —no me quejo de poder contactar con ella, es solo que me pregunto ¿por qué? ¿Para qué?

—Te entiendo— contestó él, pensativo.

Piedad se quedó callada, preguntándose interiormente: "¿Acaso querrá decirme algo que no está en el diario?".

Capítulo 49

Un rato después, Piedad y Félix se marcharon a dar un paseo. Como ya se estaba haciendo de noche, caminaron por las calles del centro. Sin embargo Piedad se sentía algo melancólica después de haber visto la foto, pero no quiso decirle nada de ello a Félix.

Más tarde fueron a la cafetería de la Plaza Dorada.

Al buscar una mesa libre, vieron a Asiri sentada con un joven poco mayor que ella, y Piedad le dijo a Félix:

—Debe de ser su pareja.

—¡Ah, ya!— dijo Félix con una sonrisilla traviesa —Vamos a saludarlos.

—¿No los molestaremos?— dijo Piedad.

—¡Que va! —respondió Félix —Si es solo saludar. Es que tengo curiosidad por conocer a la pareja de Asiri.

Piedad se rio.

Y Félix la cogió de la mano y tiró de ella, acercándose a la mesa de su amiga.

—¡Buenas noches!— dijo Félix, sonriente.

Ellos les miraron y Asiri les sonrió.

—¡Hola!— les saludó.

—¡Hola!— dijo Piedad, un poco más cortada.

Asiri se levantó y le dijo a su pareja:

—Mira, Marco Antonio: ellos son Piedad y Félix. Ya te he hablado de ellos.

—¡Ah, sí!— dijo él, levantándose también y saludándolos con un par de besos a Piedad y con un apretón de manos a Félix —¿Qué tal están?

—¡Oh, llámanos de tú!— dijo Piedad.

Marco Antonio sonrió y asintió.

—¿Queréis sentaros con nosotros?— les propuso él —Nosotros justo acabamos de pedir.

—Bueno. — dijo Félix, sacando una silla, para que Piedad se sentara.

Piedad le miró sorprendida, por no haberle preguntado a ella, pero se dijo: "¡Ahora va a resultar que es un cotilla, que quiere saber de la vida de sus amigos!".

Y eso le dio risa, pero se la aguantó. Pues realmente no le molestaba cenar con Asiri y con su pareja.

—Asiri me habla a menudo de vosotros,— dijo Marco Antonio —especialmente de Piedad.

Piedad sonrió y le dijo a Marco Antonio:

—Tengo entendido que fuiste profesor de Asiri en magisterio, ¿no?— preguntó ella.

—Sí. Eso es.— contestó Marco Antonio.

—Pero ¿en qué facultad? Porque a mí no me suena tu cara. —dijo Piedad.

—Pues estuve en la de aquí. —respondió Marco Antonio— Pero ya hace seis años de eso, porque ya no doy clases en la facultad. Decidí trabajar directamente con los niños, y trabajo en otra escuela infantil.

—¡Ah ya entiendo! ¡Con razón no me sonaba tu cara!

Marco sonrió.

—¿Y cuánto hace que te viniste de Bolivia?— inquirió Piedad.

—¡Uf! ¡Por lo menos veinte años!— contestó él.

—¡Oh! ¡En veinte años cambia mucho todo!— dijo Piedad.

Marco asintió y luego dijo:

—Asiri me ha contado que tu madrina estuvo también un tiempo en Bolivia.

—Sí.— dijo Piedad —Por cierto, que hoy me han regalado una foto de ella de allí. Creo que de Cochabamba.

—¿De Cochabamba?— dijo Asiri —¡Yo nací allí!

—¿De verdad?— dijo sorprendida Piedad.

—¡Vaya!— exclamó Félix — ¡Si cuando dicen que el mundo es pequeño...!

—¿Puedo ver la foto?— le preguntó Asiri a Piedad.

—Claro.

Y Piedad la sacó del bolso y se la enseñó a su amiga.

—¡Ah, sí!— exclamó Asiri, sonriendo —¡Mira Marco! ¿Lo reconoces?

El otro joven miró y sonrió.

—¡Cómo no! ¡Es la escalera que sube al Cristo de la Concordia![3]

—¡Desde allí hay unas vistas de Cochabamba y de los alrededores, maravillosas!— exclamó Asiri, entusiasmada. —Iremos allí también, ¿verdad, Marco?

Él asintió sonriendo.

Piedad sonrió al ver el entusiasmo de su amiga.

—¿Pensáis ir a Bolivia de nuevo?— preguntó Félix.

—Sí. — contestó Asiri, mientras le devolvía la foto a Piedad —Justamente estábamos hablando de ello. Pensábamos ir este verano, pero después de hablarlo, hemos decidido cambiar la fecha.

—¡Ah!— dijo Piedad, mientras miraba la foto de nuevo —¿Y al final, cuándo iréis?

—Nos vamos dentro de dos semanas: el veintisiete. Y volveremos el cinco de enero.

—¡Anda!— exclamó Félix —¡Supongo que estaréis ilusionados!, ¿no?

—¡Sí!— contestó Asiri riéndose.

Y Marco también se rio.

—¿Pero vais a casa de algún familiar?— preguntó Félix.

[3]Véase más información en: https://es.wikipedia.org/wiki/Cristo_de_la_Concordia

—Sí.— dijo Asiri —Mis abuelos viven aún, y los padres de Marco también.

Entonces Piedad, que los había estado escuchando mientras miraba a su madrina en la foto, le preguntó a Asiri:

—¿Y es muy caro el viaje?

—Bueno, normalmente sí, es un poco caro.— contestó Asiri —Pero hemos visto esta tarde una oferta en una agencia de viajes. Hemos preguntado, y hay la posibilidad de hacer solo el viaje y allí hacer lo que se quiera.

—¡Ah, ya!— contestó Piedad, volviendo a mirar la foto.

Félix la miró pensativo, pero no dijo nada.

Luego estuvieron hablando de temas diversos: de la escuela infantil en la que trabajaban Piedad y Asiri, y también de la que trabajaba Marco; y por otro lado de la pandilla de Félix y Asiri, y de Carolina y de la Nueva Medicina Germánica.

—¡Sí es verdad!— dijo Asiri —¡La curación de Carolina fue muy sorprendente!

Félix les estuvo comentando algunas cosas, y la pareja pareció estar bastante interesada.

Y así fue pasando el tiempo, y poco después de terminar de cenar, se despidieron y cada pareja se fue por su lado.

Félix acompañó a Piedad hasta su casa y antes de despedirse, le dijo:

—¿Qué te ocurre, florecilla?

Ella le miró, y le dijo:

—¿A mí? Nada. ¿Por qué dices eso?

—Te he notado distraída, y poco habladora.

Piedad le sonrió levemente y le contestó:

—Será que estoy un poco cansada.

Félix la miró detenidamente y luego le dijo:

—Puede ser. Hoy ha sido un día muy movido, ¿no?

—Sí. Es verdad. — contestó ella.

El joven siguió observándola y le preguntó:

—¿Quedamos mañana? ¿O prefieres estar tranquila?

Ella le miró y le sonrió con dulzura:

—Es verdad que me siento cansada ahora. Pero mañana estaré bien.

Él le sonrió y le dijo:

—Si quieres te recojo por la tarde y así descansas por la mañana.

Ella se quedó pensando y luego respondió:

—Está bien.

Él asintió. Luego se dieron un beso, y él se marchó.

Pero a Piedad le quedó como un pellizco. Reconocía que había estado algo ausente durante la última parte de la velada, y seguramente Félix lo había notado. Quizás él creyó que su comportamiento con él fue algo frío. No era esa la intención de ella. Sin embargo, era cierto que había estado distraída.

¿Pero qué era lo que la distraía?

Ella misma no lo tenía claro. Había algo que la tenía como inquieta, pero no sabía bien qué...

La joven subió a su casa, y cuando entró, vio a sus padres y a su hermano Gustavo viendo un programa de debate político.

—Buenas noches.— dijo.

—Buenas noches.— saludaron los demás.

—¿Cómo ha ido la comida con la familia de Félix?— le preguntó su madre.

Piedad contestó:

—Muy bien. Todo ha ido estupendamente.

—Me alegro mucho. — dijo su madre sonriendo.

Su padre también asintió, sonriendo.

Esta vez Gustavo no comentó nada, porque estaba muy pendiente de lo que hablaban en el programa.

—Estoy muy cansada.— dijo Piedad —Voy a acostarme ya.

Su madre asintió y todos se desearon de nuevo buenas noches.

Cuando Piedad se metió en su cama, pensó: "Hoy también estoy demasiado cansada para leer el diario de mi madrina. Mañana lo seguiré leyendo.".

Y cerró los ojos y se durmió.

Capítulo 50

El domingo Piedad se levantó tarde, pues había dormido mal.

Tuvo un extraño sueño a media noche:

En el sueño veía a su madrina en las escaleras que subían al Cristo de la Concordia, en Cochabamba, mientras ella permanecía abajo de la escalera.

Y su madrina le tendía la mano y le decía:

—¡Ven conmigo y verás qué vistas tan maravillosas!

Pero Piedad le respondía:

—No puedo madrina. Yo no puedo ir contigo. Tú ya moriste.

Sin embargo su madrina le repetía:

—¡Ven conmigo, Piedad!

Y Piedad volvía a contestarle, con voz lastimera:

—¡No puedo, madrina! ¡Ya no es posible!

Pero su madrina insistía:

—¡Ven, Piedad, ven!

Pero Piedad se puso a llorar, impotente.

Y se despertó sobresaltada y ya no logró volver a conciliar el sueño hasta casi la madrugada.

Cuando se levantó por la mañana, estaba algo inquieta y desorientada. Se dijo: "No entiendo qué me pasa. No sé si esto ha sido por la foto de mi madrina. Tal vez no ha sido una buena idea quedármela. Porque ahora me siento más desconsolada aún que cuando me enteré de que había muerto. Creí que lo había superado bien, y más con las experiencias que he tenido con ella... Pero el sueño de esta noche... No lo entiendo... Puede ser que ella se va a quedar definitivamente en el mundo de los difuntos y no quería separarse de mí."

Queriendo buscar una respuesta al sueño, se dijo: "Voy a leer el diario. Tal vez eso me quite esta desazón."

Y cogió el diario y lo abrió:

"Como habrás podido comprobar ya, si has puesto en práctica la autoobservación psicológica, los diferentes defectos se manifiestan a través de los diversos centros inferiores de la máquina humana: intelectual, emocional, motor, instintivo y sexual.

Hay otros dos centros superiores que solo sirven a la Conciencia: el intelectual superior y el emocional superior, pues a través de ellos recibimos los mensajes de nuestro verdadero Ser Interior.

En relación a los cinco centros inferiores, cada uno de ellos posee una cantidad de energía que es necesario utilizar de manera equilibrada. Pero si abusamos de esas energías, si las despilfarramos, se van agotando, y los centros se van atrofiando, de manera que van apareciendo enfermedades físicas o psíquicas debidas al mal uso de los centros y de esas energías.

Por ejemplo:
Cada vez que andamos preocupados por algo, estamos gastando energía intelectual, y posiblemente emocional.

Cada vez que tenemos un ataque de ira, gastamos una enorme cantidad de energía emocional.

Cada vez que comemos en demasía, estamos abusando de nuestra energía instintiva.

Cada vez que forzamos nuestro cuerpo a hacer un ejercicio excesivo, gastamos energía motora.

Cada vez que vemos o escuchamos escenas morbosas, gastamos energía sexual.

Eso puede comprobarlo cualquiera.

Cada centro trabaja con distintas velocidades y con su propia energía. El centro más lento es el intelectual, y el más rápido es el sexual.

Pero cuando abusamos en el uso de uno o varios centros, cuando no hay un equilibrio, es decir: cuando por el abuso se desequilibran los centros, unos roban energía a otros, y especialmente al que más se roba es al centro sexual.

El centro sexual es el que posee la energía creadora, puesto que todos hemos nacido gracias a la energía sexual de nuestros padres.

Pero la energía sexual no es exclusiva para la creación de hijos, sino que es muy importante para nuestro propio cuerpo físico, ya que mucho más allá de lo que la ciencia materialista puede ver, es básica para mantener nuestro cuerpo en un buen estado de salud física y mental.

La pérdida de esta energía de forma inútil va minando poco a poco nuestra salud física y mental.

Por ejemplo, la masturbación es algo que muchos aconsejan, porque desconocen el verdadero valor que tiene esta energía a niveles más allá del mundo físico, y también desconocen los resultados a la larga de esa práctica, los cuales terminan desgastando gran cantidad de energía de tipo intelectual, entre otras.

Pero hay algo más, y es que esa energía creadora, no solo sirve para crear nuevos cuerpos físicos: los de nuestros hijos, sino que sirve para crear cuerpos en otras dimensiones.

Normalmente, los humanos de este planeta no poseen un verdadero cuerpo astral, ni mental, ni causal. En el astral, es el ego aglomerado en una especie de vehículo que toma la forma de nuestro cuerpo físico, el que vemos. Pero no es un verdadero cuerpo astral.

Quien posee un cuerpo astral, se mueve en esa dimensión tan naturalmente como en el mundo físico. Cada vez que quiere, se puede salir de su cuerpo físico e ir a donde quiera, sin necesidad de nada más.

Pero es que también se puede crear un cuerpo mental, y un cuerpo causal. Y esas dimensiones ya no son un misterio para quien tiene esos cuerpos.

Mas para poder crear esos cuerpos, es necesario no perder jamás la energía sexual, puesto que ese trabajo es algo muy laborioso, y los cuerpos se van creando, no de la noche a la mañana, sino poco a poco, con la transmutación o transformación superior de nuestras energías sexuales. Y no se puede perder esa energía, porque se pierde parte del trabajo hecho. ".

"¡Vaya!", pensó Piedad, "¡Esto sí que me ha impactado! ¡Nunca se me habría ocurrido que el sexo podía ser tan importante en este trabajo por la liberación de la conciencia! Pero... espero que más adelante me explique mejor cómo va esto."

Entonces pensó en Félix y se dijo: "Tendré que hablarle de esto. A ver qué piensa él."

Miró el reloj y se dio cuenta de que eran ya casi las once.

Así que viendo que ya era bastante tarde se dijo: "¡Uf! Al menos me tomaré un café con leche."

Capítulo 51

Por la tarde se reunió con Félix.

—¿Has descansado?— le preguntó él, cuando la vio.

—Sí, gracias. — medio mintió ella, pues la noche ya sabemos que la pasó fatal.

—¿Qué te apetece hacer?— le dijo él.

—Pues no he pensado nada concreto. Demos un paseo, o si quieres que vayamos a algún sitio... —dijo Piedad.

—Está bien, —dijo Félix —Vamos a caminar, y hasta donde nos lleven nuestros pies. ¿Te parece?

Piedad asintió.

Mientras caminaban, Félix le cogió la mano y le dijo:

—Piedad, he estado pensando en nosotros.

Ella le miró extrañada y le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hasta ahora, aunque se supone que nos queremos, solo hemos salido casi como amigos, pero me gustaría que profundizáramos más en nuestra relación.

Piedad le miró, comprendiendo lo que quería decir Félix.

—Ya veo. — dijo ella, acordándose de lo que había leído en el diario.

—Escucha, — dijo Félix — ayer no vi el momento, y no te dije nada, pero el viernes, después del curso, me quedé hablando con Hugo y con Carolina un rato. Ellos me comentaron algo que me dejó bastante sorprendido, pero como era tarde, no hablamos mucho sobre el tema. Esta mañana, les he llamado y les he dicho que me gustaría hablar con ellos sobre eso, y ellos me han contestado que si queríamos podíamos quedar con ellos esta tarde. Les he dicho que lo comentaría contigo y que luego les llamaría.

Piedad no comprendía bien de qué hablaba el joven.

—¿Pero de qué se trata? ¿De qué me estás hablando?

—Estoy hablando de las relaciones sexuales vistas desde un punto de vista diferente, es decir no manejadas por el Ego, sino de forma constructiva para la conciencia.

Piedad se quedó asombrada, por la sincronización de su lectura en el diario, y de lo que le estaba hablando Félix.

Y el joven notó su asombro.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? ¿No crees que es un tema del que tengamos que hablar?

Piedad le sonrió y le contestó:

—Sí. Claro que tenemos que hablar de ello. Pero es que me ha sorprendido mucho que me hables de eso, cuando esta mañana he leído en el diario de mi madrina algunas cosas que me decía precisamente referente a eso.

Esta vez fue él, el que puso cara de asombro.

—¿De verdad?

—Sí. De verdad. —contestó Piedad.

Él sonrió y como le tenía cogida una mano a ella, se la llevó a los labios y la besó.

Piedad se rio, y Félix le dijo:

—Bueno, pues cuéntame lo que te decía tu madrina.

Y ella le explicó todo, tal cual lo comprendió.

Félix la escuchó muy atento e iba asintiendo de vez en cuando.

Y después de hablar sobre ello, decidieron llamar a Carolina y a Hugo para verse con ellos. Y así hicieron.

Las dos parejas se vieron en casa de Carolina y Hugo, pues estos les dijeron que estarían allí más cómodos para hablar.

Piedad les comentó lo que había leído en el diario de su madrina y Carolina y Hugo asintieron, en señal de estar de acuerdo.

—Efectivamente,— dijo Carolina — la mayoría de los seres humanos no tenemos un cuerpo astral, ni un mental, ni un causal, a no ser que los hayamos creado en alguna existencia anterior. Hay muchas escuelas y gentes que creen que todos los poseemos, pero no es cierto. Como te decía tu madrina, si alguien tiene un cuerpo astral, se mueve por esa dimensión igual que aquí en el físico, tan natural como aquí. Pero normalmente hay que hacer el esfuerzo de concentrase para poder desdoblarse en astral de forma consciente, y muchas veces, incluso después de haberse desdoblado, cualquier tontería nos duerme la conciencia, y ya ni nos acordamos de que estamos en el sueño.

—Sí, lo entiendo.— dijo Piedad.

—Además, —dijo Hugo —esos cuerpos superiores son muy parecidos al cuerpo físico solo que de otra naturaleza, de una energía más sutil.

—El cuerpo vital sí que lo tenemos,— aclaró Carolina —ese cuerpo es el asiento vital del cuerpo físico. Y cuando nuestro cuerpo físico muere, el vital también desaparece, pero mucho más lentamente. Por ejemplo, hay personas a las que les han amputado un brazo o una pierna, o cualquier parte de su cuerpo, pero a veces sienten picor o molestias en esa zona que ya no existe en el físico.

Piedad y Félix asintieron.

—El trabajo de transmutación de la energía sexual,— dijo Carolina — es un trabajo muy bonito pero requiere que nunca se pierda esa energía. Nunca se puede llegar al espasmo sexual, porque si se pierde, el trabajo se pierde también.

—Pero ¿cómo se hace?— preguntó Félix

—Bueno,— contestó Hugo — el hombre y la mujer se unen sexualmente y mediante respiraciones, concentración e imaginación, y la utilización de algunos mantras específicos, se va transmutando.

—Aquí tiene una importancia suprema la Madre Divina,— dijo Carolina —pues es Ella la que va a hacer que vaya haciéndose todo el Trabajo. Es la Kundalini. La Serpiente ígnea de nuestros mágicos poderes, que es una energía poderosísima que a medida que vamos haciendo ese trabajo de transmutación o transformación de nuestras energías sexuales, va ascendiendo por la espina dorsal hasta el cerebro y luego baja hasta el corazón. Es otro aspecto de la Divina Madre. Por eso, hay que concentrarse en Ella cuando se está haciendo este trabajo.—

Entonces Piedad les preguntó:

—¿Y vosotros cómo es que conocéis todo este trabajo?

Carolina respondió:

—Pues porque llegaron a nosotros los libros de un Maestro Despierto, y pusimos en práctica lo que enseña. Hay muchos que lo critican pero es porque no saben lo que dicen. Lo malo es que hay quien cree más a los que lo critican, que los Conocimientos que él da. Que cualquiera que los ponga en práctica, comprobará que son ciertos, y que no es vana palabrería.

—¿Y vosotros nos podéis dejar esos libros?— preguntó Félix.

—Claro.— contestó Carolina —Incluso los puedes descargar en internet[4].

Piedad se quedó pensativa y dijo:

—Es verdad que todo lo bueno se critica y se desprecia, y lo malo se expande como la mala hierba. No hay nada más que ver cómo últimamente se critican las terapias naturales y la homeopatía, por ejemplo, y se hace creer a las gentes muchos conceptos falsos sobre la enfermedad.

Hugo se sonrió, y Félix también.

—Así es.— dijo Carolina.

Y Piedad continuó pensando en alto, y con cierta indignación:

—Y es que este mundo se ha vuelto tan materialista y tan absurdo, que parece que todo se hubiera vuelto del revés.

Félix le sonrió, le cogió de la mano y le dijo con dulzura:

—Tranquila, que eso forma parte del aprendizaje que tenemos que tener de todas las situaciones en la vida.

Piedad lo miró y se dio cuenta de que se había identificado con un pensamiento pesimista sobre el mundo y sonrió y asintió:

—Tienes razón.

Luego, Carolina y Hugo les estuvieron explicando la práctica concreta de transmutación de las energías sexuales.

[4] *Véase: http://judas—iscariote.org/para_emprender_el_vuelo.html*

Y después les explicaron que las parejas cuando se unen sexualmente contraen un vínculo kármico. Por eso, el trabajo con las energías requería una fidelidad absoluta en la pareja, ya que cualquier otra relación, anularía completamente el trabajo hecho.

Por ello, a nivel del Trabajo Interno, el verdadero matrimonio no era el que se realiza con una ceremonia física, sea religiosa o civil, sino con la unión de la pareja que transmuta sus energías y se guardan fidelidad.

Piedad asintió comprendiendo que así debía ser.

Después, entre Carolina y Piedad prepararon algo para picar, y así cenaron juntos.

Y tras eso, Piedad y Félix se fueron.

Capítulo 52

Mientras caminaban en dirección a casa de Piedad, Félix le dijo:

—Dime, ¿qué piensas de todo esto?

—Me parece bien, por supuesto.— contestó Piedad.

—Me refiero en relación con nosotros.— dijo Félix.

La joven se quedó pensativa unos momentos y luego respondió:

—Verás, yo nunca he salido con nadie. Tú eres mi primer novio. Y la verdad es que sobre la cuestión del sexo, no es que hubiera pensado mucho aunque siempre había algo que no terminaba de convencerme. Sin embargo, tal y como nos lo han explicado Carolina y Hugo, lo he visto como algo muy bonito. Por eso te digo que me parece bien.

Félix se quedó callado, pensativo.

—¿Qué pasa?—preguntó ella —¿A ti no te parece bien?

—Claro que sí. — contestó él —Yo tampoco he salido con nadie antes. Tú eres la primera chica que me ha interesado de verdad, y sabes que desde la primera vez que te vi, me enamoré de ti. Pero lo que me pregunto es: si los dos tenemos claro que nos queremos, ¿cuándo nos vamos a decidir a hacer este trabajo?

Piedad se mordió el labio, comprendiendo que él le preguntaba cuándo iban ellos dar el siguiente paso en su relación. Y eso le aceleró el corazón.

No sabiendo qué contestar, le dijo:

—¿Qué propones tú?

Félix la miró muy serio y le dijo:

—Yo te propongo que nos vayamos a vivir juntos.

Piedad sintió que le latía el corazón más rápido aún, pero al mismo tiempo sintió una gran ilusión por ello, pero intentando retenerse, le dijo:

—¿Estás seguro de querer dar ese paso?

—Yo sí. ¿Y tú?

Piedad se sonrió pensativa.

—¿Qué me dices?— insistió él, con cara de estar expectante.

La joven le sonrió y le contestó:

— Me parece bien.

Él abrió los ojos gratamente sorprendido, y luego la abrazó, diciéndole con entusiasmo:

—¡Piedad, mi amor!

Ella también lo abrazó, y se reía.

Luego se separaron y él le dijo muy contento:

—No tenía claro que fueras a aceptarlo tan pronto.

La joven le sonrió, mientras se agarraba a su mano y le dijo:

—Yo tampoco me lo imaginaba hace unos minutos. Pero el caso es que te quiero, y deseo pasar el resto de mi vida contigo.

Félix le puso un brazo sobre sus hombros y la apretó contra él, muy contento.

—Pero hay una cosa.— dijo Piedad —Ya sé que Carolina nos ha hablado de lo que es un verdadero matrimonio visto desde el punto de vista del Trabajo interno. Pero... es que yo... quizás sea un poco anticuada...

Félix se sonrió y le dijo:

—Prefieres que nos casemos, ¿no es eso?

Piedad sonrió y asintió.

—Sí. La verdad es que sí.

—¡No hay problema!— contestó él, entusiasmado —¡Nos casaremos! ¡Mañana mismo estoy moviendo papeles! ¿Quieres una gran boda?

Piedad se rio.

—No, nada de eso. Algo íntimo. Nuestras familias y nuestros amigos más cercanos, y una boda sencilla.

—Tus deseos son mis deseos. — dijo Félix.

Piedad volvió a reírse.

—Otra cosa,— dijo ella — tendremos que buscar un piso, ¿no?

—¡Claaaro que sí!— dijo él, juguetonamente.

Así, sintiéndose felices y haciendo proyectos, llegaron hasta la casa de Piedad.

Y tras despedirse, ella se subió a su casa, y él se marchó a la suya.

Cuando entró Piedad a su casa, sus padres estaban sentados en el salón viendo un documental en la televisión.

Después de saludarse, Piedad les dijo:

—Papá, mamá, tengo que deciros una cosa.

Los dos le miraron y su madre le contestó:

—Dinos. ¿Qué pasa?

Piedad cogió aire y dijo:

—Ya sé que vais a pensar que vamos demasiado deprisa, pero la verdad es que tanto Félix como yo, tenemos muy claras nuestras intenciones y... bueno, hemos decidido casarnos.

Sus padres se quedaron callados por unos momentos, hasta que su padre dijo:

—En fin, ese era más o menos el final que esperábamos. Pero si lo que quieres decir es que pretendéis casaros muy pronto, pues, ¿qué quieres que te diga? Ya tienes edad y eres lo suficientemente madura para tomar tus decisiones. Y sé que no vas a actuar de manera alocada.

Piedad sonrió y contestó:

—Gracias por comprenderlo.

—Pero,— intervino su madre —¿para cuándo queréis casaros?

—Pues en cuanto podamos. En cuanto arreglemos los papeles para ello.

Los padres se volvieron a quedar callados unos momentos, tras los cuales su madre le preguntó:

—Piedad, hija, hoy día ya sabemos que las cosas son muy diferentes que, por ejemplo, cuando nosotros teníamos tu edad. Y se ve todo de manera muy distinta. Si tienes algún problema, ya sabes que puedes confiar en nosotros.

La joven la miró extrañada.

—No tengo ningún problema. Todo lo contrario. Estoy feliz por esta decisión.

—¿Estás segura?— insistió su madre —Mira que siempre ha habido confianza entre nosotros.

—Claro que estoy segura. ¿Por qué me dices eso?

La madre se mordió el labio e insistió:

—¿Pero por qué las prisas?

—Pues... porque... nos queremos y pensamos que para qué esperar.

—¿Solo por eso?— preguntó la madre.

—Sí. ¿Por qué, si no?

—¿Tal vez, porque... estés embarazada?— dijo la madre.

Piedad se sorprendió y sonrió:

—¡No! ¡Claro que no! ¡No estoy embarazada!

—¡Ah!— exclamó la madre — Bueno, normalmente las parejas actuales se lo toman con más tranquilidad. Reúnen dinero para el piso, y para los muebles, y... en fin, como hoy día las relaciones íntimas se ven como algo normal, ya no hay esa prisa por casarse. Por eso me parecía rara la prisa. Pero si es como dices, pues te voy a echar de menos, pero si eres feliz, me alegro por ti.

Piedad se rio y asintió.

—Gracias, sí. De todas formas vendré a menudo a casa. Y no me voy a ir por ahí lejos. Así que nos seguiremos viendo. Y en cuanto a lo del piso y lo demás, pues alquilaremos algo amueblado, y ya poco a poco iremos estableciéndonos. Eso para nosotros no tiene mayor importancia.

La madre sonrió y miró a su marido y le dijo:

—¿Te das cuenta? ¡Nuestra primera hija se nos casa ya!

El padre se rio:

—Pues sí. Pero ya tiene edad, ¿no crees? Tú eras más joven que ella cuando nos casamos.

—Sí es verdad. Pero eran otros tiempos.— contestó la madre.

Piedad se rio.

—Lo malo va a ser...— dijo el padre pensativo y con una media sonrisa — que cuando se enteren tus hermanos, seguro que te van a llover las bromitas.

La joven volvió a reírse.

—Bueno, pues se lo diré mañana en la comida. Que si no, no me van a dejar dormir esta noche.

Sus padres se rieron y asintieron.

Y luego la joven dio las buenas noches y se fue a acostarse.

Pero a media noche volvió a soñar con su madrina. Era un sueño muy parecido al de la noche anterior. Su madrina estaba en la escalinata del Cristo de la Concordia y le decía que fuera con ella. Pero Piedad le contestaba que no podía. Que era imposible, porque ella ya había muerto.

Y de nuevo se despertó sudando, y se decía: "¿Por qué sueño esto? ¿Qué es lo que me quiere decir?".

Pero esta vez, al darse media vuelta, se volvió a quedar dormida.

Capítulo 53

A la mañana siguiente, cuando llegó a la escuela infantil, Piedad no pudo aguantarse y se acercó a Asiri para darle la buena nueva.

Asiri se sorprendió gratamente y la felicitó con un abrazo.

Y cuando llegó Alfonso con su abuelo, este le dijo:

—¡Así que muy pronto vas a ser mi nuera!

Piedad se rio y asintió:

—Sí. Si Dios quiere.

—¡Claro, muchacha! ¡Bien dicho! Es cierto que nos ha sorprendido que vayáis tan rápido, pero tanto Concha como yo, estamos muy contentos por esa noticia.

—¡Gracias! ¡Sois muy buenos!

El padre de Félix se rio, y luego le dijo:

—No te creas que somos tan buenos, lo que pasa es que... ¡ya queda menos para que Concha y yo nos liberemos!

Piedad se rio.

La mañana pasó más o menos como las demás, pero para Piedad, parecía que la hora en la que llegaría su amado, tardaba demasiado.

Sin embargo, a mediodía el que apareció por allí, fue Orlando.

Piedad se sorprendió y le dijo:

—¡Hola! ¡Qué sorpresa! ¡Cómo tú por aquí!

—Hola Piedad. Vengo a por Alfonso.

—¡Oh! ¿Hoy te lo vas a llevar tú? No me ha dicho nada su abuelo.

—Claro, es que ha sido una decisión de última hora.— le dijo Orlando.

—¡Ah, ya!— dijo Piedad pensativa.

—¿Hay algún problema en que yo lo recoja?— le dijo Orlando a Piedad.

—Supongo que no.— contestó Piedad.

Mientras tanto, Alfonso ya se había acercado hasta ellos, y le dijo a Orlando:

—¡Hola Orlando! ¿Vas a venir a casa de mi abuela a comer hoy?

Orlando se rio y negó con la cabeza.

—No. Hoy no. Pero te voy a llevar yo a casa de tus abuelos.

—¿Sí? ¡Viva! ¡Viva!— gritaba Alfonso dando saltos de alegría.

Orlando se rio y lo miró con ternura.

Piedad se sintió un poco insegura y le dijo a Alfonso que fuera a recoger su cartera, y acto seguido se dirigió a Orlando, y mirándole a los ojos y cogiéndole un brazo, le dijo:

—¿Te has puesto de acuerdo con Félix?

Orlando la miró sorprendido y luego se rio.

—¿Acaso crees que lo voy a raptar?

—¡No te rías, Orlando! ¡Por favor, dime si te has puesto de acuerdo con Félix!

Orlando paró de reír y la miró con ternura:

—¡Claro que sí, mujer! ¿No confías en mí?

Piedad le miró, dándose cuenta de que esa desconfianza era absurda, y suspiró y le contestó:

—Sí. ¿Cómo no voy a confiar en ti, después de todo?

Orlando sonrió y le dijo:

—No te preocupes. Sé que es tu celo por mi hijo. Y sé que en alguna ocasión has tenido problemas por mi causa con respecto a Alfonso. Pero ya está todo aclarado y en su sitio. Lo que pasa es que Félix me ha pedido que viniera yo a por él. ¡Y yo estoy encantado de hacerlo! Perdóname si te he hecho sufrir un poco. — dijo esto juntando las dos manos en señal de piedad.

La joven sonrió y le preguntó:

—¿Y sabes por qué no ha venido él?

Orlando la miró con una media sonrisa y le contestó:

—Creo que tenía que averiguar unos papeles.

Piedad sonrió, pensando: "¡Ya está haciendo el papeleo para casarnos!".

—Así que vais a casaros, ¿eh?— dijo Orlando.

Piedad se rio y asintió.

—Me alegro por los dos.— dijo el joven —Estoy seguro de que tu madrina estaría feliz por ti.

Piedad se sorprendió por el comentario y acordándose del sueño, respondió, algo melancólica:

—Sí. Seguramente sí.

—Piedad, no estés triste por ella— le dijo él mirándole a los ojos con dulzura— Ella está bien. Estoy seguro de ello. Confía en mí.

Piedad asintió y contestó:

—Sí. Tienes razón.

Como Alfonso llegó hasta ellos con su cartera, Piedad le abrió la cancela de la valla y el niño se marchó con su padre, y los dos se fueron muy contentos.

Poco después, cerraban la puerta de la escuela, y Piedad recibió una llamada en el móvil. Era de Félix.

—¡Hola Florecilla!— le dijo él —¿Ya has salido de la escuela?

—Sí. Justo acabamos de cerrar. Ya me ha dicho Orlando que estabas de papeleos y que por eso él recogía a Alfonso.

—¿Te lo ha dicho? ¡Vaya!— exclamó Félix.

—¿Qué pasa?— preguntó Piedad.

—Pues que no quería que te dijera nada, para que fuera una sorpresa.

Piedad se rio y le dijo:

—¡Pero si ayer quedamos en que tú ibas a ver los papeles que hacían falta para el casamiento! ¡Así que no iba a ser ninguna sorpresa, puesto que ya lo sabía!

Félix se quedó un momento callado y luego se rio:

—¡Ah! ¡Es verdad! ¡Qué tonto! ¡Si ya habíamos hablado de eso!

—¿Y entonces? ¿Ya los tienes todos?

—¡Estoooo! ¡Pues la verdad es que... no! ¡Es que... al final no me ha dado tiempo de hacerlo!

Piedad se quedó pensando y luego le dijo:

—¡Claro! ¡Si es que seguro que cierran antes de las tres! Yo creo que vamos a tener que tomarnos un día libre para hacerlo.

—¡Buena idea! Pero... ¿tú puedes faltar a la escuela?

—Pues hombre, a lo mejor si pido permiso... Y si no, como ya mismo nos dan las vacaciones de Navidad, podemos hacerlo en esos días, ¿no?

—¿En vacaciones? ¡No, no! ¡En vacaciones, no!

Piedad se quedó un poco extrañada por la forma de decirlo de Félix, pero no le dio más importancia.

—Bueno.— dijo —Pues ya lo hablaremos más tranquilamente. Esta tarde tienes curso, ¿no?— dijo Piedad.

—Sí. Pero ya sabes que salgo antes. ¿Te recojo sobre las 9 y cenamos por ahí?— le propuso Félix.

—De acuerdo.— contestó ella, contenta.

Capítulo 54

Cuando Piedad les comunicó durante la comida a sus hermanos que ella y Félix iban a casarse, tal y como le había prevenido su padre, hubo bromas y risas para rato. Piedad se reía con ellos, y en revancha le advirtió a Alfredo que tenía que estudiar si quería aprobar, puesto que ella no iba a interceder por él. Pero su hermano le decía riéndose:

—¡Eso dices ahora, pero a nosotros no nos puedes engañar, que ya te conocemos, y sabemos que eres demasiado buena y le convencerás para que me ponga la mejor nota de la clase!—

—¡Sí!— dijo Gustavo, riéndose —¡pero tú —dirigiéndose a Alfredo — no vayas a ser tan tonto de decirles a todos que es tu cuñado!

Claudia miraba a su hermana sonriendo y le dijo:

—Me alegro mucho de que hayas verdaderamente encontrado tu alma gemela.

Piedad sonrió y asintió. Y sus hermanos sonrieron, pero no gastaron ninguna broma sobre eso, porque en realidad ellos querían mucho a su hermana y se alegraban de que pudiera ser feliz.

Más tarde, cuando se metió en su dormitorio, cogió el diario y se puso a leerlo, sentada en el sillón del escritorio:

"Como imagino que ya habrás comprobado, el autodescubrimiento es fundamental si queremos cambiar nuestra vida. Todos nuestros sufrimientos están basados en el Ego, pues todo lo que nos rodea, lo interpretamos normalmente a través de todos nuestros agregados psicológicos.

Si has puesto en práctica lo que ya te he explicado, te habrás dado cuenta de que una cosa son los eventos, y otra, es el estado interior que tenemos cuando vivimos esos eventos.

Muchas veces hay eventos que hemos estado esperando ansiosos y con gran ilusión, y en el momento en que los vivimos, todo se va por tierra, pues nuestro estado no está acorde con ese evento.

O al contrario: alguna situación que temíamos, cuando llega, finalmente nos resulta todo lo contrario.

Y es que la mente dominada por el ego, es algo que puede martirizarnos de forma innecesaria.

Si vivimos una situación con la que nos identificamos plenamente, el yo, o mejor dijéramos los diferentes yoes que surgen, no solo se manifiestan y se alimentan en ese preciso momento, sino que es muy corriente que sigamos alimentándolos con pensamientos que ellos mismos generan después, y muchas veces. Cuánta más identificación hayamos tenido, más se alimentará ese defecto o esos defectos, al dejar nuestra mente suelta. Lo que vulgarmente se dice de "darle vueltas a la cabeza", que termina haciéndonos un daño psíquico enorme.

Cualquier situación que nos impacte interiormente: un insulto, un desprecio, una noticia inesperada como puede ser la muerte de un ser querido, o el saber que nuestra pareja nos engaña con otra persona, o alguien que nos ha robado, etcétera..., si estuviésemos en recuerdo de sí mismos, y no nos identificáramos con la situación, ni alimentaríamos el Ego, ni se producirían daños (enfermedades, dolencias, desequilibrios) en nuestro cuerpo.

Por eso es tan importante estar constantemente en estado de alerta novedad, como un soldado vigía en época de guerra, solo que nuestros enemigos los llevamos dentro: nuestros agregados psicológicos.

Toda esa charla interior producida por yoes de preocupación, de ira, de miedo al qué dirán, o a lo que pasará, o de deseos de cualquier tipo, etcétera, gasta una cantidad de energía psíquica enorme, y nos va durmiendo la conciencia cada vez más.

El resultado es que trabajamos, conducimos, andamos..., en fin, hacemos todo con la mente puesta en otro sitio, en otra cosa, en lo que ocurrió en el pasado, o en lo que va a ocurrir en el futuro.

Es necesario y urgente cambiar este proceso mecánico, ya que llega un momento en el que si no se opera conscientemente, las mentes de las gentes cada vez estarán más desequilibradas, pues cada yo luchará por hacer su propia voluntad.

Por ello, es básico el trabajo de autoobservación psicológica de nuestros pensamientos, emociones, instintos, hábitos mecánicos y movimientos, y de nuestros impulsos sexuales, para descubrir los diferentes defectos psicológicos que se manifiestan en un momento dado.

Sin embargo, también hay otra práctica que es muy necesaria y beneficiosa no solo para calmar la mente, sino para alimentar la conciencia. Se trata de la meditación.

Mucha gente habla de la meditación, y diferentes escuelas la trabajan con diferentes técnicas. Pero no todo el mundo comprende el valor de la meditación, ni cómo se hace realmente, ni a dónde conduce, ni sus beneficios reales.

En definitiva, de lo que se trata es de vaciar la mente de todo pensamiento, preocupación, deseo, etcétera. Todo esto acompañado de sueño controlado. De esa forma, muestra esencia, se libera momentáneamente del ego, y se mueve en la sexta dimensión, en el mundo causal llegando al vacío iluminador o shamadi, en el que se vive una experiencia tal, que cuando se termina la práctica de meditación, y volvemos a despertarnos, es tal la Fuerza y el incentivo con el que viene la esencia, que el trabajo psicológico de eliminación del Ego se hace con mucho más convencimiento, y con más Fuerza e intensidad.

Para meditar, pues, es necesario coger una postura cómoda: Puedes hacerla sentada o tumbada. Luego pedirás ayuda a tu Ser interno para hacer la práctica de meditación. Le llamo práctica, porque estás aprendiendo a hacerla.

Luego te concentrarás en un mantra. Los mantras o mantrams, son palabras concretas que tienen ciertos poderes específicos. El sonido tiene poder. Todos sabemos que una soprano puede llegar por ejemplo a emitir una nota que puede romper o hacer vibrar una copa de cristal. Pero también las palabras dichas de una forma u otra pueden herir o pueden hacer reír, o pueden calmar, etcétera. En fin, habría montones de ejemplos. Pero de lo que hablamos es de palabras con poder que vienen de muy antiguo, muchas veces incluso de humanidades anteriores a la actual, y que tienen efectos muy distintos.

Hay mantrams para curación, para protección, para oración, para desdoblarse en astral, para meditación, para invocación de Maestros despiertos, etcétera.

Para la meditación, utilizarás el mantram: "GATE, GATE, PARAGATE, PARASAMGATE, BODHI SWAJA".

La concentración en este mantram debes hacerla combinada con el sueño. Un sueño controlado, que se combina con la concentración. Si tienes demasiado sueño, te dormirás sin llegar a la meditación. Pero si pretendes concentrarte sin nada de sueño, solo conseguirás un rato de concentración, pero eso será todo, pues es necesario que el cuerpo duerma para que la esencia pueda desdoblarse para moverse en su mundo, en la sexta dimensión.

El mantram se hace así: "gaaateeeee, gaaateeeee, paragaaateeeee, parasamgaaateeeee, booodhiiiii, suaaa jaaaa".

Esta práctica puedes hacerla por la mañana de madrugada, o por la noche, o simplemente cuando tengas esa disposición.

La meditación, como te he dicho, es la forma en la que la Esencia coge más fuerza y más incentivo para el Trabajo de la muerte de los defectos. Pero además, coge mucha más sabiduría, ya que el mundo causal es, como su nombre indica, el mundo de las causas naturales, y en el que se ve todo de manera muy diferente, pues no hay el tú y yo, o el otro, sino que todos forman parte de un Todo.

Una experiencia de este tipo no se olvida nunca, y hace ver el mundo también desde una óptica muy diferente. Pues es el Ego, quien nos separa de los demás."

Piedad cerró el diario, y lo puso encima del escritorio.

Luego se tumbó en su cama, cerró los ojos, después pidió a su Madre Divina que le ayudase a hacer la práctica, y luego se puso a recitar el mantram de forma mental, mientras intentaba adormilarse...

Capítulo 55

Mucho más tarde, Piedad y Félix se reunieron y se fueron a una bocatería cercana.

Los dos estaban muy ilusionados con la idea de su casamiento.

—Escucha, — dijo Félix —me he estado informando un poco y creo que el papeleo y los permisos pueden tardar unos tres o cuatro meses.

—¡Oh, vaya!— exclamó ella.

Félix se rio y le dijo:

—Ya veo que estás tan impaciente como yo.

Piedad se rio también.

—Bueno, no pasa nada.— dijo —Así podemos ir buscando piso y viendo todo lo que necesitamos.

Félix asintió.

—Lo que podemos hacer,— continuó Piedad — es empezar a buscar un piso durante las vacaciones, que tendremos más tiempo.

Félix le miró con una sonrisa reprimida y luego le contestó:

—Me temo que no vamos a poder.

Piedad se extrañó que le dijera eso:

—¿Por qué no? ¿Es que ya tienes planes para las vacaciones?

—Sí. Tengo algunos planes. — contestó Félix.

Piedad le miró sin saber qué decir.

Entonces el joven le dijo:

—Por cierto, ¿tú tienes planes?

—Pues... no.— contestó ella, algo desconcertada. —No tengo ningún plan concreto.

—¡Estupendo! ¡Entonces podrás acompañarme en un viajecito que quiero hacer!

—¿Un viajecito?— repitió ella, sorprendida —¿Y a dónde quieres ir?

Félix sacó de su bandolera un sobre y se lo entregó a ella.

—¿Qué es esto?— dijo Piedad, extrañada.

—Ábrelo y lo verás.— le dijo el joven.

Piedad lo abrió y lo que sacó la dejó paralizada de la sorpresa:

Eran dos billetes para Bolivia.

La joven exclamó:

—¡Oh Félix! ¡Pero cómo puede ser esto!

Félix empezó a reírse de ver la cara que ponía ella.

—¡Esto es una locura!— exclamó ella, sin saber si reír o regañarle — ¡Te ha debido costar un dineral!

—¡Qué importa el dinero! ¡Quien me importa eres tú!

Piedad lo miró emocionada y le dijo:

—¿Pero por qué se te ha ocurrido hacer este viaje?

Más serio, él le contestó:

—Porque cuando Asiri y Marco Antonio nos hablaron del viaje que iban a hacer, vi la cara que ponías. Y no hacías nada más que mirar la foto de tu madrina. Y cuando les preguntaste que si era muy caro el viaje, vi tu expresión cuando Asiri te contestó. Y luego estuviste muy callada, melancólica, diría yo. Entonces pensé en este viaje.

La joven le sonrió y le contestó:

—No me di cuenta de que se me notaba tanto.

Félix sonrió y asintió.

—Pero, — dijo Piedad —lo pagaremos a medias.

—No te preocupes por eso. — contestó Félix —Yo tengo algún dinero ahorrado, porque aunque colaboro en los gastos en casa de mis padres, siempre guardaba una parte para mí.

—Sí, claro. Yo también estoy haciendo eso. Y aunque solo llevo trabajando dos meses y medio, tengo un poquito.

—No. No insistas. Esto es un regalo que te quiero hacer. Aunque lo que sí tendremos que hacer es tirar los dos de nuestros ahorros, para gastos que tengamos allí.

Piedad asintió agradecida.

—Muchas gracias. — dijo — Creo que este viaje va a ser un bálsamo para mí, porque tienes razón en que ver la foto de mi madrina me ha removido muchas cosas. Estoy teniendo unos sueños muy extraños con mi madrina, y me despierto con una sensación muy confusa, porque no entiendo esos sueños.

—¿Pero no son como otras veces?

—No. No es que la vea en astral, siendo consciente, no. Son sueños, pero se me repiten y me causan una cierta angustia. Pero no sé si es un Yo mío que proyecta y me quiere crear esa angustia, o es un mensaje de ella, o qué.

Félix se quedó pensativo.

—¿Y te ocurre a partir de que viste la foto?

—Pues... sí. De hecho, desde que la vi, ya sentí algo muy raro. Veía la foto y me parecía que me estaba mirando y diciéndome: "Ven conmigo".

Félix se quedó pensativo.

—Desde luego es extraño. Pero pienso que es mejor no darle vueltas. Lo mejor es seguir haciendo tu vida normal, y cuando hagamos este viaje, veremos si encontramos algo o no.

Piedad asintió.

Mientras comían, ella le preguntó al joven:

—¿Y dónde has comprado los billetes? ¿En la misma agencia que Asiri?

El joven asintió y le explicó:

—El otro día, mientras tú ibas al baño, le pregunté en qué agencia habían sacado los billetes. Y los he comprado esta mañana.

—¿Entonces vamos a hacer el mismo viaje que Asiri y Marco?

—Sí. Es el mismo.— contestó él.

—¡Estupendo! ¡Así ellos podrán orientarnos mejor de dónde podemos ir, ¿no?!— dijo Piedad.

—¡Claro!— contestó Félix.

La joven se rio.

Y luego el joven le dijo:

—Por cierto que cuando le dije a Orlando que fuera a por Alfonso, le conté lo que iba a hacer y le dije que no te dijera nada del asunto, pero se ve que algo se le escapó y tú creíste que hablaba del papeleo de la boda.

Piedad se quedó pensando y luego se rio también:

—¡Ah! ¡Ahora entiendo por qué me decías que querías que fuera una sorpresa!

Él asintió.

—Oye,— dijo —No te preocupes, que yo, mañana mismo en un hueco entre clases, me llego al registro civil y me entero de todo lo que hay que hacer.

—Vale.— contestó ella.

—Pero por las tardes,— dijo él —podíamos empezar a buscar un piso, ¿no crees? Al menos las tardes que no tengo curso.

—Sí. Me parece bien.— dijo ella.

Entonces Piedad se acordó de la proposición de su excompañera Lidia de irse a vivir con ella a un piso, y de cómo se burló de ella cuando le dijo que se iría de casa de sus padres cuando se casara. Y como se lo dijo a Félix, los dos se rieron de buena gana.

Luego, mientras comían, y cambiando el tema de conversación, Piedad le comentó a Félix lo último que había leído del diario de su madrina. Y los dos estuvieron hablando sobre el tema de la meditación.

Incluso Félix le comentó que Hugo había mencionado en el curso que la meditación podía ser una gran ayuda para las personas que se encontraban enfermas, tanto en el momento en el que estaban en fase activa, porque contrarrestaba los efectos del conflicto activo, como en la fase de solución, ya que la mente estaba algo más tranquila, y la meditación no solo ayudaba a la mente, sino también al cuerpo. Hugo no había explicado una técnica concreta, porque no formaba parte del curso de Nueva Medicina Germánica, pero que había mucha gente que hablaba de la meditación, aunque no se trataba exactamente de lo que le había enseñado su madrina.

Capítulo 56

El día siguiente fue muy tranquilo en la escuela.

Piedad habló con Asiri acerca del viaje a Bolivia, y las dos amigas estaban muy entusiasmadas con el proyecto.

Y a medio día, de nuevo fue Orlando quien recogió a Alfonso. Pero esta vez, Piedad estaba advertida.

Al parecer, Orlando pretendía ir familiarizándose cada vez más con su hijo, ya que él y Mirna pretendían poder vivir como una familia muy pronto.

—Ya sé que vais a ir a Bolivia.— le dijo Orlando a la joven.

—Sí.— respondió ella, riéndose —De hecho, me parece que lo sabías antes que yo.

Orlando sonrió.

—Oye,— dijo Piedad, más seria— he estado pensando y me gustaría saber en qué sitio o en qué sitios estuvo mi madrina. ¿Tú podrías apuntarme los lugares en los que estuvo y... dónde murió?

El joven la miró profundamente y luego le sonrió.

—Claro que sí. —contestó— Si pudiera, iría con vosotros, pero ahora tengo otras prioridades, y no pienso volver a cometer el mismo error que cometí hace años.

—¿De verdad te gustaría volver a ir?— le preguntó Piedad

—Bueno, allí he vivido muchas cosas que me han calado profundamente. Bolivia es un país maravilloso. Y allí he conocido gente maravillosa también. Entre ellos, a Marcela y a Norberto, por supuesto... Quizás vayamos algún día los tres. Quiero decir, Mirna, Alfonso y yo. ¡Pero claro, solo unos días!— dijo él riéndose.

Piedad sonrió, y él le dijo:

—En el momento que tenga un hueco, te hago un mapa o rutas con los lugares que estuvo Marcela.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.— le dijo la joven.

Orlando le sonrió y asintió. Y después se despidió, y se fue con Alfonso.

Por la tarde, Piedad quedó con Félix para ir a ver pisos, pero aunque pudieron ver un par de pisos, no les gustó a ninguno de los dos. Pero ellos no se desanimaron y decidieron continuar buscando al día siguiente.

Luego Félix fue a cenar a casa de Piedad, pues los padres de Piedad deseaban conocer un poco más a su futuro yerno. Y los hermanos de Piedad también se alegraban de poder verlo de nuevo.

Y tras una cena muy agradable, Félix se marchó muy contento, y muy contentos se quedaron Piedad y su familia.

Y por la noche, antes de acostarse, la joven abrió el diario de su madrina, para continuar aprendiendo más cosas:

"Querida Piedad, el sueño de la conciencia perjudica tanto porque no nos deja ver la realidad tal y como es.

Tenemos muchos conceptos acerca de la vida y de la muerte, de la naturaleza y de nuestro cuerpo, del pasado, del presente y del futuro, de lo que somos nosotros realmente... etcétera.

Pero son solo conceptos. No son la realidad.

Los conceptos que tengamos de todo están basados en la mente sensual (basada en los cinco sentidos), o la mente intermedia (la de las creencias).

La realidad es diferente. Solo podemos captarla con la mente interior.

Uno de los conceptos más discutidos y sobre el que hay diferentes creencias, es la "muerte".

Unos creen que hay algo más allá de la muerte. Otros piensan que todo se acaba cuando el cuerpo fallece.

Algunas religiones hablan de un cielo y de un infierno, al que se va según el comportamiento que se haya tenido en vida.

Otras creen que venimos una y otra vez, unas veces con cuerpo de hombre o mujer, y otras con cuerpo de animal, también según nuestros actos.

Y los escépticos, creen que después ya no hay nada más.

Lo cierto es que cuando alguien despierta conciencia, este tema deja de ser un misterio, puesto que puede comprobarlo directamente.

El Despierto, tiene su mente interior abierta, y con su cuerpo astral puede investigar sobre todo lo relacionado con la muerte.

Sufrimos por la ignorancia. Alguien Despierto tiene la capacidad de investigar en todos los campos, en todas las dimensiones, y de hecho y por derecho, Sabe. Porque la Conciencia despierta, Sabe, no cree.

Mucha gente sueña con sus familiares o amigos que ya murieron. Muchas veces son simples proyecciones, pero muchas veces los ven realmente, pues el mundo de los sueños es el mismo que el mundo de los desencarnados.

Cuando morimos, nuestro cuerpo físico y nuestro cuerpo vital mueren. Pero la Esencia y el Ego, continúan en el mundo astral. Normalmente, al estar dormidos, la gente no suele darse cuenta de que ha muerto en el mundo de la materia, y sigue soñando como lo hacía cuando vivía.

Solo quienes hayan trabajado sobre sí mismos en el mundo físico, pueden continuar estando conscientes cuando desencarnan.

Y seguirán estando conscientes cuando vuelvan a tomar otro cuerpo físico, es decir cuando vuelvan a nacer de nuevo.

Tenemos un número de existencias con cuerpos humanos, en los que nuestro Ser nos da la oportunidad de trabajar para Despertar, pero si no trabajamos interiormente en ninguna de esas existencias, el resultado será que el Ego se irá haciendo cada vez más fuerte y de esta manera iremos degenerando cada vez más y más. No hay nada más que ver, que cada vez hay más asesinos, ladrones, timadores, violadores, etcétera.

Todo ello desemboca en que esos Yoes junto con la Esencia que tienen atrapada empiezan el proceso de involución, sumergiéndose en las infradimensiones de la Naturaleza, y ligándose durante sucesivas vidas a cuerpos de animales, luego de plantas y luego de minerales.

En las infradimensiones, de las cuales habla el Dante Alighieri simbólicamente, el Ego es desintegrado por la Divina Madre, a la cual en la mitología griega representan como Hécate. Y de esta manera, la Esencia se libera y vuelve a evolucionar en lo que en Oriente conocen como la rueda del Samsara.

Sin embargo, como esta liberación del ego ha sido forzada, es decir que la Esencia no trabajó sobre sí misma mientras tuvo cuerpos humanos, no adquiere la misma sabiduría que se consigue con el esfuerzo consciente del trabajo psicológico.

Después la Esencia comenzará a evolucionar, incorporándose en minerales, más adelante en el reino vegetal, después en el reino animal, y luego volverá a cuerpos humanos.

Y de nuevo tendrá la oportunidad de Trabajar sobre Sí misma para adquirir la Sabiduría, y también crear los cuerpos astral, mental y causal.

Mas si no se hace este Trabajo Interior, el Ego volverá a ir apareciendo mediante la identificación con las cosas de la vida, y poco a poco la Esencia volverá a verse atrapada por el Ego, a lo largo de muchas existencias. Y de esta manera, volverá a degenerar, y volverá a involucionar.

Esto es lo que llaman "la rueda del Samsara": por la izquierda involuciona pasando desde el estado humano por los reinos animal, vegetal y mineral. Y por la derecha evoluciona pasando por los reinos mineral, vegetal y animal, hasta llegar al estado humano. Es lo que Krishna hablaba de la transmigración de las almas. Es la Ley de la Evolución y de la Involución. Dos leyes mecánicas por las que pasa todo aquel que no haya trabajado sobre sí mismo.

Otra cosa muy diferente es la Revolución. La Revolución de la Conciencia, que es el trabajo que te he explicado a lo largo de estos días. Cuando alguien trabaja por el Despertar de su conciencia, eliminando a base de Trabajos conscientes sus defectos psicológicos, y utilizando sus energías sexuales para crear cuerpos superiores para las dimensiones superiores, entonces se sale de esa rueda mecánica de evolución_involución. Y puede adquirir la verdadera Sabiduría, que no se limita a este planeta, ni a esta dimensión.

Cuando alguien tiene su cuerpo astral creado, y su conciencia despierta, no le teme a la muerte, porque la muerte del cuerpo físico, es como cuando alguien tiene un vestido, y cuando el vestido está deteriorado, se lo quita y se pone otro, sin más."

Piedad se quedó pensando en lo que acababa de leer y se dijo: "No sé por qué, pero tengo la sensación como si esto ya lo supiera de antes. El caso es que la educación que me han dado no tiene nada que ver, pero no me ha extrañado nada de esto."

Luego miró el diario y vio que ya le quedaba muy pocas hojas sin leer.

"¡Oh, vaya!", pensó, " ¡Ya parece que estoy llegando al final!".

La joven cerró el diario y mirándolo, le vino un pensamiento acompañado de un sentimiento melancólico: "Cuando lo acabe, me va a dar pena, porque leyéndolo siento como si estuviera conectada con ella."

Mas, entonces se dio cuenta de que ese pensamiento y ese sentimiento habían sido provocados por un "yo" de apego a su madrina. E instantáneamente pidió interiormente a su Madre Divina que desintegrara aquel defecto.

Luego puso el diario sobre su escritorio, estando pendiente de sí misma, y se acostó.

Por la noche, al igual que las tres noches anteriores, volvió a soñar con su madrina. Y de nuevo el mismo sueño: "Su madrina en la escalera que subía al Cristo de la Concordia y le decía a Piedad que fuese con ella. Pero Piedad le contestaba que eso no podía ser, puesto que ella había muerto. Pero su madrina le sonreía y le insistía:

—¡Ven Piedad! ¡Tengo muchas cosas que contarte!

Hasta que la joven se despertó, sintiéndose desorientada, confusa y bastante frustrada por no comprender qué significado tenía aquel sueño.

Capítulo 57

El día siguiente fue también muy tranquilo.

Por la tarde, Piedad y Félix estuvieron viendo otro piso, pero tampoco les convenció.

Luego estuvieron cenando en casa de los padres de Félix y después él la llevó a su casa.

—Félix, — dijo ella, cuando llegaron al portal de su casa —¿crees que estoy siendo muy exigente con lo del piso?

—No lo creo, no. No estamos buscando lujos, pero sí que esté en buen estado, y ciertas condiciones que no son nada del otro mundo.

Ella le sonrió.

—No sé. Se me ha ocurrido que tal vez pienses que soy demasiado caprichosa.

—¡Claro que no, florecilla!— le contestó él, abrazándola — No estás pidiendo nada extraordinario. Además, a mí tampoco me ha gustado ninguno de los que hemos visto.

Piedad le sonrió.

—Lo malo es que mañana y pasado, tengo curso.— dijo Félix —No vamos a poder seguir buscando.

—Ya. Bueno, continuaremos la semana que viene.

Félix asintió.

—Esperemos encontrar algo la semana que viene,— dijo Piedad — porque la otra ya son las vacaciones de Navidad, y entre las fiestas y el viaje...

—No te preocupes.— le contestó él — Verás como algo saldrá.

Piedad le sonrió y asintió.

Luego se despidieron y ella se subió a su casa.

Como era tarde, sus padres ya se estaban preparando para acostarse, y sus hermanos, estaban estudiando en sus dormitorios.

La joven, dio las buenas noches a todos, y se fue a su cuarto.

Pero estaba tan cansada por el día tan ajetreado, que decidió dejar el diario para el día siguiente.

Mas por la noche, volvió a tener el mismo sueño con su madrina.

Ella, frente a la escalera que conducía al Cristo de la Concordia, y su madrina, más arriba, diciéndole que fuera con ella, mientras Piedad se sentía impotente por no poder ir con su madrina.

La joven se desveló y se dijo: "¿Por qué tengo este sueño? ¿Qué es lo que me quiere decir? ¿Acaso será mi inconsciente que quisiera poder verla de nuevo? Porque esto no es una experiencia astral. Es un sueño normal y corriente, ya que no soy

consciente de que estoy durmiendo, y además tiene un... sabor diferente de las experiencias astrales que he tenido antes... Pero ¿por qué soñaré eso?

Como se desveló, se levantó y fue a la cocina para tomarse un vaso de leche caliente con miel.

Entonces apareció su hermana Claudia.

—¿Tienes hambre?— le preguntó a Piedad.

—No. Es que me he desvelado, y voy a ver si tomándome esto logro conciliar el sueño.

—¿Estás nerviosa por algo?— le preguntó Claudia

—No exactamente. Es que he tenido un sueño con el que me he despertado sobresaltada.

—Entiendo.— dijo Claudia.

Piedad miró a su hermana y le preguntó:

—¿Y tú? ¿También te has desvelado?

—No. —respondió Claudia— Lo que pasa es que me he quedado estudiando hasta ahora.

—¿Hasta ahora? ¡Pero si son las dos y media de la mañana!

—Ya. Pero es que anoche vine tarde, y me puse a estudiar cuando llegué, que mañana tengo un examen.

Piedad le miró y le dijo:

—Claudia, no deberías gastar tus energías. Deberías mejor acostarte y levantarte temprano.

—Ya lo sé. Pero es que ya estaba desvelada.

Piedad sonrió.

—¿Has estado con Esteban?

—Sí.

—¿Y cómo os va?

—Bien. Todo va muy bien.

Piedad se quedó reflexiva y luego le preguntó a su hermana:

—Oye, parece que Esteban tiene muy buena relación con Hugo y con Carolina, ¿no?

—Así es.

—¿Y él sabe algo sobre los temas que estuvimos hablando tú y yo el otro día de lo que mi madrina me cuenta en el diario?

—Sí. Sabe muchas cosas. Se ve que sus tíos le han hablado sobre esos temas. Y nosotros hemos hablado también sobre ello.

Piedad sonrió, contenta.

—Me alegro de que os hayáis reencontrado.— dijo.

Claudia sonrió pensativa. Y Piedad le preguntó:

—¿Les has hablado a mamá y a papá de él?

—Sí. Bueno, a mamá. Papá seguro que lo sabrá porque mamá le cuenta todo.

Piedad se rio.

—¿Y qué te han dicho?— inquirió la hermana mayor.

—¿Qué me van a decir? Pues nada. De todas formas, Esteban y yo estamos juntos y no hay mucho más que decir.

Piedad se sonrió, comprendiendo que ese razonamiento era típico de su hermana.

Entonces entró Gustavo en la cocina.

—¿Qué hacéis? preguntó.

—Pues ya ves, — dijo Piedad —yo me estoy tomando un vaso de leche, porque no me puedo dormir. Y Claudia, ha estado estudiando hasta ahora.

—¡Ah!— contestó su hermano sacando leche del frigorífico— ¡Pues entonces como yo! ¡Que también tengo un examen mañana!

Piedad se rio y contestó:

—¡Normal! ¡Si es que es la época!

—Ya.— respondió Gustavo, mientras echaba la leche en un cazo, para calentarla —Tú ya te has librado de eso, ¿eh?

Piedad sonrió.

En esto, que también entró Alfredo.

—¡Eh! ¿Qué hacéis todos aquí?— exclamó.

Piedad se rio y contestó:

—Aquí, tratando de conciliar el sueño. ¿Y tú? ¡No me digas que estabas estudiando porque tienes un examen mañana!

—¡No, qué va!— respondió Alfredo, mientras sacaba la caja de los mantecados —Lo que pasa es que he tenido una pesadilla, y las pesadillas me dan hambre. Gustavo, yo también quiero leche, échame una taza a mí también.

Piedad y Gustavo se rieron y Claudia hizo un gesto con la cabeza de un lado para otro diciendo:

—¡Cómo no! ¡A ti todo te da hambre!

—¿Y qué pesadilla has tenido?— inquirió Gustavo.

—Pues... estaba soñando que un condensador eléctrico me perseguía.

Gustavo soltó una carcajada, y sus hermanas se rieron también. Y luego Alfredo también se rio.

—Pero antes, —dijo Alfredo, mientras masticaba un trozo de mantecado— he tenido otra pesadilla peor aún. Y era que uno de mis profes se casaba con mi hermana mayor.

Los tres hermanos volvieron a reírse.

—Pues me temo, — dijo Piedad —que esa pesadilla se te va a hacer realidad.

Alfredo asintió divertido, mientras terminaba de masticar y se echaba una cucharada de miel en la taza.

—En todo caso, —replicó Gustavo— esperemos que la pesadilla del condensador no se cumpla.

Alfredo negó con cara de miedo fingido, y después se metió el resto del mantecado en la boca.

Entonces entró su madre en la cocina.

—¿Pero qué hacéis todos aquí?— preguntó, mirándolos extrañada.

Los cuatro hermanos se rieron.

—En resumen, — contestó Piedad —tomándonos un poco de leche para conciliar el sueño.

—Exactamente,— dijo Alfredo con la boca llena.

La madre sonrió y dijo:

—¡Cómo se nota que estáis en época de exámenes!

Piedad se rio.

Y como no podía ser de otra manera, apareció también el padre.

—¿Qué pasa aquí?— exclamó, más sorprendido aún que su mujer —¿Es la hora del desayuno y se me ha parado el reloj, o qué?

Sus hijos se rieron.

—¡Anda!,— le dijo su mujer cogiendo otra taza, —¿quieres tomarte tú también un poco de leche?

El padre los miró a todos, y se quedó parado viendo a Alfredo, y luego asintió:

—Bueno, venga. Un poco de leche caliente y un mantecado.

Y sus hijos volvieron a reírse.

Poco después, cada uno se marchaba a su dormitorio.

Y Piedad se durmió inmediatamente.

Capítulo 58

Al día siguiente, de nuevo Piedad pudo ver a Orlando cuando fue a por Alfonso.

El joven le dio un mapa con algunos puntos señalados en los que habían estado Marcela y Norberto, y también él.

Piedad le agradeció el detalle.

Orlando le contestó:

—Es un placer para mí poder ayudarte. Tu madrina fue una gran amiga y un gran apoyo para mí. Cuando estuve por esas tierras, recordaba a menudo y con cierta tristeza a Mirna. ¡Me preguntaba tantas veces cómo estaría! Y como en alguna ocasión le conté a Marcela que lamentaba haber dejado a la mujer que yo quería, y pensaba que ya eso no tenía solución, ella, sin embargo, varias veces me aconsejó que volviera a España y comprobara si aún podía tener esperanzas. Al principio pensaba que me lo decía por consolarme, pero no creía en ello. Pero conforme fue pasando el tiempo, fui empezando a sentir cierta esperanza. Y cuando ya me planteé volver, se lo dije.

Orlando hizo una pausa mientras miraba pensativo a Piedad, y luego continuó:

— Esto que te voy a decir, no te lo quise contar antes, porque pensaba que podía quizás ponerte triste. Pero ahora que habéis decidido Félix y tú ir allí, te lo diré. Y es que en la última conversación que mantuve con Marcela le dije que pensaba volver a España y ella sonrió y asintió. Me dijo: "Busca a mi ahijada Piedad. Y dile que venga a verme, pues quiero enseñarle muchas cosas.".

Piedad sintió un golpe en el corazón, y le dieron ganas de llorar.

Y Orlando se dio cuenta y le cogió las manos y le dijo:

—¡Vaya, qué tonto soy! ¡He cometido un error! ¡Lo siento! ¡No tenía que habértelo dicho!

Piedad negó con la cabeza, y le dijo, con un nudo en la garganta:

—No. Has hecho bien. Lo que pasa es que llevo varios días soñando con ella, y en el sueño me dice que vaya con ella porque me quiere enseñar muchas cosas.

Orlando la miró muy serio y pensativo y le dijo:

—¿De verdad? ¿Es cierto eso?

Piedad asintió, sin poder evitar que le saliera una lágrima.

Pero en ese momento Alfonso se acercó y le dijo a Orlando:

—Ya estoy preparado.

Piedad, se limpió la lágrima y le sonrió a Alfonso.

Orlando le sonrió al niño, y le dijo:

—Sí, ya nos vamos.

Pero luego miró pensativo a Piedad, y le dijo:

—Mira, me gustaría hablar un poco más contigo. Pero ahora no puede ser. Ya hablaremos en otro momento.

—De acuerdo.— contestó Piedad.

Orlando asintió y dándole la mano a su hijo, le dijo:

—¡Vamos Alfonso!

Y los dos se marcharon, mientras Piedad se decía: "Esto no me lo esperaba. Que ella le hubiera dicho eso."

La joven suspiró y continuó pensando: "O sea que mi madrina deseaba que yo fuera y pensaba enseñarme muchas cosas.".

Y luego exclamó en voz muy baja: "¡Qué ironías tiene la vida! Ahora que vamos a ir Félix y yo, y ella hubiera podido enseñarme tantas cosas, pero ya no está... En fin, no puedo quejarme. Al menos me dejó su diario.".

Pero luego pensó en la conversación con Orlando y se dijo: " El caso es que me ha parecido que estaba un poco raro. ¿Qué más querrá contarme?".

Poco después se marchaba el último niño.

Entonces Asiri le dijo:

—¿Cómo lleváis la búsqueda del piso? ¿Habéis encontrado algo que os haya gustado?

—No. Todavía no. Los que hemos visto, o había que hacerles algo de obra, o era muy oscuro, casi sin luz, o era demasiado pequeño, o demasiado caro, o estaba en una zona que no nos gusta mucho.

Asiri se rio, y le dijo:

—Pues a lo mejor yo puedo ayudaros.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo? ¿Sabes de algún piso amueblado o medio amueblado para alquilar?

Asiri volvió a reírse y asintió.

Piedad sonrió y le preguntó:

—¿Y dónde está?

—Al lado del parque de la arboleda.

—¡Anda! ¿Pero tú lo has visto?

Entonces Asiri le comentó que en el mismo bloque en el que vivía ella, alquilaban dos pisos amueblados que estaban en muy buen estado, con mucha luz.

—Yo conozco a la dueña, — le dijo a Piedad — Si quieres, ven esta tarde a mi casa, y les echamos un primer vistazo. Aunque luego vayas con Félix, claro.

Piedad se mordió el labio, pensativa, pero sonriendo.

—Sí que me dan ganas, sí. Pero por otro..., no sé si a Félix le hará gracia que vaya sola.

—Seguro que a él no le va a importar. —opinó Asiri —Pero si quieres, háblalo con él.

Piedad sonrió y asintió.

—De todas formas,— dijo Asiri con una sonrisilla traviesa —te invito a merendar esta tarde en mi casa. Y luego, si quieres ver el piso, vale, y si no, pues nada. Pero al menos ves la zona.

—De acuerdo.— contestó Piedad, riéndose.

Poco después la llamó Félix, y ella le contó lo de los pisos. Y por supuesto él le dijo que estaba de acuerdo en que les echara un primer vistazo.

De esa manera, por la tarde, Piedad fue a casa de Asiri. Estuvieron tomando un café y un queque navideño casero, hecho por Asiri.

—¡Um! Está buenísimo, Asiri.— dijo Piedad —¿Es un dulce típico de tu tierra?

La otra joven asintió satisfecha.

—Me alegro de que te guste. Es una receta de mi madre, que la aprendió de mi abuela, y ella de mi bisabuela, etcétera.

Piedad se rio.

Luego estuvieron hablando de temas muy diversos, entre ellos acerca de Bolivia, y del viaje que iban a hacer. Piedad le enseñó a Asiri el mapa que le había hecho Orlando. Asiri conocía algunos de los lugares, pero para ver un poco los otros sitios en los que estuvo la madrina de Piedad, estuvieron mirando en internet, para hacerse una idea.

Orlando había marcado también dónde fue el accidente, pues Piedad así se lo había pedido. Y también estuvieron viendo la zona.

Piedad miraba el lugar en la pantalla del ordenador, y sintió la misma sensación de otras veces, pero aunque se preguntaba por qué sentía aquella extraña sensación, no dijo nada.

Luego decidieron ir a ver los pisos. Como la dueña ya había sido avisada por Asiri, y tenía mucha confianza en ella, le había dejado las llaves.

Así que primero vieron uno con tres dormitorios. A Piedad le gustó bastante, pero aun así fueron a ver el otro. El segundo tenía solo dos dormitorios, pero tenía unas vistas al parque preciosas y le gustó más. No obstante, esperaba ver la opinión de Félix.

Y después de una tarde muy agradable, Piedad se marchó a su casa, pensando: "Creo que ya tenemos un sitio donde vivir. Muy pronto Félix y yo estaremos juntos."

Y sonrió, sintiéndose muy contenta.

Capítulo 59

Esa noche Piedad cenó en su casa con su familia, pues Félix salía tarde del curso.

Y después de un buen rato de charla tras la cena, Piedad dio las buenas noches y se fue a acostarse.

Con el pijama ya puesto, cogió el diario y lo abrió por donde se había quedado el día anterior.

Al ver que apenas le quedaban 3 o 4 páginas escritas a mano, se dijo suspirando:

"Creo que esto es lo último."

Luego se sentó en su sillón del escritorio y leyó:

"Te he hablado ya de algunas de las facultades internas inherentes a la conciencia.

Y también te he prevenido de gentes que dicen tener esas facultades tales como la clarividencia u otras, pero que nunca han trabajado sobre sí mismas.

Y es que la dualidad existe también en el terreno de las facultades, poderes, y de la "magia".

Hay quien no tiene inquietudes de tipo espiritual y no le interesa el Despertar de su conciencia. No son buscadores, y se conforman con vivir la vida en su aspecto más material.

Pero también hay quien está interesado en "el lado oscuro de la Fuerza", en el desarrollo de poderes y facultades psíquicas, pero no en despertar la conciencia.

Para ello utilizan técnicas que les ayudan a desarrollar negativamente poderes que no dudan en utilizar para todo tipo de intereses.

A veces estas gentes no hacen daño a otros directamente, solo alimentan su propio Ego en base a conseguir lo que desean para sí mismos.

Otras veces, queriendo o sin querer, utilizan sus poderes al servicio de otros, pero fortaleciendo así más su Ego.

Y los hay también que se vuelven enemigos de todo aquel que está trabajando sobre sí mismo, y luchan para que no lo puedan conseguir, pues así ellos ganan más méritos y más poder.

Por eso ten en cuenta que en el momento en que alguien decide Trabajar sobre sí mismo, y comienza a Despertar, no solo tendrá que enfrentarse a sus enemigos interiores, es decir a sus propios defectos psicológicos, sino que en ocasiones tendrá también que defenderse de enemigos exteriores.

Estos enemigos exteriores pueden intentar perjudicarnos de maneras muy diferentes, pero con un fin muy concreto: que dejemos de trabajar sobre nosotros mismos. Bien a través de distracciones, bien a través de dudas, bien a través de bonitas y conformistas teorías sobre la vida, pero también metiéndonos miedo para que no trabajemos sobre nosotros mismos.

Esto puede ocurrir tanto mientras estamos despiertos durante el día, como cuando dormimos en la noche.

Sin embargo, no debes tener miedo. Piensa que eres una guerrera en un campo de batalla, que vas a luchar por Despertar y que para no dejarte vencer por enemigos del Despertar, tienes derecho a defenderte.

La mejor defensa es el Trabajo sobre sí mismo. Pero también tienes a tu Dios interno.

No obstante, existen mantrams y frases mántricas que sirven para defenderse de cualquier ataque de tipo energético negativo.

Piensa una cosa: al igual que en el mundo físico hay ladrones, asesinos, violadores, etcétera, pero aunque eso no quiere decir que nosotros vayamos a ser necesariamente víctimas de ninguno de ellos, aun así, todos cerramos la puerta de nuestra casa, tanto si estamos dentro, como si salimos, para estar más tranquilos, ¿no?

De la misma manera, cuando te acuestes para dormir, sería aconsejable que hicieses un círculo de protección alrededor de tu habitación, para proteger tu cuerpo a niveles de otras dimensiones.

Por ello, lo primero que vas a hacer es limpiar el ambiente energético de tu habitación. Esto es porque muchas veces los lugares se cargan de negatividad energética por pensamientos egoicos, por deseos, por fantasías, por emociones negativas, etc…

1.—Para ello, pondrás tu mano izquierda en el plexo solar, y con la derecha extendida hacia el frente, con los dedos pulgar, índice y corazón extendidos, mientras que

el anular y el meñique los mantienes recogidos. Y recitarás mentalmente 3 veces esta frase, mientras imaginas que de los tres dedos extendidos sale un chorro de fuego:

"En nombre de Júpiter, Padre de todos los Dioses, yo te conjuro: TE VIGOS COSLIM"

2.—Luego te concentrarás en tu Padre interno y le pedirás que ordene a otra parte de tu Ser interno que es el ***Intercesor Elemental****, que trace un círculo mágico de protección alrededor de tu cama o si lo prefieres, de tu habitación. También lo harás tres veces.*

El intercesor Elemental es otra parte del Ser que, entre otras labores, puede trazar un círculo de protección para que nadie pueda dañar nuestro cuerpo a nivel energético, mientras estamos fuera de él, en el mundo astral, o meditando, por ejemplo.

3.— Imaginarás (con los ojos cerrados) que se forma una cúpula de color verde esmeralda alrededor de tu habitación.

Y después, ya puedes hacer tu práctica de desdoblamiento astral o de meditación.

Debes tener en cuenta, que en el momento en que salgas físicamente de la habitación, o alguien de tu familia entre, el círculo protector se romperá.

Por otro lado, si estando desdoblada en astral, vieses o sintieses cualquier problema o cualquier peligro, también puedes hacer la frase que te he dicho: "En nombre de Júpiter, Padre de todos los dioses, yo te conjuro: TE VIGOS COSLIM". Recuerda: tres veces, y con la postura que te he dicho antes: con la mano izquierda en el plexo solar, y la derecha extendida en posición de conjurar. Y tras hacerlo, el problema o el peligro, desaparecerá.

Y recuerda siempre que el que trabaja por Despertar la Conciencia, nunca ataca, pero sí tiene derecho a defenderse cuando otros le quieren dañar.".

Ahí acababa la última página.

Pero Piedad pasó la página, y entonces descubrió que pegado en la parte interior de la contraportada, tenía un papel doblado y pegado ligeramente con un poco de papel adhesivo.

La joven sintió que el corazón se le aceleraba y se dijo: "¿Qué es esto?".

Entonces, con los dedos temblorosos, despegó el papel con cuidado y lo abrió.

En él, su madrina había escrito:

"Este es un mundo de apariencias.

No creas todo lo que te digan.

Sigue siempre tu corazón."

Piedad se quedó parada mirando aquel trozo de papel y preguntándose: "¿Qué es lo que me quieres decir, madrina? ¿Qué es lo que me quieres decir?".

La joven no entendía este último mensaje, y decidió acostarse e intentar desdoblarse y ver si podía volver a contactar con ella.

Así que, no olvidando el último capítulo que había leído, puso en práctica el círculo mágico que le había enseñado su madrina, y luego se acostó.

Cerró sus ojos y quiso concentrarse en vigilar el sueño. Mas el cansancio la venció y se durmió sin más.

Sin embargo, a media noche volvió a tener el sueño de las noches anteriores con su madrina.

Capítulo 60

Al día siguiente fue de nuevo Félix quien apareció en la escuela para recoger a Alfonso.

Piedad se sintió feliz de verle y él también se veía contento.

Ella le comentó lo que le habían parecido los dos pisos que había visto el día anterior, y decidieron verlos juntos el sábado, ya que esa tarde terminaban el curso de Nueva Medicina Germánica.

Antes de irse, Félix le dijo a Piedad que si le apetecía comer fuera con Orlando y Mirna al día siguiente. Y a ella no le pareció mal, aunque se extrañó.

—¿Comemos con ellos por alguna razón?

Félix la miró profundamente y le dijo:

—Sí. Hay una razón. Pero déjame que no te la diga ahora. Mañana lo sabrás.

Piedad se quedó un poco extrañada por la respuesta y se preguntó de qué iba la cosa, hasta que una idea le vino y mientras sonreía le dijo:

—¿Acaso van a darnos una noticia?

Félix le sonrió y le volvió a contestar:

—Mañana lo sabrás.

—O sea que tú ya lo sabes. — le recriminó ella un poco en broma —¡Eso no vale!

Félix se quedó parado pensando y luego se sonrió y le contestó:

—Y tú ya has visto los pisos y yo no. O sea que estamos en paz.

Piedad le miró sorprendida por la astucia y luego se rio.

Él también se rio y luego llamó a Alfonso, que estaba jugando con otro niño, y le dijo a Piedad:

—Te llamo esta noche para quedar mañana, ¿de acuerdo?

—Sí.— respondió la joven, contenta.

Y luego Félix se fue con su sobrino.

El resto del día fue tranquilo. Aunque Piedad echaba de menos leer el diario, pero decidió meterse en internet para buscar más información acerca de Bolivia.

Y al día siguiente, se reunió con Félix, con Mirna y con Orlando.

Los cuatro se fueron al restaurante del parque de la arboleda para comer.

Piedad esperaba la noticia de que Mirna y Orlando pensaban irse a vivir juntos pronto, pero, al menos al principio, ellos no hablaron nada de eso. Además a Piedad le pareció que Orlando estaba más serio de lo habitual.

Cuando se sentaron y pidieron lo que quisieron, Félix estuvo comentando que ya habían terminado el curso de Nueva Medicina Germánica y que estaba muy contento por todo lo aprendido.

—Orlando,— dijo Piedad —¿tú ya la conocías antes?

—Sí. No profundamente, pero sí las nociones básicas.

—¿Y mi madrina? ¿Ella la conocía?

—Sí. También. Pero ella iba un poco más allá. Bueno, no sé si me entiendes. Tal vez en el diario te haya contado muchas cosas, ¿no?

—Sí, desde luego que sí. Por cierto, que ya lo terminé ayer.— dijo ella, con un tono de voz melancólico, que los demás notaron.

Félix le cogió una mano y se la besó, y le dijo:

—¿Estás bien, florecilla?

Ella asintió, y les sonrió a los demás, dándose cuenta de que se había dejado llevar.

—Perdonad. Es una nostalgia tonta. Pero no tiene importancia.

—No pasa nada. — dijo Mirna —No tienes que disculparte con nosotros. Lo entendemos, ¿verdad, amor?— le dijo a Orlando.

Pero este parecía reflexivo.

Piedad se dio cuenta y pensó: "¿Qué le pasará? El jueves ya me pareció cuando se fue que estaba más serio que de costumbre".

Mirna le dio un codazo a Orlando y este la miró, y como ella le hizo un gesto, él pareció despertar y sonrió levemente y asintió.

—Sí. — dijo —Claro que te entendemos.

Entonces Piedad, intentando pasar página les dijo:

—Decidme una cosa, ¿celebramos algo hoy?

Mirna sonrió y miró a Orlando. Y éste la miró a ella, y sonrió más abiertamente. Luego los dos se rieron. Y Piedad y Félix también se rieron.

—Bueno, — dijo Mirna —ya sabíais que tarde o temprano esto iba a pasar. Así que no creo que sea una sorpresa para nadie. ¿Verdad, amor?—dijo esto mirando a Orlando.

Orlando asintió sonriente y contestó:

—Pues sí. Efectivamente hemos decidido tomar ejemplo de vosotros y vamos a casarnos también.

Piedad aplaudió contenta, y Félix se reía, mientras que Mirna y Orlando se veían felices.

—¡Después de tanto tiempo, por fin todo vuelve a su cauce!— exclamó Orlando.

—¿Y qué dice Alfonso de todo esto?— preguntó Piedad.

—Pues él está muy contento.— contestó Mirna.

—¿Pero ya sabe que tú eres su padre?

—Sí lo sabe.— contestó Mirna —Se lo dije hace unos días. Se lo expliqué de forma que él pudiera entenderlo, casi como un cuento, y él lo aceptó muy bien.

Piedad sonrió y le dijo a Orlando:

—Me acuerdo la primera vez que os visteis Alfonso y tú. Ahora me doy cuenta de que fue algo mágico la compenetración que tuvisteis desde el primer momento.

Orlando sonrió y asintió.

—Sí. Es verdad.

—¿Y dónde vais a vivir?—inquirió Piedad.

—Pues tendremos que buscarnos un piso también. — dijo Orlando —porque yo ahora mismo también estoy viviendo con mis padres.

—Pues nosotros vamos a ir esta tarde a ver dos pisos.—dijo Piedad —Si queréis venir con nosotros a verlos, igual nos quedamos con los dos, y resultamos vecinos.

Los otros tres se quedaron sorprendidos ante la idea, y luego Mirna y Orlando aceptaron ir con ellos.

Capítulo 61

Luego estuvieron hablando de otras cosas mientras comían, pero Piedad se dio cuenta de que Orlando volvía a estar pensativo y callado. Entonces recordó que la última vez que lo vio en la escuela le había dicho que había algo más que quería hablar con ella.

Eso le hizo sospechar que era algo relacionado con su madrina, y se quedó pensando qué sería. Entonces le vino el recuerdo de la última nota que encontró al final del diario.

Pero mientras tanto, Félix se había dado cuenta de que ella estaba muy callada y pensativa, y le dijo:

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas?

Piedad le miró, y luego miró a Orlando y les dijo:

—Al final del diario de mi madrina, me dejó una nota que no comprendo bien. Y... me pregunto si tú sabes a qué se podría referir.

Él la escuchó muy serio, y le dijo:

—¿Puedes decirme qué es lo que te decía?

Piedad le contestó:

—Escribió que este es un mundo de apariencias, que no creyera todo lo que me dijeran y que siempre siguiera mi corazón.

Orlando suspiró.

—Mira,— le dijo — le he estado dando muchas vueltas porque no sabía si hablarte de ello o no, pues no estoy seguro, y no quiero crearte falsas esperanzas.

Piedad sintió que el corazón le comenzaba a latir fuertemente.

—Dímelo, por favor.— dijo.

Orlando volvió a suspirar y todos le miraron atentamente.

—Verás, — empezó a decir — tal y como os explicó Antonio de "Médicos Para Todos", tu madrina fue poco a poco haciendo las cosas a su manera. Hasta que llegó un punto en el que rechazaba de plano muchas de las cosas que se hacían: las vacunas, revisiones de gente que en principio no estaba enferma, tratamientos para el cáncer como la quimioterapia y radioterapia, decía que los análisis de los tejidos cancerosos no servían porque eran tejidos ya muertos, hablaba del poder de las plantas más allá de la planta en sí, y otras cosas. Pero lo peor fue cuando empezó a denunciar a médicos que se llevaban comisión por algunos tratamientos que ella consideraba no solo innecesarios, sino perjudiciales. Denunció muchas cosas, y era demasiado franca. Y eso le hizo crearse muchos enemigos.

Piedad le escuchó atentamente y asintió, sabiendo cómo era su madrina.

—Y por otro lado, — continuó Orlando —ella utilizaba técnicas para curar, que en "Médicos Para Todos" no podían admitir, porque decían que no eran científicas, y que eran técnicas de fantasía, de curanderismo, y engañadoras y peligrosas. Pero eso no era verdad. Yo lo comprobé. Ella ayudaba a la gente con plantas medicinales, con vitaminas, oligoelementos, con magnetoterapia, con alimentos adecuados, y con otros sistemas no dañinos, pero sobre todo con sus palabras, con su comprensión, con su sonrisa, con su cariño... Y no solo les ayudaba a curarse, sino que eran más felices. Y la gente estaba contenta con ella, y la querían.

Orlando hizo otra pausa.

—Entonces el médico jefe, que por cierto, había sido rechazado por ella, decidió denunciarla alegando que estaba tratando de utilizar técnicas peligrosas para curar a los enfermos. Y entonces comenzó a verse perseguida continuamente. Ella cambiaba de pueblo constantemente, pero al final la encontraban, y tenía que seguir huyendo. Yo sí mantenía contacto con ella y con Norberto. Al principio trabajábamos juntos, pero cuando la echaron y ella tuvo que empezar a huir, nos comunicábamos por teléfono. Y a escondidas me reunía con ellos. Por entonces, yo ya también me había dado cuenta de muchas cosas, y vi que lo que ella denunciaba era cierto. Así que finalmente un día decidí irme con ellos definitivamente, pero aquella noche tuve un sueño con Mirna.

El joven paró de hablar y cogió la mano de su novia y la besó. Y luego continuó:

—Cuando me desperté estaba tan impactado, que decidí volver a España. Marcela me había hablado muchas veces de los sueños y de lo que ocurre en ellos. Supongo que en el diario te habrá hablado de ello.

Piedad asintió y siguió atenta con los ojos muy abiertos.

Orlando le sonrió y continuó:

—El caso es que me puse en contacto con ella y con Norberto, y les dije que quería hablar con ellos y despedirme. Nos reunimos por última vez y les dije que había decidido volver a España. Ellos se alegraron mucho, y fue cuando Marcela me dijo que te buscara, y que te dijera que fueras a verla. Que quería enseñarte muchas cosas.

Piedad se quedó callada, con una mezcla de tristeza por todo lo que pasó su madrina y por las injusticias que sufrió.

—Entonces, — continuó Orlando —regresé a La Paz, que era donde teníamos la base principal, y anuncié que me venía a España, y empecé a preparar el viaje de vuelta. Pero hubo un par de médicos que enfermaron y tuve que ayudarles durante unos días más. Y casi dos semanas después, nos vino la noticia...

Orlando hizo un silencio.

Piedad también se quedó callada, con el corazón latiéndole rápido.

Entonces Orlando la miró y le dijo:

—Cuando supe la noticia, me quedé muy consternado. No podía creer que fuera verdad. Según lo que decían, eso había ocurrido un día después de que yo me encontré

con ellos. Y Norberto conducía muy bien. Me resultaba increíble que pudiesen haber tenido ese accidente.

Piedad le siguió escuchando callada, esperando ver a dónde quería llegar.

Y Orlando continuó:

—La Organización no quería informar a las familias, ya que ellos ya no estaban con nosotros, pero yo insistí en que Marcela había trabajado muchos años con "Médicos Para Todos", y se lo debía. Insistí e insistí, hasta que lo conseguí. Entonces encargaron a Antonio, uno de los médicos, que también había pensado volver a España, para que os informaran del accidente.

Orlando se quedó callado, pero Piedad le dijo:

—¿Qué es lo que no me quieres decir?

Orlando la miró y le dijo:

—Mira, yo... no puedo asegurarlo. En realidad no lo sé. Pero tengo una sospecha.

—¿Qué sospecha?— inquirió Piedad.

Orlando se quedó mirándola, como si no se atreviese a seguir hablando.

—¡Dímelo!— insistió Piedad.

—Piedad, por favor, entiéndeme. No lo puedo asegurar, es solo... que lo he pensado muchas veces.

—¡Dímelo, por favor!— dijo Piedad, con el corazón muy acelerado.

—Está bien. Pero recuerda que te he dicho que es solo algo que creo. Pero lo más seguro es que no sea así.

Piedad asintió mientras empezaba a adivinar lo que el joven quería evitar decirle.

—Sí.— dijo — Lo tendré en cuenta.

—Lo que yo sospecho es que ellos simularon el accidente. Pero... ellos no murieron.

Piedad asintió y exclamó:

—¡Lo sabía! ¡Ella no está muerta!

Todos la miraron sorprendidos.

Entonces intervino Félix:

—¿Pero por qué? ¿Por qué simular su muerte?

—Para vivir en paz. — contestó Orlando —Vosotros no sabéis la persecución que tenían. Ese hombre, el que la denunció, estaba lleno de odio y despecho, solo porque ella le rechazó y prefirió a Norberto. Y eso lo tenía trastornado. Y alguien así, miente y paga por tal de salirse con la suya.

Piedad sonrió, y dijo:

—¡Yo lo sabía! ¡En el fondo de mi corazón lo sabía! ¡Ella está viva!

Todos la miraron y Félix le cogió la mano y le dijo:

—Tranquila, florecilla. No te entusiasmes demasiado, pues en realidad no lo sabemos. Es solo una suposición.

—¡No, no! ¡Ella está viva! ¡Lo sé! ¡Me lo dice el corazón!

Los demás, más prudentes, se quedaron pensativos.

—Tal vez,— dijo Piedad —tal vez la encontremos cuando vayamos.

Félix la miró con aire preocupado y le dijo:

—Piedad, sé cauta. No te hagas demasiadas ilusiones. ¿No te das cuenta de que si te convences de algo que luego no es cierto, te vas a llevar una gran desilusión?

—Félix lleva razón.— le dijo Orlando — Yo solo creo que es una posibilidad, pero tal vez lo creo debido al gran cariño que les tenía, y al deseo de que ellos no hubieran tenido ese final. Por eso te aconsejo que le hagas caso a Félix y no te dejes llevar por esa idea, pues puede que si no es como pensamos, el duelo sea mayor.

Piedad los escuchó atentamente y asintió:

—Sí. Creo que tenéis razón. Quizás lo que me hace creer que están vivos es en realidad el deseo de que sea así. Aunque... desde un poco antes de enterarme de la noticia, yo he tenido varias corazonadas, y después también. Y eso me hace pensar que ni tú, ni yo, estamos equivocados.

Orlando asintió y le dijo:

—Pero es mejor ser cautos.

—Está bien.— contestó ella — Sí. En todo caso, no voy a decirle nada a mi familia. Pero cuando vayamos a Bolivia, intentaré buscarlos. Si ella está viva y quiere contactarme, estoy segura de que lo hará.

Orlando asintió.

—Es posible, sí.

Capítulo 62

Aquella tarde las dos parejas estuvieron viendo los dos pisos, y les gustaron. Piedad y Félix escogieron el más pequeño, y Orlando y Mirna el otro. Y todos estaban muy contentos, pues iban a ser vecinos.

Los días fueron pasando, y Piedad y Félix fueron por las tardes acondicionando poco a poco su piso para entrar a vivir lo antes posible.

Luego dieron las vacaciones, y durante el fin de semana los jóvenes estuvieron haciendo los últimos preparativos para poder irse a vivir a su nuevo hogar.

Y después llegaron las fiestas, que compartieron con las dos familias.

Y el día después de Navidad, los jóvenes se fueron a vivir juntos a su piso...

Y por fin llegó el día del viaje.

Piedad y Félix partieron juntos con Asiri y Marco Antonio hacia el aeropuerto.

Todos estaban entusiasmados. Y especialmente Piedad y Félix, porque para ellos ese viaje era como una Luna de Miel, ya que, aunque aún no se habían casado oficialmente, ellos ya se consideraban un matrimonio.

El viaje fue largo pero a ninguno le importó, pues era algo que ya sabían, y la ilusión era mucha.

Cuando llegaron a Cochabamba, cogieron un taxi y se dirigieron todos a casa de los abuelos de Asiri, pues Piedad y Félix habían cogido una cabaña—hotel muy cerca.

Los abuelos de Asiri estaban felices de volver a ver a su nieta, y contentos de conocer a Marco Antonio, el cual congenió estupendamente con ellos. Y también se alegraron de conocer a Piedad y a Félix.

Por supuesto, Piedad y Félix no tenían intención de estar todo el tiempo con sus amigos, pues sabían que ellos tenían sus propios planes, entre los cuales estaban el visitar a otros familiares, no solo en Cochabamba, sino en otros pueblos cercanos.

Además Piedad quería visitar algunos lugares en los que había estado su madrina. Pero el primer sitio que quería ver era el lugar donde habían encontrado el coche de Marcela y Norberto, pensando que tal vez ellos no estarían lejos.

Así que ella y Félix alquilaron un coche para poder viajar libremente.

Pero el lugar que Orlando les marcó, no estaba nada cerca de Cochabamba. Primero tenían que ir hasta La Paz y luego tenían que continuar hacia Coroico, pasando por la Carretera de la Muerte, en la que se produjo el accidente.

Sin más dilación, al día siguiente se pusieron en camino. Los jóvenes salieron muy temprano, pues les esperaban muchos kilómetros, y sobre todo, muchas horas, porque en algunas de las carreteras el relieve montañoso obligaba a conducir despacio.

Hubieran podido ir en avión hasta La Paz, pero estuvieron sopesando diferentes alternativas y al final decidieron ir en el coche.

Después de unas siete horas, los jóvenes llegaron a La Paz. Pero aún les quedaba el trayecto más peligroso, en el que había que tener paciencia, según les había dicho Marco Antonio. Y cerca de Coroico era donde Marcela y Norberto habían tenido el accidente.

Al principio Piedad iba algo nerviosa de pensar que iban a ver el lugar del accidente. Pero la belleza de los paisajes, terminó maravillándola y al mismo tiempo, relajándola. Y al cabo de unas dos horas, a Piedad le pareció reconocer una zona de la montaña, y le dijo a Félix que parase en el momento en que viera un hueco a un lado.

Félix obedeció y aparcó. Entonces los jóvenes se bajaron del coche y Piedad le dijo:

—Una de las veces que fui consciente del sueño y vi a mi madrina, me vi en este lugar. Reconozco la montaña y la vegetación.

—Bueno, vamos a investigar a ver si vemos señales del accidente.— dijo Félix.

Piedad asintió, algo acongojada.

Los jóvenes anduvieron un poco por la carretera hasta que vieron un claro, en el que se veían claras señales de arrastre de un coche.

—Desde aquí debieron sacarlo con la grúa. — dijo Félix.

Piedad asintió.

Luego miró por los alrededores y gritó:

—¡Madrina! ¡Soy Piedad! ¡He venido a buscarte! ¡Madrina! ¡Madrina!

Pero nadie contestó. Y Piedad miró al joven e hizo un suspiro.

Félix la miró con compasión y se acercó hasta ella, y la abrazó mientras le decía:

—¡Es normal, florecilla! Si ellos están realmente vivos, no creerás que te iban a esperar aquí, ¿no?

—Quizás alguien del pueblo sepan dónde están.— dijo ella.

—¿Pero no crees que si ellos realmente han querido simular su muerte, serían tan imprudentes de vivir cerca de aquí?

Piedad negó con la cabeza con decepción, y contestó:

—No. Llevas razón. Pero ¿dónde pueden estar? ¡Bolivia es tan grande! ¡Incluso puede que hayan salido del país y se hayan ido a otro lado! ¡Oh, Félix!— exclamó —¡Creo que nunca lo sabremos!

—¡Vamos, vamos!— le dijo él, levantándole la barbilla con su mano derecha —¡Te desanimas muy pronto! Aún nos quedan siete días en Bolivia.

—Sí. Es verdad. Soy una tonta. Seguiremos buscando, y si no los encontramos... pues nada, ¿qué le vamos a hacer? Pero eso no querrá decir que no están vivos. Solamente que no los hemos encontrado. Eso es todo.

—¡Claro!— contestó Félix, sonriéndole —¡Así me gusta! ¡Que mi esposa sea una mujer fuerte y positiva!

Piedad se rio y los dos se abrazaron.

—De todas formas,— dijo Félix —no perdemos nada por preguntar en los pueblos más cercanos si saben algo del accidente. Y tal vez saquemos alguna información.

Piedad asintió.

Y así hicieron, pero nadie pudo darles más información de la que ya tenían.

Así que emprendieron la vuelta hasta La Paz, y durmieron en un hotel que les había recomendado un tío de Asiri.

Capítulo 63

Al día siguiente, los jóvenes no madrugaron tanto, pues los dos habían notado el "mal de montaña", y habían dormido mal, especialmente Piedad, al no estar acostumbrados a cotas tan altas, ya que la Paz se encuentra a 3.640 m. sobre el nivel del mar.

Además, la noche anterior ya habían pensado moverse por allí cerca. Y luego se arreglaron tranquilamente, pues el siguiente sitio que Piedad había pensado visitar, con el beneplácito de Félix, era el lugar en el que se conocieron su madrina y su esposo: en la antigua ciudad de Tiwanaco, o Tiahuanaco, que se encontraba a poco más de setenta kilómetros de La Paz.

Unas dos horas después llegaban a Tiahuanaco.

Los jóvenes se quedaron muy impresionados al ver los restos arqueológicos de aquella antiquísima ciudad, en el que el aroma de misterio rodeaba el lugar.

Asiri ya le había hablado algo sobre Tiwanaco a Piedad, y ella se lo explicó a Félix, mientras paseaban y admiraban lo que veían. Se trataba de las valiosísimas ruinas históricas de una antiquísima y sorprendente civilización que según la tesis oficial databan de dos mil quinientos años, pero había quienes consideran que su antigüedad podía ser de más de doce mil años.

Encontraron restos que parecían pertenecer a antiguas pirámides, así como pilares gigantescos que nadie podría explicarse cómo pudieron moverlos, si en aquella época, según supone la ciencia actual, el ser humano no disponía de tecnología y maquinaria como la que tenemos actualmente, capaz de levantar esas gigantescas construcciones.

Sin embargo algunas leyendas hacían pensar que el conjunto había sido construido por gigantes, hacía mucho más tiempo del que cree la ciencia. Se hablaba también de un gran diluvio y de fuertes terremotos que modificaron completamente aquellas tierras, con lo que el clima también cambió, y al volverse más frío, lo cual hacía más difícil cultivar la tierra, hizo que se fuera despoblando rápidamente aquella zona.

En aquella época, en Tiwanaco se rendía culto a Viracocha, el cual tenía bastante similitud con Osiris, el dios egipcio, o con el dios azteca Quetzalcoalt, la Serpiente Emplumada, o Kukulkán, de la mitología maya, entre otros.

Los jóvenes estuvieron admirando un templo semisubterráneo, y entre otras curiosidades vieron que en sus muros estaban incrustada 175 cabezas en piedra caliza, diferentes cada una, que representaban diversas etnias de la época.

Junto al templo semisubterráneo estaba el templo de "Kalasasaya" o "templo de las Piedras Paradas", en el que se reflejaban los cambios de estaciones y el año de 365

días. En el interior estaba "la Puerta del Sol", en cuyo alto relieve se representaba al Dios Sol con un cetro de aves en cada mano. Alrededor de él se encontraban figuras representando seres alados, trompeteros y hombres arrodillados. También se encontraba en el interior del templo dos monolitos: el llamado Ponce y el Fraile.

Saliendo del templo de "Kalasasaya", un poco más allá encontraron la pirámide de "Akapana", y luego otros restos arqueológicos muy interesantes como "Kantatallita" conocida como Luz del Amanecer, Pumapunku, conocida como puerta del puma y «Putuputuni» al que llamaban también el "Palacio de los Sarcófagos", en el que se creía que se enterraban a las personas importantes de Tiwanaco.

Los jóvenes estaban encantados con lo que habían visto, y aunque la madrina de Piedad no estaba allí, ellos no se arrepintieron para nada de haber ido hasta tan enigmático y hermoso lugar.

Luego se acercaron hasta el lago Titicaca, el lago sagrado de los Incas, el cual se encontraba a tan solo veinte kilómetros de allí.

Era muy emocionante poder ver el mundialmente famoso lago navegable más alto del mundo. Bordeándolo llegaron hasta Desaguadero, un conjunto urbano binacional, pues parte del pueblo era boliviano y parte peruano. Entre la parte boliviana y la peruana se encontraba un puente que cruzaba el río Desaguadero y a ambos lados del puente se encontraban las aduanas respectivas.

Eso fue algo que a Piedad le hizo mucha gracia.

Luego compraron algo para comer, y haciendo el camino de vuelta, se pararon a comer junto al lago.

Y tras un buen paseo por la zona, regresaron a La Paz.

Como aún era pronto, los jóvenes fueron al Mirador Killi Killi, desde el que pudieron apreciar unas vistas increíbles de toda la ciudad de La Paz y de sus alrededores. A Piedad le llamó la atención las diferencias entre las zonas con altos edificios, y las pobladas por casitas.

Y después se fueron hacia el hotel, y de allí, pasearon por los alrededores hasta que cansados se recogieron en el hotel.

Por la noche, Piedad se sentía algo defraudada por no haber podido encontrar aún a su madrina, pero por otro lado se decía que todo lo que había visto y vivido, merecía la pena con creces.

Capítulo 64

En el mapa que le había dado Orlando, estaba señalado que su madrina, Norberto y él mismo también, habían estado visitando la montaña Huayna Potosí.

Piedad no pensaba que su madrina pudiese estar allí pero como los dos tenían muchas ganas de ver montañas muy altas de los Andes, y al parecer, el nevado Huayna Potosí llegaba nada menos que a los 6.088m., eso les llamó más aún la atención. Así que decidieron acercarse hasta la famosa montaña, pues estaba bastante cerca de La Paz, en la Cordillera Real.

A medida que se acercaban, Piedad se sentía muy impresionada y emocionada de ver aquellas maravillosas cumbres nevadas. Y le pareció que Félix también lo estaba, porque los dos se quedaron en silencio ante tanta majestuosidad.

Por supuesto, ellos no pensaban escalar la montaña, porque Piedad se decía que en el caso improbable de que su madrina estuviera por allí, seguramente no iba a estar esperándola en la cima. Y Félix se rio por ese comentario. Así que cuando llegaron al punto más cercano, aparcaron y estuvieron paseando por los alrededores. Y los jóvenes estaban verdaderamente maravillados de tanta belleza en la naturaleza.

Varias horas más tarde, regresaron de nuevo a La Paz, y se encaminaron a otro lugar que Orlando había señalado en el mapa, situado en la parte sur de la ciudad, llamado el Valle de la Luna.

Se trataba de una especie de parque en el que el terreno parecía pertenecer realmente a otro planeta. De hecho el nombre de "valle de la Luna", parece ser que se lo puso Neil Armstrong en una ocasión en que visitó la Paz, después de haber hecho el viaje a la Luna, pues le pareció un paisaje muy parecido al que vio en el satélite.

Piedad y Félix, pasearon por allí entre divertidos y asombrados por lo que veían. Incluso se hicieron varias fotos, para luego enviarlas y gastarles alguna broma a los hermanos de Piedad.

Y luego regresaron al hotel. Querían cenar y acostarse pronto porque al día siguiente pensaban regresar a Cochabamba.

Mientras se preparaban para acostarse, Félix vio que Piedad estaba muy callada, y como distraída.

—Estás muy cansada, ¿verdad?

La joven le miró y asintió.

—Sí.

—Pero hasta ahora lo que hemos visto ha sido precioso, ¿no crees?— le dijo Félix.

—Sí, por supuesto. Me ha encantado todo. Pero...

—No te desanimes. —le dijo él— Seguiremos buscando. Mientras estemos aquí, seguiremos buscando.

Piedad le miró y le sonrió con melancolía y le dijo:

—No, mi amor. Yo creo que es suficiente. El resto de los lugares que Orlando me señaló están tan distantes que sería imposible ir a todos. ¿Y cuál elegimos? No. Yo creo que es suficiente. Esto es como buscar una aguja en un pajar. Y encima, ni siquiera sabemos si hay una aguja o no. Es absurdo querer empeñarse en buscar algo que quizás ni siquiera es real. Orlando llevaba razón. Era tanto mi empeño en volver a ver a mi madrina que me he creído una ilusión. Seguramente que los sueños que he tenido no eran nada más que proyecciones de mis deseos. Te doy las gracias porque has hecho todo para poder cumplir mi sueño, pero era solo eso: un sueño. Pero ya lo dejamos aquí. El resto de los días trataremos de vivirlos como lo que realmente son: nuestra Luna de Miel. Y ya está bien de tanto viajar. Si te parece bien, iremos a donde nos apetezca a nosotros, sin mirar más el mapa.

Félix la escuchó atentamente y le contestó:

—Bueno, a mí me parece que en realidad lo que hemos hecho es muy parecido a un viaje de novios, porque es verdad que nos ha motivado encontrar a tu madrina, pero la realidad es que para nosotros están siendo unas vacaciones inolvidables en las que hemos visto lugares inolvidables. Y tú sabes que a mí no me cuesta ir a donde tú quieras. Yo lo único que quiero es que seas feliz.

Piedad le sonrió y le dijo:

—Sí, es cierto lo que dices. En realidad es casi gracias a mi madrina que hemos conocido todos los sitios en los que hemos estado hasta ahora. Pero a partir de mañana, no miraremos el mapa que me dio Orlando, e iremos a donde queramos nosotros. Además, yo soy feliz estando contigo. Te quiero y tú me quieres. No me importa dónde estemos, ni lo que hagamos. Solo estar aquí contigo, me hace feliz.

Félix sonrió, la abrazó y le dijo:

—Entonces mañana, si quieres, regresaremos a Cochabamba y desde allí, ya veremos lo que hacemos, ¿de acuerdo?

—Sí. Me parece bien. — respondió Piedad.

Capítulo 65

Y así hicieron. Por la mañana temprano, partieron hacia Cochabamba. Y por la tarde se vieron con Asiri y con Marco Antonio.

Aunque era el último día del año, Asiri les previno que ella y Marco Antonio no querían trasnochar porque no querían levantarse muy tarde al día siguiente. Y luego les dijo:

—Y vosotros debéis de estar agotados de tanto viaje, ¿no?

Piedad y Félix se rieron.

—Un poco. — dijo Piedad —Pero nos ha encantado todo lo que hemos visto.

Asiri sonrió y les dijo:

—¿Entonces os está gustando mi país?

—¡Claro que sí!— respondió Piedad al mismo tiempo que Félix decía:

—¡Por supuesto!

Asiri se rio.

—Pero supongo que ya no tendréis muchas ganas de seguir viajando, ¿no?— les dijo Asiri.

—¿Por qué lo preguntas?— le dijo Félix —¿Tienes alguna propuesta?

Asiri sonrió y miró a Marco Antonio.

—Bueno, es que mañana nosotros queremos ir al pueblo en el que nació Marco Antonio. Allí viven sus abuelos, y nos gustaría verlos también. Hemos pensado, que si os apetece podéis veniros con nosotros.

—Pero nosotros no queremos interferir en vuestros planes. — dijo Piedad.

—Si os lo decimos es porque no sentimos que interfiráis. Es que esa zona es muy bonita y creo que os gustará. Podemos ir en el mismo coche, y mientras nosotros visitamos a los abuelos de Marco Antonio, vosotros podéis echar un vistazo a los alrededores.

Piedad y Félix se miraron y él le dijo a ella:

—¿Qué te parece?

—Bueno. ¿Por qué no?— contestó Piedad.

—¡Estupendo!— exclamó Asiri, mientras que Marco Antonio se reía y les decía:

—¡Me alegro de que mis nuevos vecinos conozcan dónde nací!

Y al día siguiente, que era también el primer día del año nuevo, los jóvenes se fueron tranquilamente después de desayunar hacia Villa Tunari.

Como iban tranquilamente, hicieron una parada para estirar las piernas y luego continuaron el viaje.

A Piedad y a Félix les gustó mucho el lugar. Ellos acompañaron unos momentos a la pareja para conocer y saludar a los abuelos de Marco Antonio, pero luego se marcharon para conocer los alrededores.

Y ciertamente les dio tiempo de ver varios parques naturales cercanos a la zona.

Pero aunque los dos disfrutaron, Piedad seguía teniendo esa espinita por dentro: el no haber logrado encontrar a su madrina. Mas no le dijo nada a Félix.

Sin embargo él se daba cuenta de ello, pero sabiendo que no servía de nada darle vueltas, no le decía nada tampoco.

Pasaron la noche en Villa Tunari, en un hotel, y al día siguiente, después de comer, regresaron a Cochabamba.

Por la noche, Piedad le confesó a Félix que no terminaba de asumir la desaparición de su madrina:

—Después de que recibí el diario, creí que lo había asumido y me lo había tomado bien. Y es que al principio fue así. Pero luego empecé a tener esos sueños... y me despertaba sudando y casi llorando. Y cuando Orlando me dijo lo que sospechaba, creí que era una señal. Y todo eso, lo que ha hecho es removerme más por dentro. No es que me duela que haya muerto. No es eso. Es que se me ha metido que ella está viva. Pero me frustra no poder contactar con ella. Y ya no sé si es que me estoy obsesionando con una cosa que no es real. Estoy muy confusa. Porque mi mente me dice que ella ya murió y que debo pasar página. Pero... algo en mi interior me dice que no. Que no murió. Y esa duda, me tiene atormentada, porque... ¿cómo puedo saber la verdad?

—Dime una cosa, —le dijo Félix— ¿a partir de cuándo empezaste a tener esos sueños?

Piedad se quedó pensando y luego contestó:

—Creo que fue a partir de que Orlando me dio la foto.

Félix asintió.

—Es lo que pensaba. Esa foto te afectó más de lo que se pudiera sospechar. Porque recuerdo que fue el día que comiste en casa de mis padres, y luego, cuando salimos, estuviste muy callada, como ausente. Lo recuerdo muy bien.

Piedad se quedó pensando y asintió.

—Es cierto. ¿Crees que el verla en la foto me abrió una herida o algo así.

—No lo sé. Pero que algo pasó, está claro.

—La verdad es que cuando la vi, sentí una gran emoción.

—¿Pero sigues teniendo esos sueños?

Piedad se quedó parada y contestó:

—No. Ya hace varios días que no los tengo.

—Es curioso, ¿no? ¿Y desde cuándo no los tienes?

—Pues...— Piedad intentó recordar y luego dijo— creo que desde el día que hablamos con Orlando.

—O sea que desde que él te dijo lo que sospechaba y tú pensaste que era cierto, dejaste de tener esos sueños.

—Sí. —respondió ella, sorprendida— Creo que es desde entonces.

Los dos se quedaron callados pensativos, hasta que Félix le dijo:

—Tal vez deberías pedir ayuda interiormente, para ver qué tienes que hacer. ¡Si es que tienes que hacer algo!, ¡claro!

Piedad asintió:

—Sí. Eso haré. He estado tan identificada con este tema, que me he olvidado de muchas cosas que había aprendido.

Félix asintió y luego la abrazó.

Así que Piedad pidió ayuda antes de dormirse, para poder desdoblarse y poder verse con su madrina una vez más.

Pero el cansancio de tanto viaje le hizo dormirse enseguida.

Capítulo 66

Sin embargo Piedad volvió a soñar una vez más con su madrina:

La joven estaba en una zona que parecía un mirador sobre una gran ciudad con montañas al fondo. Entonces escuchó detrás de ella:

—¡Piedad!

La joven se volvió y vio a su madrina en las escaleras que subían hasta el Cristo de la Concordia.

—¡Madrina!— exclamó ella, emocionada.

Marcela le sonrió con ternura y le dijo

—¡Ven Piedad! ¡Tengo muchas cosas que mostrarte y que contarte!

—Pero madrina, dime la verdad, ¿has muerto o estás viva?

Marcela siguió sonriéndole y le repitió:

—¡Ven conmigo! ¡Tengo tantas cosas que decirte!

Entonces Piedad se despertó.

Y de repente, por fin comprendió:

—¡Felix!, ¡Félix!— le dijo al joven zarandeándole — ¡Despierta! ¡Félix!

El joven se despertó sobresaltado:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? — exclamó.

Piedad se rio y le dijo:

—¡Ya sé dónde encontrar a mi madrina! ¿Cómo no me di cuenta antes?

Félix puso cara de asombro.

—¿Ya lo sabes? ¿Y dónde está?

—¡Muy cerca de nosotros! ¡Está en el Cristo de la Concordia!

Félix se quedó boquiabierto.

—¡Pero si eso está aquí al lado!

Piedad se rio y asintió.

—¡Date prisa!— le dijo al joven —¡Levántate y vamos a verla!

Félix se rio también y mientras se levantaba, exclamó:

—¡Ahora mismo! ¡Ya tenía yo ganas de conocer a tu madrina!

Piedad siguió riéndose, y luego se fue a ducharse para arreglarse.

Desayunaron rápido, y poco después se dirigieron hacia el Cristo de la Concordia.

Subieron hasta el mirador, pero no la vieron allí.

Piedad se puso un poco nerviosa pensando: "A ver si me la ha vuelto a jugar la fantasía..."

Pero Félix le dijo, mientras le cogía una mano:

—Mira florecilla, qué vistas tan magníficas hay desde aquí.

Piedad miró y asintió, pues era cierto.

Félix le dijo, mientras le rodeaba los hombros con su brazo derecho:

—Con el día tan despejado se ven kilómetros y kilómetros. Esto es digno de sacar una foto.

—Sí.— dijo ella, —Es verdad. Podríamos sacarnos una foto, juntos. ¿Le pedimos a alguien que nos la saque?

—Si queréis puedo hacérosla yo.— dijo una voz femenina por detrás de ellos.

Piedad sintió un salto en el corazón. Ella conocía esa voz, aunque hacía muchos años que no la había oído.

Entonces se volvió y vio a su madrina en la escalera, sonriéndole.

Piedad empezó a reírse emocionada y luego se acercó hasta Marcela, y las dos se abrazaron.

Félix comprendió y empezó a reírse.

—¡Oh, madrina!— exclamó la joven —Esta vez sí es verdad, ¿a que sí?

Su tía asintió, riéndose.

—¡Estás viva!— le dijo Piedad —¡Yo lo sabía! ¡Lo sabía desde el principio! ¡Mi corazón me lo decía, aunque mi mente quería negarlo!

Su madrina seguía riéndose.

—Pero lo has hecho muy bien.— le dijo a su sobrina —Has tenido fe y lo has conseguido. Has logrado que volvamos a vernos.

Piedad sonrió y asintió. Luego le dijo:

—Madrina, este es Félix.— señalándole al joven —Él es mi amor. Y estamos juntos.

Marcela le sonrió a Félix y le dijo:

—Sé que eres un buen chico. Y que quieres de verdad a Piedad. El que la hayas traído hasta aquí, demuestra cuánto la quieres. Me alegro de conocerte.

—Yo también tenía ganas de conocerte.— dijo él, riéndose —Piedad no hacía nada más que hablar de ti, y me alegro de que sus corazonadas fueran reales.

Marcela le sonrió y les dijo:

—Venid conmigo. Quiero presentaros a Norberto.

Y los tres subieron hasta el Cristo y allí les esperaba Norberto.

El resto del día lo pasaron juntos.

Piedad les habló de Orlando y les contó sus sospechas.

Marcela y Norberto sonrieron y asintieron.

—Orlando ha sido un verdadero amigo. — le dijo Marcela — No quisimos decirle la verdad, porque confiamos en que él se daría cuenta. Pero ahora que has contactado con nosotros, seguiremos en contacto, y puedes decírselo a Orlando. Tenemos un móvil con una aplicación de mensajería, aunque no siempre tenemos cobertura. Pero también tenemos correo electrónico. Podemos mantener el contacto de esta manera. Y

si algún día Orlando vuelve, nos encantará poder verle de nuevo. Por cierto, ¿ha vuelto con la mujer que amaba?

—¡Sí!— contestó Piedad — Ella es la hermana de Félix. Y tienen un hijo.

Marcela sonrió asintiendo.

—Orlando merece ser feliz.

Piedad asintió.

El resto del día y el día siguiente, Piedad y Félix los pasaron con Marcela y con Norberto. Y tanto Piedad como Félix aprendieron muchas cosas. Sobre el trabajo interno y también sobre medicina.

Y cuando llegó el día de la vuelta, Piedad no se fue triste. Todo lo contrario. Se marchaba muy contenta. Y con el compromiso de volver en otra ocasión.

Su tía le dio permiso para informar a su familia de que ella no había muerto. Pero con la condición de que eso debía ser un secreto de familia.

Cuando Piedad y Félix vieron de nuevo a Orlando, le contaron la buena nueva. Y Orlando se sintió muy contento también.

Tres meses después, Piedad y Félix se casaron oficialmente. Asistieron sus familias, y sus amigos más cercanos.

Entre ellos, Piedad pudo conocer al resto de la pandilla del instituto de Félix, y todos congeniaron muy bien.

Piedad pensó en su madrina, y aunque ella no asistió a la boda, se sonrió pensando que su tía Marcela, de alguna manera, había logrado burlar a la muerte.

FIN

Más obras de la autora en: http://www.elenasantiago.info
Para quienes quieran profundizar:
http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm

Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by—nc—nd):
No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.
http://creativecommons.org/licenses/by—nc—nd/3.0/deed.es